

PABLO RIVERO

# PENITENCIA



SUMA

Pablo Rivero

## Penitencia



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@sumadeletras



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Penitencia: mortificación que impone el confesor  
y que debe cumplir el arrepentido  
para que le sean perdonados los pecados.*

## Prólogo

Cuando eres actor te pasas la mayor parte del tiempo intentando impregnar al personaje con tu esencia para que cobre vida. Para que todo lo que hagas resulte veraz. Cuando lo has conseguido y el público no puede imaginárselo de otra manera, cuando ya no puede separarte de él y son incapaces de diferenciar la realidad de la ficción, en lugar de felicitarte por haberlo conseguido y disfrutar, te pasas el día justificándote, haciendo ver a todo el mundo lo muy diferente que eres de él. Recordándoles que lo que han visto no es real, que tú no eres el personaje. Pero ya es demasiado tarde. Por mucho que huyas e intentes desprenderte de tu *alter ego*, su esencia ya se ha mezclado con la tuya y jamás volverás a ser el mismo. Su sangre corre junto a la tuya por tus venas y la mezcla de ambas te puede llevar a hacer cosas que nunca hubieras imaginado.

Esta es la historia de cómo Jon se convirtió en su personaje o, lo que es lo mismo, de cómo su personaje se adueñó de él y cambió el rumbo de su vida para siempre.

Jon

Llevaba recorridos poco más de setenta kilómetros, pero parecía que había pasado una eternidad desde que salió de Madrid. Una hora daba para pensar mucho. Tiempo de sobra para confirmar que había tomado la decisión acertada. No tenía la menor duda. El simple hecho de poner el pie en el acelerador resultaba liberador después de tantos años acostumbrado a sentarse en el asiento de atrás, mirando el móvil compulsivamente, como si la vida se le fuera en ello, como si no hubiera nada más importante que lo que dijeran de él en ese momento. Porque lo dicho en el instante anterior ya lo había visto y revisado, por supuesto. Ahora tenía el control, por eso pisaba a conciencia el acelerador. Necesitaba sentirlo, reafirmárselo con cada acción. Pero pasados los primeros minutos superando los límites permitidos, estableció la velocidad media en ciento veinte kilómetros por hora. Ni más ni menos: más le acojonaba y menos le impacientaba. Quería llegar cuanto antes. Había tomado la decisión hacía bastante tiempo, pero esperó a que todo estuviera listo para comunicarla de forma precipitada, «sobre todo teniendo en cuenta la magnitud de sus consecuencias», como le habían reprochado. Por muchas vueltas que le diera, no le quedaba otra opción, si no quería dar mucho margen a chantajes e intentos para que se quedara. Tenía que ser un golpe seco que pusiera fin a todo. Ahora, después de tanta espera, no podía esperar a llegar a su destino. Pero la leve sonrisa de confianza, que le provocaba ver por el retrovisor cómo dejaba atrás su querida Madrid, se transformó en un gesto serio conforme recorría kilómetros, y la incertidumbre, que le provocaba lo desconocido, se hacía cada vez más presente. Por fin era dueño de su porvenir, pero ¿resultaría todo como había planeado? ¿Realmente encontraría lo que estaba buscando? ¿Dejaría atrás todo aquello que le perturbaba y que temía que acabara sacando lo peor de él? ¿Conseguiría volver a ser el mismo de siempre?

El corazón le dio un vuelco al divisar el cartel que anunciaba la distancia y el nombre del lugar elegido. Por tonto que sonara, tenía la corazonada de que aquel cambio de rumbo, aquella decisión que pocos compartían, cambiaría su vida para siempre. Aminoró la velocidad y fue serpenteando las curvas contemplando el paisaje. Cauteloso, estudiando cada finca, cada urbanización, cada sendero de acceso a las casas desperdigadas por las laderas. Haciendo hincapié en las señales que anunciaban el camino hacia el pueblo. Su mirada se afilaba como la de un águila en busca de su presa, y en cuanto veía el menor riesgo de cruzarse con alguien, aceleraba para evitar llamar su atención. Se había cortado su larga melena impuesta por contrato. Llevaba gorra y gafas de sol: era prácticamente imposible que alguien le reconociera tan de

pasada, más aún dentro de aquel vehículo. Nadie, ni siquiera él mismo, podría imaginarse que condujese un coche así, pero, aun así, toda precaución le parecía poca. Le había costado la vida dejar aparcado su cochazo, aquel que contradecía su discurso de que no le gustaba llamar la atención y que, por supuesto, seguía siendo el mismo de siempre. No lo era, ese era el problema y por eso tenía que cortar por lo sano. Su deportivo último modelo gris oscuro, con las ruedas y demás elementos externos en negro, pedía a gritos que le miraran: «*Mírame bien, voy de que no, pero tengo un coche que tú no te lo podrías permitir ni en tus mejores sueños*», podría haber sido perfectamente su eslogan. Le encantaba su coche pero había tenido que prescindir de él. Era tan espectacular que llamaba demasiado la atención y no solo por su diseño, sino porque, además, todo el mundo lo asociaba a él: la marca se lo había cedido tres años a cambio de subir un *post* mensual a sus redes sociales: maravillosas fotografías megaestudiadas acompañadas de textos en los que —aunque cantara *La traviata*, no habían sido escritos por él— no había podido cambiar ni una sola coma. La agencia de publicidad le obligaba a transcribirlos literalmente para asegurarse de que llegara su mensaje tal y como lo habían diseñado. Jon consideraba que ese peloteo mediático resultaba bochornoso y que realmente no era más que una manera de prostituirse. De ahí venía su conflicto: si lo pensaba fríamente, él ya tenía un buen coche y además el noventa y cinco por ciento de las veces le llevaban y le traían de vuelta. Pero, por otro lado, su parte en la transacción resultaba ridícula y tener el último modelo en el mercado a cambio de tan poco esfuerzo resultaba de lo más tentador. Al fin y al cabo, ¿qué eran unas cuantas fotos más, comparadas con la exposición constante a la que se veía sometido?! Así que aceptó el trato. No podía negar que había sido una buena gestión de Julio. Él era su mejor amigo y representante. En ese orden, aunque lo segundo llevara a lo primero. Jon se sentía afortunado por ello: en el mundillo de los actores había mucho encantador de serpientes y no era fácil encontrar gente noble a la que le importaras de verdad. Julio se preocupaba por él, le cuidaba y mimaba en el día a día. Jon llevaba tantos años en los que el ámbito profesional se había impuesto al personal que, al final, se habían fundido en uno solo y lo había acabado compartiendo con él al cien por cien. La prueba de fuego para su amistad vino el día en el que Jon le contó que quería rescindir el contrato. En un primer momento puso el grito en el cielo, pero después terminó entendiendo la situación. Al menos de momento, porque Julio no se daba por vencido tan fácilmente. Pero Jon se lo perdonaba porque sabía que, por encima de todo, Julio era un buen tipo. Por eso Jon le dejó su coche con dos condiciones: que no se lo destrozara y que dejara de repetirle que estaba tomando la decisión equivocada.

Cada vez faltaba menos para llegar según el GPS, que le indicaba que serpenteara el pequeño núcleo urbano. Así lo hizo, siguió conduciendo hasta alcanzar una de las zonas más altas que rodeaban al pueblo. Desde ahí se podían ver las estrechas calles que daban a la plaza principal, donde estaban el ayuntamiento, el mercado y los principales servicios. Aunque a esa altura todo

parecía una maqueta, resultaba igual que en las fotos que había estudiado. La carretera continuaba hacia arriba y Jon siguió subiendo. Conforme el camino se estrechaba, el verde predominante desaparecía y el paisaje se volvía más árido y rocoso. A su mente vinieron miles de imágenes de los programas de Félix Rodríguez de la Fuente que veía cuando era pequeño. Las encinas y los alcornoques predominaban en el monte. En aquella época del año, sin apenas hojas, resultaban imponentes: sus enormes ramificaciones, con todo tipo de deformaciones, recordaban a largos brazos que parecía que quisieran agarrarle. No podía evitar imaginárselo, era el precio que pagaba por haberse criado viendo películas de terror sin parar. Pisó el acelerador. Tomó un par de curvas cerradas más y continuó hasta el final de la carretera, casi al borde del precipicio. Ahí, en medio de la nada, aparecía la vieja edificación que captaba toda su atención. Por más que supiera de su existencia, era irremediable no sorprenderse al encontrar una construcción tan alejada de todo, tan al borde del abismo. Aminoró la marcha y fue acercándose poco a poco, reconociendo el entorno escogido. Ahora que por fin estaba ahí le parecía como si aquel momento perteneciera a otra vida. Como si volviera a no ser él mismo, sino un nuevo personaje dentro de una nueva historia filmada por otro director con quien pelear hasta que le viera como él creía que debía de ser. Bajó la ventanilla, y el aire, que chocaba contra el flequillo de su tupé, que asomaba por la visera, refrescó la densidad del interior del Cuatro Latas que conducía muy a su pesar. Aquel lugar seguía tan decadente como lo recordaba. Cumplía todos sus requisitos y expectativas a la perfección: la fachada era muy antigua, de bloques de piedra vieja con zonas erosionadas y cubierta en gran parte por musgo incipiente. Estaba presidida por tres puertas que se extendían a lo largo de su perímetro: una de hierro industrial imitando antiguo; junto a ella, otra de óxido del tamaño estándar de un garaje particular, y, más apartada, una tercera realmente ajada, cubierta con maderas superpuestas con clavos oxidados, perteneciente a una casa que había pegada a la suya. De lejos parecía una sola vivienda, pero cuando te acercabas, pese a tener prácticamente los mismos materiales típicos de las casas antiguas de los pueblos, la división entre ambas se hacía evidente. Las dos tenían un aspecto decrepito como resultado de un largo abandono. Parecían haber sobrevivido a veinte guerras, probablemente lo hubieran hecho, pero daba la impresión de que en cualquier momento podían venirse abajo y rodar por el precipicio que había a su espalda. «Tranquilo, que no tiene ningún peligro. Esta estructura, estos muros son más duros que todas las mierdas que se construyen hoy en día. Te aseguro que nos sobrevivirán a ti y a mí», le dijo el arquitecto en la reunión en la que discutieron si el lugar era o no el idóneo para lo que Jon estaba buscando. Se había ocupado en encontrar el mejor profesional de toda España, así que no tenía por qué ponerlo en duda. Si ninguna persona se podría imaginar que condujera aquel coche de mierda, estaba convencido de que ni por asomo sospecharían que él podría vivir ahí dentro. Nadie tendría ni puta idea de que él era el misterioso comprador y menos aún de lo que se escondía detrás de ese frente tan deteriorado. Su aspecto destartado era

perfecto para que nadie sospechara. No había tenido que tocar absolutamente nada de la parte exterior, pese a la continua insistencia del constructor: «Esto no es propio de la casa de lujo que estamos haciendo dentro», repetía. Esa era precisamente la intención, pensaba Jon, pero no quería perder el tiempo explicárselo. Lo único que cambió de la fachada fue la puerta principal. Al fin y al cabo, ¿no dicen que lo importante está en el interior?

Jon acercó el coche hasta pararse frente al portón del garaje y volvió a contemplar la que se convertiría en su fortaleza mientras cerraba la aplicación Spotify de su móvil. La música dejó de sonar en el interior del vehículo. En su lugar apareció la voz de un locutor: «Un año lleno de crímenes espantosos, violencia de género, violaciones en grupo... La violencia machista planea sobre una sociedad en la que la mujer sigue siendo la peor parada. Aunque no olvidemos tampoco algunos de los crímenes cometidos por mujeres, y es que en los próximos días se cumplirán diez años del espantoso crimen de...». Jon apagó la radio sin prestar atención. Prefería el silencio que le llenaba de aplomo ante la nueva etapa de su vida que por fin inauguraba. Para él solo existía el microcosmos que se había construido y que estaba a punto de descubrir. Pasados unos segundos, abrió la puerta con el mando a distancia. Pese a su aspecto robusto y oxidado, funcionaba perfectamente. Jon aceleró e introdujo el vehículo dentro del oscuro interior. Aunque no se veía absolutamente nada, conocía las indicaciones: solo tenía que meter el coche de frente, sin preocuparse de chocar con nada. Había espacio de sobra, la planificación no dejaba escapar el más mínimo detalle: cuando la puerta estuviera a un palmo del suelo, las luces se encenderían gracias a los sensores instalados en los laterales del acceso. Así fue; iluminado, el garaje resultaba bastante ecléctico. El espacio estaba prácticamente vacío, pintado de gris antracita. El resultado era una mezcla en sintonía de elementos rústicos, como el hormigón pulido del suelo y la puerta oxidada, y los muy modernos como el techo, que parecía descender en todo el perímetro central para que la luz blanca, si bien tenue, de los ledes, bañara el espacio desde los huecos laterales que quedaban entre el techo y el descuelgue. Se bajó del coche, con la bolsa en la mano, y se dirigió al fondo, donde, según los planos, debía de estar la zona de despensa. El minimalismo era tal que, a simple vista, se sentía incapaz de apreciarlo. En uno de los frentes de pared, perfectamente integradas, había unas ranuras verticales. Jon abrió una de las puertas y contempló la cantidad de productos gourmet perfectamente ordenados que iban de arriba abajo. Abrió la siguiente puerta, que se plegaba junto con las dos siguientes, para dejar a la vista una enorme cámara frigorífica llena de comida congelada y bolsas de hielos. Jon la cerró y dejó todo como estaba. Al lado de los armarios había otra puerta que pasaba desapercibida. Era la caja fuerte, que solo se abría con su huella dactilar. La misma medida de seguridad que había elegido Julio para acceder desde el ascensor que unía la vivienda con el espacio en el que se encontraba en ese momento. Así, a la vez que funcionaba como garaje y despensa, podría hacer

las funciones de búnker, en el caso de que lo necesitara. En cambio, para subir y bajar de la calle a la vivienda, o viceversa, no había más que presionar un botón estándar. Junto a la zona de seguridad, había otra puerta que ocultaba el ascensor. Jon se paró frente a él y posó su dedo índice en la pequeña marca ovalada, a la altura de su hombro derecho. La puerta se abrió al instante dejando escapar una luz casi cegadora que más parecía una bola de fuego dentro de tanta penumbra. Jon entró y contempló el interior, que estaba forrado por dentro con cuatro espejos de arriba abajo. El techo desprendía la misma luz que los ledes del cuarto. Apretó el botón de acceso a la vivienda, la puerta se cerró y la oscuridad desapareció tras ella. Por un momento se sintió como si fuera Bruce Wayne haciendo un *crossover* en un episodio de *Black Mirror*. Se hubiera cortado una mano por trabajar en esa serie, pero el inglés nunca fue su fuerte y pese a las ofertas que habían llegado, decidió que era mejor ahorrarse el mal trago de estar en el set y no entender las indicaciones del director sin la ayuda de alguien. El ascensor se paró enseguida, aun así tuvo el tiempo suficiente para hacerse un repaso en el espejo: tenía cara de cansado, las noches anteriores no había conseguido dormir en condiciones. Demasiados cambios. Demasiados riesgos. Se quitó la gorra y se removió el pelo. Su aspecto era desaliñado, pero conservaba su atractivo con aquel chándal que dejaba intuir su buena forma física.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, Jon contempló por primera vez el interior de la casa y sonrió de oreja a oreja lleno de satisfacción. Dio un paso y entró directamente a un espacio diáfano, rodeado de cristaleras, que reunía todas las estancias salvo el dormitorio, el cuarto de baño y un pequeño gimnasio, cada uno oculto tras una gran puerta corredera. La cocina, separada del comedor por una enorme isla con dos taburetes, era negra, con la encimera de mármol oscuro y vetas blancas a juego con la isla. Pasó la mano para tocar el material tan imponente. Pasaba de una casa decorada toda en blanco a una en la que imperaban las paredes y detalles oscuros. Había tanta luz que se había podido dar el gustazo. Todo estaba impoluto. Al igual que en el garaje, en la estancia contrastaban los materiales originales —como el ladrillo visto, las vigas en el techo, una antigua chimenea de óxido en uno de los extremos, etcétera— con los que él había elegido de un estilo más moderno e industrial —las pocas paredes que quedaban alrededor de las imperantes cristaleras también eran de color gris antracita, decoradas con neones, mucho hierro cromado en los detalles, plantas estratégicamente colocadas o un plasma descomunal colgado de la pared...—. El conjunto resultaba muy moderno y funcional. Nada frío y con aroma a «hogar». El espacio no era excesivamente grande, pero eso no representaba un problema porque no pensaba tener visitas y mucho menos reuniones. Era su lugar de retiro, su guarida de lujo. Sin embargo, resultaba realmente impresionante con las enormes cristaleras que daban al valle. Se acercó hacia la enorme puerta que había en uno de los extremos del salón, la deslizó hacia uno de los lados y se encontró con que el dormitorio tampoco tenía nada que ver con la habitación cochambrosa que visitó casi dos años atrás. Con el lavado de cara y los muebles nuevos parecía

mucho más grande. Una cama enorme presidía el espacio. Las sábanas eran negras y las paredes del mismo tono oscuro del resto de la casa. Solo había una mesilla de diseño, compuesta de unas patas de hierro industrial y un trozo de un tronco cortado y apenas barnizado. La lámpara de la mesilla era una bombilla de filamento, sin cubrir, sobre una base negra. Al lado opuesto de la apertura de la puerta había un bananero enorme en un macetero también negro: el mismo que salía en todas las revistas de decoración que le habían enseñado con las propuestas para la casa; junto a él, se encontraba un armario empotrado que resultaba ridículo comparado con el enorme vestidor al que estaba acostumbrado. Podía haberle dado menos espacio a la cocina o al salón y haberlo ampliado, pero se había hecho el propósito de llevarse solo lo básico. No quería ser esclavo de tener que estar siempre *cool*, arreglado pero sin que se notara demasiado, y de tener que contentar a los *showrooms* y a las marcas que le regalaban sus productos. Todo eso se había acabado. Quería resetear y empezar de cero.

La escasez de muebles auxiliares y detalles decorativos hacía que el conjunto resultara mucho más liviano. No necesitaba más; tan solo su zona de descanso y el enorme ventanal frente a él. Los cristales estaban tintados, pero, pese a ello y a estar a mediados de octubre, entraba suficiente claridad. Jon dio unos pasos y se quedó parado en el centro de la cristalería, observando el paisaje majestuoso. Era un sueño poder vivir en una casa llena de enormes ventanales. No solo porque, si todo salía bien, no tendría que preocuparse más por sortear a los *paparazzi* acoplados en su puerta como buitres carroñeros, sino porque podría estar incluso desnudo sin importarle que nadie le viera y le quitara también ese pedazo de intimidad. Al otro lado del cristal el viento soplaba muy fuerte, moviendo las ramas de los enormes árboles. El ruido llegaba hasta el interior. Jon se quedó como hipnotizado y comenzó a tararear mentalmente la música de la cabecera de la serie *Twin Peaks*. Sintió un escalofrío. El paisaje resultaba igual de sombrío que en la serie, solo que bastante más rocoso.

Volvió a salir al salón y cogió un mando que estaba sobre un aparador colgado en la pared de separación entre las dos estancias. Apretó la tecla en la que había dibujada una flecha hacia arriba y comenzaron a levantarse las persianas, que estaban bajadas al fondo, hasta dejar al descubierto una amplia cristalería que enmarcaba una enorme terraza. Jon abrió una de las puertas. El viento le golpeó en la cara. Se descalzó y fue caminando hasta la barandilla. El tacto del césped artificial que había elegido era tan gustoso como le aseguraron. Emocionado, apoyó los codos en la barandilla para contemplar el paisaje desde aquel otro ángulo. Tampoco había ni un solo edificio que interrumpiera el maravilloso espectáculo. Únicamente el campo, la montaña, las rocas y los árboles. Respiró hondo, un sentimiento de paz se apoderó de él. Cerró los ojos para disfrutar de esa mezcla de sensaciones: el olor a naturaleza, el sol que doraba su rostro, pero sin llegar a quemarle, y el aire fresco que levantaba su flequillo y que le transportó a Nueva York, a cuando llegaba el metro como una exhalación y provocaba un vendaval. A cuando podía

disfrutar de la libertad de esperar tranquilo en el andén para después mezclarse con la gente en el vagón y observarla libremente. Estudiar cada detalle de sus vestimentas o comportamiento sin tener que estar alerta constantemente por miedo a ser reconocido y que el placer se viera interrumpido de golpe. Imaginando sus vidas, sus secretos. Hacía muchísimo tiempo que no cogía el metro en España. Casi veinte años, lo sabía perfectamente. Era el tiempo que llevaba la serie en emisión. Veinte años desde que poco a poco el contacto con la gente y el mundo real fue disminuyendo hasta ser casi inexistente. Los recuerdos de Jon se vieron interrumpidos cuando, de pronto, sintió algo a su espalda. En realidad no había escuchado nada ni a nadie, pero le había ocurrido lo mismo que otras veces en las que se había vuelto cuando alguien le miraba fijamente. Con los años había desarrollado esa intuición. Al girarse se encontró con la fachada que tenía a su espalda. El paisaje la había eclipsado por completo. La pared estaba construida con la misma piedra de la fachada, en el centro había una ventana tapada por unos enormes tableros de madera superpuestos. Por un momento se había olvidado de aquella imagen que le había provocado tantos quebraderos de cabeza. Después de que hubiera sido imposible comprar la casa de al lado para no tener que renunciar a nada y poder ampliar la terraza y construir una pequeña piscina, Julio propuso denunciar en el ayuntamiento para que les obligaran a cerrarla: según los planos originales, la ventana se había abierto posteriormente, invadiendo su privacidad y, por lo tanto, era ilegal. Pues bien, por lo que le contó su amigo, algo tan lógico como eso, había sido recibido entre risas entre los técnicos. Le explicaron que esa ventana llevaba abierta desde hacía más de treinta años y que había prescrito, por lo que de alguna forma pasaba a ser legal. Al enterarse, Jon enfureció, era absurdo que no le permitieran cerrar una ventana abierta ilegalmente por más años que hubieran pasado, que además estaba tapada de mala manera con los tablones de madera astillada y, más aún, corriendo él con los gastos. ¿Cómo pensaban que las habrían puesto ahí? Habían tenido que utilizar su propiedad, evidentemente, no había otra forma. Con todo eso, la única opción que le quedaba era denunciar, pero no le daban muchas garantías de que fuera a ganar y, como propietario, tendría que ir a juicio y sería imposible que los medios y los vecinos no se acabaran enterando de todo. Jon respiró hondo mientras observaba los clavos oxidados que sobresalían entre las maderas y que junto con el moho, que lo ocupaba todo, le daban un aspecto aún más decadente. Jon negó con la cabeza y se dirigió al interior de la casa.

Ya de noche, después de colocar parte de sus cosas y darse una ducha rápida, Jon encendió una lámpara de globo, que daba calidez a la cocina, y se sentó en uno de los taburetes para servirse una copa de un tinto gran reserva. Tenía el pelo aún húmedo y vestía una camiseta básica gris de manga corta y un pantalón de pijama de cuadros. Abrió la botella y empezó a servirse, dejando caer el vino de color sangre con delicadeza, para después agitarlo como solo los buenos

degustadores sabían hacer. Se llevó la copa a la boca y se humedeció los labios. El frescor en la cabeza, la relajación que le producía sentir su piel limpia y el gusto amargo en el paladar le llenaban de placer. En la barra también había preparado un plato con tacos de queso curado y jamón ibérico de la mejor calidad. La televisión estaba encendida y escuchaba de fondo cómo el presentador del telediario se despedía:

«Esto es todo por hoy. Les deseamos que pasen una buena noche y les recordamos que a continuación podrán disfrutar del último episodio de *Killing neighbors*. La exitosa serie de esta casa protagonizada por Jon Márquez que ha batido récords de audiencia en nuestro país con una media de más de cinco mil millones de telespectadores en sus veinte años de emisión, se despide...».

Jon agarró rápidamente el mando a distancia y apagó la tele. Un poco alterado, dio un sorbo a su copa y se quedó mirando el vino, pensativo. Permaneció más de quince minutos intentando mantener la mente en blanco y sacar todos los miles de recuerdos de su cabeza. Cuando comenzaba a calmarse decidió probar el queso y el jamón con los colines que había servido. Estaban deliciosos. Siguió disfrutando de la comida hasta conseguir abstraerse por completo, hasta que su teléfono comenzó a iluminarse y a parpadear a cada segundo. Era incapaz de distinguir los mensajes de texto porque a cada instante llegaba uno nuevo. Jon lo apagó y terminó de cenar en silencio.

Después de meter los platos en el lavavajillas, cogió su cajetilla de tabaco de la encimera. Se lo pensó un instante antes de encenderse el cigarro, pero terminó por hacerlo: dejar de fumar era otro de sus propósitos, estaba seguro de que también lo conseguiría porque siempre lograba lo que se proponía, pero no era el momento para hacerlo. Esa noche no. Demasiados cambios aún por digerir. Dio un par de intensas caladas y encendió de nuevo el móvil. Al hacerlo, comprobó que tenía mil mensajes de WhatsApp y de texto sin leer y seis llamadas perdidas, una de ellas de su madre. Tomó aire y pulsó para devolver la llamada.

—¿Dígame? —contestó su madre al otro lado del teléfono.

—Hola, soy yo —dijo Jon con voz calmada imaginando lo que vendría después.

Su madre estaba terminando de recoger la cena en la cocina de su chalé adosado con la televisión encendida. Fue a bajar el volumen mientras repetía:

—¿Dígame?

—¡Mamá! ¿Me oyes? ¿Hola? —insistía Jon moviéndose por el salón en busca de cobertura.

Era ya un clásico que su madre preguntara varias veces quién llamaba, tanto como hacer algún comentario afilado a su padre, sobre la conversación que habían tenido, antes de colgar y que Jon pudiera escucharlo. Como le ocurrió la tarde en la que decidió darles la noticia, cuando después de explicarle durante casi una hora los motivos por los que abandonaba la serie, una vez que se

despidieron la escuchó: «¡¿Pues no me dice que está cansado ya?! ¡Cansada estoy yo de estar aquí contigo haciendo siempre lo mismo!».

—¿Dígame? ¿Jon? ¿Eres tú, hijo? —insistía su madre cada vez más fuerte.

Jon odiaba cuando se producía esta situación, en la que los dos comenzaban a repetir lo mismo cada vez más alto. Ella lo hacía como si se acabara el mundo o la estuvieran matando al otro lado del teléfono, y él, en lugar de calmarse y esperar o volver a llamar, se ponía a su altura y lo empeoraba. Finalmente salió a la terraza, temiendo que las advertencias sobre la posible mala cobertura dentro de la casa fueran ciertas.

—¡Mamá! —gritó.

—¡Ah! Hola, hijo, es que no te oía nada —contestó su madre con voz encantadora, como si el histerismo anterior nunca se hubiera dado—. ¿Ya has llegado?

—Sí, mamá, ya estoy aquí.

—Y... ¿Has visto...? Iba a decir el nombre de la serie, pero, vamos, ¿es que no hay quien lo pronuncie bien! ¿A quién se le ocurre llamarla así...? ¡Ya le podían haber puesto el nombre en español! ¿Cómo era? Los vecinos...

—Matando vecinos —contestó Jon, a quien no le hacía ninguna gracia volver a tener la misma conversación de siempre—. Lo sabes de sobra. Suena fatal, sí. Y no, no la he visto.

—No lo entiendo, hijo de verdad. Ha estado genial, tú...

—Mamá, no he podido verlo —le interrumpió Jon—. Acabo de llegar, estoy con todo el lío y no he podido.

—Pero ¿no era mañana cuando te llevaban todo?

—Sí, pero yo he traído alguna cosa ya y... anoche no pude pegar ojo por los nervios, entre el viaje y...

—Es que no está tan cerca —interrumpió su madre.

—Está cerca, mamá, pero he parado en un pueblo de camino para comprar cosas para cenar y entre que he dejado las bolsas, me he duchado...

—¿No tienes comida? Te tenías que haber llevado lo que te hice, mira que te lo dije...

—Mamá, tengo comida, muchísima y muy rica. No me voy a morir de hambre. Es solo que me tengo que hacer a esto. Pero, vamos, quédate tranquila porque tengo provisiones para meses y, además, el sitio donde he parado está muy cerca y tienen productos de la zona. Un queso y un jamón buenísimos.

—¿Y quién te va a limpiar? Porque tú no has cogido un trapo en tu vida.

—¡Otra vez! Está todo impecable y Julio ha comprado mil aparatos de última tecnología que pasan la mopa, te...

—Una casa no se limpia con aparatitos, ya te lo digo yo. ¿Por qué no te has llevado a Petri?

—Porque la idea es estar solo y tranquilo. Además, no hay sitio, ya hablé con ella y me dijo

que si la llamaba vendría sin problema... Me fío de ella, pero de momento no la necesito.

—Yo me quedaría más tranquila si estuviera ahí contigo.

—Mamá, ¡ya!

Su madre se había movido durante la conversación hasta su dormitorio. El padre de Jon estaba ya metido en la cama escuchando la radio con unos auriculares puestos. Ella le hizo un gesto para que también participara en la conversación. Pero el hombre negó con la cabeza. Ella entornó los ojos y volvió al ruedo.

—Sigo sin entender por qué no lo has visto —dijo tajantemente—. Tienes televisor, ¿no?

Cuando su madre utilizaba ese tono era como si retrocedieran veinte años atrás y volviera a ser un adolescente.

—Sí, sí tengo —contestó Jon benevolente.

—Pues entonces ya me dirás. No es normal, nos ha encantado, y tú, mejor que nunca. Mira que siempre te digo cuando haces cosas raras, pero hoy... no eras tú, eras Fran, eras un asesino de verdad...

—Mamá, en serio —volvió a interrumpir Jon—, no quiero hablar de eso ahora, hoy no. Quiero estar tranquilo. De verdad. No quiero hablar de eso.

Jon utilizó un tono imperativo, forzando un mando que nunca había tenido sobre su progenitora. Ella le conocía y supo interpretar la enorme súplica que se escondía bajo sus palabras. Los dos se quedaron en silencio. Jon mirando a la inmensa oscuridad frente a él. El bosque apenas se veía de noche. No había ninguna luz, tan solo el reflejo de la luna llena que dejaba intuir los troncos de los árboles. «Parece una animación de Tim Burton», pensó mientras retrocedía para coger la manta de pelo que tenía sobre el sofá. Su madre se encendió un cigarrillo y comenzó a deambular por la habitación más calmada, bajo la mirada de su marido, que había vuelto a subir el volumen de la radio.

—Entonces... ¿La casa es bonita? —preguntó amablemente.

—Mucho. Ya visteis los *render*, pues está más bonito aún —contestó de vuelta a la terraza.

—De los «prender» esos no te puedes fiar, que los retocan y luego nada que ver. Eso es como cuando ves anuncios de pisos que hacen las fotos como con una lupa que parecen el doble, vamos...

—Pues no es el caso, esto es realmente increíble. El espacio es una locura...

—Bueno, es una miniatura comparado con donde vivías, ¡no entrarás! —volvió a interrumpir su madre.

—Hubiera estado mucho mejor si hubiera conseguido comprar la casa de al lado, que es bastante más grande que la mía. Pero ya está hecho y es suficiente. Es preciosa y las vistas..., el aire... Es que no hay nadie, ni un solo ruido. Solo se escuchan los pájaros. Es una pasada.

—¿Y la ventana esa que querías tapar? —preguntó ella como si no hubiera escuchado nada

más.

Jon se giró hacia la ventana al escuchar a su madre. Volvía a estar a su espalda, como una presencia que le observaba inmóvil. Por un momento imaginó que hubiera alguien escuchando al otro lado y guardó silencio.

—¿Jon?! —exclamó su madre.

—Aquí sigue —contestó rápidamente, volviendo en sí—. A ver, es fea, muy fea —continuó Jon—. Pero lo bueno es que la propiedad lleva años sin dar señales de vida, así que por lo menos sé que nadie me dará el coñazo y realmente las vistas están al otro lado, no voy a mirar hacia allá. Julio ha puesto dos tumbonas enormes justo debajo y desde ahí lo de menos será la ventana de encima... ¡Es que no sabes qué vistas hay, mamá!

—Sí, sí, pero eso de que no haya nadie me da miedo, mira que si te pasa algo... Es que si tienes un accidente o te ocurre cualquier cosa, nadie se enteraría, ¡eh! ¿No tienes ningún vecino ni nada?

—Hombre, mamá, alguien habrá, abajo en el pueblo. No hay mucha cosa, pero lo suficiente para vivir bien.

Sus padres estaban al tanto de todo el secretismo que conllevaba su cambio de vida. Sabían que por nada del mundo debían desvelar la localización de la vivienda, pero no que no pensaba relacionarse con nadie. Si necesitaba algo o tenía alguna emergencia, acudiría a los pueblos cercanos, pero nunca al suyo. No podía arriesgarse a que se corriera la voz, supieran de su presencia, y su paz quedase truncada por el ansia de periodistas y curiosos.

—Pues a mí no me gusta que estés ahí solo, la verdad. ¡Y encima con tanto secretismo! ¿Qué es eso de que nadie lo sepa? Si te pasa algo, ni a la policía vas a llamar para que no se enteren de que vives ahí. Es que no es normal, hijo. No es normal.

—Mamá, ¿de verdad que te lo tengo que explicar? No quiero discutir. Soy adulto y si estoy solo es por elección. Es lo que quiero ahora, no me hagas sentir que es algo negativo porque no lo es y no me metas miedos porque es absurdo. No me va a pasar nada. Venga, voy a colgar, que estoy cansado, dale un beso a papá. Buenas noches y, por favor, aunque te cueste, ¡no le digáis a nadie dónde estoy!

Jon colgó fastidiado, sin dar oportunidad a que su madre se despidiera pese a que sabía que la dejaría preocupada. A veces se maldecía por no haber tenido otro hermano con quien repartir la excesiva atención que recibía. Dio una última calada al cigarro, lo apagó en el muro de hormigón visto y cuando estaba a punto de lanzarlo al vacío, cambió de opinión y se lo quedó en la mano para tirarlo dentro. Se dio media vuelta y cerró la cristalera sin percibir que en el interior de la casa vecina alguien se había pegado a la ventana y había escuchado el final de la conversación. Una respiración entrecortada quebraba ahora la tranquilidad de la noche.

Al entrar, Jon bajó las persianas quedándose casi a oscuras. Tiró la colilla en la basura de la

cocina y se dirigió a su habitación con cuidado de no tropezar por el camino. Dentro, la luz de la luna iluminaba la habitación. Bajó las persianas desde la aplicación de su móvil, que, gracias al sistema de domótica que había instalado, podía controlar el encendido y apagado de luces, persianas, aire acondicionado, hilo musical... sin necesidad de utilizar un mando o tener que hacerlo manualmente. Se tumbó en la cama y comenzó a revisar los mensajes y llamadas del móvil. Entre las perdidas, como era de esperar, estaba el número de Julio. «Gracias por ocuparte de todo, la despensa es muy top. Mañana te hago videollamada. Sorry», le escribió Jon en un mensaje. Puso el modo silencio y cerró los ojos con el propósito de acabar el día de inmediato. En ese instante en el que evitaba por todos los medios el bombardeo de pensamientos al que se sometía habitualmente, se aplaudía por el acierto que había sido no haber visto la serie.

Unos fuertes golpes retumbaron a lo lejos, interrumpiendo el sueño de Jon, que se incorporó de golpe, asustado y desorientado. Al abrir los ojos se encontró con la habitación completamente a oscuras. Permaneció atento unos segundos, pero no escuchó nada más. Aún desconcertado, volvió a dejarse caer sobre la cama y cerró los ojos.

Al día siguiente, la luz de la mañana entraba levemente bajo la puerta corredera. Jon seguía en la cama con los párpados cerrados hasta que, de pronto, el sonido de un timbre le obligó a abrir los ojos de golpe. Alguien llamaba al telefonillo sin parar, debía de llevar un rato, pensó Jon, cuando al mirar el móvil se encontró con seis llamadas perdidas de su contacto de la mudanza.

—¡Mierda! —exclamó al tiempo que saltaba de la cama con el corazón desbocado. Se puso el chándal que había dejado sobre la colcha y salió de la habitación.

El timbre seguía sonando hasta que por fin alcanzó corriendo el telefonillo. En la pantalla se veía la imagen de la persona que estaba llamando, pero el tipo miraba hacia abajo y apenas se le veía la cara.

—¡Sí! —exclamó Jon, jadeante.

—¡La mudanza! —gritó el hombre.

—¡Sí! Ya voy —respondió Jon, que se colocó la gorra bien calada, para que incluso sus cejas quedaran ocultas.

Bajó en el ascensor que, entre la vivienda y el garaje, paraba directamente en la calle. La puerta de hierro industrial se abrió y apareció Jon con los ojos aún hinchados.

—Buenos días —dijo, cruzando los dedos para que no le reconocieran.

Frente a él había aparcado un camión grande de mudanzas con las puertas abiertas; el hombre del telefonillo, de unos cincuenta años y complexión ruda, y dos chavales le miraban boquiabiertos. ¡Mierda! —pensó Jon—, ya está, ni un segundo han tardado en saber quién soy. Pero, para su sorpresa, era la apertura de la puerta lo que había llamado su atención: se esperaban una entrada convencional que diera paso a un descansillo o similar, no que fuera el acceso directo al ascensor. Nunca habían visto algo de apariencia tan vieja por fuera y tan moderna por dentro.

—Ya pensábamos que no había nadie —dijo el hombre, que, sin disimular, hizo un repaso a Jon de arriba abajo.

Era evidente que era el jefe, no solo por sus aires de grandeza, sino porque mientras él estaba

parado, los otros dos chavales iban sacando cajas de la parte trasera de la furgoneta y amontonándolas a un lado. Los dos chicos eran muy parecidos: muy altos y delgados. Pero uno de ellos llamaba más la atención por la cantidad de tatuajes que tenía por los brazos y el cuello. Jon odiaba los tatuajes, consideraba que eran una muestra de debilidad. Quienes los tenían siempre argumentaban que se los habían hecho por algo especial, para sentirse auténticos, diferentes. Pero él pensaba que era por todo lo contrario, lo veía como una manera de encajar, de ser aceptado, de una reafirmación innecesaria: por mucho que la gente se currara el diseño, que marcaba la diferencia de la que tanto alardeaban, al final los tatuajes respondían a los mismos cánones estéticos, que varían por décadas, y todo el mundo acababa igual. Estaba convencido de que no eran más que modas, alienaciones.

—Perdone, no sé qué me ha pasado. Si siempre me levanto prontísimo...

El jefe de la mudanza no le prestó ninguna atención y se dio la vuelta para seguir dirigiendo la operación. Jon observaba cómo iban bajando sus cosas, con gesto de dolor cada vez que daban un golpe a alguna de las cajas.

—Su amigo nos dijo que podíamos usar el ascensor, ¿verdad? —preguntó retóricamente el jefe, lanzando una mirada llena de escepticismo a la fachada de piedra.

—Sí, sí, claro. ¿Quieren ir subiendo ya las cosas? —respondió amable Jon.

Aunque tuviera ganas de mandarles a la mierda, debía mostrarse encantador por si se daba el caso de que necesitara suplicarles que no dijeran nada. Pese al contrato que habían firmado, no se fiaba un pelo.

—No. Igual prefieres que te las dejemos aquí amontonaditas —respondió el hombre con sarcasmo.

Jon tuvo que morderse la lengua mientras veía cómo le adelantaba empujando el carro con las primeras cajas. Entornó los ojos y metió la llave en la pequeña cerradura. El ascensor se abrió inmediatamente. Dejó pasar al hombre y entró detrás de él. Sus ojos se clavaron en su nuca y pensó en lo sencillo que sería agarrarle fuerte del cráneo y estamparlo contra la pared de un golpe seco. Había rodado tantas secuencias similares que no podía evitar imaginárselo con todo lujo de detalles. El ascensor era considerablemente amplio, pero no lo suficiente como para que la distancia entre ambos no resultara violenta. Jon bajó la mirada y el hombre aprovechó para mirarle con mayor descaro.

—¿Te hemos hecho ya otra mudanza antes? —preguntó.

—Qué va, es la primera mudanza que hago con una empresa en condiciones —respondió Jon, algo intimidado.

—Pues yo te conozco... ¿No serás amigo de Juanito, mi hijo? Es como yo, pero sin bigote. Trabaja de encargado del Leroy Merlin de San Sebastián de los Reyes...

—No, qué va. No conozco a ningún Juanito. —Llevaba poco tiempo en Madrid.

Cuando ya creía que nunca iba a ocurrir, la puerta del ascensor se abrió. Jon respiró aliviado. El hombre puso la misma expresión de un niño recién llegado a Disneyland.

—¡La madre que me parió! —exclamó el jefe de la mudanza, al ver la casa por dentro, mientras le adelantaba con el carro. Jon reaccionó rápido y, antes de que el hombre pudiera avanzar, se interpuso en su camino. No había dado más que un par de pasos, pero eran los suficientes para sentir que invadía su espacio.

—Mejor dejen las cosas por aquí y ya después las voy colocando yo —dijo con tono más imperativo.

—¡Coño! Ya sé de qué te conozco, ¡El de la tele! ¡Eres el de la tele! ¡Si ayer te estuve viendo! ¡Joder, si llevamos toda la vida viéndote en casa y voy y te tengo enfrente y no te conozco!

Jon se maldecía en silencio por haberse puesto más duro, estaba claro que eso le había delatado. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¡Joder!

—¿Porque eres tú, verdad? Sí, eres tú.

El hombre lo miraba sobreexcitado. Por un momento pensó que le iba a levantar la gorra, como le hizo una mujer que se lo encontró durmiendo sentado en su asiento en un AVE. Intentó pensar una buena excusa, un plan B, pero era evidente que ya no había marcha atrás. Mejor ganarse su complicidad para garantizarse su discreción. Así que terminó asintiendo con una sonrisa forzada, arrepentido de no haberse deshecho de él en el ascensor.

—¿Y... es verdad que se acaba la serie? —preguntó el hombre mientras bajaba las cajas del carro.

Jon asintió con la misma cara de circunstancia.

—Joder, pues es una pena porque es buenísima. ¡Qué hijo puta, cómo te los cargas a todos! Pero ¿por qué se acaba? Si podría durar toda la vida, ¡eh! ¿Por qué se acaba?

Jon tragó saliva y mintió sin apenas titubear.

—Son muchas cosas... La productora, la cadena, los acuerdos y líos entre ellas. Esto se supone que no lo puede saber nadie: al final no sale tan rentable hacerla. Pero, por favor, guárdeme el secreto, eh —dijo Jon cómplice, consciente del tanto que se acababa de marcar.

El hombre que acababa de dejar la última caja contestó mientras entraba en el ascensor:

—Por supuesto, pero, vamos, que hay que joderse... ¡Con la de mierdas que hay en la tele!

La puerta del ascensor se cerró. Jon se quedó solo. La ansiedad se adueñaba de él. Miró la cajetilla de tabaco que dejó sobre la barra. La agarró y la tiró a la basura. Tenía que mantener el control y no dejarse superar. Volvió hacia el ascensor, pero antes de entrar, tocó la pantalla táctil donde estaba el telefonillo entre las distintas opciones de control de la estancia. Por la cámara se veía al hombre girado hacia los dos chavales que subían cajas al carro. Jon activó el modo escucha.

—El de la tele..., ¡el psicópata! —decía el hombre a voces.

El jefe de la mudanza no había esperado a que se cerrara la puerta del ascensor para largárselo todo a sus compañeros.

—¿¡Fran?! ¡Menudo crack! —exclamó de inmediato el tatuado.

—¡Hostia! Si lo vi anoche... —gritó el otro.

—¡Y yo! Por eso flipábamos con todo lo de no contar nada —intervino de nuevo el otro chaval—. ¡¿Y qué hace viviendo aquí, si parece la casa del pueblo de mi abuela?! —continuó.

—No has visto cómo es por dentro, vas a alucinar... ¡Cómo viven los famosos! ¡Qué cabrones! Ahora la veis —dijo el jefe.

Jon dejó de presionar la pantalla. Volvía a estar muy nervioso, algo se desataba en su interior. Aquella alerta que saltaba cuando el control que tenía sobre las cosas estaba en peligro. Cuando todo lo planeado minuciosamente se tambaleaba. Volvió a tomar aire, fue hasta la basura y rescató la cajetilla que acababa de tirar. Antes de encenderse el cigarro ya estaba de vuelta. Sin embargo, en lugar de presionar el modo escucha, pulsó para poder hablar con ellos y, muy amablemente, les pidió que solo fuera el hombre quien subiera el resto de cosas. Tenía clarísimo que, por sus cojones, nadie le iba a cotillear de manera tan descarada en su propia cara. Se hizo un silencio abajo y por la pantalla vio cómo entre ellos se lanzaban miradas y gestos. «Son tan tontos que no saben que puedo verlos», pensó. A Jon le daba exactamente igual que dijeran que era muy especialito. Al fin y al cabo iban a acabar diciéndolo igualmente, era el morbo de pensar que todos los actores o «famosos», como también los llamaban, eran gilipollas. Jon se instaló en la barra para no perderse detalle de la operación y poder controlar que no se saltaran ninguna orden. Cogió su ordenador portátil y se puso unos auriculares en los oídos para no dar pie a ninguna conversación.

Seguro que no quiere que subamos los tres y le coloquemos las cajas en un periquete? No tardamos nada y está en el precio —dijo el jefe de la mudanza que desde que le había reconocido parecía Heidi.

Jon estiró la mano para darle un sobre. Odiaba cuando alguien se comportaba de esa manera: de primeras como un capullo y cuando caían en quién era, de pronto, superamable. Le producía muchísimo asco.

—Seguro. Así está bien, Gracias —replicó Jon, controlándose.

Los dos chavales le miraban como si fuera el papa, mientras que su jefe contaba los billetes. Jon los observaba de refilón evaluando qué probabilidades había de que soltaran todas «las rarezas» y si debía intervenir.

—La gente le tiene que dar mucho el coñazo, ¿no? Ya he visto que le tienen bien *vigilao*... Es que mira que a la gente le gusta bien *de* cotillear. *Toel* día de palique.

Por si fuera poco, además de molesto, aquel hombre era el mejor ejemplo del clásico cotilla que pensaba que, señalando a los demás, él quedaba libre de pecado. Cuando Jon tenía más que comprobado que solía ser a la inversa: el que más lo denunciaba acababa siendo el peor de todos. No fallaba, pensó mientras el hombre seguía hablando.

—Lo digo por sus vecinos. Que seguro que estarán pendientes de lo que hace y deja de hacer. ¡Que también..., vaya faena, mudarse y que empiecen los de al lado con obras!

—¿Perdón? —contestó Jon extrañado.

—Lo digo por los golpes. Sus vecinos han estado toda la mañana dale que te pego. Habrá escuchado también algo, porque menudo escándalo, ¿no?

Jon no había oído nada porque había estado todo el tiempo con los auriculares puestos viendo series y vídeos en YouTube; sin embargo, el recuerdo de un fuerte estruendo le vino a la mente como un instante difuminado, como un mal sueño y, entonces, se acordó de que durante la noche se había despertado de golpe, pero se había vuelto a dormir. Jon se quedó paralizado. ¿Había alguien en la casa de al lado haciendo ruidos? ¿Estaban de obras como aseguraba el jefe de la mudanza? Pero ¿quién? ¿Habían vendido la casa? ¿Por qué ahora? ¿Se había despertado en mitad de la noche por el follón que organizaban? Jon puso freno a sus pensamientos. Estaba convencido de que se trataba de una confusión.

—Es imposible, ahí no vive nadie. Se habrá caído alguna piedra en el interior por el aire, que

estas casas están...

—Pues será eso, que, estando como están, hay que arreglarlas. Pero yo le digo que había alguien dando golpes —insistió el hombre—, se acabarán de mudar también. Ya se pueden andar con cuidado, eh —dijo en tono jocoso.

Los chavales se rieron, Jon sonrió por obligación, mientras que el jefe terminaba de contar el dinero.

—Gracias, ¿si necesita algo del Leroy Merlin me lo dice, que mi Juanito también es ídolo suyo!

Los chicos se rieron como hienas, mientras que Jon lo hizo para sus adentros. Aunque resultara increíble, no era la primera vez, aunque sí esperaba que la última, que escuchara que un admirador/a en lugar de ser fan suyo era su ídolo. Era el mundo al revés.

—Lo haré. Muchas gracias —le contestó mientras le tendía la mano.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? Para una vez que vemos a un famoso... —preguntó el chaval sin tatuajes.

Una foto. Genial. Recién levantado, en chándal y en la puerta de su nueva casa: no había nada que pudiera joderle más en ese momento. Y eso que no era por la foto en sí, que también. Sino porque, aunque estaba en su derecho de negarse, más aún habiendo un contrato de confidencialidad de por medio que implicaba cierta discreción (algo que por supuesto aquellos tipos ni se habían planteado), a Jon no le quedaba más remedio que hacérsela. Todo volvía a estar en las manos de esos gañanes: si no se hacía la foto, le pondrían a caldo y tardarían segundos en contárselo a todo el mundo; y si se la hacía, lo harían igualmente aunque disminuían las probabilidades.

—Claro, pero nos ponemos con el paisaje de fondo y con la condición de que me guardéis el secreto, como viene en el contrato —contestó Jon con la misma seguridad estudiada que forzaba cuando le entrevistaban.

—Por supuesto, ¿por quién nos toma? —intervino el hombre orgulloso.

Los chavales se colocaron rápidamente junto a Jon, cada uno a un lado, agarrándole como si fueran colegas de toda la vida y se hicieron un *selfie* con la cámara del móvil.

—Mira, yo me voy a hacer una también por mi hija, que le hará ilusión —dijo el hombre acercándose—, pero nos la sacáis vosotros, que yo en los «chelfis» esos salgo muy mal. No me gustan.

Los dos chicos se rieron de su pronunciación. «Piensa que van a ser las últimas en mucho tiempo», se decía Jon para no desesperarse. El chaval tatuado les hizo la fotografía y los tres se subieron a la camioneta.

—Y yo con la gorra sin saber quién era, jejeje —gritó el hombre ya sentado en el camión, con la ventanilla abierta.

En cuanto se alejaron lo suficiente, Jon relajó la sonrisa de circunstancia. Se quedó solo, parado, pensando en lo que acababan de decirle: «Lo digo por los golpes. Sus vecinos han estado toda la mañana dale que te pego». ¿Tendría razón? ¿Estarían haciendo obras? ¿O se acabarían de mudar también, como habían dicho? No. Era imposible, no tenía ningún sentido. Durante el tiempo que había durado su obra ninguno de los obreros o Julio habían visto o escuchado nada. Le habrían informado. Ponía la mano en el fuego por que por dentro la casa vecina tenía que caerse a pedazos como la suya cuando la compró. Era inviable entrar a vivir en esas condiciones sin hacer una reforma. Y aún más imposible hacerla sin camiones, maquinaria ni contenedor para los escombros. ¿Dónde estaban los obreros, el tumulto que se formaba, los coches y camiones aparcados en la entrada? No había nada de nada, pero ¿entonces? ¿Qué eran esos ruidos de los que hablaban? ¿Quién y por qué los estaba haciendo? ¿Y por qué justo ahora, después de meses de intentar ponerse en contacto con la propiedad? Jon se dio media vuelta y se acercó hasta la puerta contigua a la suya. Era de una madera imponente, aunque estaba muy deteriorada y astillada. Tiró del pomo para intentar abrir, pero estaba cerrado. Justo encima, a la altura de los ojos, había una mirilla oxidada a la que le faltaba el cristal. Pegó el ojo tratando de ver algo, pero era imposible distinguir nada con nitidez: tan solo al fondo se apreciaba la misma piedra que en la fachada exterior, y, a la izquierda, justo al lado, el comienzo de una escalera. Por un momento Jon se vio desde fuera y se sintió ridículo. ¿Qué estaba haciendo violando la intimidad de la propiedad privada de alguien? Actuando exactamente como odiaría que hicieran con él. ¿Cómo había acabado haciendo caso a aquellos tipos que ni conocía y que seguramente se estaban divirtiendo a su costa? Se sintió de lo más pardillo. Podía verlos mirándole en ese mismo instante, descojonados por haber conseguido tomarle el pelo. Jon negó con la cabeza varias veces y se dio media vuelta de camino a su casa.

Una veintena de cajas abiertas inundaban el suelo del salón. Jon iba sacando poco a poco sus pertenencias y las apilaba en distintas zonas, mientras disfrutaba de una copa de buen vino. De fondo, en el hilo musical, sonaban los grandes éxitos de Norah Jones. Conforme iba deshaciendo cajas, Jon se sentía orgulloso de sí mismo por haber sido capaz de prescindir de tantas cosas y llevarse solo las pertenencias que realmente iba a necesitar. Había censurado cualquier elemento que tuviera una excesiva carga sentimental o que le transportara a otros momentos que entorpecieran su cometido. Cada prenda, cada objeto, debía cumplir su simple y única función de una manera neutral. No debía debilitar sus expectativas. Sin embargo, en una de las cajas se encontró con algo que tiraba por tierra todos los logros por los que se autofelicitaba: alguien había metido algunos de sus premios, entre las sudaderas y la ropa de deporte. Al ir sacándolos se dio cuenta de que faltaban muchos, solo habían guardado los más importantes: el Fotogramas de plata, el TP de oro, el GQ al hombre del año, el Ondas... En total sumaban una decena, y el culpable no podía ser otro que Julio. Solo él era capaz de hacer una selección tan exhaustiva en cuanto a la importancia de cada uno de ellos y, además, era el único capaz de jugar con fuego de esa manera sin temor a quemarse. Si esto hubiera ocurrido unos días atrás, Jon habría entrado en cólera, pero en ese momento de relax en el que, por fin, empezaba a disfrutar, la artimaña de su amigo se transformaba en un bonito gesto que le producía ternura. Al fin y al cabo en las chapas no ponía Fran, o *Killing neighbors*, sino su nombre: Jon Márquez. Él había ganado esos premios, con su esfuerzo y su constancia. «Por haber sido capaz de meterse en la piel de un personaje tan radical, tan distinto a él», se dijo a sí mismo dando un largo trago de vino. Justo en ese momento recibió un mensaje en su teléfono móvil. Lo miró y sonrió al ver que precisamente era su amigo el que escribía. El texto estaba acompañado por una fotografía en la que se veía a Julio, unos años mayor que él y bastante menos agraciado, con su pelo canoso peinado hacia atrás y su barba de tres días, poniendo cara de puchero. «¿No me vas a contar qué tal ha ido todo? ¿Te has cargado a los de la mudanza o qué? ¡Ayer barrimos con seis millones de espectadores! Hoy lo repiten a las 23:30. No seas tonto y velo. Ya está todo hecho, piénsalo así y ¡llámame cabronazo!», decía el mensaje. Jon esbozó una pequeña sonrisa. Julio siempre conseguía darle la vuelta a la tortilla. Jon le había llamado nada más subir, después de que se fueran los de la mudanza, pero no tuvo respuesta. Probablemente su amigo había visto la llamada tarde y había decidido mandarle el mensaje. Siempre se las apañaba para que le fuera imposible enfadarse con

él. Volvió a tomar otro sorbo de vino cuando escuchó un fuerte golpe que le produjo una taquicardia. Algo había chocado contra la cristalera que daba a la terraza. Le había pillado tan de sorpresa que se quedó parado unos instantes con el corazón en la garganta. Apagó la música desde su móvil, al tiempo que se levantaba para comprobar el motivo de aquel estruendo. Al otro lado del cristal había un pájaro negro, parecido a un cuervo, dando botes en el suelo. El animal parecía tener convulsiones, pequeños espasmos. Cada vez que tenía uno soltaba una especie de grito grave, lleno de dolor. Un alarido que a Jon se le incrustaba en los tímpanos. El ave movía la cabeza rápidamente hacia los lados, con la mirada perdida, hasta que de pronto clavó la vista en él. A Jon se le atragantó el aire. Pocas veces antes le habían mirado con tanta determinación. Era como si el animal pudiese ver a través de él, como si sus pupilas hubieran entendido su verdadero ser. Jon tuvo que frenar su impulso de aplastarlo en ese mismo momento. Los movimientos del animal fueron disminuyendo poco a poco, al igual que sus quejidos. Él seguía de pie con la mirada perdida, hasta que unos golpes le devolvieron a la realidad. ¿Qué coño era eso? Se puso en guardia, con todo el cuerpo en tensión, como los animales que afilan todos sus sentidos cuando perciben el menor indicio de que pueden ser atacados. Pero los sonidos se evaporaron de repente. Pese a que puso toda su atención, fue incapaz de diferenciar bien de dónde procedía el ruido, pero algo le decía que únicamente podía venir de la casa de al lado. Sintió un cosquilleo en el estómago solo de pensarlo. Cuando estaba a punto de volver a cerrar la cristalera, escuchó otro impacto, esta vez algo más discreto, y, después, como si alguien arrastrara algo, o eso le pareció. Duró tan pocos segundos que otra vez no pudo precisar de qué se trataba. De lo que sí estaba seguro era de que esa vez, sin ninguna duda, provenía de la ventana que daba a su terraza. Jon palideció y, sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia ella. La ventana quedaba por encima de él. Sin hacer ruido arrimó una de las dos tumbonas de diseño que tenía colocadas de cara a las vistas. Se subió a ella e intentó mirar entre los tablones cruzados y pegados con clavos oxidados que sobresalían. Al fijarse de más cerca descubrió que en la esquina inferior derecha, entre dos lamas, había un hueco: un agujero del tamaño de un puño cerrado. Jon se puso de puntillas y pegó el ojo derecho. El interior estaba muy oscuro, pero, por suerte, aún era de día y la luz que se colaba le permitió ver algo tirado en el suelo. Era una pata de un mueble de madera y, al fondo, la pared era de la misma piedra que había visto en el portal de la entrada exterior. Siguió haciendo esfuerzos para ver si descubría algo más, pero todo estaba muy negro y le era imposible diferenciar con claridad. Jon pegó su cara lo máximo que pudo cuando, de pronto, algo apareció frente a él: una especie de mata de pelo sucio y grisáceo. Fue tal el susto que se pegó que, del brinco que dio hacia atrás, por poco se cayó al suelo. Jon recobró la respiración alejado de la ventana. Al otro lado se empezó a escuchar un gemido extraño, ¿era un gato? Mil veces le había despertado por la noche el gato de sus vecinos cuando era pequeño, aullando de la misma manera en la que sonaba el llanto de un bebé. Se le ponían los pelos de

punta solo de acordarse. Se bajó de la tumbona alejándose aún más. Los sonidos guturales medio afónicos siguieron un par de minutos más hasta dejar de escucharse. Jon había pasado largas temporadas en Nueva York durante las vacaciones que tenían entre la grabación de las primeras temporadas de *Killing neighbors*, cuando aún disponía de tiempo libre para él y los compromisos profesionales no le tenían atado día y noche. En una de sus estancias estuvo viviendo en la zona de Prospect Park South, que, como su nombre indicaba, se encontraba en la parte sur de Brooklyn. Un barrio verde, pegado al majestuoso parque Prospect Park, compuesto en su mayoría por casas independientes de varias plantas con jardín. Una noche, Jon bajó al porche de la vivienda en la que había alquilado una habitación y que compartía junto a dos estudiantes franceses con los que apenas tenía relación. Se había convertido en una costumbre fumarse un cigarro tranquilamente al aire libre antes de irse a dormir, cuando se encontró cara a cara con un mapache. El animal, que tenía un tamaño considerable, estaba subido al cubo de basura, que dejaban junto a la entrada para que lo vaciaran, y cogía una caja con restos de cereales con las dos manos. Al ver a Jon, comenzó a gritar de una manera muy aguda con la misma expresión que ponen los vampiros de las películas antes de morder a sus víctimas. El chillido era desmesurado y tardó tiempo en borrarlo de su cabeza. Pero ahí estaba de nuevo. ¿Sería algún tipo de animal salvaje el que estaba ahí metido? ¿Alguno que hubiera conseguido colarse por algún lado y ahora no consiguiera salir? ¿Sería ese el origen de los dichosos ruidos? Jon le daba vueltas a la cabeza. El viento soplaba cada vez más fuerte y pasó de resultar liberador a muy molesto. El frío comenzó a subir por sus pies descalzos hasta abrazarle todo el cuerpo. Volvió al interior a paso ligero y cerró las cristaleras. Al entrar, le invadió una terrible sensación de indefensión y tuvo el impulso de llamar a Julio y preguntarle qué cojones ocurría en la casa de al lado, si la habían vendido o qué, porque él no paraba de escuchar ruidos. Pero, conforme pensaba en lo que le iba a decir, ya fuera por teléfono o por mensaje, se dio cuenta de lo histérico y ridículo que sonaba. No debía precipitarse y sacar las cosas de quicio, pensó. Finalmente decidió no involucrarle y responder al mensaje que le había enviado su amigo: «Te llamé antes, no tengas morro. Asegúrate de que los de la mudanza no dicen ni mu, que me han reconocido. Todo bien. Mañana hablamos». El tono que había utilizado no era para nada representativo del estado en el que se encontraba. Se sentía intranquilo. ¿Debería llamar a los de la inmobiliaria? Sí, eso era. Tenía que hacerlo antes de meter la pata con Julio y cagarla haciéndole pensar que el retiro no le sentaba nada bien. Sí, debería llamarlos primero a ellos para ver si sabían algo y para que le confirmaban que todos sus temores eran infundidos. Porque ¿no creía que fueran a ser tan hijos de puta de habérsela vendido a otra persona sin ofrecérsela antes a él! ¿Y si le habían utilizado para revalorizar la propiedad?! No se atreverían a quebrantar su pacto de confidencialidad... Jon estaba sudando, y cuando se disponía a limpiarse con la mano se percató de que llevaba un rato dando vueltas sin parar. Frenó y se quedó parado, a oscuras, en mitad del salón. Intentó calmarse.

Seguro que no sería nada, pero no podía evitar alterarse. «Comprar veneno para ratas», se repitió varias veces antes de acostarse.

A la mañana siguiente, Jon llamó a la inmobiliaria nada más empezar el horario comercial. Se había despertado en plena noche bañado en sudor, con la voluntad de hacerlo, pero no le había quedado otra opción que esperar. Aunque se le estaba haciendo eterno, intentó engañar a los nervios desayunando, duchándose y colocando algunas cosas. A los pocos segundos de dar señal por fin había alguien al otro lado del auricular. Jon se presentó y le pasaron con la persona que le había conseguido la casa. Jon daba vueltas por el salón mientras le explicaba lo ocurrido. El sol entraba de lleno por la cristalera doble que daba a la terraza y había corrido las lamas de estilo oficina de los años cincuenta para evitar que los rayos le cegaran. Aun así lanzaba miradas furtivas hacia la ventana por los espacios que quedaban entre ellas.

—Le digo que no soy solo yo. Los que me hicieron ayer la mudanza me aseguraron que había alguien dentro de la casa dando golpes fuertes sin parar, como tirando algo abajo —explicaba Jon con efusividad.

—Pero ¿usted dice que no lo escuchó? —preguntó de manera retórica la mujer de la agencia.

Jon estuvo a punto de explicarle las razones, pero no tenía tiempo que perder, necesitaba respuestas.

—No —contestó finalmente.

—De acuerdo, y... ¿no sería algún fotógrafo que hiciera ruido tratando de hacer fotos? —preguntó la mujer.

—¿Un fotógrafo? ¿Dentro de la casa de al lado? ¿Me puede explicar cómo se hubiera podido enterar un fotógrafo de que vivo aquí si ni los de la mudanza sabían que era yo el inquilino? —contestó con ironía Jon, que enfatizaba la palabra «fotógrafo» cada vez que la pronunciaba—. Porque sinceramente a mí solo se me ocurre una manera de que se hubiera podido enterar.

La mujer de la inmobiliaria se quedó en silencio. La indirecta había llegado como una flecha.

—¿Tiene usted a mano nuestro contrato? —continuó Jon con la misma determinación.

—Puede estar seguro de que lo tengo tan claro como usted —contestó ella con autosuficiencia.

—Créame que si fuera la prensa me habría dado cuenta. Es algo extraño; la casa está siempre cerrada, pero se oyen ruidos, golpes... Puedo confiar en que no han vendido la propiedad, ¿verdad? Sabe que podría demandarlos.

—Me está ofendiendo usted, señor Márquez —contestó tajante ella—. ¿No será algún animal? Algún pájaro, un gato... —continuó e hizo otra pausa—. Quizá debería usted desratizar.

Jon hizo un silencio: no podía confesarle a la mujer que había visto el pelo de un animal dentro de la casa y mucho menos el episodio con el cuervo o le tomaría por loco.

—Necesito saber que nadie vive ahí, que me confirme que no han vendido la casa.

—Señor Márquez, le aseguro que antes de que usted se interesara por la propiedad ya sabíamos cien por cien que nadie vivía en ella. Los propietarios murieron hace veinticinco años en un accidente de coche.

—¿En un accidente de coche? —preguntó Jon sorprendido—. ¿Por qué nadie me lo había dicho hasta ahora? —continuó.

—Nosotros nos caracterizamos por nuestra discreción. La misma que usted nos exige. Creímos que sería más agradable que no conociera los detalles escabrosos, pero no me ha dejado usted opción. Nadie ha podido comprar esa propiedad, se lo aseguro. La propiedad actual se niega en rotundo a desprenderse de ella. Qué más hubiéramos querido nosotros que habérsela podido ofrecer a usted.

Jon trataba de digerir lo que acababa de escuchar, sin saber si se trataba de algo importante o si simplemente le molestaba el hecho de que no le hubiesen contado toda la verdad.

—Intentamos contactar con quien la heredó cuando usted nos lo pidió para ver si podíamos construir una piscina y dar más metros, como usted quería —continuó la mujer—, pero ya antes nos habíamos interesado en ella y en todas las ocasiones nos fue imposible. Lleva más de diez años cerrada y pese a que están al día de pagos e impuestos, es casi imposible contactar con el actual propietario. Hágase a la idea de que esa casa está abandonada. No tienen intención de venderla ni de ponerla de nuevo en marcha. Se lo aseguro.

Jon miró a las ventanas pensativo.

—Ya le digo que habrá sido algún animal, en esas zonas campan a sus anchas. O alguna viga o piedra que se haya caído, no le dé más importancia —continuó—. De todas formas, si volviera a tener otro incidente, por favor, no dude en contactarnos. Nosotros siempre estamos a su disposición para lo que podamos ayudarle —dijo la mujer dando por finalizada la conversación.

—Gracias —respondió Jon rendido. Se separó el teléfono de la oreja y colgó con gesto dubitativo.

Ojalá se tratara de algo tan simple, pero algo le decía que no podía ser tan sencillo. Si así fuera, ¿por qué no podía quitarse la sensación de que en esas cuatro paredes contiguas a las suyas sucedía algo que amenazaba su tan anhelada calma? Jon seguía con la mirada puesta en la ventana, sumergido en un mar de dudas, cuando tuvo la impresión de que era ella la que lo miraba a él y no al contrario. Un sexto sentido le decía que alguien lo observaba en la sombra.

Antes del anochecer Jon decidió salir a correr. Se sentía atrapado en sus pensamientos: «Accidente de coche, nadie daba con el actual propietario, casa abandonada». Las curvas de la carretera por la que condujo al llegar serpenteaban en su mente. No podía desprenderse de aquel runrún que le decía que algo se estaba torciendo. Tenía que sacar toda esa adrenalina que le subía por el pecho hasta la garganta. Se puso las zapatillas de correr, la gorra, una sudadera con capucha y salió con decisión. Empezó a descender a buen ritmo por un sendero que desembocaba en un camino de subida hacia una de las laderas que quedaban entre su casa y el pueblo, pero a mayor altura. Para su sorpresa, tardó mucho menos de lo que esperaba en subir a la cima, teniendo en cuenta que en las últimas semanas había tenido que interrumpir su estricta rutina de entrenamiento. Se acabó asociar el deporte al trabajo: ya no tendría que estar tonificado siempre por temor a que se sacaran de la manga otra secuencia semidesnudo que no aparecía originalmente en el guion. Desde que dejó la serie solo había recurrido al ejercicio para desfogarse y sacar la rabia contenida, como ahora, que la incertidumbre le devoraba por dentro. Por eso corría rápido y cada zancada se multiplicaba por dos. Una vez llegó a lo alto, disfrutó de la grandeza del momento. Había batido su récord de velocidad, según indicaba su reloj, que medía los kilómetros, los pasos y la frecuencia cardíaca, entre otras muchas cosas. El pecho le palpitaba fuerte, triunfante. Dio una bocanada de aire fresco y cerró los ojos un instante, dando un respiro a su cuerpo. Después hizo una rueda de reconocimiento: el pueblo se veía muy pequeño y, conforme el sol desaparecía, empezaban a verse las primeras luces de las casas que, a esa distancia, parecían luciérnagas. Siguió contemplando el paisaje hasta dar con su casa, situada en una colina por encima del pueblo, pero por debajo de donde se encontraba. Entre medias de las dos. Desde ahí daba aún más impresión ver cómo la parte de la terraza daba totalmente a un precipicio. Era espectacular, pero la construcción parecía insignificante ante tal caída; uno podía pensar que cedería ante el menor vendaval. Desde ese ángulo su casa parecía casi una caja de cristal, totalmente opuesta a la fachada de ladrillo viejo de la entrada, al otro lado. Le gustó comprobar cómo los cristales no dejaban ver nada del interior. Se quedó observando con mayor precisión, hasta donde su vista le permitía. Lo suficiente como para ver el detalle de la ventana que daba a su terraza. ¿Qué escondía en su interior que tan mala espina le daba? Una fuerte ráfaga de viento le movió del sitio. Agarró los pies al suelo y sacó el móvil del bolsillo para llamar a Julio.

—¡Hombreee!, ya pensaba que te habías convertido en un monje budista o algo así y te habías olvidado de mí —contestó su amigo con alegría.

—Sí, tengo yo una vocación de budista... Perdona por no haberte llamado, ya sabes...

Julio estaba sentado en un sofá de cuero de su salón de diseño. Un flexo de casi dos metros le iluminaba la revista *Vogue* masculina que tenía apoyada sobre las rodillas.

—Ya, ya sé. ¿Escuchaste mi mensaje? ¿Viste la serie? Dime que la viste.

—¿Para qué me preguntas si ya sabes la respuesta? No quiero hablar de la serie. Te llamo porque ahora mismo estoy donde quería estar. No sabes qué increíble es esto. Parece que estoy en otro mundo. Las vistas, cómo huele todo...

—Es lo que tiene no haber pisado el campo en tu vida, pero, vamos, me imagino. La casa espectacular, ¿no?

—Muy.

—Y ¿qué me dices de la despensa que te he preparado?

—Muy top.

—De nada, ¿eh? —dijo Julio con retintín.

—Gracias. Lo de tinter los cristales fue un acierto. Gracias por todo, por ocuparte de las obras, de la mudanza...

—Me merezco el cielo. No creo que vuelva a cambiar ni un grifo en mi casa. ¡Qué pesadilla, la obra! Creía que iba a perder el poco pelo que me queda, pandilla de sinvergüenzas... Luego nos quejamos de los del mundillo, pero vamos... En fin, ¿llegó todo ok? ¿Te rompieron algo? Que tenían una pinta de brutos...

—Bien, bien. Me queda alguna cosa aún por sacar, pero estaba todo bien. Lo malo es que me reconocieron.

—Bueno, no pasa nada.

—Sí, sí pasa. Se trata de que nadie sepa que estoy aquí. Mira que si le venden la info a la prensa..., si se enteran..., todo se iría a la mierda. No quiero ese infierno otra vez. No lo quiero —contestó Jon alterado—. ¿Cuándo pensabas decirme lo del accidente de coche de la gente que vivía en la casa de al lado? —continuó.

—¿Para qué? —contestó tajante su amigo—. ¿Qué hubiera conseguido con eso aparte de ponerte como una moto cuando en realidad no repercute en nada? Esa casa está abandonada, nadie aparte de ti tiene ningún interés en ella. ¿Qué pasa, que te acojona pensar que hay fantasmas o qué? ¿Es eso? ¡Eh, *cagao*! No digas gilipolleces...

Los dos se quedaron en silencio. Ya era prácticamente de noche y las ventanas iluminadas de las casas del pueblo parecían un reflejo de las estrellas que había en el cielo. Julio tenía razón, disponer de esa información solo hubiera hecho que dudara más a la hora de tomar la decisión.

—Me jode un montón que me traten así —señaló Jon, cambiando de tema—. ¿Sabes que al

principio los de la mudanza no sabían que era yo y me trataron como una mierda? Eso sí, en cuanto me reconocieron, de repente, majísimos: que veían la serie y todo el peloteo. No vale eso. No me vas a caer bien porque veas la serie. ¡Estoy hasta los cojones ya de la serie!

Julio siguió en silencio. Nada de lo que mencionaba era nuevo.

—Lo siento —añadió Jon—. No quería hablarte así. Es que no puedo evitar irritarme.

—Jon, vamos a hacer una cosa: descansa, relájate..., piensa en el principio de nuestra conversación. Me encanta que me llames con esa energía. Quédate con eso, con lo bien que estás y olvídate de las mudanzas y esos rollos. Si va la prensa, que ya te digo yo que no, ya lo arreglaré, no te preocupes. Pero ahora haz el favor de mandarme una foto con una sonrisa enorme en esa terraza maravillosa, ¿vale?

—No puedo, estoy en una colina, como no la quieras de lejos...

—Bueno, pues ahora cuando vuelvas te la haces y me la mandas, que me lo merezco.

Jon sonrió, más calmado.

—Y aunque te vayas a enfadar por lo que te voy a decir —continuó Julio—, deberías ver hoy la repetición de la serie. Tu serie. Desde el punto en el que estás: relajado, sin presiones. Es un muy buen trabajo; si decides que acabemos...

—Está decidido —interrumpió cortante Jon.

—Muy bien, pues como está decidido lo ves como despedida para ver el curro bien hecho. Y si esa paz te dice que quieres seguir en un tiempo, no ahora, en unos años si quieres, lo hablamos.

—No voy a seguir, no voy a permitir que la gente me convierta en lo que quieren que sea. Yo no soy ese tipo, no hago esas cosas. Yo no soy así.

—Cariño, la gente va a tener la imagen que ellos quieran de ti y aunque te duela no depende de ti, solo una pequeña parte. Si deciden que les caes mal, por mucho que hagas, les vas a seguir cayendo mal. Si creen que eres igual que tu personaje, que eres un snob que te dedicas a matar gente, pues mira. Aprovechalo, sigue follando como un loco y de paso te forras. Lo malo ya lo tienes, aprovecha lo bueno.

—Ahora es cuando te cuelgo.

—¡Oye! No te cabrees, encima que te respeto, que ¡no te he vuelto a decir nada de las redes sociales...! No seas tonto y vuelve a abrir tu cuenta de Instagram. Te haces unas fotos en la naturaleza y te consigo marcas que te patrocinen, ¿eh?! ¿Qué me dices?

—No tengo cobertura —contestó Jon con ironía—. Luego te mando la foto. Buenas noches.

—Buenas noches. ¡Y no te mosques! —exclamó Julio.

Jon colgó antes de que su amigo terminara la frase y se quedó mirando hacia la terraza de su casa pensativo.

La vuelta a casa fue a paso mucho más lento. No solo porque estuviera más tranquilo, sino porque prácticamente no se veía nada y tuvo que utilizar la linterna del móvil para evitar accidentes. En un primer momento, Jon mantuvo la calma para descender con éxito, pero conforme llegaba la noche y veía menos, la cosa cambió, sobre todo cuando no le quedó otra opción que atravesar el bosque. Los sonidos de animales se multiplicaban a su alrededor y la serenidad que se esforzaba en conservar desapareció. Aceleró el paso entre ramas y vegetación, que le iban dando al pasar. Su corazón iba a explotar en cualquier momento. Quería desaparecer de ahí y llegar a casa cuanto antes.

Nada más entrar por la puerta Jon se preparó un baño de agua caliente para olvidar el mal rato. Tenía los ojos cerrados, una copa de vino a su lado y música clásica de fondo a un volumen bajo. Estaba en la gloria. Gracias a las palabras de su amigo, ya no le daba más vueltas a nada. Confiaba plenamente en él y en lo que le había dicho: si algo ocurriera, él lo solucionaría como siempre había hecho. En realidad, no tenía razones para alterarse tanto, eran todo suposiciones. Su cuarto de baño era el paraíso. Se accedía a él por otra puerta corredera paralela a la del ascensor, que actuaba como puerta principal, a la altura de la cocina. El espacio estaba en armonía con el resto de la casa: diáfano, minimalista, muy moderno pero con un toque rústico. Todo el protagonismo lo tenía una bañera con hidromasaje que miraba hacia la enorme cristalera. Podría aparecer en cualquier número de la revista *AD*. El único fallo que le veía Jon era que le hubiese gustado integrarlo en la habitación. Algo imposible espacialmente; por muchas vueltas que le dieron no había manera de integrarlo sin que quedara todo acogotado. Al principio sufrió mucho, como cada vez que tenía que prescindir de alguna de las ideas que consideraba primordiales. Pero ahora, en la práctica, se daba cuenta de que no pasaba nada. La casa no era tan grande como para que el servicio quedara lejos si tenía una emergencia o resultara poco práctico.

Después del baño, Jon estaba en la cocina con un delantal negro y su copa de vino. El hilo musical seguía de fondo. No podía estar más relajado. El pitido de la Thermomix le avisó de que el tiempo de preparación había terminado. Jon sonrió de oreja a oreja: había hecho humus en menos de un minuto, una de sus recetas favoritas no solo por lo rico que estaba, sino también porque no podía ser más sencillo hacerla, sobre todo para él, que no sabía cocinar lo más básico. Lo vertió sobre un bol de cristal y le puso un poco de sésamo y un chorro de aceite de oliva virgen extra. Lo colocó en una bandeja junto a los trozos de zanahoria cortada y se lo llevó al

salón. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el sofá. En la mesa de centro, frente a él, había colocado un mantel individual y platos y cubiertos para cenar. Apagó la música desde su móvil y encendió la televisión. Inmediatamente la luz se hizo aún más tenue. Bebió un sorbo de vino y empezó a pasar los canales de la tele a la carta. Su cara apareció en el televisor de imprevisto: aunque no era él, sino Fran. Llevaba el pelo mucho más largo y engominado, su piel estaba mucho más bronceada y vestía con una americana gris oscura. Tenía su mirada, envenenada como la de una serpiente, clavada en él. Era como si su otro yo le conociera y le mirara triunfante, con aires de superioridad, cuestionándole. Jon pasó de canal, pero se paró en seco y volvió al menú de su serie. No pensaba darle el gusto, él había creado a ese tipo. En gran parte era obra suya. No podía ceder ante él. Después de mucho tiempo volvía a tener el control, se encontraba bien, no le daba ningún miedo y tenía que demostrárselo. Así que finalmente apretó al *play* para ver el capítulo ya empezado. En la pantalla apareció una mujer corriendo por un pasillo. Jon la seguía de cerca. En un momento se abalanzó sobre ella y la empotró contra la pared. Las dos caras quedaron muy pegadas y comenzó a clavarle un cuchillo en el estómago mientras la miraba a los ojos. Una y otra vez sin parar. La secuencia era de una violencia desmesurada, rodada con mucha elegancia en los planos pero sin prescindir de un realismo conseguidísimo que te golpeaba en el estómago sin avisar. Aun así Jon estaba más que acostumbrado y permanecía con semblante serio, distante. Cuando la mujer por fin cayó al suelo sobre un enorme charco de sangre, su *alter ego* sonrió satisfecho, provocando en Jon un sentimiento muy extraño, como si lo que acababa de ver se tratara de un *déjà vu*, algo que hubiera sucedido en la realidad. Como si de verdad hubiese vivido el poder que el personaje sentía al penetrar el cuerpo de su víctima con aquel puñal afilado. Al volver en sí, su personaje volvía a mirarle fijamente, con un brillo especial. Una mirada cargada de ironía y autosuficiencia. Jon casi se atragantó con el vino. Pero, al instante, la pantalla se tintó de negro dando paso al título de la serie, *Killing neighbors*, en letras rojas que se iban derritiendo y dejando caer gotas de sangre. Jon apagó el televisor, desconcertado. Nunca había rodado ningún plano de la serie en el que mirara a cámara, estaba convencido. Tenía que habérselo imaginado. «Demasiado vino», pensó Jon y apartó la copa de su lado. Después siguió comiendo en silencio mientras intentaba deshacer el nudo que se le había formado en el estómago.

El cielo amaneció despejado. Jon consultó el parte meteorológico en el móvil: las máximas alcanzarían los veinte grados y marcaba bastante sol. El buen tiempo ayudaría a borrar las huellas de la borrasca del día anterior. Se quedó un buen rato en la cama, primero estirándose y disfrutando de las vistas, y después leyendo las primeras páginas del último libro de Ray Loriga mientras tomaba un café solo. Le gustaba mucho Ray Loriga, representaba toda su adolescencia. Le gustaba la esencia de ese tipo con el que, muy a su pesar, jamás había coincidido en ningún evento o presentación.

Cuando consiguió desperezarse del todo, cogió el libro y fue al pequeño gimnasio. Se sentó en calzoncillos en la bici y se puso a pedalear mientras seguía leyendo. Una hora después estaba empapado. Se limpió con una toalla los rastros de sudor, mientras observaba su cuerpo fibroso en el espejo que ocupaba una de las paredes del pequeño cuarto. El silencio dio paso a la lista de éxitos internacionales que sintonizó en el hilo musical. Entrenó su cuerpo a ritmo de la música, con las mancuernas, poleas y resto de aparatos que había escogido para seguir manteniendo su forma física. Después de hacer una tabla de flexiones se sentó en la máquina multiejercicios, pero antes de que pudiera seleccionar el peso, recibió un mensaje en el móvil: «Sé que lo has vistoooo, me debes una foto!!», escribía Julio, acompañando el texto de una carita sonriente. Jon sonrió y siguió con el entrenamiento.

Al terminar se dio una ducha rápida con el agua templada. Estaba cansado, pero se sentía más vivo que nunca. Era un privilegio poder dedicarse de lleno a sí mismo. Disfrutar de poder hacer lo que de verdad quisiera. Era mejor aún que cuando estaba de vacaciones, ya que siempre acababa atendiendo a alguna propuesta de trabajo de última hora. No pensaba joderlo con la mierda de las redes sociales. No necesitaba esa pasta ni reclamar la atención de la gente día y noche. Era precisamente lo que pretendía evitar. Se ponía enfermo, le repugnaba todo eso. Salió del baño vestido solo con un pantalón corto de chándal y con el pelo mojado. Al pasar por la cocina agarró un plátano que devoró antes de llegar a la terraza. Fuera la temperatura era muy agradable para estar casi en noviembre. El sol daba de lleno y Jon se dejó caer en una de las tumbonas, disfrutando del calor de los rayos en la cara. Sacó el móvil del bolsillo para mandarle la foto a Julio, qué mejor momento para hacerlo. Puso la opción *selfie* en la pantalla y se topó con su papada en primer término. Se incorporó un poco para evitar malos ángulos y, cuando encontró una postura en la que salía medianamente favorecido, hizo la fotografía. Conforme

apretaba el botón, se dio cuenta de que la ventana ocupaba casi toda la parte superior y le hizo sentir otro repentino escalofrío. Volvía a notar una presencia en esa casa, alguien que le observaba a escondidas. ¿Era real o volvía a ser fruto de la influencia del cine de terror que tanto le gustaba? Jon se levantó de golpe y, mientras andaba hacia la barandilla de la terraza, miró la imagen recién tomada: al fijarse en la ventana, efectivamente algo llamó su atención. Había un punto brillante que salía del agujero que había entre los tablones. Jon fue a las opciones de la cámara y vio que estaba activado el modo flash. ¿Se trataba del destello de este en un ojo? Volvió a la imagen y, al hacer zoom, comprobó que el brillo podría ser perfectamente el efecto del flash sobre el ojo de alguien que estuviera mirando en ese momento. Quiso girarse de inmediato hacia la ventana, pero aguantó con la mirada puesta en el horizonte. ¿Debía hacer caso a la corazonada que tenía? El solo hecho de pensar que alguien había estado espiándole le trajo de vuelta todas las veces en las que había tenido que intervenir el equipo de seguridad de los hoteles en los que se alojaba, cuando los eventos o rodajes eran fuera de Madrid, y algún fan obsesivo se colaba dentro para tratar de acercarse a él de la manera que fuera. ¿Quién se escondía detrás de esos muros de piedra? ¿Un acosador? Sin embargo, su deformación profesional hizo que inmediatamente en su cabeza se disparara la idea de que podrían ser los fantasmas de los antiguos propietarios. Jon negó con la cabeza. Estaba desvariando, pero ¿y si había vuelto algún heredero?, o ¿y si no era ninguna de esas opciones y había entrado alguien sin su consentimiento? Jon rogaba al cielo para que, fuera quien fuera, no hubiera ocupado la propiedad.

Accidente de coche en Tabarrilla de la Sierra», tecleó Jon impaciente. Se había propuesto saciar su curiosidad tratando de encontrar toda la información que pudiera sobre el trágico destino de los propietarios de la casa de al lado. En el buscador aparecieron muchos resultados. Sin embargo, la mayoría de los *links* se referían a sucesos mucho más actuales o que habían ocurrido en otros pueblos cercanos. Ninguno encajaba con los datos que él tenía. Jon volvió a teclear: «Familia muere en accidente de coche en Tabarrilla de la Sierra». En la pantalla aparecieron los mismos resultados prácticamente, salvo por un enlace nuevo relacionado con la muerte de un famoso futbolista y alguna noticia sobre violencia de género. Jon pensó un instante en las posibles variaciones y tecleó con determinación: «Accidente de coche mortal familia Tabarrilla de la Sierra 1985». Esta vez una noticia nueva encabezaba la lista de *links*. Jon pinchó decidido. La fecha era del 15 de diciembre de ese mismo año y decía así:

*Trágico accidente de coche en Tabarrilla de la Sierra acaba con dos miembros de una familia. En la noche de ayer un automóvil se salió del carril en el que circulaba para colisionar frontalmente contra otro que venía en dirección contraria. En el vehículo responsable viajaba una pareja. El hombre, que conducía, está hospitalizado y la mujer fue dada de alta a las pocas horas. Mientras, en el coche que recibió el impacto viajaba un matrimonio, que murió en el acto, y la hija de ambos, de diez años, que fue ingresada de urgencia en estado grave. Por el momento se desconocen las causas del accidente, aunque todo indica que el conductor pudo haberse quedado dormido al volante debido a los efectos del alcohol.*

Junto a la noticia había una fotografía de la familia de la que se hablaba. Un hombre muy moreno y rudo, de unos treinta y cinco años. Junto a él una mujer de la misma edad, con rasgos finos y ojos cristalinos, y en medio de los dos, una niña muy sonriente que se parecía mucho a ella: pelirroja y de tez muy blanca. A Jon se le pusieron los pelos de punta al pensar en que aquella gente no conociera su trágico destino cuando fue tomada la fotografía. ¿Qué habría pasado con la niña? ¿Había sobrevivido al golpe? ¿Quién cuidó de ella? ¿Creció en esa misma casa? Y si fuera así, ¿dónde estaba ahora? ¿Era ella quien se había negado a vender la casa? ¿O habría acabado en manos de algún otro familiar? Cerró la tapa del ordenador y miró al frente pensativo.

Esa noche Jon cenó en la barra de la cocina con una luz muy tenue, como siempre, pero esta vez sin música. Solo se escuchaba el ruido de su tenedor dando vueltas a la ensalada mientras barajaba todas las posibilidades referentes al accidente, a la casa y a la niña. Un rato después estaba sentado en el suelo de la terraza fumándose un cigarrillo. Se había colocado en la esquina más alejada del salón, mirando la ventana de la casa de al lado. Después de conocer la triste historia de sus habitantes, no podía dejar de mirarla. Se había quedado tan tocado que su mente estaba en modo *stand by*, totalmente en blanco, cuando, de repente, un ruido le devolvió a la realidad. Alguien estaba dando golpes pequeños. El sonido era suave, pero muy constante y le recordó a cuando llenó toda una pared de su antiguo estudio de láminas y fotos enmarcadas y tuvo que colgarlas una a una. El ruido del martillo golpeando la alcayata, con la precisión necesaria para no destrozarse la pared, era similar a los toques que escuchaba al otro lado. ¿Qué animal que no fuera el hombre era capaz de golpear todo el tiempo con la misma exactitud? ¿Un pájaro dando con el pico, acaso? No lo creía. Ninguno. Jon estaba a oscuras, esta vez no había dado la luz de la terraza y eso le hizo pensar en que probablemente la persona que estuviera al otro lado de la ventana no se hubiera percatado de que él estaba fuera en ese momento. Apagó el cigarro y se acercó a gachas. Los pequeños toques seguían dentro de la casa. Se fue irguiendo despacio, con mucho cuidado para no hacer ruido, y se subió a la tumbona más cercana a la ventana. Desde ahí se fue pegando al fondo y se puso de puntillas para llegar al agujero que quedaba entre los tablones. Todo estaba muy oscuro, pero confiaba en poder ver algo; a las malas, siempre podría alumbrar con su móvil. A primera vista no había signos evidentes de que hubiese alguien al otro lado; sin embargo, los ruidos persistían. El miedo le recorrió todo el cuerpo por un momento al imaginarse, de nuevo, que desde el interior alguien también le miraba a él. Dio otro paso pequeño para intentar asomarse más cuando sintió cómo algo pequeño se le incrustaba en uno de sus dedos. Casi por inercia, Jon soltó un quejido al tiempo que levantaba el pie afectado. Los ruidos cesaron al instante. Su grito le había delatado. ¿Era un cristal lo que tenía clavado? ¿Por qué había un cristal ahí? ¿Acaso era una trampa? Jon apoyó los dos pies de nuevo sobre la tumbona y alumbró hacia abajo con el móvil. Efectivamente, toda la zona del reposacabezas estaba llena de cristalitos, que también salpicaban la parte del suelo más pegado al muro de la ventana. Jon se agachó y se sacó del dedo gordo un trozo pequeño. Aunque el dolor que sentía era muy interno, ni siquiera sangró al extraerlo, solo había un punto de sangre en el centro, dentro de la carne. En el breve lapso de tiempo que duró la operación volvieron los toques. Jon apagó la luz del móvil y lo utilizó para apartar con cuidado los cristales que estaban en el espacio que necesitaba para acercarse de nuevo. Cuando consiguió que la zona estuviera despejada, volvió a arrimarse y asomó el ojo derecho por el oscuro agujero. Al mirar de nuevo, esta vez se dio cuenta de que la ventana que había detrás de los tablones ya no tenía cristal. ¿Era ese el motivo por el que estaban los cristalitos esparcidos por su propiedad? La intensidad de los

golpes fue aumentando, pero, por más que lo intentaba, era imposible ver nada. Fue a incorporar el brazo derecho para alumbrar con la linterna de su móvil cuando hubo un fuerte estallido en el cielo que por poco le provocó un paro cardíaco. Eran fuegos artificiales que, en cuestión de segundos, inundaron el cielo con ráfagas de distintos colores y que, por efecto rebote, iluminaban el interior de la casa. Jon, que seguía atento, vio al fondo de la habitación una silueta, prácticamente negra y muy borrosa, como de alguien en posición agachada, que se quedó parada un instante y que, después, se tiró corriendo hacia uno de los lados, saliendo de su campo de visión. Jon, con el corazón en la boca, dio otro brinco. ¿Qué había sido eso? Aunque todo ocurrió muy rápido había podido distinguir que se trataba de un humano. Sin embargo, sus movimientos y los sonidos que hacía al respirar en forma de gemidos parecían más propios de un animal salvaje. A la lluvia de fuegos artificiales que seguían tiñendo el cielo se le sumó el estruendo que provocaba una bandada de petardos y cohetes que volaban como aves y que, cada vez que explotaban, ponían el corazón de Jon en un continuo sobresalto. Aun así siguió mirando, pero, al fondo de la habitación, parecía que ya no había nadie. Solo veía la pared de piedra y lo que podría ser una puerta de madera en uno de los extremos. Aguantó unos minutos más, por si volvía a aparecer, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo: ¿Quién era esa persona tan extraña? ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Se encontraba la casa en condiciones de ser habitada? ¿A qué venían los golpes a esas horas de la noche? ¿De verdad la estaban reformando como había sugerido el jefe de la mudanza? El corazón de Jon latía a mil por hora cada vez que el momento en el que había visto lo que parecía ser una persona inclinada de manera extraña lanzándose hacia uno de los lados volvía a su mente. Un último estallido rompió en el cielo y después todo pareció volver a la calma. Y, pese a que Jon seguía inquieto y quería respuestas, desistió por el momento y entró en su casa para curarse la herida, poniendo fin a la que parecía una noche sacada de una película de terror.

Si cerraba los ojos y sentía el agua caliente descendiendo desde su cabeza hasta los pies, podía trasladarse de lleno a Tailandia. Al verano en el que pasó un mes visitando las principales islas y en el que no paró de llover. Lluvias tropicales que en un segundo le dejaban calado pero que agradecía para combatir el calor y la intensa humedad. El agua que caía del cielo estaba casi tan caliente como la que provenía de la seta de la ducha empotrada en el techo y que ahora producía un efecto tan relajante en él. Tailandia. Podía haberse ido a vivir ahí, o a cualquier lugar de Indonesia, a un buen destino alejado de los más populares para el turismo español y de las redes de *paparazzi* con contactos en España y haberse construido una villa inmensa en mitad de la selva con una *infinity pool* desde donde disfrutar de las maravillosas puestas de sol. Todo hubiera sido mucho más fácil, no tendría que convivir con el miedo a ser descubierto. A Julio le hubiera resultado un poco más complicado llevar el control de la obra, pero hubiera encontrado a alguien de confianza y se las habría apañado bien, no tenía la menor duda. De hecho, si hubiera tantos miles de kilómetros de por medio, las insistencias para que volviera a la serie serían casi inexistentes y tendría otro problema menos. Jon había estudiado la posibilidad, que en un principio planteaba como única, de huir fuera de España, pero cada vez que sopesaba los pros y los contras, el prácticamente único inconveniente tiraba por tierra todas las ventajas: sus padres. Solo le tenían a él y si se iba se quedarían solos. Eran su única familia: su madre era hija única y sus abuelos habían muerto hacía ya muchos años, cuando él era pequeño. Lo mismo ocurrió con los paternos, con la diferencia de que su padre sí tenía tres hermanos pero había dejado de tener relación con ellos en el momento en el que tuvieron que repartir la herencia que les habían dejado sus progenitores. «El dinero todo lo puede», le decía su padre cada vez que le contaba lo bajo que habían caído y lo mal que se habían portado. Después de tener a Jon habían estado años intentando tener más hijos, pero nunca llegaron. Por mucho que ansiara evaporarse y descubrir nuevos lugares, que le hicieran olvidar el peso que le habían colgado encima y que hacía peligrar lo más hondo de su ser, la idea de que sus padres pudieran pasar sus últimos años solos le hacía romper a llorar literalmente. Y nunca más había vuelto a planteárselo.

Un rato más tarde la puerta del garaje se abrió y salió Jon conduciendo el que, muy a su pesar, era su nuevo coche. Iba bien vestido, se había arreglado y llevaba puesta una americana y gafas

de sol. Esperó a que se cerrara la puerta, lanzó una mirada a la cochambrosa puerta de la casa de al lado y después arrancó hasta desaparecer por la primera de las curvas de bajada.

Jon se apeó del coche. Había tardado relativamente poco en llegar y, aún menos en aparcar; «ventajas de vivir en el culo del mundo», pensó. Al ser temprano había poca gente por la calle. Caminó a paso decidido, pero con tranquilidad, sin apenas cruzarse con nadie, hasta que llegó a la fachada del ayuntamiento. Entró y se encaminó directamente a la mujer que estaba sentada en el mostrador de la recepción. A Jon le llamó la atención el *look* moderno que llevaba para ser alguien de unos cincuenta y muchos años que vivía en un pueblo tan pequeño: gafas de pasta rosa palo y el pelo casi del mismo color. Esperaba encontrarse a una persona más «paleta» y se odió un poco por ello.

—Perdone, pero no podemos facilitarle esa información y menos aún sin tener cita previa —le explicó amablemente la mujer—, y que conste que yo no tendría problema en atenderle, pero ya sabe cómo son estas cosas, hay una burocracia que no nos podemos saltar a la torera. Ha llegado usted muy pronto, pero enseguida es la cita del primer número e irán llegando los demás. No puedo colarle, de verdad. Esto es un pueblo pequeño, ¿entiende usted?

Los argumentos de la mujer sonaban de lo más sensatos. Ni siquiera podría escudarse en sus modales para contraatacar. Jon, que no se había quitado las gafas de sol, sonreía con cara de circunstancia. Las cosas no estaban saliendo como esperaba y, muy a su pesar, solo le quedaba una carta por jugar.

—Entiendo, pero le aseguro que en la web del ayuntamiento no viene nada de que haya que pedir cita previa para solicitar la información que... —Ella iba a interrumpirle cuando rápidamente Jon se quitó las gafas de sol y, con la más seductora de sus miradas y una enorme sonrisa, continuó—: Escuche, no dudo en que tenga razón. Pero vengo desde muy lejos. Necesito esa información urgentemente... Hubiera pedido la cita encantado, pero en mi trabajo nunca sabes cuándo vas a librar...

—¿Está grabando más episodios de *Killing neighbors*?! —preguntó la mujer ilusionada—. Perdone, es que no le había reconocido con la gorra y ¡se ha cortado el pelo!, ¿verdad? —se disculpó con las mejillas encendidas.

No había tardado ni un segundo en que su plan surtiera efecto. Jon, haciendo de tripas corazón, continuó con la farsa.

—No pasa nada, tranquila. ¡No! Qué va, no estoy con la serie ya... Estoy preparando una miniserie sobre hechos reales. Un policía que investiga accidentes ocurridos en nuestro país. Por eso me gustaría conocer detalles sobre el caso que le preguntaba. Por favor, de esto no diga nada, guárdeme el secreto, que no ha salido aún en prensa —le dijo Jon guiñándole un ojo.

No podía evitar verse desde fuera y tener unas ganas enormes de abofetearse a sí mismo. Se detestaba por tener que recurrir a semejante táctica. Su amiga Pili, una de las maquilladoras de la

serie, tenía razón cuando en un arrebato le dijo lo que muchos pensaban. Fue en un rodaje en exteriores mientras todo el equipo comía en la terraza de un restaurante que habían habilitado para ellos. Una fan vino a pedirle una foto y Jon se negó en rotundo. La adolescente se fue muy disgustada. Entonces su amiga y confidente, durante tantos años, le dijo lo que nunca antes nadie se había atrevido a verbalizar en su cara: «Tú eres famoso solo cuando te interesa, ¿no? Cuando te viene bien, genial; y cuando te molestan, no te cortas un pelo en ser un borde». Jon se quedó de piedra porque no se lo esperaba, pero enseguida se disculpó argumentando que nunca se hacía fotos cuando estaba comiendo, lo cual era cierto. Tanto como lo que Pili acababa de recriminarle, y la mejor prueba de ello era ese mismo momento en el que a Jon le había faltado levantarse la camiseta y enseñarle las abdominales a la pobre secretaria con tal de obtener lo que se proponía.

—Claro, claro. No diré nada, confíe en mí —respondió ella aún más roja—, espere aquí un momento. Voy a ver qué puedo hacer, pero guárdeme usted también el secreto.

La mujer se levantó con la sonrisa picarona. Jon la vio marchar, suplicando que no dijera nada y no volviera con media plantilla para pedirle fotos y autógrafos. Pero nada más lejos de la realidad, la mujer volvía a sorprenderle: en menos de cinco minutos aparecía por el pasillo de vuelta acompañada por un hombre algo mayor que ella, y con un aspecto más rural.

—Le presento al alcalde de nuestro pueblo —dijo la mujer con una sonrisa de oreja a oreja al llegar a la altura de Jon.

A Jon le sorprendió que el alcalde, que vestía chaqueta y corbata mal conjuntadas, resultara ser un hombre tan campechano. Se imaginaba que la persona que llevara el orden en un lugar tan pequeño destacaría por darse grandes aires y no parar de justificar y exponer todos sus triunfos de manera demostrativa. Pero, en lugar de eso, se encontró con todo lo contrario. El hombre tenía cara de buena persona, hablaba en un tono tirando a bajo y se mostraba discreto aunque encantado con su presencia. Por supuesto, insistió en hacerle un recorrido por el edificio, pero Jon le dijo que tenía un poco de prisa y este le pidió que le acompañara. Salieron a un patio, paralelo al pasillo principal, lleno de plantas enormes y una fuente de piedra en el centro. El agua hacía un sonido agradable al caer.

—¡Qué lástima! Lo que pudo llorar el pueblo entero su muerte. Una pareja encantadora. Eran de fuera, de Zaragoza, creo. Vinieron aquí a empezar de cero. Muy trabajadores, compraron una casa vieja y la arreglaron..., luego tuvieron a la niña...

—¿Sobrevivió al accidente? —preguntó Jon sin poder disimular su ferviente interés.

—Sí, Laurita sobrevivió, pobrecita. Lo pasó muy mal los primeros años, era muy frágil. Parecía que se iba a quedar encerrada en sí misma para siempre. Una lástima.

—¿Sigue aquí, en el pueblo?

Un empleado les adelantó por el pasillo mirando disimuladamente. Era evidente que ya le habían dado el aviso de que Jon estaba ahí.

—No, no. No tenía familia aquí. Pasó una temporada en un colegio de monjas. Hicieron un trabajo formidable con la chiquilla, su rostro parecía tener vida de nuevo. Pero el colegio cerró y fue dando tumbos de un centro a otro. También pasó por alguna casa de acogida. Cuando se hizo mayor de edad se fue a vivir fuera. No recuerdo a dónde, creo que con algún familiar a Zaragoza. Después estuvo algunos años viniendo a la casa en Navidades y en verano, con el buen tiempo. Pero cada vez estaba en peores condiciones y dejó de venir. No hemos vuelto a verla por aquí. Vive en Madrid desde hace años.

—¿Y cree que es posible que haya vuelto?

—¿Laurita? No, imposible. Usted no ha visto cómo está la casa, da pena verla. Ahí no ha entrado nadie en diez años por lo menos, lo recuerdo bien porque en esa época nació mi Juanita, mi nieta. Aunque quisiera volver le costaría un dineral arreglarla y, sinceramente, no creo que la chica sea muy pudiente, nunca fue buena estudiante. Lista como una ardilla, pero los estudios no

eran lo suyo. Tampoco creo que tenga interés en venderla porque andaba detrás una inmobiliaria, la misma que ha vendido la casa de al lado. Por lo visto querían comprarla para tirar una parte y ampliar la otra. Es una pena porque le hubiera arreglado la papeleta, desde luego, pero, por lo que me dijeron, lo único que recibieron fue un *email* en el que explicaba que no tenía intención de vender la casa por motivos personales.

Jon se quedó pensativo. Era una historia muy triste y llena de sentido. Si efectivamente la casa estaba inhabitable y era algo conocido en el pueblo, ¿no había probabilidades de que alguien que lo supiera hubiera podido ocuparla? Jon quería saber si en el pueblo habían tenido casos anteriores de ocupaciones en casas vacías, pero se dio cuenta de que si en algún momento el alcalde cuestionaba su interés, no tenía preparada ninguna historia que sonara convincente para salir del paso bien parado y no levantar sospechas.

—¿Por qué decía que estaba tan interesado en todo esto? —preguntó el alcalde como si le acabara de leer la mente—. ¿Para una película? Me ha comentado Conchi...

—Sí, bueno, es una miniserie, no una película. Pero sí. Estoy preparando un personaje de un chico que pierde a su familia en un accidente y estaba interesado en casos reales similares. Saber cómo siguen con sus vidas, las secuelas que sufren, si son capaces de seguir viviendo en la misma casa en la que se criaron o, por el contrario, necesitan romper con su pasado. Este me interesaba especialmente porque por encima me parece muy similar a lo que se cuenta en el guion, Laura tiene mi edad... ¡Bueno, la de mi personaje, claro! Por eso me gustaría poder contactarla.

—Pues ya le digo que lo único que podemos hacer es volver a escribir a su *email* y decirle que usted está interesado en hablar con ella y conocer su historia, pero...

Jon tuvo que pensar rápidamente. Se daba cuenta de que se estaba precipitando. Si les ponían en contacto, ¿qué iba a contarle a aquella chica? ¿Para qué le serviría conocer los detalles escabrosos de su historia? Ese no era su propósito en absoluto, solo quería averiguar qué estaba ocurriendo en la casa que ella había abandonado. Sin embargo, tenía que reconocer que, ya fuera por aburrimiento o porque echara en falta dar rienda suelta a su faceta investigadora —que era lo más bonito de empezar un nuevo proyecto: la búsqueda del personaje—, una parte de él se moría por saber qué había pasado con Laura.

—No, no se preocupe. Si ella ha decidido poner tierra de por medio tendrá sus razones, yo no soy nadie para hurgar en su herida. Con lo que me ha contado tengo suficiente, muchas gracias —dijo Jon, dando por terminada la conversación.

—Por eso lleva ya un tiempito por aquí, ¿no? —continuó el hombre—. Ya me habían dicho que le habían visto en la gasolinera del cruce de carreteras, pero pensé que eran chismes.

Jon lo miró desconcertado.

—Bueno, no llevo ni una semana. Realmente no estoy en el pueblo..., estoy... en la casa de

unos amigos, cerca. Necesitaba un poco de tranquilidad para preparar el personaje —contestó saliendo del paso sin perder la sonrisa.

—Claro. Pues se tenía que haber quedado aquí, que es el pueblo más bonito de la zona con diferencia. ¡Ya pensaba que venía a quejarse del ruido de los fuegos artificiales de anoche! Ayer inauguramos las fiestas por todo lo alto...

El alcalde continuó hablando, pero Jon había dejado de escucharle desde el momento en el que mencionó los fuegos artificiales. Observaba cómo el hombre movía sus labios y gesticulaba sin parar, pero sus oídos se habían taponado por completo. Su mente se había trasladado a la noche anterior y distintas imágenes, a modo de flashes, comenzaron a intercalarse con las reales: el agujero entre los tablones, el estruendo por el estallido de los fuegos y cohetes en el cielo, la silueta oscura parada de espaldas a él y después lanzándose hacia un lado. Los gemidos...

Jon se puso las gafas de sol nada más despedirse del alcalde y agradecer a Conchi lo que había hecho por él. Era la primera vez en mucho tiempo en la que una admiradora despertaba una simpatía real en él. Cuando salió del ayuntamiento un par de chicas se asomaron a una de las ventanas de la peluquería que había enfrente. «Genial, me podéis echar cacahuets también si queréis». Fue a dar un paso para cruzar y por poco se lo lleva por delante un camión de la basura. Jon se quedó plantado en el sitio, sin poder reaccionar. En otra época lo primero que hubiera hecho habría sido mirar si le habían visto las chicas o si habían hecho alguna foto o vídeo. Pero en ese instante le daba totalmente igual. Una milésima más de segundo y hubiera acabado aplastado en la cuneta. El conductor, que había aminorado la marcha, hizo un gesto con la cabeza, como el que se le hace a un niño que acaba de hacer una trastada y volvió a acelerar. Jon le vio alejarse cuando cayó en la cuenta de algo.

Volvió a casa en el menor tiempo que pudo considerando que, antes de rodear las miles de curvas que tenía que recorrer hasta llegar ahí arriba, se detuvo para comprar matarratas, con la suerte de que la dependienta, que era marroquí, no le había reconocido. Al entrar, a toda prisa se quitó los zapatos, dejó las llaves, las gafas y la cartera sobre la barra de la cocina y cogió su ordenador portátil. Lo encendió, pero una notificación le avisó de que solo le quedaba un dos por ciento de batería. Fue corriendo a por el cargador, lo enchufó y se puso a buscar la lista de teléfonos de los servicios del ayuntamiento. Podía haberle preguntado al alcalde o a Conchi, pero pensó que era mejor no rizar el rizo y no levantar sospechas. Marcó el número que buscaba y esperó a que contestaran al otro lado. Un chico joven con voz algo dispersa parecía no querer entender su pregunta.

—Sí, el número 13. Me gustaría saber si en su ruta le consta que haya basura en ese número.

—Que le digo que no hay constancia de nada. Hace años que no damos servicio a toda esa zona... tan apartada. En nuestra base de datos viene que se ha solicitado de nuevo, hace cosa de un mes, pero para el número 15.

—Ya, ah, solo en el 15 —contestó Jon haciéndose de nuevas—... y... ¿sabría decirme el nombre del propietario?

—¿El propietario del número 15?

Jon no había podido pasar la oportunidad de comprobar si era cierto que en ningún lado aparecía que él era el propietario de la casa.

—Lo siento, pero a nosotros no nos constan los datos, simplemente los servicios.

—De acuerdo. No era importante, era curiosidad simplemente. Muchas gracias.

Jon colgó aliviado por el hecho de que oficialmente no había nadie en esa casa pero, por otra parte, también preocupado porque: si nadie había habilitado la vivienda, si no había rastro de coches, ni de basura ni de lo que podría ser una «dinámica de vida normal», solo quedaba la opción de que alguien se hubiera colado dentro y tratara de pasar desapercibido. Pero si había sido ocupada durante la obra, Julio y los obreros se habrían dado cuenta, y si hubiera sido durante los días anteriores, la puerta de entrada estaría rota o habría algún hueco en la fachada por donde hubiera entrado. Todas las ventanas estaban tapadas con tablones y no quedaba otra manera de acceder al interior. Era imposible. Quizá la mujer de la agencia tenía razón y, después de todo, los ruidos vendrían del animal de pelo gris que vio su segunda noche en la casa. Quizá era ese mismo animal el que había visto esconderse al otro lado de la ventana, y no una persona como pensaba. ¿Y si se hubiera quedado atrapado? Tal vez había entrado de cachorro y hubiera tenido que crecer ahí dentro al no poder salir de nuevo. O quizá no era algo tan enrevesado y solo había sido una ilusión óptica fruto del estrés, se dijo a sí mismo. Se puso ropa cómoda y se dirigió al gimnasio con la intención de olvidar todo el asunto. Había dado un cambio de rumbo a su vida para estar tranquilo y él mismo se estaba boicoteando. Por mucho que su intuición se lo dijera, tenía que ser realista; había sufrido mucha ansiedad y empezaba a ver problemas donde no los había. No podía ser que si no los tenía, se los acabara buscando.

Pasó el resto del día en cierta armonía: leyendo y viendo capítulos de series que tenía a medias. Sin embargo, en un momento de la tarde empezó a escuchar unos golpes de fondo, mucho más fuertes que los del día anterior. Jon dio al *pause* y se quedó en silencio poniendo toda su atención. Como era de esperar, el ruido provenía de fuera, al otro lado de la cristallera del salón. Se levantó del sofá y comprobó que el escándalo aumentaba conforme se acercaba a la terraza. Al abrir la puerta, inmediatamente, los porrazos cesaron. Eso volvía a mandar a la mierda toda su teoría de que fuera un animal, a no ser que, por casualidad, también dejara de actuar cuando oía a Jon. Solo había una manera de salir de dudas: si había alguien ahí dentro no había duda de que, al igual que él, estaría escuchando. Jon se quedó quieto unos instantes con la cara afilada. Miró al cielo y se fijó en que estaba empezando a anochecer. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y buscó en la lista de llamadas.

—¿Dígame? —contestó a los pocos segundos una voz femenina.

—¡Mamá!

—¿Sí? ¿Quién es?

—¡Mamá! Soy yo, Jon, ¿no me oyes?

La madre de Jon estaba inclinada poniendo la comida a su caniche en un cuenco en el suelo, mientras este intentaba meter el hocico. Tenía la radio puesta de fondo con un debate. Cuando Jon pensaba que iba a dar comienzo la habitual batalla de gritos desesperados, su madre respondió.

—¡Jon, hijo! Qué alegría que llames. Te iba a haber llamado yo, pero ya conoces a tu padre, insistió en que te dejara un poco, que ya llamarías tú. ¡Mira por dónde por una vez voy a tener que darle la razón! —dijo la mujer mientras bajaba el volumen de la radio.

—Muy bien, mamá. Pues nada, te llamo porque efectivamente estoy más tranquilo...

—¡Qué bien, hijo, qué bien! —interrumpió su madre.

Jon, que había salido a la terraza, daba vueltas mirando al paisaje como si nada, pero en realidad tenía sus cinco sentidos puestos en la ventana de la casa de al lado.

—Sí, es una maravilla. Quédate tranquila porque ya conozco gente en los pueblos colindantes, donde voy a comprar y, bueno, aquí en casa ni un ruido... —dijo con intención mientras se paraba de espaldas a la casa contigua—. Bueno, alguna vez se oye algo en la casa de al lado, pero debe de ser un gato que vi el otro día...

—¿Necesitas comida? ¿Quieres que vayamos y te llevemos algo?

—¡No, mamá! No necesito nada. Tengo de todo y estoy de maravilla. De hecho, te voy a dejar ya, que te llamaba solo para darte un beso, porque voy a ir a correr por el monte una horita por lo menos.

—No me gusta nada que vayas solo por el monte...

—Mamá... —Jon puso el mismo tono de voz que tenía a los quince años.

—Hijo... —respondió su madre imitando el mismo toniquete—, que sepas que no te voy a decir nada porque estoy un poco contenta. Juré que no te iba a decir nada, pero bueno... Llamó Julio para decirnos que la mudanza había ido bien y... ¡que ibas a ver la serie! Es un primer paso, ya verás cómo...

—¿Mamá, en qué quedamos? Voy a colgar, que te doy la mano y me coges el brazo.

—¡Uy, qué redicho te pones! Hijo, es que no hay quién te tosa.

—Venga, un beso. Dale otro a papá. Os voy contando, pero que sepáis que estoy en la gloria aquí solito.

Jon colgó. Quiso girarse de golpe como para sorprender a alguien, en el caso de que hubiera una persona escuchando. Pero, en lugar de eso, volvió dentro como si nada. Cerró la cristalera, extendió las lamas y echó una mirada furtiva a la ventana antes de desaparecer de su campo de visión.

Jon salió a paso rápido por el camino que ya conocía y subió a lo alto de la colina. No era religioso, pero, mientras corría, rezaba para lograr su objetivo antes de que anoheciera y poder ahorrarse el mal trago de la vez anterior. Sin embargo, cuando consiguió llegar a la cima ya era casi de noche. Todo estaba prácticamente a oscuras, salvo por las primeras luces que se encendían poco a poco en las casas del pueblo. Jon miró hacia su terraza, no había dejado ninguna luz encendida y también estaba a oscuras. Miró su reloj, que marcaba las ocho y veinte de la tarde. La temperatura había descendido al ocultarse el sol, hacía muchísimo viento y, pese a que llevaba puesta una sudadera, el frío se le metía por dentro. Se sentó en una roca enorme cerca del borde del precipicio dispuesto a aguardar. «Maldito momento para dejar de fumar», se dijo entre dientes mientras se frotaba los antebrazos para darse calor.

A los pocos minutos el cielo se tornó negro por completo, no se veían más que las luces de las casas del pueblo, que estaban en su mayoría ya encendidas. Jon no quitaba ojo a la ventana que daba a su terraza, sin dejar de mover la rodilla a modo de tic nervioso. Tenía que estar muy atento al pequeño agujero que a esa distancia era absolutamente imperceptible. Cuando, de repente, ¡voilà!, un punto de luz destacaba sobre la negra inmensidad y, tal como Jon esperaba, provenía del hueco entre los tablones de la dichosa ventana. Alguien había dado la luz en el interior de la casa, había caído en la trampa, ¡lo sabía! Jon pegó un brinco y miró hacia su objetivo: muy a su pesar tenía que tomar cartas sobre el asunto o no habría marcha atrás. Cuando fue a incorporarse observó que la luz se apagó de golpe, quedando todo a oscuras de nuevo. Jon aguardó un par de minutos más, pero, antes de que pudiera pensarlo, empezó a bajar el camino a toda prisa. Como si fuera un gran felino a la caza. Era tal la excitación, que los sonidos de los animales y las ramas golpeándole a su paso no producían ningún efecto en él.

Cuando por fin vislumbró la fachada al fondo, tuvo que parar para tomar aire. Una vez más, la linterna de su teléfono móvil le salvaba del efecto ceguera. Su pecho se inflaba en busca de oxígeno. Estaba realmente agotado, pero siguió caminando a paso firme hasta que, al llegar a la altura de la casa vecina, escuchó unos golpes muy fuertes. Alguien desde el interior aporreaba con contundencia la puerta de entrada. Jon frenó en seco y, con gran esfuerzo, contuvo su respiración agitada para no hacer ni un solo ruido. Al otro lado, los golpes dieron paso a un forcejeo que provocaba que la cerradura se tambalease por el lado exterior. Estaba claro que la estaban forzando. ¿Sería acaso una persona la que se había quedado encerrada y no un animal

como se había consolado en pensar? Pero ¿quién? Y si fuera así, ¿por qué no había gritado o pedido ayuda las veces anteriores en las que él había estado cerca? Jon se acercó sigiloso. Los ruidos volvieron de golpe y porrazo. Aprovechando el estruendo, se pegó a la puerta y, con muchísimo cuidado, acercó su ojo a la mirilla. Al hacerlo se encontró con otra pupila que le observaba muy de cerca, con expresión de terror. Jon no se lo esperaba y se despegó levemente al tiempo que desde el interior echaban la mirilla evitando así cualquier contacto ocular. Jon no volvió a acercarse, estaba claro que ya no podría ver nada más. Así que, aún con el susto en el cuerpo, exclamó:

—¿Hola? ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? ¿Laura? ¿Eres tú? ¿Estás ahí?

En una situación normal hubiera preferido llamar a los bomberos o a la policía, pero, dado que todo se estaba yendo de madre y no quería correr más riesgos, prefería arreglarlo él mismo. Jon se quedó esperando una respuesta, pero no recibió ninguna. Habían parado de dar golpes y todo estaba en la calma más absoluta, como si nada hubiera ocurrido. Aun así decidió volver a intentarlo, con la esperanza de que la otra persona todavía siguiera al otro lado.

—Laura, mira, soy tu vecino. En primer lugar, perdona si te he asustado. No era mi intención..., pero me dijeron que no vivía nadie aquí y estoy un poco confundido... No quiero molestarte, solo quiero saber si estás bien o necesitas ayuda. —Y después de un breve silencio continuó—: ¿Hola?

Jon trataba de estar tranquilo y no perder el control, pero lo cierto es que la situación se le había ido de las manos, poniendo en peligro todo su plan: ¿qué coño estaba haciendo dejándose ver de aquella manera, dándole su nombre...? Aunque, a esas alturas, seguramente ya sabría quién era. ¿De qué cojones había servido planear tanto las cosas, si luego él era el primero que parecía no haber entendido nada de nada? Jon empezó a sudar por la frente y las manos, pese a que cada vez la temperatura fuera era más baja.

—Ok. Si no quieres que te ayude..., que no te vea, perfecto. No quiero molestarte, al contrario. Es más, me gustaría simplemente hablar contigo precisamente para eso, para ver si cada uno puede omitir que el otro vive al lado. Me explico, si no quieres que sepan en el pueblo que estás aquí, yo no diré nada... a cambio de que tú tampoco digas que yo vivo aquí también... ¿De acuerdo?

Jon no dijo nada más. El silencio de la noche volvió a verse interrumpido cuando, al otro lado de la puerta, escuchó que alguien se acercaba. Jon dio un paso hacia delante. Desde ahí le parecía escuchar una respiración agitada, como la de un animal. Se le pusieron los pelos de punta. Seguía esperando una respuesta, pero no hubo ningún tipo de réplica. Al cabo de dos minutos la respiración se fue alejando, parecía que la persona estaba retrocediendo. ¿Aquella distancia daba por terminada la conversación? ¿Habrían al menos surtido efecto sus palabras? ¿Quizá ella estaba en una situación parecida? Tal vez hubiera vuelto a su casa de la infancia, en busca de la

paz que anhelaba. No se podía imaginar lo que debía de ser haber perdido a sus padres en un accidente. Jon siguió dándole vueltas: a lo mejor había venido a arreglar algo o a recoger algún efecto personal. No tenía la menor duda de que la casa no estaría como para vivir, por lo que, fuera quien fuese, tendría que irse en breve... ¿O no? Tenía que averiguarlo. Se dirigió hacia su casa sin saber que, cuando estaba a punto de entrar en el ascensor, la misma persona había vuelto para abrir la mirilla y observarle, respirando con mayor intensidad.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Jon dio un salto de la cama con los ojos todavía hinchados de dormir. Se puso una rebeca de lana de estilo *vintage* y se preparó un té verde con jengibre y un zumo de naranja acompañado de una tostada con aceite de oliva extra virgen y escamas de sal. Su reloj interno era inalterable y aunque se hubiera acostado a las mil la noche anterior, pensando en todo lo que había ocurrido, no había conseguido dormir hasta más de las ocho de la mañana. En otra época hubiera entrado en cólera, al ver que sus bolsas aumentaban por la falta de sueño, agobiado por el afán de estar siempre perfecto. Pero ahora intentaba deleitarse viendo salir el sol y escuchando los pájaros revolotear a su alrededor; «debo de estar haciéndome mayor», pensó mientras esbozaba una pequeña sonrisa. Se había vuelto a sentar en la cama para ver cómo el paisaje asomaba conforme la persiana subía poco a poco. Pese a que la duda sobre las intenciones de la persona que habitaba la casa colindante le impacientaba, se sentía orgulloso por haber sido capaz de intentar solucionar el problema dando la cara en busca de diálogo. En esos momentos en los que no sabía cuál sería el siguiente paso y si todo volvería a la normalidad, se reconfortaba pensando que las cosas tenían que salir bien a la fuerza: el nuevo Jon había aflorado sin planearlo. Le habían puesto a prueba en una situación límite y él había obrado como debía. Estaba convencido de que su nueva actitud solo podía traerle cosas buenas. El teléfono empezó a sonar, Jon vio que era Julio quien llamaba y decidió no cogerlo, quería arrancar el día poco a poco, con tranquilidad, y si hablaba con él acabaría echándole la bronca por haber llamado a su madre. A los pocos segundos le llegó un mensaje de texto: «Léete el guion que te mandé, anda, que están esperando una respuesta. Yo creo que merece la pena», escribía su amigo. Se había olvidado completamente de leerse la película que le ofrecían rodar a principios del año que viene. Sentía interferencias solo de pensar en un rodaje, pero ¿y si el personaje le ayudaba a proyectar todo aquello que la gente se empeñaba en que no existía dentro de él? ¿Y si la historia merecía la pena, como afirmaba Julio? Cogió de la mesilla el ordenador portátil y se dirigió a la terraza con su taza de té en la otra mano. Jon esperaba a que las persianas del salón subieran del todo cuando se encontró con una visión que le hizo dejar caer la taza al suelo de la impresión: en el centro de la terraza, a la altura de la ventana, había un montón de ratas amontonadas, unas encima de otras, alrededor de algo que trataban de alcanzar. Jon no daba crédito. El espectáculo no podía ser más repugnante. Odiaba las ratas. ¿Por qué luchaban por meter el hocico hasta el fondo con tanto empeño? ¿Las estaban alimentando? ¿Habían tendido un

anzuelo para que profanaran su santuario? Un fuego interno le invadió el pecho: ningún bicho asqueroso iba a campar a sus anchas por su césped artificial de sesenta euros el metro cuadrado. Fue a la cocina, cogió una escoba y salió a la terraza hecho una bestia. «¡Fueraaaaa!», gritaba mientras se acercaba al grupo de ratas con la escoba en posición de ataque. Jon movía la escoba de un lado a otro lanzando gritos desde el estómago, golpeando al aire. Estaba fuera de sí, tanto que no lograba alcanzar a ninguno de sus objetivos. Los roedores se dispersaron enseguida. Unas desaparecían por las piedras del lateral por el que continuaba la casa de al lado, otras se metían por los desagües de la terraza: su cuerpo parecía de goma cuando conseguían introducirse en orificios mucho más pequeños que ellas. Poco a poco empezaron a desaparecer hasta que, por fin, Jon descubrió que lo que estaba tirado sobre el césped no era comida, como pensaba, sino una rata muerta. ¿Qué cojones hacían las demás a su alrededor? ¿Se estaban comiendo a una de ellas? Dio un par de pasos para acercarse más. El animal no tenía ningún rastro de haber sido mordido, no la estaban devorando, como había pensado. Sin embargo, de su estómago sobresalía un trozo de madera astillada que la atravesaba por completo. Alguien la había matado clavándosela y después la había arrojado a la terraza. Alzó la mirada y se topó con que una rata rezagada se colaba por el hueco que quedaba entre los tablones de la ventana de la casa de al lado. Jon mantuvo la mirada tratando de tranquilizarse. Se dio media vuelta y entró en la casa para buscar una bolsa de basura y recoger de ahí el animal muerto. Se puso los guantes de fregar y salió dispuesto a no dejar rastro. Al poner un pie de nuevo en la terraza, vio cómo un pájaro negro se le había adelantado y picoteaba el cuerpo sin vida del animal. Jon, que había guardado la escoba en su sitio, dio un paso hacia atrás y, sin dudarlo, estiró el brazo derecho para agarrar con firmeza uno de los premios que había ganado por su trabajo en *Killing neighbors*. Salió a la terraza sin hacer ruido. Se acercó sigilosamente al pájaro, que seguía picoteando sin parar el cuerpo sin vida de la rata, ajeno al destino que le esperaba. El rostro de Jon se transformó cuando llegó a la espalda del animal: sus rasgos se afilaron y sus ojos se inyectaron en sangre. Su gesto se tornó oscuro, tanto como aquel que le miraba fijamente cada vez que intentaba ver su serie, el que le perseguía desde hacía años. El que le daba terror hasta a él mismo. Jon dio los últimos pasos con determinación y, antes de que el pájaro pudiera reaccionar, comenzó a golpearlo en la cabeza con el pesado trofeo. No paró de atizarlo hasta que le reventó los sesos, que acabaron mezclados con los restos de la rata. Pese a estar decapitado, el cuerpo del pájaro siguió moviéndose durante unos segundos. Jon no titubeó en ningún momento, ni siquiera le había temblado el pulso al ejecutarlo. En lugar de eso se quedó mirando lo que acababa de hacer, con frialdad. La estampa era de lo más desagradable pero solo cuando descubrió las manchas de sangre esparcidas por todos lados, fue consciente de lo que acababa de ocurrir y dejó el premio en el suelo. Ya no quedaba en él el menor rastro de excitación o violencia. Estaba relativamente tranquilo dentro de lo extraño que resultaba todo: era como si su cuerpo hubiera sido poseído

para hacer todo aquello y después hubieran salido de él. Por un momento esperó a escuchar el tan repetido «¡corten!», pero el escenario no podía ser más opuesto al sofisticado bloque de pisos en el que vivía Fran, su personaje. Jon sintió que sus hombros se desplomaban, que el cansancio le invadía, estaba derrotado. Las palmas de sus manos estaban bañadas en sangre. Lanzó una mirada asesina a la ventana que tenía frente a él. Aquella que representaba todos sus males. Quería coger un saco de cemento y taparla o quemarla directamente. Odiaba sentirse así: sucio, débil y cansado. Todos los efectos que le provocaba perder el control. Detestaba advertir que no era dueño de sus actos, por eso había tenido que hacer grandes esfuerzos para no entrar en conflicto con los directores, guionistas y productores de la serie cada vez que no estaba de acuerdo en la manera de actuar de su personaje. Le habían tachado de «buenista», pero no lo era. Solo creía que el personaje estaba lleno de matices y que había que huir del tópico del psicópata despiadado, pese a que fuera una serie sobre eso, como le discutían. Por eso se había largado. Estaba claro que ya no quería interpretar a Fran, le incomodaba hasta aspectos insospechados. Ellos pedían una parte de él que ya no estaba dispuesto a dar. No le convenía encarar semejantes atrocidades desde aquella perspectiva, y lo que acababa de ocurrir era la mejor prueba de ello. Había matado a ese animal indefenso con una saña extrema, desorbitada. Se maldecía por haber aguantado tanto en aquella maldita serie y no haber sido capaz de identificar el problema mucho antes. Jon lanzó una mirada a la ventana lleno de ira; odiaba ese personaje con todas sus fuerzas, pero más aún que le obligaran a traerlo de vuelta sin su consentimiento.

«Manda huevos», se repetía cuando después tuvo que recoger también los restos del pájaro, esparcidos por el césped artificial. ¿Por qué cojones tenía que estar él limpiando todo eso? ¿Cómo coño habían acabado ahí todas esas asquerosas ratas? ¿Era una plaga o una respuesta ante la provocación de haber tirado ahí en medio el cadáver de una de ellas? ¿Acaso el mensaje que intentó transmitir la noche anterior no había llegado como él pensaba y lo que recibía en cambio era una señal de guerra? Si fuera así, era la segunda vez que tenía una respuesta como esa. ¿Estaba intentando entonces hacerle saber que nada había cambiado y que seguía en sus trece? Jon estaba realmente enfurecido. Recogió el último pedazo de la cabeza del animal aplastado y fue directo a encenderse un cigarro. «¡Joder!», exclamó antes de agarrarlo con sus labios, pero la decepción que sentía hacia sí mismo no impidió que se lo encendiera. Era eso o coger el extintor del garaje y empezar a dar golpes a esas lamas que bloqueaban las contraventanas llenas de mierda, hasta que se cayeran en pedazos.

«Plagas de ratas», tecleó en el buscador de su ordenador portátil, una vez dentro. Internet estaba lleno de información sobre cómo acabar con una plaga de ratas. Los trucos para combatirlas y todo tipo de información sobre los roedores. Jon fue leyendo en busca de una posible causa que explicara su caso, hasta que, de pronto, se topó con un texto que le hizo ver la luz al final del túnel: *«Cuando una rata muere, las demás la olfatean para saber qué ha comido. Relacionan el alimento ingerido con la muerte de su compañera y dejan de comerlo. De ahí que los venenos solo funcionen durante una generación»*. Jon se sintió aliviado al saber que no había ninguna plaga y al entender la razón por la que el grupo de ratas estaba tan encima de la que estaba muerta, pero no era suficiente como para borrar de su mente el hecho de que el animal no había muerto de manera natural y, mucho menos, acabado por casualidad en el centro de su terraza. ¿Era una nota de atención? ¿Le estaban amenazando? Jon se levantó, se encendió otro cigarro y empezó a dar vueltas por el salón, dando profundas caladas, tratando de reprimir el impulso de tirar la puerta de la casa vecina abajo y obligar a esa persona a que se lo explicara.

Un rato más tarde, en vista de que no lograba quitarse la idea de la cabeza, Jon fue al pequeño gimnasio. Necesitaba soltar toda la tensión acumulada golpeando con los puños el saco de boxeo que tenía colgado en mitad de la habitación. Cada golpe le robaba un gemido, seco, lleno de cólera. El sudor caía por su frente. Entre puño y puño se colocaba los guantes y tomaba aire para volver a soltar una nueva ráfaga hasta que su cuerpo le pedía frenar. Su corazón y su cabeza palpitaban tan fuerte que sentía que le iban a estallar. Jon soltó un grito estremecedor y se echó los guantes a la cara. Tras unos segundos se dejó caer y se quedó en el suelo de rodillas con la cabeza entre sus muslos. Permaneció así unos minutos. Tiempo suficiente para darse cuenta de que estaba desbordado. ¿Estaba sacando las cosas de quicio? De momento no había un problema real, sino la amenaza latente de las consecuencias que podían traer los sucesos que habían acontecido en los últimos días. Dentro de la espiral de preocupaciones en la que se veía inmerso, ser delatado era el problema que más le quitaba el sueño. Lo peor que podía ocurrir era que la persona que habitaba la casa vecina le hubiera reconocido y lo contara, pero, si ese era el caso, ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Por qué esperar? Había algo muy extraño en todo eso. Tenía la intuición de que, por su comportamiento, fuere quien fuere, no debía de tener mucha vida social

ni esa clase de motivaciones. Pero no podía precipitarse, seguiría actuando como hasta ahora, para conseguir hacerse entender y aclarar todos los malentendidos. Tenía que haber alguna manera de que en el tiempo en que se fuera a quedar pudieran convivir los dos en paz. Al fin y al cabo, no tenía mucho sentido que alguien pudiera vivir en semejante zulo. Sería algo momentáneo, estaba seguro. Solo tenía que respirar hondo y confiar en que todo se iba a solventar. «Antes de que te puedas dar cuenta, todo se habrá solucionado», pensó, mientras se preparaba un plato de pasta al pesto. Olía tan bien que le sonaron las tripas. No es que fuera un gran cocinero, de hecho la salsa se compraba ya preparada y solo había tenido que hervir la pasta, pero sí «bastante apañado», como a él le gustaba decir. Lo cierto es que para el poco tiempo que empleaba en ello, le quedaban unos platos dignos. Colocó la comida en una bandeja junto con su pertinente copa de vino y bajó todas las persianas. A oscuras, ese espacio podía ser cualquier otro. Un terreno neutral en el que se dejó estar unos minutos. Después se sentó a comer en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, y vio bajar la pantalla del proyector, que también tenía domotizada en el techo, justo encima de la televisión del salón, decidido a disfrutar de la única terapia que nunca le fallaba: volver a ver sus películas favoritas, las que podía visualizar mil veces sin cansarse. Esta vez las elegidas fueron *Rebeca*, de Alfred Hitchcock, y, un par de horas y una botella de vino después, *Tiburón*, de Steven Spielberg. Su cara era de felicidad absoluta.

«He vuelto a hacer de las mías. He visto *Rebeca* y *Tiburón* en lugar de leerme el guion y ver la peli del director que me dijiste. No me odies. PD: No te mato por decirle a mi madre que iba a ver la serie porque, efectivamente, el otro día la vi. Pero solo un poco», escribió Jon en un mensaje para Julio. Después subió de nuevo las persianas de la cristalera que daba a la terraza: con el sol dando de pleno parecía el paraíso. No quedaba vestigio alguno del episodio tan desagradable de la mañana. Estaba feliz, ver dos de sus películas del tirón le hacía trasladarse a su adolescencia, cuando no tenía grandes preocupaciones. «El placer de las pequeñas cosas», pensó mientras se tumbaba en una de las hamacas. La respuesta de su amigo llegó en menos de un minuto: «¡¡¡Lo sabía!!! Perdonado. Relax. En unos días hablamos en condiciones. Eso sí, lee el guion y mírate la peli! PD: Tu madre me ama, tengo que mimarla», Julio le devolvía a la realidad desde el punto de vista laboral, pero no podía reprochárselo; al fin y al cabo había sido él quien mencionó la serie en su mensaje. Le había provocado de alguna manera y había obtenido respuesta, bastante relajada, por otra parte. Julio era muy listo, lo conocía y sabía que si no le presionaba, tenía más opciones de conseguir más cosas, y así fue. Jon le hizo caso y, convencido de que le ayudarían a olvidarse, al menos un rato, de las adversidades que se encontraba en el microcosmos en el que vivía, se puso a hacer «sus deberes». Sin embargo, a los treinta minutos de película tuvo que parar la proyección: la cinta era un verdadero coñazo y no solo porque la historia estuviera más que contada, sino porque tampoco aportaba nada nuevo al ya trilladísimo tema del padre que pierde a su hija y busca a los culpables movido por la venganza. Ni siquiera ocurría en España, con personajes más reconocibles, algo que hubiera conseguido que el espectador recibiera la trama no de una manera tan exagerada, sino como algo relativamente cercano. Ese era precisamente el reto: conseguir que algo tan extremo pudiera pasar aquí, que le pudiera ocurrir a cualquiera. Pero no, en este caso solo se trataba de una sucesión de secuencias llenas de tópicos, sin interés ni emoción y, encima, con un ritmo muy lento.

«¡Mamón! La peli es un coñazo, espero que el guion sea mejor!», escribió Jon en un mensaje para Julio. El siguiente paso era leer el texto que iba a llevar a la gran pantalla el mismo director, por si se hubiera producido un milagro y tuviera al menos algo de aquello de lo que su anterior trabajo carecía. Jon mandó el mensaje y desvió la mirada hacia el ventanal. Por mucho que las persianas permanecieran bajadas, lo que había al otro lado seguía estando presente. Volvió a

subirlas, abrió la puerta de la terraza y salió, con el guion de la película que le habían ofrecido en la mano, mirando al suelo por si las moscas. Cuando fue a sentarse en una de las tumbonas se encontró con que el cojín estaba lleno de pequeños trozos de madera, piedrecitas y mucho polvo. ¿Habían estado dando golpes mientras él veía las películas y no se había enterado? ¿Eran esos los restos, la prueba de ello? Jon clamó al cielo por su más que probada mala suerte. Dejó el guion en el césped artificial y, con mucho cuidado, para que no se le cayera toda la porquería, levantó el cojín que cubría el perímetro de la tumbona. Lo llevó hasta la barandilla y lo inclinó dejando caer todos los escombros. Después le dio un par de golpes. Una vez bien sacudido, volvió a colocarlo en su sitio y se tumbó sobre él dispuesto a leer el guion mientras se decía a sí mismo: «Me merezco el cielo». Cuando estaba a punto de empezar a leer la primera página, se paró un segundo. Volvía a encontrarse en la misma tesitura una vez más: no quería trabajar, no a corto plazo al menos. No hasta que pasara un tiempo y la gente volviera a verlo como era él, sin prejuicios ni encasillamientos. Pero, al mismo tiempo, el gusanillo de encarnar un nuevo personaje le picaba por dentro. ¿Y si esa era la clave que necesitaba? Las cosas no ocurrían porque sí. Quizá meterse en la piel de otro personaje fuera la manera de dejar salir de una vez por todas a Fran y volver a ser Jon. Jon dentro de una nueva piel: podría interpretar a un padre entregado a su familia, un abogado que arriesga su vida por la justicia, un reportero de guerra que lucha por contar la verdad... Esa sería la solución, se decía Jon a sí mismo mientras avanzaba en la lectura. Pero su optimismo se dio de bruces contra la realidad: el personaje que le invitaban a interpretar volvía a ser un hombre frío que tenía que aceptar el encargo de unos narcotraficantes para asesinar a varias personas que les debían dinero. Una persona a la que las circunstancias le obligaban a terminar matando a diestro y siniestro. La sangre y la violencia extrema de nuevo eran las protagonistas. Bajó el guion y estiró la cabeza hacia atrás. Cuando se hubo apoyado del todo, sintió algo encima de él, donde estaba la ventana. Parecían unos pasos rápidos, ¿había tenido a alguien observándole todo ese tiempo? Jon miró hacia arriba con un nudo en la garganta, pero, conforme empezaba a sentir el miedo, decidió cortarlo de raíz: si alguien lo vigilaba, si intentaban provocarle para que estallara, le daba completamente igual. No conseguirían hacerle perder los papeles. Ni hablar. No pensaba dejar que nadie le arruinara de nuevo el día. Jon bajó la mirada y volvió a perderse entre las páginas del guion, con la esperanza de que su personaje tuviera un giro inesperado que le aportara la luz que él necesitaba.

Al cabo de un rato unos golpes le interrumpieron la lectura. Jon bajó el guion y resopló molesto, intentando pensar qué debería hacer. Estaba muy cabreado, pero no porque le obligaran a detenerse de nuevo —al fin y al cabo, la historia se seguía desarrollando con los mismos tópicos y aspectos de los que él encarecidamente pretendía escapar—, sino porque le estaban coartando su libertad y ¡en su propia casa! Si no era capaz de estar tranquilo en el «hogar» que tanto se había esforzado en crear, ¿dónde cojones iba a estarlo? La rabia volvía a adueñarse de él,

como habían hecho los continuos estruendos con el silencio. Antes de volver a perder los nervios, se levantó de golpe y se metió en el interior de la vivienda. Pero, al cerrar la puerta de la cristalera, comprobó cómo los gruesos vidrios de seguridad no tenían suficiente grosor para apaciguar semejante bullicio. Jon fue a la cocina y se preparó un café. Con un cigarro en la mano esperaba sentado, removiendo con la cucharita el azúcar, dentro de la taza, tratando de evadirse de los ruidos que iban en aumento, cada vez más presentes. Era como tener un taladro en la cabeza. Intentó relajarse respirando con el diafragma, como hacía antes de salir al escenario en los estrenos de teatro, pero nada surgía efecto, el hecho de no estar a salvo ni en su propia casa le desesperaba. Apagó el cigarro de golpe y se dirigió al ascensor.

Salió de su casa directo a la puerta de su vecina. Empezaba a anochecer y los golpes sonaban aún más desde el exterior. Era evidente que los estaban realizando en esa zona que daba a la calle, donde debía de estar el vestíbulo de entrada de la vivienda. Se acercó a la puerta y la aporreó varias veces. Los golpes en el interior cesaron de inmediato.

—¡Me cago en la hostia! —gritó Jon sin poder controlarse.

No soportaba tener que ponerse como un energúmeno para que le hicieran caso y le tomaran en serio. Por desgracia, fue lo primero que aprendió en los rodajes: de buenas nadie te hacía ni puto caso, aunque estuvieras mendigando una triste separata con los cambios de texto que estabas a punto de grabar y que nadie te había dado. Tenía que ser odioso, sacar lo peor de sí mismo para que no lo pisotearan. Como ahora. Jon se alejó satisfecho, pero, cuando la puerta del ascensor volvió a abrirse, los ruidos comenzaron de nuevo y Jon, a toda prisa, se acercó otra vez.

—¿Te importa parar de dar golpes, aunque sea media hora, por favor? Llevas todo el día sin parar ni un segundo.

Pero lo que recibió por respuesta fueron unos porrazos aún más impetuosos. Jon comenzó a golpear la puerta con el puño.

—¿Me estás oyendo? ¡¿Eh?! ¡Que pares! —continuó.

Todo se quedó en silencio. De pronto, ya nadie golpeaba al otro lado. Jon permaneció parado esperando. Convencido de que pronto volverían a la carga. Sin embargo, por más atento que estuviera, seguía sin escuchar nada. Quiso encenderse un cigarro, pero con las prisas se había olvidado de coger el tabaco. Sacó el mechero de su bolsillo, encendió una llama y fue acercándola a la puerta de madera, imaginando cómo crecerían las llamas si la prendía con ella. Si en ese momento le hubieran garantizado que, de arder aquella puerta, su casa no correría peligro de quemarse, lo hubiera hecho sin dudar. Apagó la llama y se guardó el mechero. Al otro lado se escucharon unas leves pisadas. Alguien se estaba acercando. Entonces, por debajo de la puerta asomó un papel doblado, que empujaron desde dentro. Jon se agachó para recogerlo. Lo desdobló y se encontró con que era un folio medio roto y lleno de polvo. En la parte interior habían escrito: «DÉJAME X FAVOR. LÁRGATE» con letras mayúsculas de color granate, casi

marrón. Parecía escrita con sangre seca y resultaba prácticamente ilegible. ¿Qué coño era eso? ¿Una amenaza o una súplica? «Lárgate»: esa era su respuesta. Él había intentado ser amable, se había «bajado los pantalones» y eso era lo que recibía por su parte. Había hecho el esfuerzo de tratar de estar en armonía con el prójimo cuando era evidente que aún no lo estaba ni consigo mismo. ¿Cómo era posible que cuando más necesitaba el equilibrio de estar en paz, de prescindir de la violencia, alguien fuera capaz de obligarle a recurrir a ella? Trataba de controlarse, pero era superior a sus fuerzas. Por mucho que se lo estuviera pidiendo «por favor», parecía ser parte de un juego maquiavélico. ¡Ese sí que era un buen guion y no la puta mierda que acababa de leer! Que se marchara, decía... ¡Los cojones! ¿Quería guerra? Pues la iba a tener.

—¡Ni de coña! ¿Me oyes? ¡Ni de coña! —gritó Jon instintivamente, mientras se dirigía hacia su casa con la nota en la mano. La puerta del ascensor se abrió y Jon entró muy agitado, hablando para sí mismo: «¡¿Cómo puede ser?! ¡¿Cómo puedo tener tan puta mala suerte?!».

Tiene cojones que uno no pueda estar tranquilo en su casa, coño! —exclamó al abrirse la puerta. Lo primero que hizo nada más entrar de nuevo fue encenderse el tan deseado cigarro. Fue hasta la barra de la cocina y cuando estaba sacando una libreta y un boli de uno de los cajones para contestar, volvieron los porrazos con la misma intensidad. Jon frunció el ceño lleno de rabia y, con el pulso tembloroso, escribió: «LÁRGATE TÚ O TE MATO». Su letra parecía la de un niño, estaba tan alterado que no sabía ni escribir. En ese momento los golpes disminuyeron de nuevo hasta desaparecer. No terminaba de cantar victoria, pero el simple silencio le aliviaba. Aquella pausa le hizo darse cuenta de la salvajada que había escrito. ¿Por qué se estaba poniendo a su misma altura? Esa no era la solución, tenía que demostrárselo. Jon dejó la nota que llevaba en la mano junto a la que acababa de escribir y cerró la libreta, arrepentido. Justo cuando cerró el cajón volvió a escuchar un fuerte porrazo. Sacó su cajetilla de tabaco del bolsillo del pantalón, con la misma necesidad con la que un asmático agarra su ventolín, y entró en el ascensor.

Al abrirse la puerta, los ruidos habían cesado otra vez. Jon no podía creerlo, la montaña rusa en la que estaba subido a la fuerza y que a cada vuelta le dejaba aún más patas arriba, le tenía agotado. Se mantuvo a cierta distancia, expectante, hasta que oyó de nuevo un forcejeo. Parecía que volvían a forzar la cerradura al otro lado de la puerta de la casa vecina. Se acercó sin hacer ruido hasta pegarse a ella. Desbloqueó la pantalla de su teléfono móvil y, cuando esta se iluminó, la acercó a la mirilla. Al mirar vio, en primer término, el pelo de la cabeza de alguien que miraba hacia abajo. El color era rubio y no gris como le había parecido ver la vez anterior, parecía relucir y estaba despeinado. Jon, aprovechando que continuaban los forcejeos, se pegó aún más para fijarse. Entonces la cabeza se irguió de golpe quedando a su altura. Unos ojos bañados en sangre le miraban fijamente, con la misma expresión de terror que él tenía en ese mismo momento. Pero, en lugar de separarse de golpe, él se mantuvo atento, hipnotizado. Al verlo, la persona que estaba al otro lado se separó de inmediato y echó a correr en la dirección contraria, hacia la oscuridad del fondo. Fue tan rápido que Jon no logró distinguir nada más. Tan solo pudo percibir que se trataba de una mujer de piel muy blanca, con manchas extrañas en la cara. ¿Era la misma persona que había visto ya? ¿Por qué huía de aquella manera? Por la forma en la que le había mirado parecía tenerle miedo, pero, ¿por qué razón? Tenía ganas de volver a gritarle que no pensaba causarle ningún problema, que esa no era su intención en absoluto. Pero, en lugar de eso, dio un paso hacia atrás y se quedó observando la destartalada puerta en silencio, sin

sospechar que al otro lado la mujer había regresado y volvía a observarle desde la mirilla. Jon no supo con certeza que estaba tan cerca de él, pero le pareció intuir su presencia. Los dos permanecieron en silencio, cada uno a un lado de la puerta, parecía que se habían dado una tregua, pero en realidad ambos estaban pensando bien cuál sería la próxima pieza que debían mover. Entonces, la mirada de Jon se iluminó, ¡lo tenía! Se separó de la puerta y, sin girarse, caminó en dirección a la suya; hasta donde no alcanzaba el campo de visión de quien estuviera ahí dentro. Metió la llave del ascensor, la puerta se abrió, pero, en lugar de entrar, Jon se quedó fuera pegado a la pared y, cuando el sonido del ascensor indicó que este estaba subiendo, se fue deslizando hasta quedar agachado en la penumbra de la noche.

Los forcejeos comenzaron en el acto. Cada vez con más violencia, tanta que hacían tambalear la puerta. Unos minutos después llegaba el silencio seguido de nuevos martillazos que ya nadie trataba de disimular. Los golpes iban en incremento haciendo saltar trozos de piedra de la fachada. Jon intentaba estar tranquilo, pero le era imposible: cada porrazo retumbaba en su cabeza y le alteraba a niveles insospechados. Notaba cómo se le iba a salir el corazón. Tenía ganas de gritar, pero cerró los ojos y respiró hondo. Pensó en quién quería ser, en el porqué de su viaje, de su cambio de vida. Él no era así y quería demostrárselo a todos. Por eso se mantuvo cauto a la espera, confiando en que su buen hacer lograría que todo llegara a buen puerto.

Al cabo de un rato, cansado de esperar, Jon fantaseó con encenderse otro cigarro, pero no podía arriesgarse a que el humo lo delatara. Empezaba a hacer frío. Él seguía en la misma posición, pendiente de la puerta. Los golpes perduraron la mayor parte del tiempo, solo hacía una media hora que habían cesado. Por eso Jon se mantenía alerta, pero, por más atento que estuviera, seguía sin llegar a ver nada. Un golpe seco interrumpió el momento. Venía tan de la nada que Jon dio un brinco y se puso a temblar por la mezcla del susto y el frío que tenía. Había faltado muy poco para que se pusiera a gritar. Seguidamente se escuchó un ruido muy agudo y molesto que, sin duda, hubiera encubierto cualquier chillido. Jon era incapaz de identificar qué producía semejante sonido, tan estridente como ensordecedor, hasta que cayó en la cuenta de que el chirrido procedía de las bisagras de la puerta de madera de la casa de al lado. Sus ojos se abrieron como platos cuando, al mirar hacia ahí, vio cómo la puerta se abría poco a poco, como ocurría en las películas de terror. Volvió a estirar el cuello con mucho cuidado para no perderse detalle. Tenía el corazón latiendo a mil por hora. ¿Sería mejor tirarse al suelo para no ser descubierto? Entonces, la puerta se abrió del todo y vio cómo se asomaba la cabellera rubia platino que había visto ya. Era una mujer, ya no tenía la menor duda, pero ¿sería Laura? Antes de que ella pudiera dar los primeros pasos, Jon ya se había levantado tratando de ver bien el rostro de la persona que miraba hacia abajo.

—¡Eh! ¡Oiga! —exclamó Jon alzando el brazo derecho para que le viera. Se levantó poco a poco y dio solo un par de pasos para no asustarla. Desde esa distancia pudo distinguir que la

mujer iba vestida con una gabardina beige y llevaba una bolsa de deporte bastante vieja, de color rojo, colgada de un hombro. Parecía no haber notado su presencia hasta que dio un respingo al oír su voz. La mujer se metió de nuevo en la casa a toda prisa, sin haber tenido apenas tiempo para salir del todo y levantar la mirada. Jon salió corriendo como una bala hacia ella. Tan rápido que ella no tuvo tiempo de cerrar. La puerta estaba abierta, con la cerradura reventada por dentro y el manillar colgando, a punto de caerse. Jon entró detrás de la mujer. El interior estaba a oscuras. Olía a humedad y a cerrado. Al dar otro paso al frente, se tropezó con una piedra. La apartó de una patada y levantó la vista de golpe al escuchar unos pasos al fondo. Sacó rápidamente su móvil del bolsillo y lo puso en el modo linterna. Lo primero que vio fue cómo la mujer subía con dificultad por unas escaleras que se vislumbraban al final del vestíbulo.

—¡Oiga! Tranquila, no voy a hacerle nada. No corra, por favor —gritó Jon.

Pero la mujer ya había desaparecido. Jon tuvo un escalofrío cuando al mover la linterna del teléfono descubrió el escenario tan aterrador en el que se encontraba: el suelo estaba lleno de restos de piedra y ladrillo. Todo estaba en ruinas, los casquillos se intercalaban con latas y restos de ratas muertas. Jon solo podía ver lo que enfocaba con la luz de su teléfono. Apuntó hacia las escaleras y corrió en esa dirección viendo que sus palabras volvían a no tener el efecto deseado. Al llegar a ellas se encontró con que la mujer estaba agachada agarrándose a la barandilla, justo antes de la curva donde comenzaba el siguiente tramo. Jon empezó a subir los peldaños lo más deprisa que podía, cuando, en una de las zancadas un escalón roto casi le hizo caer al suelo. Se sujetó con fuerza a la barandilla y miró hacia abajo para evitar nuevos sustos. Al levantar la mirada, la mujer había desaparecido. Jon aumentó la velocidad, notando cómo su corazón palpitaba por todo su cuerpo: en el cuello, la cabeza, las muñecas, el pecho. Cuando logró sobrepasar la curva, ella le estaba esperando y le golpeó en la cara con la bolsa que llevaba en la mano. El golpe le hizo tambalearse, pero consiguió agarrarse a la barandilla antes de llegar a caerse. La mujer aprovechó para salir pitando. Corría por el pasillo más rápido que antes. El eco de sus pasos retumbaba en el espacio, magnificando la carrera. Jon se incorporó como pudo y terminó de subir las escaleras.

Al llegar arriba vio un largo pasillo. La mujer estaba casi al fondo, a punto de llegar a la única puerta que había. Jon corrió hacia ella a toda velocidad, cuando, de pronto, un flash le vino a la cabeza. El pasillo, la mujer huyendo y él corriendo detrás de ella: la escena le resultaba familiar. Era prácticamente igual que lo que ocurría en el primer asesinato del último capítulo de su serie, el que vio nada más mudarse a su nueva casa. A Jon no le gustaba sufrir ese tipo de interferencias, y menos en ese preciso momento, pero claramente tenía que ser una señal, un aviso. Todavía estaba a tiempo de poner fin a ese calvario de una manera pacífica, haciéndose escuchar. Por eso aminoró el paso para no resultar agresivo y acercarse a ella con mayor precaución.

—Por favor, por favor se lo pido, pare un momento. Esto se nos está yendo de las manos. Yo no la quiero molestar, se lo aseguro. Soy un tipo normal. ¡No quiero hacerle daño! Hablemos un segundo, ¡por favor!

La mujer se quedó parada medio de espaldas a él, mirando hacia abajo a la altura de la puerta. Jon se fue acercando poco a poco, ganando terreno con las manos en alto y gesto suplicante. Cuando estaba a apenas unos metros de ella se dio cuenta de que la mujer miraba hacia abajo no solo para esconder su rostro, sino porque también trataba de desatascar la cerradura con las dos manos. Empujaba del pomo hacia dentro y hacia fuera, desesperada.

—Le pido perdón si la he molestado, pero me ha puesto muy nervioso, disculpe —continuaba diciendo Jon llegando casi a su altura.

La mujer dejó de forcejear. Los dos se quedaron parados, él con sus cinco sentidos puestos en ella, pero ella aún con la mirada clavada en la cerradura. Rápidamente hizo un pequeño quiebro con la muñeca y la puerta se abrió de improviso. Jon reaccionó a tiempo y dio un paso acercándose aún más. La mujer se giró velozmente hacia él. Entonces pudo verla iluminada por la linterna improvisada: su rostro era muy blanco, grisáceo, como el de un cadáver. Sus ojos negros, por la dilatación de las pupilas, dejaban caer unas enormes bolsas amoratadas y desprendían una luz que a Jon le hizo estremecer. En sus mejillas sobresalían numerosas erupciones y costras. En un instante, antes de que pudiera reaccionar, arqueó los dedos cual garras y se abalanzó sobre él gritando como si estuviera poseída. Emitía sonidos guturales, onomatopeyas ininteligibles, mientras le arañaba con sus uñas largas y rotas, que le surcaban la cara y el cuello haciéndole sangre. Todo había sido tan inesperado que Jon no había tenido tiempo para reaccionar.

—¿Qué hace? ¡Pare! ¡Pare! —gritaba mientras se ponía los brazos delante de la cara tratando de impedir que le arañara.

Ella le obedeció y echó a correr hacia la puerta. Jon casi no pudo verla alejarse porque el móvil se había caído boca abajo y la luz apuntaba hacia el suelo. Se levantó rápidamente y la alcanzó agarrándola de un brazo. La mujer se resistía con una fuerza animal. Los dos forcejeaban como perros de pelea hasta que el pelo rubio cayó al suelo. Era una peluca que dejaba al descubierto la cabeza medio calva de la mujer: solo tenía pequeños mechones de pelo gris encrespado y grasiento. Lo que demostraba que, efectivamente, era ella, y no un animal, a quien vio la segunda noche. Jon estaba atónito, sin saber cómo reaccionar. La mujer aprovechó la tesitura para darle un último empujón, pero él la agarró del brazo de nuevo, aunque con mayor fuerza, y la empujó hasta empotrarla contra la puerta. Ya era tarde para controlarse, estaba totalmente fuera de sí. Le agarró la muñeca que tenía libre y la levantó a la altura del otro brazo en alto.

—¡Pareeeeeee! —gritó Jon con todas sus fuerzas.

Estaba tan desesperado que parecía decírselo a sí mismo. Los dos quedaron uno frente al otro, a menos de un palmo. Desde tan cerca Jon podía oler el fuerte aliento a podrido de la mujer. Ella intentó zafarse al tiempo que gritaba sin casi emitir sonido, solo ruidos extraños. ¿Era muda?, pensó Jon, mientras volvía a empujarla contra la puerta con todas sus fuerzas. Tan fuerte que llegó a elevarla unos centímetros del suelo. La mujer gritó aún más hasta que enmudeció al escucharse un golpe seco y el crujido de su cabeza chocando contra la puerta. Jon, que seguía enrabiado observándola de cerca, notó cómo ella dejaba de ofrecer resistencia y sus muñecas quedaban colgando. Los ojos de la mujer se quedaron sin vida, clavados en él, con gesto de asombro. Su mirada mostraba el terror que había vivido en sus últimos segundos de vida, pero ¿acaso no lo había sentido él también? ¿No era ella la que le había atacado en un primer momento? Él no había obrado por voluntad propia. «Ha sido ella. Ella me ha obligado a hacerlo», se dijo Jon mientras le soltaba los brazos y daba un paso hacia atrás contemplando la escabrosa escena: ella se mantenía erguida mirándole. Se había quedado colgada de un gancho oxidado que salía de entre los tablones que cubrían la puerta y que alguien había arrancado a conciencia. Sus pies pendían a unos centímetros del suelo. Pese al frío, unas gotas de sudor comenzaron a descender por la frente de Jon, que seguía bloqueado, negando con la cabeza. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había acabado así? ¿Era un sueño? ¡Tenía que serlo! ¡Un rodaje! ¡Sí! Eso era, no había duda. Comenzó a girarse hacia los lados en busca de algún miembro del equipo, alguien que le trajera agua y le felicitara por su trabajo. Que le dijera que habían terminado la secuencia. Pero, por más vueltas que diera y buscara, solo estaba él y esa inmensa oscuridad que lo impregnaba todo. Poco a poco fue saliendo del trance en el que se encontraba. No podía creer lo que acababa de ocurrir. Se agachó para recuperar su móvil y algo llamó su atención: la peluca rubia que la mujer llevaba puesta brillaba en el suelo. A su lado estaba la bolsa roja, que de cerca se veía igual de cochambrosa que el resto de cosas a su alrededor. No había más que escombros y objetos viejos y oxidados. Al incorporarse, volvió a encontrarse con la mirada de la mujer que, aun muerta, le seguía mirando de una manera penetrante. Jon se fijó en los detalles de su rostro que, bien iluminado, efectivamente, era como el de un zombie: pálido y lleno de costras, heridas y erupciones cutáneas, pero no fue eso lo que más le llamó la atención, sino que de entre su boca entreabierta asomaba lo que quedaba de su lengua. La tenía amputada, alguien se la había cortado. ¿Por qué lo habían hecho? ¿Para que no gritara? ¿Por eso emitía esos sonidos tan extraños? ¿Había intentado decirle algo? Un reguero de sangre le asomaba por la nuca y se deslizaba por toda la puerta. Jon la miraba aterrado cuando sintió una quemazón en la cara: los arañazos en su mejilla también empezaban a sangrar. Se echó las manos a la cara preso de la mezcla de dolor y desesperación. En ese momento escuchó un crujido de la puerta. Separó las manos de golpe, suplicando que no hubiera nadie más. La puerta se estaba abriendo sola gracias al fuerte impacto. Nadie la empujaba, pero ¿y si aun así no estaba sola? ¿Y si dentro

había más gente, como ella? Estaba muerto de miedo, se sentía totalmente indefenso. Acababa de matar salvajemente a esa desconocida, era a él a quien deberían temer. Sin embargo, la realidad no podía ser más diferente. Estaba tan agotado en todos los sentidos que ya no encontraría las fuerzas para defenderse, ni siquiera para poder explicarse. Todo era tan extraño que parecía que le estuvieran poniendo a prueba. Como si lo que había ocurrido fuera una trampa maquiavélica que hubieran elaborado para sacar lo peor de él. Si eso querían, desde luego que lo estaban consiguiendo. Esperó unos segundos más, pero pensó que si hubiera más gente dentro ya habrían salido en su ayuda, y estiró el brazo para terminar de abrir la puerta. Al dar un paso, la mujer desaparecía a su espalda mientras que frente a él se presentaba una habitación amplia con las paredes blancas y el suelo de azulejos destrozados, muy similar al de un hospital de los años cuarenta. Había un olor muy fuerte a comida podrida, pis y excrementos que casi le tira para atrás. En la pared que tenía enfrente estaba la dichosa ventana que daba a su terraza, tapada con unas contraventanas cerradas. Se acercó a ella y comprobó que los cristales, y parte de la carpintería, estaban machacados por los golpes. Arrimó la cara a uno de los huecos que quedaban por el deterioro de la contraventana y desde ahí pudo sentir el aire fresco que entraba ligeramente. Inclino la cabeza y, aunque estaba muy oscuro, encontró una de las dos hamacas en las que solía relajarse. Se le pusieron los pelos de punta, no solo por pensar en todas las veces en las que había sospechado que había alguien ahí dentro y en todas las demás en las que la mujer habría estado observándole sin que él lo supiera, sino también por la extraña sensación de meterse en la piel de quien lo hacía. Sintió un escalofrío que le hizo apartarse de golpe. En uno de los laterales había un carrito oxidado con una pequeña televisión totalmente aplastada por la parte superior. Alguien la había golpeado hasta inutilizarla. A su derecha, un gran aparador de madera oscura y manillas doradas y, junto a él, en el suelo, una cómoda también muy sucia y de madera, tumbada boca abajo en el suelo. Le faltaban tres de sus cuatro patas. Una de ellas estaba tirada cerca de la puerta de entrada que había en la pared de piedra, era la que vio al asomarse la noche de los fuegos artificiales. En el lado opuesto, a su derecha, estaba el hueco de una puerta, pero solo quedaba el marco. Jon se fue acercando a ella con la respiración entrecortada. Al sobrepasarlo descubrió una pequeña habitación cuadrada y dos puertas cerradas. Jon abrió una de ellas alumbrando siempre con el teléfono. Al otro lado descubrió una cocina pequeña y vieja. Originalmente debía de ser blanca, pero ahora tenía un aspecto grisáceo por el desgaste y la suciedad. Las puertas de los muebles estaban o rotas o descolgadas. La zona para cocinar era de gas y tanto los quemadores como los azulejos del frente estaban negros, como si en algún momento hubieran sido víctimas del fuego. En la parte superior había una hilera de muebles, algunos cerrados y otros con las baldas vistas. Los que tenían puerta estaban decorados con dibujos desgastados: flores y motivos como los que recordaba haber visto en la casa de su abuela. En las repisas había restos de latas abiertas, las mismas que estaban esparcidas por todo

el suelo. Solo en un rincón vio unas cuantas sin abrir: la mayoría eran de atún y de maíz. Jon tuvo que sortear los cacharros y utensilios de cocina que estaban desperdigados por todos lados, rodeados de migas y restos de comida. En uno de los lados de la pared había una pequeña mesa con un montón de platos apilados y vasos sucios. El olor era nauseabundo. Jon se dio la vuelta conteniendo la respiración. Abrió la otra puerta y se encontró con un espacio casi vacío que presidía una cama con un colchón muy pequeño, las sábanas revueltas y un cabecero de hierro que también parecía haber salido de un hospital en ruinas. Encima había colgado un crucifijo que estaba vencido del revés. Jon alumbró con el teléfono y descubrió que había una puerta abierta que dejaba ver un baño casi derruido con la pila y la ducha llena de óxido y moho. Al hacer otro recorrido con la linterna se fijó en que, junto a la cama, había una pequeña mesilla con un marco boca abajo. Se acercó y le dio la media vuelta, pero no tenía ninguna fotografía. Probablemente se la hubiera llevado. Al girarse descubrió una silla tirada en el suelo rodeada por una cuerda muy gorda. Jon se agachó y la alumbró: la cuerda estaba rota, pero gran parte de ella abrazaba todavía el respaldo del asiento. Junto a ella había varios cuencos vacíos. ¿Qué era todo eso? ¿Alguien había estado retenido en esa habitación? ¿Laura, la propietaria de la casa, tal vez? ¿Era ese el motivo por el que no habían conseguido dar con ella en todo ese tiempo? Pero ¿y dónde estaba ahora? ¿Qué había hecho la mujer con ella? ¿Se había escapado, tal vez? ¿O ella era la mujer a la que acababa de matar? Jon no entendía nada, era víctima de una inmensa confusión. Cada detalle nuevo que encontraba lo volvía todo aún más siniestro. Se levantó y volvió a por la bolsa roja. Se acercó alumbrándola y la abrió. Lo primero que apareció fue la fotografía que buscaba. En ella aparecían retratados un hombre de unos cuarenta y poco años y un niño de unos ocho o nueve, ambos muy sonrientes. Los dos tenían el pelo castaño y rizado y la cara llena de pecas. ¿Quiénes eran? ¿Qué tenían que ver con la mujer a la que acaba de quitar la vida? ¿Serían su familia? El hombre parecía más joven que ella, ¿serían su hijo y su nieto? ¿Habían vivido también en esa casa? Los ojos de Jon se humedecieron, sintiéndose culpable al darse cuenta de que no estaba dentro de una serie de ficción como suplicaba. ¿Qué estaba haciendo en ese lugar que parecía sacado del pasaje del terror con sus manos manchadas de sangre? De pronto sintió algo en la nuca, se giró y comprobó que la mujer todavía estaba colgada detrás de él. Aún muerta seguía vigilándole. Entonces Jon supo que había llegado el momento de encargarse del cuerpo. Para ello tenía que poner en práctica todos sus conocimientos y habilidades, aprendidos durante tantos años de rodaje. Su mirada volvió fría, carente de emoción. Se puso de pie y dio un paso hacia ella con decisión.

Aquella noche, Jon se fue a la cama casi al amanecer con las manos limpias, sin restos de sangre, pero con la cabeza llena de imágenes escalofriantes que temía no poder olvidar jamás. Se hizo un ovillo en la cama, colocándose en posición fetal y rompió a llorar. Lloró todo lo que no había podido llorar hasta ahora. Lloró como un niño al que por mucho que intentara hacer las cosas bien, estas siempre se le torcían. Lloró porque la que debía ser su salvación se había convertido en su tortura: no solo había sido incapaz de anular todo su pasado, esa naturaleza que asomaba y que todos parecían ver menos él, sino que además esta se había revelado y ahora lo único que quedaba de él era un hombre al borde de los cuarenta que se abrazaba a sí mismo consciente de que ya nunca podría escapar de un destino que parecía estar escrito. Entre pesadillas, luchaba por encontrar consuelo. Ya nadie volvería a molestarlo, pero había tantos interrogantes abiertos que no le dejaban respirar: ¿Qué hacía esa mujer ahí? ¿Era Laura o no? No parecía mayor, pero estaba tan gastada...

¿Y si aquellos años en los que todo el mundo pensaba que se había ido lejos había estado encerrada sin salir de ahí? ¿Y si cuando fue a hacerlo se encontró con que la puerta estaba atrancada o alguien la había cerrado por fuera por miedo a que se colaran dentro? ¿Y si aquella mujer había tenido encerrada a Laura, de ahí la silla y las cuerdas, y se le había escapado y por eso estaba fuera de sí? ¿Estaría Laura en esos momentos vagando por el bosque, perdida, en busca de ayuda? Cuantas más vueltas le daba, más opciones aparecían; sin embargo, sus elucubraciones se difuminaban cuando se centraba lo que más le atormentaba: fuera quien fuese, él había acabado con su vida. Eso era lo único que sabía con certeza. La había matado. Era un asesino, como todos pensaban. Se había convertido en lo que el mundo esperaba de él y eso le hacía caer al más doloroso de los abismos.

Los días siguientes no fueron mejores: Jon no conseguía pegar ojo y la mayor parte del tiempo tenía las persianas bajadas, sin atender a las constantes llamadas y mensajes de sus padres y de Julio. Llegó un momento en el que ya no sabía si era de día o de noche. No hablaba con nadie, su única compañía era la televisión, que pasó de encender de Pascuas a Ramos, solo para ver algo en concreto en la programación a la carta de los canales de pago, a estar encendida constantemente a modo del hilo musical al que había sustituido. La música le fatigaba, necesitaba escuchar voces, diálogos y discusiones. Aunque fueran los gritos continuos de los colaboradores de los debates que arrasaban en la parrilla televisiva y le hacían compañía. Tampoco tenía apenas apetito ni, por supuesto, fuerzas para hacer ejercicio. Lo único que parecía anestesiarle era darse un baño caliente con una copa de buen vino: sumergirse entero y mantener la respiración bajo el agua. Pensando en lo único que le proporcionaba algo de alivio, las palabras que le dijo su amigo Julio: «Cariño, la gente va a tener la imagen que ellos quieran de ti y aunque te duela no depende de ti, solo una pequeña parte. Si deciden que les caes mal, por mucho que hagas, les vas a seguir cayendo mal. Si creen que eres igual que tu personaje, que eres un snob que te dedicas a matar gente, pues mira. Aprovechalo, sigue follando como un loco y de paso te forras. Lo malo ya lo tienes, aprovecha lo bueno». «Lo malo ya lo tienes, aprovecha lo bueno». En su mente aquella mujer no era real, parecía sacada de una pesadilla y, como las demás pesadillas, también podía desvanecerse: no parecía que nadie supiera que ella estaba ahí, ni siquiera en el ayuntamiento, y no tenían por qué hacerlo. Todo podría quedarse en una simple pesadilla, un mal sueño que olvidar. El alcohol empezaba a hacer estragos en él y por mucho que se repitiera que no, lo cierto es que a Jon sí le importaba lo que pensaba la gente y no le era tan fácil actuar de la manera en la que le aconsejaba su amigo del alma. Aunque detestara admitirlo, era su público, y llevaba demasiados años expuesto como para borrar de un plumazo la dependencia que se creaba por ambas partes. Más aún en una situación tan extrema, al fin y al cabo se necesitaban mutuamente: ellos ansiaban escapar de su monótona realidad, y él, en el fondo, sin el eterno interés que despertaba en el público, se daría de cabezazos contra la pared. Por no hablar de que sin el apoyo de sus fans incondicionales seguramente habría desaparecido, como tantos otros, y nadie seguiría contando con él para sus proyectos. ¿Por qué entonces tenía que luchar constantemente contra quien parecía ser en realidad, y más cuando socialmente estaba tan bien aceptado? La gente le idolatraba y a él le encantaba que fuera así. Aunque parecían

incapaces de diferenciar la realidad de la ficción, en el fondo creían que no era real. Mientras rellenaba su copa de vino fantaseaba con cuánto los aterrorizaría descubrir la manera en la que se había deshecho del cuerpo de aquella mujer. Los fans de la serie fliparían, le idolatrarían aún más. Quizá esa era la solución. Quizá tenía que volverse loco del todo y reactivar sus cuentas en las redes sociales, como tanto le suplicaban, y grabarse con el cuerpo sin vida de su víctima. ¿Era eso lo que querían? ¿No hacían eso constantemente todos los absurdos enganchados a sus propias cuentas de Instagram? Todos esos payasos que vivían en una mentira constante para agrandar a millones de personas que parecían adorarlos, pero que, en el fondo, los iban devorando poco a poco hasta escupir el último de sus huesos cuando se cansaban de ellos, ya fuera porque hubieran cumplido años y ningún filtro les corrigiera los rastros de la edad o porque apareciera alguien nuevo que los desbancara. Nadie podía luchar contra la novedad. Pero él sí, sí con sus manos bañadas en sangre real. Podría regalarles ese momento para después acabar pegándose un tiro en un directo, sería fácil y terminaría de cerrar el círculo. Jon se quedó mirando al frente, asintiendo con la mirada nublada por los efectos del vino hasta que pareció volver a la realidad. ¿Qué coño estaba pensando? Estaba enfermo, pero no era gilipollas. Si tuviera que elegir, preferiría suicidarse y enterrarse a sí mismo, donde nadie pudiera encontrarlo y despojar así al mundo del derecho a saber qué había ocurrido con él, antes que reclamar su atención de una manera tan desesperada. Le daban arcadas solo de pensarlo.

Se desesperaba por no ser capaz de actuar con frialdad para pasar página y seguir con su vida. La gran impotencia que esto le provocaba le hizo llegar incluso a plantearse el volver a trabajar. Sería una manera de obligarse a salir de ahí. Podía llamar a Julio y decirle que quería hacer la película que días atrás había desestimado contundentemente, pero ¿cómo iba a poder enfrentarse a un nuevo personaje que en el fondo seguía siendo el mismo? ¡Peor aún! Lo que tendría que representar era muy similar a lo que él había vivido: un hombre al que las circunstancias le obligan a matar. El problema no era que lo que le ofrecían se pareciera sospechosamente a Fran, el personaje en el que le tenían encasillado, sino a él mismo. El asesino ahora era él, Jon Márquez. Las lágrimas comenzaron a descender por sus mejillas. Por más que quisiera abrazarse a esa idea que le sirviera de salvavidas para obligarse a salir de ahí y volver al trabajo, ¿cómo iba a ser capaz de llegar a un rodaje y tomarse la distancia y objetividad que se requería para abordar cualquier personaje, si lo que tenía que rodar se parecía tanto a lo que, sin éxito, trataba de eliminar de su mente? Si no era capaz ni de salir a dar un paseo, ¿cómo iba a conseguir no desbordarse emocionalmente al ahondar en todos los aspectos necesarios para encarar un personaje de esas características? Aunque siempre le quedaba la opción de pasar por encima de todo, poner cara de interesante y una voz engolada, pero ese no era su estilo. Él no trabajaba así y, por mal que estuviera, se negaba a tener que recurrir a eso, pero ¿acaso había otra manera de enfrentarse a ello sin esconderse tras un ejercicio de estilo impostado? No. Por eso tenía que

desestimar la opción. Pese a que la luz al final del túnel parecía cada vez más lejana, no tenía la menor duda de que volver al trabajo sin estar convencido no era la solución. Tener que dar vida a un hombre al que no se veía capaz de defender era la peor de las pesadillas. Odiaba ese personaje que representaba y en el que se había convertido. La rabia, el fuego interno que hacía que sus ojos brillaran fuera de sus órbitas le habían hecho matar a una persona, a una mujer que lo último que vio fue el rostro que él tanto odiaba cuando lo contemplaba en el televisor. Cuando llegaba al mismo punto, en el que las vías de escape que barajaba parecían no tener salida, se metía en la bañera y hundía la cabeza bajo el agua aún más, y se mantenía sumergido hasta que su cuerpo le suplicaba subir a flote. Pero él aguantaba y aguantaba. Como en ese momento en el que, cuando las últimas burbujas salían de su nariz, con los ojos cerrados, los extraños gritos de la mujer mientras se abalanzaba hacia él regresaron a su mente con el mayor de los realismos. Parecía que volvía a estar ahí. Podía ver su cara llena de costras acercándose hacia él como poseída, con la mirada sangrante. Jon abrió los ojos de golpe y sacó la cabeza a la superficie dando una enorme bocanada de aire. Ni siquiera tenía los huevos de acabar de una vez por todas con su sufrimiento y eso le jodía aún más. La fuerte angustia que sentía había expulsado los gritos de su cabeza, que desaparecían lentamente como un eco cada vez más lejano. Pero el rastro que dejaba en él era todavía más doloroso.

Pasaron los días y su estado no hacía más que empeorar, parecía un alma en pena que deambulaba de un lado para otro. La mayor parte del tiempo miraba al infinito, sentado, intentando mantener la mente en blanco hasta que volvían los flashes a su mente y cambiaba de sitio o veía películas a demanda sin atender siquiera. Había perdido la esperanza de conseguir luchar contra lo que su cuerpo y su mente le decían: ya no había vuelta atrás. Dejó de contestar al teléfono, solo enviaba mensajes para que Julio y sus padres no se plantaran por sorpresa y descubrieran que toda la armonía de la que presumía no era más que un engaño. Si su madre descubriera la ratonera llena de mugre en la que se escondía, le sacaría de ahí de los pelos, no tenía la menor duda. Su única compañía era la televisión encendida las veinticuatro horas del día, a la que no prestaba ninguna atención, salvo cuando se sentaba en el suelo frente a ella para comer. Como en ese momento en el que, después de día y medio sin tomar más que algún vaso de leche y un par de yogures, bajó a la cámara frigorífica, que había oculta en el garaje, en busca de un bote de sopa de cocido congelada que expulsara el frío interno que hacía más incómodos sus días. Una vez descongelado y calentado en el microondas, Jon puso el plato de sopa en una bandeja y se sentó frente a la pantalla. Era la hora de las noticias y un vídeo sobre las inundaciones que amenazaban a media España dio paso al periodista que sentado en el plató anunciaba el siguiente tema. En ese momento Jon no lo sabía, pero lo que estaba a punto de ver cambiaría el curso de los acontecimientos de una manera radical:

«Y mientras, esta semana se cumplen diez años del terrible parricidio de Tetuán. El crimen que conmocionó a la sociedad española por la brutalidad con la que Celia Gómez Saavedra asesinó a su marido y a su hijo mientras dormían para después dejar una nota en la que escribía “Tú me has hecho hacer esto” y darse a la fuga con parte de los ahorros de la pareja». En el televisor aparecían distintas imágenes del barrio de Tetuán en Madrid, de sus calles, del portal en el que vivía la familia, el descansillo y un rápido recorrido por el pasillo de su vivienda hasta llegar a la habitación de matrimonio en la que se veía una cama deshecha con las sábanas bañadas en sangre. Asimismo, se mostraban varias fotografías de una señora, morena, algo regordeta y con rasgos suaves que le daban el aspecto de buena persona. Costaba creer que esa mujer pudiera haber hecho algo así. «Las personas que cometen crímenes tan espantosos son las que menos creerías que podrían hacerlos», afirmaba con contundencia una mujer a quien los rótulos presentaban como experta en psicología criminológica. Aquellas palabras se le clavaron a

Jon como un puñal, que tuvo que bajar la cucharada de sopa que estaba a punto de meterse en la boca. «Diez años —continuaba el periodista— desde que toda España saliera a las calles a tratar de dar con el paradero de esta mujer de mente fría y calculadora que planeó el crimen para huir con gran parte de los ahorros de la pareja. Recordemos que, según declararon numerosos amigos del matrimonio, llevaban años ahorrando para comprarse un piso en Benidorm». «Era su sueño, habían visto un apartamento frente al mar que les encantaba y ella me dijo que iban a comprarlo ya. Que estaba decidido y tenían el dinero», decía una mujer con gesto apenado, parada en el portal que ya había aparecido antes. Entonces ocurrió lo que Jon no se podía esperar bajo ningún concepto: el testimonio de la amiga dio paso a la captura de una fotografía en la que aparecían el hombre y el niño de la estampa que la mujer llevaba en su bolsa. Eran ellos, no tenía la menor duda: los mismos rizos en el pelo y las caras pobladas de pecas. ¿Qué tenía que ver la mujer que él había matado con ellos? ¿Por qué llevaba su fotografía? ¿Era la madre del hombre, la abuela del niño? ¿Había sido secuestrada también por la peligrosa asesina? Pero ¿qué tenía todo eso que ver con Laura y el accidente de sus padres? ¿Era mera casualidad? ¿Había utilizado la casa como guarida aprovechando que estaba abandonada? La mayor parte de sus dudas se solventaron de un plumazo cuando, mientras el locutor informaba sobre la cooperación ciudadana durante las labores de búsqueda, incluso fuera de España, que había durado años sin ningún éxito, Jon contempló una serie de imágenes que le hicieron arrojar la cucharada de sopa que se acababa de meter en la boca: en el telediario se reproducía la grabación de una cámara de seguridad en la que se veía a Celia con una peluca rubia en la cabeza, con gafas de sol oscuras y vestida con una gabardina beige cerrada que no dejaba ver la ropa de abajo. Pertenecían al momento en el que, después de acudir al banco, había sacado el tope del dinero permitido con su tarjeta de crédito en un cajero cercano al domicilio de la pareja. ¡Era ella! ¡La asesina! La mujer que había matado por accidente era la parricida de la que hablaban. La misma que le arañó la cara como un animal salvaje. La asesina que había matado despiadadamente, a sangre fría, a su marido y a su hijo con sus propias manos. ¿Cómo se podía matar a tu propio hijo? A Jon no se le ocurría nada peor en el mundo. Los niños eran sagrados. Tenía tal mezcla de emociones que fue incapaz de atender más a lo que se mostraba y decía. Por primera vez sentía un pequeño ápice de alivio, ¡no podía creerlo! Se levantó de golpe y salió a la terraza, el frío de fuera contrastaba con la buena temperatura del interior de la vivienda, pero ni eso ni el fuerte viento le molestaban. Se dirigió muy decidido a la altura de la ventana de la casa vecina y, lanzando constantes miradas, comenzó a dar vueltas en círculo, sobrecitado: él sabía lo que había ocurrido, tenía la clave del misterio que mantenía en vilo a la audiencia de media España. Estaba tan eufórico que sintió la tentación de llamar a Julio o a la policía y contarles que él había dado con la parricida que todo el mundo buscaba y le había dado su merecido. No había sido premeditado, el destino le había obligado a defenderse, pero lo cierto era que se había deshecho de esa asesina de una vez por todas. ¡Eso

era! ¡El destino! Estaba claro, ahora lo entendía todo. ¿Y si, después de todo, Fran, su personaje, no era una condena, sino lo que el destino le brindaba para cumplir su función en la vida, que no era otra que hacer justicia, acabar con la vida de alguien que había cometido el peor de los crímenes: matar a un niño inocente, a su propio hijo? ¿Y si, al final, la serie había sido su razón de ser y él no había sido capaz de verlo hasta ese momento? ¿Y si todos esos años que se había esforzado en olvidar no habían sido más que un exhaustivo entrenamiento para ejecutar con firmeza lo que había venido a hacer? Lo que había decidido que solo él podría resolver. Jon tenía los ojos llorosos, fruto de una emoción desmesurada que afloraba en todo él. Su cuerpo comenzaba a descontracturarse y fue notando poco a poco cómo cada músculo recuperaba su lugar sin tensiones. Volvía a estar ahí, disfrutando del aire puro que en los últimos días, entre tanta confusión, no había sido capaz de apreciar. Sin embargo, la emoción tenía un gusto agri dulce, cuando pensaba en aquel niño y su padre y en las circunstancias tan terribles de su muerte. Solo esperaba haberles podido brindar un poco de paz, allá donde estuvieran. Jon tuvo una idea que le hizo llenarse aún más de satisfacción por la manera en la que estaba obrando. Se puso unos zapatos y salió a la calle.

Dos meses después

*We will..., we will rock you..., we will..., we will rock you*», cantaba Jon, mientras saltaba a la comba, con la misma energía con la que los soldados entonaban una marcha militar. Su vida cambió de golpe después de conocer la identidad de su víctima accidental. Los dos siguientes meses se había dedicado a disfrutar de verdad. Sin horarios, amenazas o preocupaciones, gozando plenamente de las primeras vacaciones reales que se tomaba desde que empezó a saborear las mieles del éxito. Una compañera suya, la actriz que interpretaba a su hermana en *Killing neighbors*, en una ocasión, mientras hablaban de la «casa ideal» le dijo: «La casa ideal es aquella en la que parece que siempre estás de vacaciones». Aquella frase se le quedó grabada a Jon y la había tenido presente en todo el proceso de decisiones a la hora de reformar su vivienda de retiro. Sin embargo, hasta ese momento no le había sacado partido a su hogar y a la privilegiada situación en la que se encontraba. Aunque echaba de menos tener la piscina en la terraza, por la que tanto había luchado, se sentía muy afortunado. Se había propuesto «estar simplemente, sin hacer nada, fluir sin más»: volvió a su tabla de ejercicios, aunque de una manera más relajada, y recuperó su envidiable forma física. Se puso al día de todas las películas y series que tenía pendientes gracias a los maratones que duraban tardes y noches infinitas. Lo que no dormía lo recuperaba al día siguiente sin ápice de remordimiento. Por supuesto que no dedicó ni un solo segundo a leer los guiones que le ofrecían, pero sí a disfrutar de sus dos últimas adquisiciones: una novela sobre la única pareja que sobrevivía en todo el mundo al cambio climático y otra sobre Truman Capote, su escritor favorito. Buceando en la red se enteró de la existencia de una aplicación en la que expertos de cualquier ámbito grababan una *masterclass* sobre su especialidad y se quitó la espinita que tenía con su carencia de conocimientos sobre cocina. Para las prácticas que proponían, utilizó los ingredientes seleccionados por Julio con tanto mimo. Poco a poco fue mejorando en la calidad de sus platos, tanto que llegaba a sorprenderse a sí mismo. Muchas de las tardes que salía a correr se desviaba de su ruta hasta llegar a los pueblos cercanos y compraba ingredientes locales que le hacían suspirar. Otro de sus nuevos placeres era hacer senderismo. Cuanto más se adentraba en la naturaleza, más se enamoraba de la ubicación elegida: le encantaba el contraste entre la paz del hermetismo de la caja de cristal en la que se resguardaba la mayor parte del tiempo y la libertad extrema que le proporcionaba subir y bajar las laderas, corriendo como un ciervo por las rutas que improvisaba. Siempre había sido un hombre de ciudad, disfrutaba del jaleo y de su ritmo trepidante. Pero

ahora no lo echaba de menos. En cambio, para su sorpresa, ir a dar una vuelta, cuando salía el sol, para respirar aire puro y fijarse en los distintos tipos de árboles y especies animales, se había convertido en algo casi obligado. Era un auténtico placer.

Aquella mañana de sábado, nada más levantarse, Jon fue al baño, desayunó su café con tostadas de rigor y se preparó un zumo detox con espinacas, limón, manzana verde, un poco de piña y una pizca de jengibre para tomárselo en la terraza mientras leía un libro sobre «la creación de personajes y las claves para quitarse los vicios adquiridos con los años de trabajo». Se puso una rebeca gruesa de lana y salió fuera. Lo bueno de ya no madrugar era que no tenía que esperar para disfrutar de los rayos del sol. Lo malo era que enseguida anocheecía, aunque esto también le venía bien para dar comienzo a sus maratones de pelis y series. Se tumbó en la hamaca y abrió el libro dispuesto a devorarlo; sin embargo, antes de terminar la primera página hizo una pausa. Lo posó sobre su pecho y cerró los ojos sintiendo el calor del sol directo sobre su rostro, mezclado con el aire fresco propio de principios de diciembre. Dio un sorbo al zumo y le vino a la mente el contraste tan grande con su antigua costumbre de salir a fumar nada más levantarse, sin haber desayunado siquiera. Ahora le parecía asqueroso. Alzó el libro de nuevo y siguió leyendo. El autor hablaba sobre la necesidad que el actor tenía de explorar nuevos caminos, sobre la importancia de mantenerse despierto en todo momento y de observar constantemente para no tirar siempre de las mismas herramientas conocidas y poder salir de esa zona de confort que le encorseta y le hace adquirir «vicios» inconscientes que te hacen estancarte. Afirmaba que el actor debe estar abierto a nuevas experiencias, a viajar, a leer, a ver trabajos y propuestas de otros compañeros, a informarse, a estar pendiente de los demás para ser capaz de recibir la inspiración real y poder meterse en la piel de personajes diferentes siendo capaz de entenderlos pese a lo opuestos a él que puedan ser. Jon recibía la información a la vez que pensaba en la burbuja en la que había estado encerrado durante los años en los que duró la serie. El hecho de haber tenido casi exclusividad le había hecho perderse otros proyectos y los distintos puntos de vista y experiencias que solo el trabajar con gente diferente podía aportarte. Ahora se encontraba bien, liberado, pero se preguntaba si de alguna manera había salido de una burbuja para meterse en otra, por diferente que fuera. Se quedó pensativo, mirando al cielo despejado cuando, a su espalda, una sombra oscura cubrió el hueco que quedaba entre los tablones y la ventana de la casa de al lado. Entonces ocurrió: Jon se quedó congelado, su mirada se afiló y todo su cuerpo se tensó en modo alerta. Había notado algo detrás de él. No era ningún ruido ni movimiento. Simplemente volvía a percibir algo, una presencia. Hacía meses que no le ocurría. Había olvidado por completo aquella ventana y toda la oscuridad que traía consigo. Las había

bloqueado, pero ahora notaba la sensación con la misma exactitud que si alguien se parara frente a él moviendo la mano y diciendo: «Eh, estoy aquí». ¿Cómo podía ser? ¿Se estaba volviendo loco? ¿Por qué tenía que ocurrirle justo ahora que todo estaba bien?

—¿Hola? ¿Hola? —exclamó Jon, prudente, mientras se incorporaba y se giraba hacia la ventana.

Volvió a preguntar, pero esta vez tampoco contestó nadie. Se quedó un instante parado con el ceño fruncido, luego retrocedió y se metió en su casa.

Cerró la puerta de la cristalera con firmeza. Estaba muy alterado; un solo segundo lo había cambiado todo por completo, pero ¡era imposible! Se cabreaba consigo mismo al comprobar lo frágil que seguía siendo después de todo. Pero no pensaba volver a las andadas y mucho menos sin que hubiera ocurrido nada real. Seguramente había sido su memoria sensorial, ¿no estaba leyendo sobre todo eso? Sobre lo importante que era para los actores transportarse a distintos momentos ya vividos para recuperar sus emociones y poder trasladarlas, con la mayor verdad posible, a las situaciones que tenían que defender en el proyecto en el que se vieran embarcados. ¡Eso era! De alguna manera, su mente se había transportado a los momentos en los que aquella ventana le había arrastrado a los infiernos con todo lo que escondía en su interior. Necesitaba una ducha para despejarse y escurrir todos esos pensamientos que le contaminaban.

Mientras el agua caliente le descendía por el cuerpo, su cabeza daba vueltas a lo que acababa de pasar en la terraza. Claramente era una señal para que reaccionara, si no ¿por qué había vuelto a pensar en ello después de tanto tiempo? El libro hablaba de que cuando uno se estanca mirándose el ombligo se vuelve débil y deja de estar en forma. Ese era su caso, el episodio vivido con aquella mujer era su talón de Aquiles y volvía ahora para hacerle ver su fragilidad. Estaba bien, mejor que nunca, pero aquella llamada de atención le había hecho darse cuenta de que en cualquier momento podía volver a asomar la sombra de la culpa. No quería ni pensar en volver al estado catatónico en el que se mantuvo durante meses. Sentía un remolino en el estómago al darse cuenta de la inestabilidad que afloraba bajo esa supuesta felicidad basada en el estancamiento más absoluto. La clave de la paz consigo mismo no estaba ahí. Tenía que volver a conectarse con el mundo real, como explicaba el autor del libro, conseguir recargar esa seguridad adquirida, que por primera vez le había llevado a hacer lo que quería en cada momento y mover ficha para tener nuevas experiencias y poder crecer como actor y como persona. Así podría estar seguro de que, si decidía establecerse en ese maravilloso lugar, era porque él lo había decidido y no porque tuviera que esconderse de la realidad de la que huía. Había llegado el momento de volver al ruedo. Abrió los ojos y cerró el grifo de la ducha. Se vistió, se secó el pelo y salió a la terraza de nuevo.

Una vez fuera, buscó en la lista de llamadas recientes y pulsó sobre el nombre de su mejor

amigo mientras se colocaba de espaldas a la fachada vecina para no tener que verla. En menos de diez segundos, Julio contestaba con energía.

—Hombreeee, ¡qué alegría!

—¡¿Qué pasa?! ¿Qué haces? —replicó Jon fingiendo una normalidad que hacía mucho que habían perdido.

—¿Te digo la verdad o quieres que te mienta?

El tono de Julio era bastante sarcástico, pero Jon no podía culparlo por ello. Era cierto que había impuesto que le trataran casi como si fuera una figura de porcelana a la que cualquier roce externo podría hacerle romperse en pedazos.

—La verdad. Por eso te pregunto. Quiero saberlo —contestó sin dobleces.

—La verdad es que llevo un par de semanas hablando con unos productores argentinos que están preparando una miniserie de siete capítulos para una de las nuevas plataformas. Están con negociaciones y aún no han cerrado con ninguna, aunque se va a rodar seguro. Tiene muy buena pinta...

Julio se quedó callado. Jon, que esperaba que siguiera con la explicación, se dio cuenta de que el motivo por el que su amigo había parado era porque se esperaba que le interrumpiera como de costumbre.

—Tranquilo, puedes seguir. No te voy a soltar el rollo de que respetes mi espacio, que quiera parar y demás...

Julio no dijo nada, pero Jon estaba seguro de que al escucharlo había esbozado una leve sonrisa.

—No me vas a decir que no estás dispuesto a incorporarte a un rodaje otra vez y salir de tu pequeño paraíso al que, por cierto, aún estoy esperando que me invites. Que con todo lo que me lo curré...

—No te enrolles, sigue —interrumpió Jon divertido.

—A ver... No te había dicho nada porque hay cosas que no me convencen. Estaba esperando alguna propuesta mejor, pero ya sabes lo que pasa cuando desapareces del todo. No puedes esperar que todo el mundo se acuerde de ti, esto va muy rápido, son modas... En el rato que tú has estado tomando el sol en tu terraza, cuatro de los que vivían de tus migajas han entrado en dos series de Netflix, hecho tres campañas y les han amañado «el hombre del año» en cualquier revista de moda. Y Jon Márquez..., si te he visto no me acuerdo.

—¿Me vas a contar el proyecto o qué? —intervino Jon impaciente.

—Es que ya sé lo que me vas a decir y no quiero agotarte con esto, que te va a desmoralizar. Tú estate tranquilo y deja que yo haga mi trabajo.

—Yo ya estoy tranquilo y abierto, te sorprenderías. Quiero hacer cosas nuevas, diferentes. Quiero olvidarme de lo anterior y volver a pillar un proyecto como cuando no había hecho nada

y me presentaba en un rodaje haciendo un personaje episódico: con ese cosquilleo en el estómago, mezcla de miedo e ilusión.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso, porque es el espíritu, pero...

—¿Pero?

—El personaje no es el protagonista —continuó Julio como si hubiera dado la noticia de la muerte de un familiar cercano.

En tiempos pasados Jon habría colgado directamente o se habría puesto a insultar como un loco a los productores, al director de casting o al responsable de la decisión de que él no fuera el eje de la historia. ¿Cómo se atrevían a ofenderle de esa manera? Pero en ese momento el no ser el personaje principal resultaba una novedad y al fin y al cabo el libro hablaba de eso: de los retos, de buscar «la diferencia».

—Sigue, ¿quién es? ¿Qué hace?

Julio no daba crédito.

—Piensa mal y acertarás... ¿Cuál es la peor opción?

Jon la sabía, pero dejó que su amigo completara la frase.

—¡El amigo del protagonista! —continuó.

Efectivamente no se había equivocado en sus elucubraciones. Esa era, sin duda, la peor de las opciones. «El amigo» es el que va siempre al lado, el que deja que el foco se pierda a favor del héroe. Aquel que debe ser chistoso, pero en el punto justo para no eclipsar a la estrella o morirá en la sala de montaje. Sin embargo, eso también podía ser un plus: no llevar todo el peso le eximía de responsabilidad y eso le quitaría exigencia. Trabajaría menos días y le daría mayor margen para probar.

—Espera, espera. Te recuerdo que siempre que perdía un «prota», al ver luego el resultado, me decías que todo el peso lo llevaba el de al lado. Que se notaba un huevo que habían elegido a un actor que le daba mil vueltas al protagonista para salvar la situación porque si no... ¿Me equivoco?

—Mmmm..., no.

—Pues entonces no me ofendas. ¿Y si este es el caso?

Los dos se quedaron callados.

—¿Cómo es el personaje? —continuó Jon.

—No sé mucho porque de momento solo me han pasado la biblia, pero básicamente es el buen tipo que se preocupa del personaje principal, padre de familia, profesor... que al final muere. ¡¿Lo ves?!

Jon intentó ordenar todo lo que acababa de escuchar lo más rápido que pudo. No sonaba nada mal: era diferente, nadie esperaba que él fuera a hacer algo así, era su oportunidad de proyectar algo distinto que, además, le venía más que bien para el momento vital en el que se encontraba.

—¿Se ve cómo muere?

—Supongo, es lo de menos; si no, se pide por contrato.

—¡Eso sería la hostia! Nadie espera que yo vaya a morir, puedo hacer una escena superemotiva, muy dura, pero que haga que se te encoja el corazón. Si es un buen tipo, la gente llorará a mares, querrá cuidarme, que no muera... ¡Es genial!

Mientras hablaba, un pensamiento vino a la mente de Jon: ¿y si esta volvía a ser otra señal? ¿Y si cada personaje iba a descubrirle algo de su propia vida? ¿A eso se refería el autor del libro cuando decía que está todo unido al aprendizaje, a cómo cada papel te modifica de alguna manera y cambia tu vida? Aunque si era así, ¿iba a morir como el personaje que le ofrecían? El miedo a terminar de esa manera enturbió su mirada. Pero no podía dejarse llevar por más miedos irracionales, ¿no estaba huyendo de eso precisamente? Él estaba por encima de cualquier papel, se lo había dicho cientos de veces y era el momento de ponerlo en práctica y demostrárselo a sí mismo.

—A ver..., sí, sí es un poco lo que estábamos buscando: un golpe de efecto. Algo completamente diferente que rompa la idea tan marcada que tienen de ti. Podríamos meter unas gafas, un bigote ancho, un buen *look* que saliera en todos lados..., pero que no seas el prota no me convence. Me da miedo que después no te vuelvan a ver más como el actor principal — continuó Julio.

—Llámalos y diles que estoy muy interesado en el proyecto, que tengo muchas ofertas para mi «vuelta», pero que si le dan más peso al personaje firmo con ellos.

—¿Qué te crees que llevo haciendo estas semanas? —contestó Julio.

—Pongamos toda nuestra energía en darle la vuelta. Que parezca que es una elección, no un impedimento. Que cuando los críticos, la gente y la profesión lo vean, piensen que yo he preferido hacer el secundario al principal. ¡Hagamos que el personaje sea la bomba!

Jon estaba eufórico, tanto que hasta él se dio cuenta y puso el punto muerto. ¿Si no hubiera tenido aquel presentimiento estaría actuando de la misma manera? ¿Eran sus ganas de trabajar y explorar nuevas experiencias o su instinto de supervivencia que trataba de difuminar el peligro quien hablaba por él? Quiso girarse de golpe para obtener una respuesta clara, pero siguió mirando al frente concentrado en la energía que quería proyectar.

—Julio, escucha —continuó—. Sé que estos meses he estado muy difícil. Pero han sido muchos cambios, muchas cosas nuevas y no siempre he sido capaz de gestionarlas bien. He ido aprendiendo a hacerlo sobre la marcha. Me obsesioné con la idea de que nadie supiera que estaba aquí, de mantener mi intimidad por encima de todo, pero porque creo que esa es la base de mi libertad. Poder esconderme cuando sienta que estoy demasiado expuesto, saber que al menos me queda esto. Reconozco que en ocasiones se me ha ido un poco de las manos, pero he tenido miedo..., han ocurrido cosas... —Jon hizo una pausa antes de continuar, cambiando el tono—.

Sentía que todo esto pendía de un hilo y buscaba peligros donde no los había. Ahora lo sé y me encuentro bien, solo necesito poder tomar contacto con la realidad de nuevo, con la distancia positiva que he aprendido a tomar. Estar aquí encerrado es casi tan malo como haberlo estado en ese plató salpicado por la sangre durante tantísimos años. No quiero cometer el mismo error y acabar obsesionado con todo esto..., no sé si me entiendes...

Se hizo un pequeño silencio que Julio acabó rompiendo:

—Casi me haces llorar, cabronazo. No sabes lo que me duele saber que no lo has pasado bien. Me siento responsable.

—No era la idea. ¿Te das cuenta de que al final todo gira entorno a que yo me encuentre bien? Vamos a quitarle importancia al asunto y a coger el toro por los cuernos. Tú entiendes este personaje más que nadie. Habla con ellos y ayúdame a prepararlo, consigamos que cuide a ese prota de mierda con todo el amor posible. —Jon soltó una risita maliciosa que Julio acompañó —. Haz que vuelva, pero que pueda seguir manteniendo esta vida en secreto. ¿Te parece?

—Eso está hecho.

—Venga, te dejo, que nos estamos poniendo muy intensos. Gracias por todo. Quiero noticias pronto, ¿me oyes?

—Descuida, me gusta escucharte así —dijo Julio antes de que Jon colgara.

Al hacerlo, Jon dudó de si quizá se había precipitado dejándose llevar por la ilusión del momento. ¿Y si esa necesidad de salir de ahí se evaporaba en frío, cuando se le pasara el susto y volviera a darse cuenta de que todo el horror había terminado y que no había ningún peligro real ni emocional ligado a la casa vecina? Pero, entonces, todos sus sentidos se afilaron. Volvía a tener el pálpito de que alguien al otro lado había sido testigo de su conversación. Poco a poco se fue girando hasta encararse a la ventana, con cierta prudencia. Tenía la sensación de que algo no iba bien y, a su vez, de que estaba perdiendo los papeles. Entornó los ojos y volvió al interior.

Dentro intentó abstraerse, jugando con todas las ideas que habían bombardeado su cabeza durante la conversación. Abordando todas las opciones, sobre todo las buenas. Imaginando el personaje, el set, los ensayos, su vuelta, la rueda de prensa, el estreno..., todo lo grande. Tenía ganas de encenderse un cigarro. Dejó de dar vueltas en el salón y pensó que si no le diera tanta pereza bajar a la despensa a por un paquete se encendería uno y no se sentiría mal por ello. Porque, por primera vez, la necesidad no era fruto de la ansiedad, sino de la emoción, de la buena energía que ya no trataba de calmar, sino de potencia para disfrutar del poder que le daba. Se sentía creativo, poderoso. Entonces lo vio: al pasar la vista por la cristalera le pareció ver algo tirado en mitad del césped artificial. Jon tragó saliva y se fue acercando lentamente al cristal suplicando que no fuera lo que pensaba que era. Pero al pegarse al ventanal vio que no se equivocaba; una rata negra yacía frente a la ventana. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y, en solo un segundo, una batería de imágenes bombardearon su mente: volvió a ver el grupo de ratas

amontonadas sobre la que estaba muerta, atravesada por el palo. El pelo grisáceo que pensó que era de un animal cuando se asomó una de las veces por el hueco de la ventana, los ojos en sangre de aquella mujer y cómo luego colgaba de la puerta ya muerta, la expresión de su rostro con la boca abierta y su lengua cortada.

Jon volvió en sí como despertando de una pesadilla. ¿Qué hacía ese bicho ahí? ¿Cómo había ido a parar justo debajo de la ventana como la vez anterior? Y justo ese mismo día, en el que había tenido aquel presentimiento. ¿Era una casualidad? Jon quiso salir para ver si el animal presentaba heridas, pero tenía miedo. Miedo de verdad. Por primera vez sentía que la lógica de los acontecimientos se escapaba a la razón. Había algo vinculado con la muerte y lo paranormal que le aterraba y que le impedía poner un pie fuera. Se pegó más al cristal y le pareció que no tenía ninguna herida ni sangre. ¿Entonces? ¿Se había caído del tejado justo ahí por azar? ¿Estaba tirada en ese punto exacto porque hubiera quedado algún rastro u olor de la otra rata muerta y por lo que fuera se había muerto sin más? Pero ¿de qué podía morir una rata así porque sí? ¿Las ratas tienen infartos? Todo era tan extraño y tan premeditado que solo podía ser un movimiento del destino. ¿Y si le estaba haciendo ver con aquella casualidad que no era tan sencillo escapar de la muerte; que, como había sospechado ya, aceptar ese personaje, en el que acaba muriendo, no era más que otra señal? ¿Era entonces ese su trágico destino? Era eso o que alguien lo hubiera puesto ahí. Alguien que supiera los efectos que iba a causar en él. Cualquiera podría haber entrado sin dificultad: tras el incidente, después de limpiarlo todo, él mismo había encajado la cerradura de la puerta para que no llamara la atención desde fuera, pero no la había cambiado y un simple empujón habría valido para entrar. Pero ¿quién? Era imposible que nadie supiera con tanto detalle lo que esa mujer le había hecho pasar..., nadie salvo ella. Jon sintió un escalofrío al recordar la mirada de hielo de aquella mujer muerta colgando de la puerta. No podía ser, era imposible. Estaba muerta, él mismo había visto su cuerpo sin vida y se había deshecho de él. Entonces ¿por qué había sentido su presencia? ¿Por qué la idea de que había vuelto, de que seguía en esa casa se hacía cada vez más presente? ¿Por qué estaba tan convencido? Una vez más le parecía estar dentro de una película de terror. ¿Estaba demasiado influenciado por todo el cine de género que había visto? ¿O simplemente estaba perdiendo la cabeza? Si era ella, desde luego que estaba consiguiendo lo que buscaba con todas esas señales. ¿Quería volverle loco? ¿Torturarlo haciéndole pasar por lo mismo una y otra vez? ¿Era esa su venganza? Si era así, ¿cómo podía hacerle frente? ¿Podría intentar explicarse? ¿Defenderse? Una vez más volvía a estar en un callejón sin salida que se iba estrechando cada vez más hasta asfixiarlo. Si había vuelto de entre los muertos, algo le decía que el juego no había hecho más que empezar.

Jon seguía pegado a la cristalera, con el corazón en un puño, casi temblando. Abrió la puerta corredera y sintió una bocanada de aire frío en el rostro. Un grupo de nubes cubrieron el sol y el día se tornó frío y gris. También se levantó mucho viento y Jon, que mantenía la vista fija en la ventana, advirtió cómo el aire la golpeaba haciéndola temblar. Puso un pie fuera y se fue acercando poco a poco sin apartar la mirada, con el estómago encogido y el cuerpo entero en tensión. Tuvo que esquivar la rata muerta para pararse prácticamente frente a la ventana. De cerca se escuchaba con nitidez el ruido que hacía la madera deteriorada al chocar por el vendaval, golpes continuos de tambor que no hacían más que ponerle aún más nervioso. Cuando dio el último paso para estar completamente frente a ella, escuchó un fuerte estruendo que provenía del interior, haciendo saltar en pedazos la mayor parte de los tablones de madera podrida, y seguidamente otro, aún mayor, que provocó que las contraventanas se abrieran. Jon se asustó tanto que empezó a gritar como loco con el corazón a punto de salirse del pecho. Frente a él apareció una chica asomada que, al verle gritar con el rostro desencajado, se puso a gritar también. A Jon, que estaba al borde del infarto, le llamó la atención su pelo rojizo y el móvil que alzaba en la mano derecha. La chica, de unos treinta y pocos años, de tez muy blanca, le mantuvo la mirada un instante. Los dos dejaron de gritar. Sus ojos eran oscuros y penetrantes y no mostraron ni un ápice de empatía. Solo dureza. En cuestión de pocos segundos, sin hacer ni decir nada, cerró las contraventanas y desapareció.

Jon se quedó clavado en el sitio. Jadeante y petrificado por el frío y el susto. ¿Quién era esa chica? ¿Qué hacía ahí? ¿Había gritado tanto porque no le esperaba o precisamente porque temía encontrárselo? ¿Había puesto ella la rata ahí? Si era así, ¿qué sabía entonces? ¿Tenía alguna relación con Celia? ¿Por qué le había mirado de esa forma tan seca después del susto, sin decir absolutamente nada? El aire soplaba tan fuerte que una nueva ráfaga le arrancó del sitio. Una gota de lluvia le cayó en la frente. Estaba empezando a llover, así que Jon se dirigió de nuevo al interior.

Cerró la cristalera y extendió las lamas años cincuenta hasta una posición en la que desde fuera el cristal parecía cubierto, aunque en realidad quedaba un espacio entre las lamas suficiente como para ver lo que ocurría al otro lado sin ser visto. Se quedó observando la ventana, con el susto todavía en el cuerpo, tratando de encajar lo que acababa de vivir: la chica tenía el mismo tono de piel y color de pelo que la mujer que murió en el accidente de coche en el que sobrevivió

su hija. ¿Acaso era ella? No la madre, sino la niña convertida en toda una mujer. Desde luego, la edad también encajaba, debía de tener poco más de treinta años, aunque si fuera ella debería saber que alguien vivía ahí, y sin embargo, su expresión parecía tan sorprendida como él. ¿Quizá no esperaba encontrarse a nadie y por eso después había sido borde, porque simplemente no había podido disimular lo poco que le gustaba que hubiera alguien viviendo al lado de la casa de sus padres? Él lo entendía mejor que nadie. ¿Sentiría también ella que habían profanado su templo? No podía ponerse así, por mucho apego que sintiera por la casa de sus padres. Tenía el lugar prácticamente abandonado. Él mismo lo había visto con sus propios ojos. Pero ¿y si no era Laura? ¿Y si había vendido la casa y era alguien de la inmobiliaria o, peor aún, algún agente de policía que por lo que fuera estuviera investigando algo? ¿Y si la desaparición de la mujer finalmente los había llevado a donde había estado escondida todo ese tiempo? Pero, si era así, ¿no se habría presentado y le habría hecho alguna pregunta? ¿No ocurría eso en todas las películas policíacas? A no ser que ya supieran las respuestas y por eso le había mirado con tanta firmeza. ¿Y si ahora mismo ella estaba esperando dentro de la casa, con la seguridad de que había conseguido causar este efecto en él, o si estaba en la puerta con más refuerzos aguardando a que bajara para escapar? ¿Había sido entonces víctima de una trampa? ¿De una provocación? Jon se dirigió corriendo hasta el telefonillo y comprobó que se equivocaba cuando en la pantalla no vio ningún coche de policía o agente esperando fuera. Suspiró aliviado y trató de calmarse un poco. El breve encuentro había sido de lo más violento, pero, siendo objetivo, tampoco podría asegurar al cien por cien que esa mirada fuera de amenaza o de autoridad, ni siquiera de querer hacerle saber que conocía lo que había hecho. Si lo pensaba con frialdad, tampoco tenía por qué. Igual empezaba a sugestionarse, contaminado por sus miedos. Tenía que ser realista. Fuera quien fuese, no tenía por qué saber nada: todo el horror que había vivido nunca había sucedido. ¡Eso era! Él nunca había escuchado ningún golpe ni había entrado en esa casa y menos aún matado a nadie porque, al fin y al cabo, en esa casa no vivía nadie. Todas las personas con las que había hablado de ello se lo habían asegurado. Llevaba años abandonada y nadie tenía por qué enterarse de que no había sido así. Si alguien venía, evidentemente se daría cuenta de que la cerradura había sido forzada y después colocada de forma estratégica. Pero él había hecho desaparecer los restos de cuerdas y migajas, muchas de las latas y señales que evidenciaran que había habido alguien viviendo ahí dentro. Tampoco había dejado ni una sola gota de sangre. Fran, su personaje, era todo un especialista y se había ocupado de ello. Con esa última acción él también había muerto. Estaba seguro de que no encontrarían ningún rastro de la mujer o de lo que había pasado en el interior, ¿o sí? En el peor de los casos, si se le hubiera escapado algo que probara que la mujer había estado ahí escondida, tampoco sería su responsabilidad y mucho menos tenían por qué relacionar a Jon con ello. Él no había tenido nada que ver con eso y sería muy difícil, por no decir imposible, establecer una conexión entre ambos, más allá de haber estado pared con

pared. Y, aun siendo así, sería muy fácil demostrar que ella llevaba mucho más tiempo escondida del que él llevaba viviendo en su casa, por lo que eso le eximía de culpa. Tendría que ser ya demasiado enrevesada la cosa como para que alguien pudiera pensar que él había escogido ese lugar precisamente porque supiera que ella estaba ahí. ¿Quién iba a creer que ellos dos tuvieran algún tipo de relación? Era absurdo e imposible de probar. Jon volvió a la posición de espera y cuando fijó la mirada de nuevo, entre uno de los huecos de las franjas que quedaban entre las lamas, se acordó de la tormentosa secuencia de *Terciopelo azul*, de David Lynch, en la que el protagonista, Kyle MacLachlan, espiaba a Isabella Rossellini dentro de un armario con aperturas, hasta que ella le descubría y, empuñando un cuchillo, le obligaba a salir de ahí. Jon, que apartaba con la mano una de las lamas para tener mayor campo de visión, se sintió ridículo. Parecía una vecina cotilla. En ese instante las contraventanas volvieron a abrirse. La chica se asomó de nuevo con el brazo derecho estirado. Llevaba un móvil en la mano que movía hacia los lados impaciente, protegiéndolo como podía de la lluvia, cada vez más fuerte, mientras lanzaba miradas furtivas a la rata, a la terraza y al interior. Jon se encontró con que clavaba su mirada en él y soltó la lama inmediatamente, como acto reflejo. Volvió a mirar y vio cómo ella le hacía un gesto con la mano enérgicamente. Estaba claro que se había dado cuenta de que estaba espiando y resultaba absurdo intentar disimular.

—¿Has entrado aquí? —preguntó la chica nada más verle salir.

Jon sintió que le echaban un jarro de agua fría a la cara. Una de sus pesadillas más recurrentes, en la que soñaba que de pronto descubrían que había cometido un crimen que él no recordaba en absoluto, se acababa de hacer realidad.

—¿Me has oído? —continuó ella al no recibir una respuesta—. Que si has entrado aquí —preguntó de nuevo.

—¿Yo? ¿Me ve con cara de meterme en las propiedades de otras personas? —contestó Jon haciéndose el ofendido.

Ella pareció aflojar un poco y siguió preguntando:

—¿Y has escuchado algo?

—No, no. Que yo sepa, no vive nadie —dijo sin moverse del pequeño porche que había antes de salir al césped artificial. Estaba a punto de preguntarle si vivía ahí, pero ella se adelantó.

—Pues alguien ha entrado. Las cerraduras están rotas, todo está destrozado. ¡Es un desastre! ¿De verdad que no has visto o escuchado nada?

Jon intentó mantener la calma y trasladar el diálogo a una conversación lo más cotidiana posible.

—¡No! Alguna vez se escucha algo, pero suelen ser animales..., pájaros que van por el tejado, ardillas..., ratas —dijo mirando hacia el animal muerto—, pero nunca he visto a nadie.

—Sí. Perdona por lo de la rata, me he puesto muy nerviosa cuando he visto que las puertas

estaban forzadas y que había agujeros en las paredes... Iba a llamar por teléfono, pero como no hay cobertura, he pensado que sacando el móvil por la ventana..., pero estaba bloqueada con los tablones... He tenido que golpearla muy fuerte y al abrirse se ha caído la rata. Se debió de quedar atrapada entre el cristal y la contraventana. ¡Qué vergüenza!

—No te preocupes. Solo es que no me lo esperaba, es la primera vez que me pasa algo así —dijo Jon disimulando mientras se preguntaba a quién pensaba llamar.

Tenía que encontrar respuestas. ¿Quién era? Volvió a retomar todas las opciones, aunque, de todas ellas, que fuera policía era la más preocupante y solo había una manera de descartarla.

—¿Vas a llamar a la policía? —preguntó con la boca pequeña. Si ella no era un agente, tenía que intentar disuadirla para que no lo hiciera.

La chica se le quedó mirando un segundo, pero enseguida continuó.

—No, no quiero líos ni denuncias. Tampoco es que me falte nada de valor... Soy consciente de que todo estaba bastante dejado, pero me asusta que haya entrado alguien o que pueda volver a entrar. Solo eso.

—Normal. Deberías cambiar las cerraduras...

—Sí, sí... Y tapar los huecos, recoger los cascotes, arreglar los desperfectos... ¡Ay!, es que son tantas cosas... Ya solo el mero hecho de estar aquí no es fácil. —La chica se dio cuenta de que Jon la miraba atento y decidió recular—. Es difícil de explicar —continuó—. Estarás alucinando con todo, perdona.

Parecía desesperada y Jon aprovechó la situación.

—No, no, por favor... ¿Qué necesitas? ¿Llamar?

—Sí —contestó ella un poco más tranquila.

—Aquí sí hay cobertura. ¿Por qué no vienes y llamas tranquila? No estás consiguiendo nada y encima te estás calando.

—Y hace un frío... —dijo ella continuando la frase.

—Vente. Entras en calor y pensamos en qué hacer —dijo él en un tono muy fraternal.

Ella le miró y aceptó con una media sonrisa. A Jon le gustó comprobar la confianza que transmitía, pero, sobre todo, la neutralidad con la que ella le hablaba. No sentía que el «actor» estuviera por delante de la persona y era muy de agradecer. ¿De verdad no le había reconocido? Le costaba creerlo, pero quizá estaba ante la primera de muchas. Jon sonrió para sus adentros mientras ella asentía con la cabeza.

—Tienes que llamar al telefonillo. Está junto a la puerta, hay que fijarse bien porque está tan integrado con la piedra que casi no se ve.

—De acuerdo, ahora voy —dijo antes de meterse y cerrar la contraventana.

Pese a que se había salido con la suya, Jon no pudo evitar sentirse mal por haberle mentido descaradamente haciéndola creer que quería ayudarla, aunque en parte también pretendiera

hacerlo. Cuanto más amable se mostraba, más peligroso se sentía, o quizá la palabra era «malicioso». Pero no había tiempo para flaquear, tan solo intentaba «sobrevivir» a los acontecimientos y tratar de entender el sentido de todo para resolver la situación. Su plan de vida estaba en peligro. Entró de nuevo en el salón e hizo rápidamente un repaso a todo lo que pudiera dar pistas sobre que era un personaje conocido y, por supuesto, que le relacionara con la casa o la mujer que había matado. Intentó hacer memoria, pero no lograba acordarse de nada muy evidente, salvo sus premios. Abrió el almacenamiento que había bajo la *chaise longue* del sofá y los guardó a toda prisa.

Respiró hondo, intentando pensar con claridad: de momento estaba consiguiendo mantenerse tranquilo y aparentar normalidad a pesar de lo extraño que resultaba todo. Eso era lo importante. Tenía que estar muy despierto para conseguir toda la información que pudiera de una manera en la que no se evidenciaran sus intenciones. ¿A quién intentaba llamar? ¿Y si le estaba mintiendo al igual que hacía él y lo que había visto no era más que un papelón? Pero ¿y si decía la verdad, y era Laura? Ansiaba preguntárselo, pero no había encontrado la manera de hacerlo de buenas a primeras, sin conocerse y en una situación ya tan rara de por sí. Además, no quería que supiera que había indagado demasiado. Si era ella, ¿cuánto tiempo pensaba quedarse? ¿Había cambiado de planes y pensaba vivir ahí? Si ese era su plan, estaba bien jodido. Todo se iría a la mierda. Tendría que estar pendiente de si le conocía o no, de que no lo viera ninguna de sus visitas o de que no diera el chivatazo a la prensa. Seguramente se acabaría eso de leer en silencio, pondría música, hablaría por teléfono y... ¡haría reformas! ¡No, por favor! No más golpes ni obreros pululando. ¿Esta chica iba a acabar con la paz que tanto ansiaba como ya intentó hacer la mujer? El timbre del telefonillo le devolvió a la realidad. Jon miró de nuevo por la cámara y vio que solo estaba ella. Le abrió y, mientras esperaba a que subiera, hizo un último repaso a la cocina y el salón, afinando sus cinco sentidos.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, la chica apareció parada frente a él y lo primero que le llamó la atención fue que, de cerca, sus ojos no eran tan oscuros como le había parecido a simple vista, sino de un verdoso amarillento muy especial. Nunca había visto unos ojos así, tan grandes, más propios de un gato que de una persona. Ella se mostraba bastante tímida y tras un instante dijo:

—Qué bonito.

—Gracias, contestó él invitándola a pasar. Después estiró los brazos para que le diera la cazadora mojada por la lluvia. Ella se la quitó con cuidado y se la dio. Jon la colocó estirada sobre una de las perchas metálicas que había en la entrada y entró corriendo al baño para darle una toalla con la que secarse el pelo. Ella se lo agradeció y empezó a sacudirse la melena.

—Soy Jon, por cierto. —Conforme lo dijo pensó en que quizá hubiera sido mejor mentirle y aprovecharse de que ella no parecía saber nada. Pero si la chica ya lo sabía quedaría de mentiroso

y enfatizaría sus sospechas. Además, era la mejor manera de saber si era o no la niña. Aunque también ella pudiera mentirle. Jon esperaba ansioso la respuesta.

—Laura, encantada.

¡Laura! Era ella, efectivamente. Ya no había duda. Le consolaba saber que de todas las opciones que había barajado, que fuera la hija de los dueños, la actual propietaria de hecho, era la que más le beneficiaba, ¿o no? Sabía que llevaba muchísimo tiempo sin venir, pero no las razones. ¿Por qué volvía ahora? Si pensaba quedarse o venir más a menudo quería saberlo, pero debía ser discreto y preguntar poco a poco. No podía mostrarse ansioso o ella lo notaría y corría el peligro de ponerse nervioso y soltar alguna información o dato que él no tendría por qué saber.

—Disculpa otra vez por haber sido tan borde antes y haberte hecho tantas preguntas, pero hacía mucho que no venía y lo último que me esperaba era encontrarme todo así.

—Te entiendo. Yo habría hecho lo mismo —contestó amablemente Jon.

—¿Seguro que no has visto ni escuchado nada? —insistió Laura.

—De verdad. Siento no poder ayudarte más, pero tampoco paso mucho tiempo en casa. Salgo bastante a correr y cuando estoy aquí me pongo música o alguna peli en el proyector, bastante alto...

—Ya, si me imagino que no estarás todo el día pendiente... Tampoco había nada de mucho valor..., es más emocional que otra cosa... Sabía que la casa no estaría como la dejé, pero ha sido un palo. No venía preparada para algo así.

Jon sintió lástima por ella. No hacía falta conocer en detalle la relación que tenía con sus padres ni con aquella casa para imaginarse cómo debía de ser volver al hogar de tu infancia y encontrártelo así.

—¿Te importa si hago una llamada? —continuó ella.

¿A quién?, quiso preguntar Jon instintivamente. Aún eran muchas las dudas. ¿Le estaría mintiendo e iba a llamar al 091? ¿Intentaba ganar tiempo y recabar información al igual que hacía él? Solo había una manera de saberlo.

—Claro, ¿quieres que te deje el mío? —le dijo ofreciendo su móvil.

—No hace falta, muchas gracias, tengo batería... Es que no daba señal —dijo ella mientras sacaba el suyo de uno de los bolsillos de su pantalón.

Laura miró al fondo del salón, donde estaba la cristalera que daba a la terraza y Jon le hizo un gesto con la mano invitándola a llamar desde ahí si quería. Ofrecerle la opción de alejarse le hacía parecer indiferente, pero seguiría pudiendo enterarse de la conversación. Se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina mientras la observaba marcar de espaldas a él.

—Nada. Me lo imaginaba. Siendo fin de semana, difícil... —dijo ella después de varios intentos.

¿A quién sería difícil localizar en fin de semana?, se preguntaba Jon. ¿A algún conocido del

pueblo? ¿A un manitas? ¿Querer arreglarlo todo era una señal de que pensaba quedarse? Una gota de sudor empezó a descender por su frente. Jon se la limpió con la mano mientras Laura se acercaba de nuevo.

—Esto es muy marciano: estar de vuelta, encontrarme todo así y acabar en la casa de un vecino. ¡Nunca tuvimos vecinos! No tenía presente que hubiera nadie viviendo aquí, supongo que será la costumbre. Me hubiera presentado en condiciones. Perdona otra vez.

—No pasa nada, entiendo que con lo que te has encontrado estuvieras nerviosa. Yo también me he asustado, no contaba con que fueras a aparecer de repente.

—Sí, ya te he visto, perdona.

—Me dijeron que no vivía nadie —soltó Jon de golpe con el propósito de obtener un «y no vivo» de respuesta. Aunque quizá las palabras fueran «no vivía, pero...» en cualquiera de los casos prefería saberlo por si tenía que intervenir. Pero en lugar de eso obtuvo un:

—¿Te importa si lo vuelvo a intentar?

Laura levantaba el móvil enseñándoselo. Jon no pudo más y preguntó:

—¿Estás llamando a un manitas para que lo arregle todo?

¿Por qué no había preguntado primero por si intentaba comunicarse con un familiar? ¿Haber omitido la pregunta más obvia evidenciaría que ya conocía de antemano esa respuesta y, por lo tanto, su historia? Podría habérselo contado la agencia, de hecho así había sido, aunque después de mucho tiempo y porque él había insistido. Probablemente ella se lo estaba cuestionando en ese mismo momento. ¿Estaban los dos en la misma situación? ¿Sabiendo del otro más de lo que mostraban y viceversa? ¿Le habría reconocido ella y estaba actuando como que no? La respuesta de Laura interrumpió sus pensamientos.

—No, no, qué va. Al alcalde del pueblo. No sé si lo conoces, pero es un señor muy majo. Le conozco desde muy pequeña.

—No, no lo conozco. No conozco casi a nadie; bajo poco al pueblo, la verdad.

Antes de que hubiera terminado de responder, Laura ya había vuelto a llamar. Jon tragó saliva. ¿Cómo iba a salir del paso si ese hombre le delataba después de haber dicho que no lo conocía? Ya empezaba mal. Tenía la mirada clavada en el cuello de Laura, suplicando que no se lo cogieran. Ella hizo un movimiento con la cabeza. ¿Había dicho algo? ¿Estaba susurrando? No había sido capaz de diferenciarlo cuando un «gracias» totalmente legible le confirmó sus terrores. Ella siguió avanzando hacia el final del salón hasta que llegó a la cristalera. Ahora sí estaba claro que estaba hablando, pero Jon no conseguía diferenciar ni una sola palabra; sobre todo, porque tuvo que dejar de intentar leerle los labios cuando se encontró con que ella también le miraba durante la conversación. ¿Por qué lo hacía? ¿Le estaban contando su visita al ayuntamiento? ¿Le habían desenmascarado? ¿O simplemente mantenía el control al igual que hacía él? Al tercer cruce de miradas, Jon se levantó y, disimulando, puso agua a calentar para

prepararse un té. Laura siguió hablando por teléfono, pero ahora completamente de espaldas a él. Un nuevo «gracias» advirtió a Jon de que la conversación tocaba a su fin.

—Adiós —dijo Laura mientras se giraba y colgaba el teléfono.

Jon permanecía de espaldas a ella pendiente de la tetera. Pero estaba tan nervioso que tardó unos instantes en apartar el agua del fuego cuando empezó a hacer demasiado ruido la ebullición. A su espalda escuchaba cómo Laura se iba acercando a él sin decir nada. ¿Lo sabía? ¿Qué iba a decirle? Tenía que pensar una buena excusa o las alarmas sobre él se dispararían y, si comenzaba a atar cabos y llegar hasta Celia, perdería toda su credibilidad.

—¿Me has estado espiando? —preguntó.

Ahí estaba. Por más que se esmerara en ello, no era ningún profesional y una vez más la situación había podido con él. Jon se fue girando lentamente sin saber qué decir. Cuando dio la vuelta completa se encontró con que Laura lo miraba muy seria. Jon puso cara de circunstancia, entonces ella cambió el gesto.

—¡Era broma! Es que me ha contado que un actor famoso había estado preguntando por mí. Uno superconocido, por lo visto, no sé quién me ha dicho... Yo, como no veo la tele...

Jon no daba crédito, la miraba completamente incrédulo. No sabía si le estaba vacilando de nuevo. ¿Se estaba riendo de él, diciéndole a la cara que sabía que él era el actor famoso y que le habían contado todo? Que él supiera, nadie de la zona había descubierto que él vivía ahí, creían que venía de un pueblo de al lado, por lo que el alcalde tendría que haber hilado muy fino para saber que él era el vecino de Laura y que por eso estaba interesado en su historia. Era una población muy pequeña y si lo hubieran descubierto más de uno habría ido a cotillear. Aunque podrían haberlo hecho y que él no se hubiera enterado, teniendo en cuenta que todas las ventanas de la casa daban al otro lado. ¿Iba entonces a volver a decirle: «Ehhhh, es un broma. ¿¡¿Cómo no voy a saber quién eres?!?», o directamente: «Déjate de gilipolleces y dime qué coño ha pasado», que era lo que él probablemente haría en su lugar. Pero nada de eso ocurrió. Ella lo miraba de la misma manera neutral, sin dobleces, aunque con un imán interno que no le permitía dejar de mirarla y preguntarse cómo había sido su vida durante todos estos años y, sobre todo, cómo pretendía que fuera a partir de ese momento.

—Perdona por la broma, pero es que o me río o me echo a llorar —continuó ella—. Veo que te ha afectado más que a mí.

—Hombre, no me siento muy tranquilo sabiendo que alguien ha entrado en la casa de al lado, la verdad. ¿Quién me dice que no van a saltar a mi terraza? —dijo Jon, que aprovechó la mala hostia que le había entrado por el susto que se acababa de llevar para ser contundente. Su excusa sonaba de lo más creíble.

—Ya..., perdona.

Jon había conseguido ser él quien fuera consolado, lo cual era un éxito. Aún le parecía

imposible que en realidad ella no supiera quién era, pero tenía un radar para saber cuándo alguien le había reconocido. Lo captaba con la primera mirada, antes incluso del primer gesto, por cómo se dirigían a él por primera vez.

—Te preguntarás qué tengo de especial como para que un actor famoso se interese por mí...

Jon la miró en silencio. Laura sonaba ahora sincera, algo triste y frágil. Verla así le hacía olvidarse del motor que había provocado esta situación.

—¿Te pongo uno? —preguntó Jon señalando el té que acababa de hacerse.

—Gracias —contestó ella—. Por lo visto van a rodar una película o algo así sobre chicos que perdieron a sus padres —continuó.

Los dos se quedaron en silencio. A Jon no le salían las palabras, pero, por primera vez, no le preocupaba no resultar veraz en sus reacciones porque, tanto si ya sabía la historia como si la intuía por lo que acababa de escuchar, la situación resultaba de lo más comprometida y no se sentía capaz de hacer él la siguiente pregunta con la que continuar la conversación. Nunca se había desenvuelto bien en el plano emocional y se había convertido en todo un maestro en sortear todas las preguntas relacionadas con temas personales. Y encima, en ese caso, no se conocían de nada.

—Mis padres murieron. Este es el lugar donde he pasado gran parte de mi infancia. —Laura intentaba contener las lágrimas mientras hablaba—. Tuvimos un accidente una noche que volvíamos a casa después de ver las luces de Navidad que habían puesto en las calles del pueblo. Habíamos pasado la tarde viendo los puestos con adornos y figuras para el belén. Mi padre compró castañas asadas y yo me empeñé en que quería una enorme nube de algodón de azúcar rosa que él me compró pese a las quejas de mi madre porque luego no iba a cenar —Laura hizo una pausa ensimismada—, como así fue. Me quedé dormida en el viaje de vuelta y solo recuerdo un grito de mi madre que me despertó de golpe y ver una luz blanca que se acercaba muy rápido de frente a nosotros. Cuando desperté estaba en el hospital. Solo me contaron que habíamos tenido un accidente de coche, yo preguntaba por mis padres, pero todos me daban largas. El alcalde se acercó a verme y fue el único que tuvo el valor de contarme que en el siniestro mis padres habían muerto en el acto. ¿Quién si no iba a decírmelo? No tenía a nadie más, podía haberlo hecho la policía o cualquier médico, pero él tuvo el detalle de hacerlo. Mi padre y él se conocían desde el colegio y me había visto nacer. Con el tiempo me enteré de que el conductor con el que habíamos chocado estaba borracho y circulaba en dirección contraria. Estuvo en coma bastante tiempo, pero sobrevivió. Nunca pisó la cárcel, por supuesto, ya sabes cómo es la justicia en este país. Alegó que se quedó dormido, que no había bebido tanto, pero que estaba tomando un medicamento para la próstata y que le había provocado efectos secundarios; su mujer, que iba de copiloto, declaró en el juicio y corroboró su coartada. La muy cabrona se debió de quedar con la conciencia bien tranquila. No hubo nada que hacer, consideraron que era una pequeña

imprudencia y le condenaron a pagarme una multa ridícula, que se esfumó en costear un entierro en condiciones.

Laura se quedó en silencio. Jon bajó la mirada, jugando con su taza, respetando el momento, sin forzarse a tener que decir nada, mientras que ella miró hacia su casa, que se veía a través de la cristalera, y continuó.

—En este lugar es donde tengo los mejores recuerdos de mi vida, pero nunca me ha sido fácil regresar. Me duele demasiado. Me vi obligada a tomar distancia si quería continuar con mi vida. Ese es el motivo por el que dejé de venir.

Los dos se quedaron callados. Laura con la mirada perdida en el suelo y Jon mirándola sin disimular. Ya tenía la respuesta a muchas de sus preguntas, pero aún le quedaba por saber la parte más importante: si había vuelto para quedarse.

Tenía que reconocer que así, de pronto, la idea de tener una vecina como Laura no le parecía tan terrible. No porque sintiera una especial atracción hacia ella, aunque fuera de lo más interesante, sino porque principalmente le trataba de igual a igual. Por primera vez en años se había quitado la mochila que llevaba siempre a cuestas y se había tomado un té y tenido una conversación sin más, sin prejuicios ni tonterías. Sin comentarios sobre la serie, cotilleos sobre otros actores o *selfies* absurdos cada treinta segundos. El problema era que eso no iba a durar siempre. Viviría con el miedo a que se enterara y, cuando lo hiciera, lo tendría por si se lo acababa contando a los medios. Su experiencia le había demostrado que todo el mundo se corrompía por dinero y seguramente en cuanto se lo comentara a alguien del pueblo y le dijeran lo que le pagarían por dar la info, no se lo pensaría dos veces, y más necesitando el dinero, como ya había dicho, para arreglar aquel desastre.

—Debería irme —dijo Laura, y le devolvió la taza sin el té que se había bebido mientras contaba su relato.

—¿Te vas ya? ¿Vas a conducir así, jarreando? —Jon, que había dejado de medir sus palabras, sonaba como una madre preocupada.

Pese a sopesar los pros y los contras, no quería que se fuera, necesitaba saber si pensaba volver, aunque quizá cambiara de idea al encontrarse la casa así y decidiera venderla por fin. Sin embargo, Lo que en otro momento hubiera sido una buena noticia ahora tenía un regusto agrio, y es que, pese a conocer de antemano su historia, escucharla de viva voz le había dejado tocado. Tenía ganas de abrazarla, para su sorpresa, pero debía mantener la frialdad suficiente para aprovechar ese momento de vulnerabilidad e interrogarla aunque fuera de manera pasiva, como lo había hecho hasta ahora: ir dibujando el camino para que ella se lo fuera contando sin que pareciera que él tenía tanto interés y averiguar también si efectivamente no tenía ni idea de quién había estado en su casa o si por el contrario sospechaba algo y, por supuesto, si pensaba volver o venderla... ¿Debería aprovechar la situación para hacerle una oferta que no pudiera rechazar

después de un discurso sibilino sobre si no había llegado el momento de dejar todo atrás y seguir hacia delante?

—No, no me voy a marchar aún. No puedo irme así. Tengo que recoger mis cosas.

—¿Y no puedes esperar? Sigue lloviendo muchísimo, puede que el agua esté entrando y habrá muchísima más humedad. Vas a coger un resfriado y, por lo que me has contado, no creo que te ayude ver la casa en estas circunstancias.

Laura lo escuchó como una niña a su maestro. La preocupación volvía a manifestarse en su mirada.

—Es la hora de comer —continuó Jon—. Deja que prepare algo y después, cuando escampe, vuelves y haces lo que tengas que hacer. Pero al menos coge fuerzas: come algo y deja que se te pase el disgusto —dijo Jon sin esperar un «no» por respuesta.

—Si he traído un sándwich, lo tengo en el coche...

—Por favor, ¿cómo te voy a dejar salir así? Deja que te dé la bienvenida como mereces.

Laura sonrió tímidamente. Un brillo apareció en los ojos de Jon; por fin podría demostrar sus conocimientos culinarios aprendidos. Su pasta con gambones al estilo Marsella sería un éxito asegurado. Mientras la preparaba, se esforzó en resultar de lo más afable, tenía que seguir ganándose su confianza y pensaba ser implacable. Así que empezó a hablar sobre su día a día y sus gustos. Aunque la mayoría de lo que contaba era cierto, intentaba adaptarlo según sus intenciones u omitir directamente aquello que pudiera delatar su verdadera identidad. Procuró hacer una selección del tipo de cosas que realmente hacía pero que no le comprometían, de las que podrían trasladarse perfectamente casi a cualquier persona que viviera en un sitio así: gente a la que le gustara hacer deporte y viviera al aire libre. Se inventó que él también se había criado en un lugar bastante apartado en mitad del campo y que cuando uno se acostumbra a eso es muy difícil después vivir sin ello. Le dijo que precisamente ese había sido el motivo de buscar un sitio así: encontrar un pulmón en mitad de la naturaleza, pero que no estuviera excesivamente lejos de Madrid, donde había vivido hasta ahora. Hablaron del tiempo, del paisaje, de lo mucho que estaba aprovechando los días con sol para salir a correr y despejarse. Mientras lo hacían, Jon preparó la mesa en el comedor con esmero. Se sentaron y comieron el uno frente al otro. Bebieron un delicioso gran reserva, que Jon sacó con la excusa de que nunca tenía ocasión de disfrutarla en compañía. Laura accedió a beber «un sorbito» que se fue sumando a otro y a otro. Cuando terminaron de comer, se había acabado casi la botella. Seguían viendo caer la lluvia a través de los enormes ventanales. Jon siguió hablando y aprovechó los elogios que recibió por parte de Laura, hacia el plato de pasta que había preparado, para contarle que solo era un «cocinitas» amateur, que había aprendido a desenvolverse entre fogones en los últimos meses. Después le habló sobre la ruta de setas que había encontrado y cómo se acercaba a los pueblos de los alrededores a por comida de la tierra. Laura lo miraba relajada, parecía haber olvidado el

drama que había vivido tan solo unas horas antes. Todo iba sobre ruedas, después de ese rato podría hacerle todas las preguntas sin que resultaran tan machete. Sin embargo, fue Jon quien se encontró con una que no esperaba en absoluto.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Laura de golpe, casi interrumpiéndole.

Jon se quedó un momento en silencio pensando rápidamente en la respuesta acertada.

—Vamos, que si también has heredado el dinero para hacerte esta casa así o te lo has currado tú...

Jon se quedó perplejo con la seguridad y franqueza con la que Laura hablaba de pronto, probablemente fruto de los efectos del vino, pero que le hacían darse cuenta de que no era ninguna mosquita muerta. La mujer que había hecho esa pregunta era una persona práctica y decidida.

—No tengo nada en contra de la primera opción. Me parece genial; vamos, no seré yo la que critique algo así —aclaró Laura al darse cuenta de lo duras que podían haber sonado sus palabras.

—Ya, ya... No, qué va, me lo he ganado yo, aunque hay algo de lo otro también... Mi padre tiene muchos negocios, en bolsa y demás y... yo le llevo la contabilidad. He tenido mucha suerte, sí, pero también he *currao* como una bestia. No le he podido echar más horas, pero ya no podía más. Estaba cansado del ritmo y decidí cambiar de aires, nunca mejor dicho —contestó Jon a modo de órdago, cruzando los dedos para que no le hiciera preguntas más específicas o le pillaría a la primera de cambio: en su sector era de los más habilidosos, pero no tenía la menor idea de cómo funcionaban el resto de trabajos.

—Ya —dijo Laura con un tono en el que dejaba ver que entendía perfectamente de lo que Jon estaba hablando—. Y yo te jodí el plan. Ya lo siento.

—¡No! Qué va. Es una suerte tener una situación tan privilegiada de poder estar aquí y trabajar desde casa. Aunque no te voy a mentir, al principio me jodió mucho no poder dar contigo, para hacerte una buena oferta, pero ahora estoy tan a gusto aquí que... ni lo había vuelto a pensar, la verdad. —Algo que era profundamente falso: se moría por tener una piscina en la terraza y odiaba esa fachada y todo lo relacionado con ella hasta ese momento—. Así que, ahora que has vuelto, espero no haber truncado yo el tuyo —dijo Jon sonriente.

Laura le devolvió la sonrisa.

—En absoluto. Así que querías hacerte una piscina..., siento no haber siquiera escuchado tu oferta, o al menos dar la cara, pero no quería tener que dar explicaciones. Los de la inmobiliaria me insistieron y me insistieron. Cuando les di una negativa más rotunda, el alcalde contactó conmigo e insistió en que vendiera. Me dijo que si no iba a ceder en lo de la venta para la piscina, al menos que le garantizara que no iba a aparecer, que no podía fastidiarle la venta. Es verdad que no es que la vida me vaya de perlas y el dinero me hubiera venido muy bien, pero él

conoce bien el apego que tengo por esta casa. Vete a saber si la inmobiliaria le había prometido alguna comisión porque me pareció de lo más extraño. Al final me cansé y escribí un *email* muy clarito. Nunca más volvieron a intentarlo. —Laura hizo una pausa—. Lo siento —continuó poniendo cara de circunstancia.

Jon la escuchaba atento, esa no era la historia que el alcalde le había contado. Había omitido el interés en vender la casa. Tuvo ganas de soltar un «menudo cabrón», pero no quería caldear más el ambiente.

—¿Y por eso dejaste de venir? —preguntó Jon.

—Dejé de hacerlo por el trabajo, te suena, ¿no? El puto trabajo, que lo jode todo... Me fui, sí. Lo dejé todo medio abandonado, pero siempre regresaba el 14 de diciembre, la fecha en la que tuvimos el accidente. —Jon cayó en la cuenta de la fecha, lo había visto en la noticia del periódico, pero no lo había pensado—. Iba al cementerio, después a mi lugar favorito del mundo a coger fuerzas y luego me pasaba por aquí. En ocasiones me quedaba unos días, sobre todo cuando caía en fin de semana, como este. Por eso también me decidí a volver por fin. He estado trabajando fuera los últimos años. Cuando la inmobiliaria contactó conmigo, no estaba en España... y la verdad es que ni pregunté. No me planteaba vender; aunque las circunstancias me impidieran regresar, este lugar me acompaña siempre. Mi refugio, el simple hecho de saber que siempre podía volver me consolaba... Y ahora ocurre todo esto..., siento haber roto tu tranquilidad, de verdad. Este lugar es perfecto para estar en paz... hasta que ocurre algo y todo se trunca...

Laura se quedó callada y Jon tragó saliva y la acompañó en el silencio preguntándose cuál sería su sitio favorito del mundo, ese que había mencionado.

—La mierda del trabajo —continuó—. Si no hubiera aceptado el traslado, hubiera seguido viniendo y probablemente esto no habría pasado —se dijo Laura maldiciéndose—. ¿Nunca has sentido que te entregas tanto a tu profesión que te acabas alienando, olvidando por completo de quién eres y de por qué haces las cosas, de por qué te dedicas a eso? Aquello que hagas para ganarte la vida no puede estar por encima de ti. No puede ser. Hay que parar y decir: ¿yo quiero ser esto? Porque la mayoría de las veces te das cuenta de que no, de que te has convertido en algo que no te gusta y hay que parar y preguntarse quién quieres ser en realidad y si el trabajo que haces te ayuda a lograrlo. Valorar si tanto esfuerzo merece la pena.

Jon la escuchaba atento, conteniendo la emoción que asomaba por sus ojos. Sentía como si hablara de él mismo. Podía haber sido perfectamente el discurso que dio a la productora de su serie cuando abandonó el proyecto, pero con distintas palabras. Quiso preguntarle a qué se dedicaba, pero cuanto más hablaba y se sinceraba ella, más miedo le daba tener que hacerlo después él. No quería volver a mentirla e inventarse algo rocambolesco. Es más, estaba tan a gusto que si no hubiera tanto en juego se sinceraría y le hablaría de lo fácil que parecía su vida de

puertas hacia afuera y la batalla interior a la que se veía sometido cada día. Lo difícil que estaba siendo lidiar con su pasado y las consecuencias de todo ello. Lo mucho que le costaba olvidarse de quien le habían obligado a ser y aceptar la misión para la que había sido destinado: hacer justicia con aquella asesina despiadada.

—Perdona el *speech*... Estoy un poco cargada, como ves.

—Nada, nada. Tranquila, por favor... ¿Cuánto tiempo llevabas sin venir? —preguntó Jon intentando encajar las fechas con el tiempo que parecía haber estado oculta la mujer.

—Unos tres años...

¿Ese era el tiempo que llevaba ahí metida? No le cuadraba. Según las noticias, había cometido el parricidio diez años atrás. ¿Dónde había estado Celia todo el tiempo anterior?

—Ahora sí que debería irme —dijo Laura levantándose de la silla del comedor.

En una situación normal Jon habría sacado a colación alguna anécdota de la serie, algún cotilleo morboso que nunca fallaba, pero todo era diferente esta vez. Sacó su teléfono del bolsillo y miró el pronóstico del tiempo.

—Aquí dice que en breve va a dejar de llover. Venga, preparo un café mientras. Si ves que no para, te vas, pero es que te vas a mojar y es tontería por un rato más. A ver luego ahí qué haces cuando te cojas algo, ¿cómo vas a entrar en calor? ¿O es que te estoy dando mucho la chapa? —preguntó Jon con picardía.

—¡Al contrario! —contestó Laura sin mostrar resistencia.

Jon fue hasta la chimenea y la encendió con el mando. En pocos segundos, después del primer humo artificial, aparecieron las supuestas llamas. Laura las miraba alucinando, no había duda de que era la primera vez que veía una chimenea de vapor de agua.

—No da calor, pero parece de verdad. A mí me relaja. Eso sí, no te puedes quedar mucho rato mirándolo porque entonces sí se nota que es de mentira. Todo falso.

Laura sonrió y se sentó en el sofá mientras seguía mirando el fuego artificial. Jon volvió a la cocina a preparar el café.

—Tendría que olvidarme de una vez por todas... —dijo Laura con la vista puesta en la fachada de su casa—. Después de encontrarme todo de esa manera, me pregunto si ha sido buena idea volver o si tendría que haber roto la costumbre. Me dan ganas de tirar la toalla y pasar página..., pero no es tan sencillo.

—Me imagino... —dijo Jon mientras se acercaba con una bandeja con los dos cafés, una jarra con leche caliente y todos los tipos de edulcorantes naturales del mercado. Por fin había llegado el momento de preguntar sin levantar sospechas.

—Entonces ¿qué piensas hacer ahora? ¿Te vas a ir o piensas pasar la noche? ¿Hay calefacción?

—No. Puedo encender leña, pero con los agujeros en las paredes hay muchísima corriente... Y

la cama y todo estaba destrozado, huele a pis, a suciedad..., un horror. Pensaba irme mañana antes de comer para no pillar atasco. Pero, visto lo visto..., me iré cuando entre a recoger la bolsa que he traído y un par de cosas que quería llevarme, si no se las han llevado ya, claro.

Jon la miraba pensando en si no sería pasarse de la raya preguntar por el siguiente paso: si pensaba volver en breve y arreglar los desperfectos o dejarlo como hasta ahora. Le parecía demasiado forzado pretender que le diera una respuesta sobre lo que iba a hacer cuando le acababa de mostrar las dudas que le surgían por lo fácil que sería olvidarse de todo en ese momento y lo difícil que le resultaba al mismo tiempo.

—Así que, tranquilo, que ya no voy a romper más tu paz.

Laura había pretendido hacer una broma, pero su tono respiraba tanta melancolía que había resultado de lo más triste.

—No lo decía por eso. Vamos, estaría encantado de tener una vecina —dijo Jon saliendo del paso.

Él también se daba cuenta de que tenía sentimientos contradictorios porque en el fondo comenzaba a sentirse mal por alegrarse de que el destino hubiera encajado todas las piezas para que ella no tuviera opción alguna de quedarse.

Laura bebió un sorbo de café.

—Y lo del trabajo que me has contado... ¿De verdad es una elección o es que te estás escapando?

—Ya te lo he dicho —contestó inmediatamente Jon tratando de no parecer que se ponía a la defensiva—, necesitaba cambiar de vida... Aunque, bueno, visto así, puede decirse que de algún modo estaba escapando, sí.

—Es un buen sitio para huir, desde luego. —La mirada de Laura se volvió sombría—. Yo llevo toda la vida huyendo.

—No ha debido de ser fácil.

—No. Después de lo que ocurrió fue muy complicado, sobre todo cuando tuve que dejar mi casa, siendo tan pequeña. Demasiados cambios. Aunque no hubiera podido sobrevivir aquí sola..., ni siquiera ahora, que mira cómo está... Pues incluso así, sigue siendo mi hogar —dijo, señalando con la mirada la fachada que se veía a través de la cristalera—. Ninguno de los sitios donde he estado después ha sido mejor, créeme. No sabes lo que es pasar un tiempo en un reformatorio.

Jon la miró interrogante. ¿Qué delito había cometido para que la metieran en un centro de esos?

—No me mires así. Tranquilo, no hice nada. Por dedicada que sea la plantilla de los centros de menores en los que estuve los primeros años, muchos de ellos voluntarios, milagros no podían hacer con las pocas ayudas que recibían. En una de las ocasiones, tenía quince o dieciséis años,

el centro de acogida en el que estaba se quedó sin recursos y a los más mayores nos repartieron por otras instituciones hasta que encontraran una casa en la que nos quisieran. Para mí no hubo plaza y tuve que pasar más de un año en un reformatorio. No me puedo quejar, después de todo, estaba bien atendida. Tuve suerte. Aunque, para que te hagas una idea, mi primer amor fue un chico que se llamaba Mario, muy dulce, tímido e introvertido, el tipo de hombre que siempre me ha gustado. —Laura levantó la mirada y la posó en Jon, que tuvo que esforzarse para no ponerse rojo. ¿Había sido eso una indirecta o lo había malinterpretado?—. Yo estaba enamoradísima de él hasta que un día, uno de los chicos que nos atendían me dijo que tuviera cuidado. Me contó que Mario era un parricida, que había matado a su madre y a su hermano mientras dormían porque les culpaba de haber echado a su padre de casa. Y encima yo me llamaba igual que su madre, que era a la que él más odiaba, así que imagínate. Pero, bueno, todo eso me da igual. Ya pasó y no fue tan terrible. Después estuve en otro centro y en un par de casas de parejas que no podían tener hijos y que me mimaban con más sentimiento de culpabilidad que el que nunca tuvo el cabrón que se llevó a mis padres. Enseguida empecé a trabajar mientras estudiaba y me he ido apañando. Lo único que aún me pone enferma es que no hubiera justicia para ese borracho. ¿Cómo alguien que ha matado a dos personas inocentes puede quedar impune? Eso y que hayan entrado en mi casa me irrita hasta puntos inimaginables. —Entonces Laura se quedó pensativa y esbozó una leve sonrisa—. Quien haya estado ahí metido también pensaría que se trataba de un buen sitio para huir, supongo. Ha tenido suerte al poder marcharse porque a mí nunca me ha resultado fácil escapar; por más que lo intento, aquí me tienes.

Jon se había quedado sin palabras, apenas podía respirar.

—Perdona, ¿te importa que vaya al servicio? —preguntó Laura recomponiéndose.

—No, claro.

Jon, confundido, la observó irse; sin saberlo, Laura había metido el dedo en la llaga. Se sentía el héroe y el villano al mismo tiempo. ¿Cómo alguien que había asesinado a otra persona podía quedar impune? Jon daba vueltas a la pregunta preocupado. Pero ella había dicho «a personas inocentes»; ahí radicaba la gran diferencia, la clave. Su caso no era así, sino muy diferente. Él había obrado bien. Celia era una asesina, había matado a su marido y a su hijo. Si tenía que haber justicia, era desde luego con ella. Además, representaba un peligro. ¿Qué hubiera pasado si él no hubiera intervenido y esa mujer siguiera en la casa cuando volvió Laura? ¿La habría atacado también de aquella manera tan violenta? Si lo pensaba bien, aparte de haber hecho justicia con el niño y su padre, al matar a esa mujer, había impedido que siguiera destrozando la casa de Laura y que esta se la hubiera encontrado al volver. Laura pedía justicia y él se había encargado de dársela, arriesgando su vida y ayudándola también a ella. Aunque el hecho de que Celia se hubiera adueñado de ese lugar hasta destrozarlo le venía bien para eliminar la posibilidad de que Laura pudiera quedarse más tiempo, al menos de momento. Aunque era cierto que conforme

pasaban las horas y tras su conversación, pese a que sabía que la mejor opción era que se fuera, la idea de tenerla cerca se presentaba más como un buen plan que como el inconveniente que había sido de primeras. Jon miraba la puerta cerrada del baño, esperando a que se abriera. Por primera vez sentía que podía compartir lo que había hecho con alguien. Había sentido tal conexión que no tenía la menor duda de que ella lo entendería sin juzgarlo. Sin embargo, todas sus fantasías se evaporaron cuando la puerta se abrió y apareció ella. Tenía los ojos rojos. Jon no lograba discernir si era fruto de las lágrimas, pero era evidente que su mirada se había vuelto cristalina y le daba un punto más felino. Él se quedó observándola un instante, no podía negar que era muy atractiva, pero precisamente por eso tenía que mantenerse frío y no dejarse llevar por impulsos pasajeros. Al fin y al cabo, igual estaba magnificando la situación porque llevaba mucho tiempo solo sin entablar ninguna relación con una mujer.

—¿Ha dejado de llover? —preguntó Laura mirando a través de él a los ventanales del fondo.

Jon se giró para ver si era así. Laura le adelantó y se pegó al cristal. Efectivamente, ya no llovía, el cielo estaba despejado y los rayos del sol aparecían tímidamente entre las nubes que cubrían el cielo. Laura se giró y le dijo:

—¿Quieres que te lleve a mi sitio favorito del mundo?

Su rostro estaba iluminado con un brillo en los ojos que Jon no le había visto hasta el momento.

—¿No quieres entrar a por tus cosas por si vuelve a llover? —contestó Jon con cautela.

—Tengo que aprovechar antes de que se haga de noche o luego será imposible.

De pronto Laura parecía otra persona, llena de luz y energía. Jon se quedó contemplándola atrapado por la fuerza que desprendía, y ella, consciente de su poder, le mantuvo la mirada para terminar regalándole una leve sonrisa de complicidad.

La puerta del ascensor se abrió y el olor a lluvia fresca le golpeó a Jon en la cara. Laura, decidida, salió primero y se dirigió a paso ligero hacia la colina que a menudo solía visitar Jon. Andaba y andaba, cada vez con más prisa, dando zancadas más amplias. Jon, detrás, podía notar cómo se impacientaba conforme se alejaban. Laura se movía de manera ágil, tenía buena forma física y el poco respeto que tenía al monte hacía evidente que era una ruta que conocía a la perfección. Hacía bastante aire, pero los rayos del tímido sol, que no terminaba de salir, hacían el trayecto agradable. Siguieron subiendo sin pronunciar palabra, y cuanto más lo hacían, Jon más se daba cuenta de adónde le estaba llevando. Al llegar a la cima de la colina, supo que no se equivocaba. El lugar en el que Jon había pasado tantos momentos, la cumbre del nuevo mundo que se había construido y desde el que era capaz de mirar con algo de distancia todo lo que acontecía en esas dos casas que habían cambiado su vida para siempre. El lugar desde donde se cercioró por primera vez de que había alguien con total seguridad en la casa vecina. El mismo al que había llegado sin aliento los días posteriores cuando corría y corría para escapar de los recuerdos.

—Este era el sitio favorito de mi padre. Siempre me traía cuando era pequeña. Y ahora es el mío. Mi lugar favorito del mundo —dijo Laura con la mirada perdida hacia el inmenso paisaje.

Laura se giró hacia Jon para ver su reacción, con una expresión en el rostro que parecía decirle: «Es espectacular, ¿verdad?». Jon le devolvió la mirada con la misma intensidad y dio una vuelta de trescientos sesenta grados inflando los pulmones. Fingiendo que nunca había estado en ese lugar, pese a que se moría de ganas de contarle que también era uno de sus favoritos. Sin embargo, no tenía ninguna intención de decirle que ya lo conocía, y bastante bien; de hecho, estaba exactamente en el punto en el que él se paraba cuando subía a solas: junto a la enorme roca. Qué diferente era estar ahí acompañado, pensó él lanzando una mirada furtiva hacia Laura. No se lo diría salvo que ella le preguntara. No quería arruinarle la magia al momento. La felicidad que Laura emanaba al compartir algo tan íntimo con él. Jon se sentía agradecido por ello y, de alguna manera, especial. Y eso fomentaba aún más los impulsos que tenía de contarle toda la verdad acerca de quién era y qué había hecho.

—¿No vas a sacar el móvil y hacerte un *selfie* para fardar en Instagram? —preguntó Laura con cierta sorna.

—No tengo Instagram —contestó Jon con contundencia.

Se alegraba de haber cerrado todas sus cuentas, porque por una vez no tenía que mentir. Eliminar el que probablemente era el camino que llevaba más directamente a él era un alivio. Laura lo miró sorprendida.

—Ni Facebook ni Twitter ni pollas —continuó Jon consciente de que ahora era él quien había captado toda su atención.

—Pues ya somos dos —dijo ella, poniéndose a su altura.

Dio un par de pasos más y se acercó al extremo desde el que se veía la terraza de la casa de Jon y su ventana. Él, que la observaba desde atrás, tuvo una extraña sensación. La impresión de que desde ahí ella pudiera ver todo lo ocurrido, como si volviera a estar en otro capítulo de *Black mirror* en el que mirar desde esa distancia a ese punto le permitiera ver el pasado y conocer todo lo acontecido. No sabría expresarlo bien, pero temía que, al mirar hacia esa ventana, Laura sintiera algo parecido a lo que había notado él: la intuición de que alguien había estado en esa casa y su estela aún seguía presente.

—Siempre he tenido un carácter muy fuerte, demasiado temperamental y ya desde pequeña solía chocar a menudo con la gente de mi alrededor. Las peleas con mi madre eran constantes, supongo que porque debíamos de ser bastante iguales, me parezco mucho a ella. Cuando nos peleábamos, yo solía gritar mucho, demasiado. Creo que lo hacía porque así sentía que estaba por encima de ella, como si gritando fuera menos evidente mi falta de argumentos. Mi madre se ponía muy nerviosa y entraba al trapo, la pobre. Entonces, mi padre se acercaba a ella y le decía algo al oído y le besaba en la mejilla. Ella aflojaba y él me tendía la mano para decirme: «¿Quieres que vayamos al sitio más bonito del mundo?».

»La primera vez que me traje aquí, nos paramos exactamente en este punto. Lo sé por esta encina —dijo señalando una que había a sus espaldas, que era mucho más corta y ancha que el resto de las que había alrededor—, y me explicó que era el sitio más bonito del mundo porque desde aquí podías mirar hacia tu casa y eliminar todo lo malo que te ocurriera en ese momento. Ese día, no recuerdo exactamente por qué, había discutido con mi madre y él me explicó lo tonto que resultaba viéndolo desde tal distancia, proponiéndome un juego: “Ahora mira fijamente hacia casa y piensa en cómo te gustaría que estuviera cuando volvamos”. Yo me quedé sin saber qué hacer ni qué pensar, la pregunta abarcaba un margen tan amplio que no sabía por dónde empezar.

»“¿Te gustaría regresar y encontrarte a mamá muy enfadada? ¿Tener que seguir enfurruñada, llevándole la contraria y empeorando la situación solo por el mero hecho de que estáis enfadadas? ¿O te gustaría volver y sonreír a mamá cuando nos abra la puerta? ¿Estar bien con ella y que te haga patatas fritas para cenar...?”. Yo le escuchaba con inocencia. “Pase lo que pase, nada es tan importante como para hacer que estemos mal con una madre. Eso no lo olvides. Tu madre y yo te queremos por encima de todas las cosas. Por eso existe este lugar tan

maravilloso, el más bonito del mundo, para que cuando dudemos de que sea así, o lo olvidemos, nos recuerde que siempre podemos tomar aire y visualizar cómo nos gustaría que fueran las cosas”.

Jon estaba parado a su lado, muy cerca, mirando también hacia las casas, pero por el rabillo del ojo pudo ver cómo los ojos de Laura estaban a punto de desbordar ríos de lágrimas.

—Esa es la principal razón por la que he seguido viniendo, sobre todo después del accidente. Menudo susto le di al alcalde cuando me dijeron lo que les había ocurrido. Me escapé de la habitación en la que me había acogido para ir corriendo al mismo punto del lugar más bonito del mundo. Cuando llegué hasta aquí miré hacia la ventana de mi casa, pero la contraventana estaba cerrada. No se veía luz ni movimiento a través de ella. Intenté concentrarme todo lo que pude para imaginarme volviendo y encontrarme a mis padres recibéndome sonrientes. Mi madre me diría que llegaba tarde, a la vez que me daba un azote caluroso en el culo, y mi padre me revolvería el pelo de la cabeza con una carantoña, mientras me hacía una señal para que me sentara a cenar. Los tres nos sentaríamos y yo los miraría servir la comida. Mi madre me diría: «Como no cenes, no te vuelvo a comprar una nube de azúcar». Y yo la miraría y pensaría en lo mucho que la quería aunque siempre me echara la bronca. Entonces bajé corriendo la ladera, lo más rápido que pude, dejando un rastro de lágrimas que no podía contener de la emoción. La idea de reencontrarme con mis padres me desbordaba por dentro. Pero, al llegar a la puerta de mi casa y llamar, nadie contestó ni me abrió la puerta. No había nadie. Mis padres no estaban. Ese fue el momento en el que realmente me di cuenta de que habían muerto, por mucho que deseara que todo volviera a la normalidad. Me los imaginé ensangrentados, tirados en la cuneta, como dos muñecos rotos. Tardaron un par de horas en encontrarme. Después estuve mucho tiempo sin venir, enfadada con mi padre por haberme engañado. Pero sus palabras seguían grabadas en mi cabeza: «... Pase lo que pase, nada es tan importante como para hacer que estemos mal con una madre. Eso no lo olvides. Tu madre y yo te queremos por encima de todas las cosas», y se me repetían una y otra vez, en sueños, en los momentos en los que bajaba la guardia: estudiando, leyendo o cuando estaba sin hacer nada. Así que decidí escucharle cada vez que tenía algún problema, cuando no sabía cómo debía actuar o qué decisión tomar, y volvía aquí. Hasta ahora.

Laura giró un poco la cabeza hasta quedar casi en el hombro de Jon. Él dio un pequeño paso acercando su frente más a su oreja. La sentía muy cerca y no solo por la proximidad, era algo mucho más profundo. Quería rozarle con la cara, acariciarla suavemente, sentirla.

—¿Vas a volver? —preguntó Jon muy bajito, aprovechando la cercanía.

Laura se dejó acariciar con los ojos cerrados. Cuando los abrió para contestarle, una gota cayeron sobre su frente. Estaba chispeando.

—¡Está lloviendo! —dijo Laura, juguetona, al tiempo que salía corriendo hacia abajo invitándole a que la siguiera.

Jon la miró encandilado, parecía una niña pequeña. Ese lugar la había transformado llenándola de energía.

—¿No me vas a coger?! —dijo mientras salía corriendo.

Jon sonrió y, aceptando el reto, se lanzó a seguirla. Al principio veía cómo Laura bajaba delante de él poco a poco la ladera, pero enseguida la lluvia empezó a caer en abundancia y ella fue acelerando el paso. Jon seguía su silueta, viéndola saltar y esquivar los obstáculos con destreza, como una gacela. Él también corría, pero cada vez que estaba a punto de cogerla se comía alguna rama o se tropezaba con algo. Quería alcanzarla, pero no para hacerle daño, sino para quererla con todas sus fuerzas. Sin embargo, cogerla se convirtió en una lucha a modo de juego, un tira y afloja entre ambos, que corrían con todas sus fuerzas. Cuando llegaron a la meseta donde se encontraban las dos casas, Laura se giró para comprobar que Jon siguiera detrás de ella. Sus miradas se cruzaron y por un segundo, pese a la velocidad que ambos llevaban, todo se congeló. Hasta que Laura se giró de nuevo y siguió corriendo. Jon aceleró el paso, con la convicción de que, por mucho que ella corriera, la puerta de su casa estaba cada vez más cerca y ella no podría entrar. Así que hizo un último esfuerzo hasta llegar casi a la altura de su pelo, que se disparaba hacia atrás por el viento. Cada vez estaba más cerca, tanto que, cuando Laura llegó a la puerta del ascensor de la casa de Jon, tuvo que frenar de golpe, apoyándose con las manos en la fachada, para no estamparse contra ella. Aun así llevaban tanta velocidad y tan poca distancia que Jon no pudo frenar del todo y sus cuerpos chocaron. Sus labios se quedaron a un milímetro el uno del otro. Saltaban chispas entre ellos. Estaban sudorosos y jadeantes. Intentaron contener la respiración entrecortada, pero no aguantaron más que unos segundos antes de besarse, como solo se podría besar si se supiera que el mundo estaba a punto de acabarse. La puerta del ascensor se abrió y los dos pasaron al mismo tiempo, quedando uno frente al otro. Mirándose a los ojos, con franqueza, sin esconderse. Solo había una lectura en su mirada y era la de lo mucho que se deseaban en ese momento. ¿Hacía cuántos meses que no besaba a una mujer? Y menos de una manera tan especial. Todo resultaba muy extraño y mágico al mismo tiempo. Como ese lugar. Laura se quedó mirando la botonera y preguntó.

—¿Por qué hay dos botones abajo? ¿Qué son B y P?

—Porque según des a uno o a otro, la puerta se abre hacia un lado: bien la calle, bien hacia el otro que da al garaje y una despensa —contestó Jon antes de sujetarle la nuca con las dos manos y volver a besarla, con más pasión aún.

La puerta del ascensor se abrió y ambos entraron en la casa, entre besos y caricias, dejando un rastro de ropa a su paso.

Jon abrió los ojos. Estaba tumbado en la cama, frente a la ventana abierta que dejaba pasar la

brisa cálida más propia de una noche de verano. Todo estaba a oscuras, pero la luz de la luna llena iluminaba la estancia de una forma mágica. Miró a su lado y descubrió a Laura durmiendo plácidamente. Su cuerpo blanco nacarado apenas cubierto por la sábana, su pelo rojizo y su rostro angelical. De pronto, un ruido procedente de la ventana llamó su atención. Al volver a mirar, vio una mata de pelo grisáceo esconderse. Parecía el de un animal, pero ya lo había visto antes y estaba seguro de que era el de Celia. Era como revivir el momento en el que miró por el agujero de la contraventana de la casa de al lado y confundió su pelo con el de un animal. ¿Estaba ahí, escondida al otro lado de la ventana? ¿Cómo podía ser? Estaba muerta, no podía estar más seguro de ello. Jon se levantó de la cama y se fue acercando lentamente, con mucha cautela. Frente a él se veía el bosque también iluminado. Los latidos de su corazón aumentaban a un ritmo desorbitado cuando una voz masculina le sorprendió a su espalda.

—Jon, ¿qué haces? ¿Te das cuenta de que lo has hecho mal? Tenías que haberla matado. No era un ensayo, era una toma. ¡Vamos, a primera! ¡Repetimos!

Era el director de *Killing neighbors*. Estaba detrás de él, junto con el resto del equipo. No había rastro de su cama ni de Laura. Ahora se encontraba en el plató de la serie, con los focos, las grúas, el equipo de sonido y todos sus compañeros que le miraban con cara de decepción. Otro ruido procedente de la ventana le puso en guardia. Se giró otra vez y se encontró con la cara de Celia frente a él: sus ojos muy abiertos en sangre viva, sus llagas en la cara, su lengua cortada. Jon empezó a gritar presa del terror. Al abrir los ojos, estaba empapado en sudor. Miró al frente y descubrió que la ventana estaba cerrada con la contraventana bajada, lo que le hizo suspirar, aliviado. Después, desvió la vista a su lado, esperando encontrar a Laura, pero descubrió que su hueco de la cama estaba vacío. ¿Se había ido?, pero ¿adónde? ¿Estaba husmeando? ¿Intentaría bajar al garaje? ¿Por eso le había preguntado? Jon se incorporó a toda velocidad para salir de la cama cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Estaba en el baño —dijo Laura con voz adormilada—. Demasiado vino.

Jon vio cómo se metía de nuevo en la cama, junto a él. Al notarla cerca agradeció el calor que emanaba su cuerpo. Ella se colocó en posición fetal dándole la espalda y él la abrazó por detrás. Cerró los ojos. Sintió su calor y mucha paz. Se quedó dormido.

A la mañana siguiente se despertó muy agitado, contagiado por la pesadilla que había tenido durante la noche. Sin embargo, toda la inquietud se esfumó de un plumazo cuando descubrió que esta vez Laura sí estaba acostada a su lado. Jon se incorporó levemente y, apoyado de lado, con la cabeza reposada sobre su mano, observó cómo el pecho de su amante se inflaba y dejaba de hacerlo al respirar. Después fue subiendo la vista y le llamó la atención la cantidad de pecas juntas que tenía por los brazos y los hombros, y quiso acariciárselas, pero se contuvo para no despertarla. Al llegar a la cara, se detuvo en sus labios carnosos y en sus larguísimas pestañas. No era normal lo que sentía, era consciente de que lo estaba magnificando: ahora sabía a lo que se referían los concursantes de los *realities* que había devorado en sus días de crápula sin sentido cuando hablaban de que, pasando tanto tiempo juntos, en un mismo sitio, todo lo que sentían, tanto lo bueno como lo malo, cobraba otra dimensión. No llevaban más que un día juntos, pero ahí, en mitad de la nada, donde nada más parecía importar, ella era lo único que necesitaba: alguien que vivía el momento de verdad alejada del mundo paralelo de las redes sociales y la felicidad inventada. Laura representaba lo que llevaba añorando durante tanto tiempo: el anonimato. Él volvía a ser Jon, el tipo normal sin fama ni lastres adquiridos. Si hubiera podido detener el tiempo y permanecer así, ajeno al mundo exterior, sin temor a que ella llegara a enterarse de quién era, habría sido feliz. Sin ninguna duda. Y es que, quizá, lo que sentía volvía a ser parte de esa señal que le indicaba que había llegado el momento de salir de nuevo de su zona de confort y volver a formar parte del mundo exterior. Pero la belleza que tenía ante él se enturbiaba por los flashes de la pesadilla que había tenido durante la noche. ¿Había sido una nueva señal para que tomara la distancia necesaria para poder olvidarse de todo lo que ocurrió de una vez por todas? ¿Era ella la clave? Habría llegado para bañar de luz toda esa oscuridad, para borrar por completo las imágenes que salpicaban su cabeza en las horas bajas y asociar ese lugar, esa ventana, a lo más sincero y real que había conocido hasta el momento. Los ojos de Laura se abrieron poniendo un punto y aparte a sus pensamientos. Al encontrarse con la mirada de Jon, no hizo nada, simplemente lo miró también, de una manera tranquila, en silencio.

Qué estará pensando en este momento?, se preguntaba Jon al ver la manera en la que Laura le miraba mientras se daban juntos una ducha de agua caliente. Ella lo hacía fijamente, sin apartar la mirada, y Jon se la devolvía de forma franca, había optado por no medir más sus emociones. La noche anterior había disfrutado como nunca, sin sentir que estaba siendo evaluado y comparado para después ser objeto de mil comentarios y cotilleos sobre tamaños y demás obviedades. El hecho de saber que iba a marcharse en solo un rato le provocaba ya algo de morriña, pero, a la vez, le había hecho permitirse ser más libre de lo habitual y no contener ningún impulso de los que había sentido. Los roces con sus lenguas y el deseo que habían compartido merecían el calificativo de «auténtico». La intensidad con la que lo estaban disfrutando solo podía compararse con alguno de sus amores de verano de adolescencia. Salieron de la ducha en silencio, parecía que no solo a él le costaba verbalizar todas sus emociones. No quería que nada sonara demasiado importante o a despedida, pero tampoco que pareciera que no había sido todo lo especial que era para él. Mientras ella se secaba el pelo, Jon le dijo:

—Voy a preparar un *brunch* rico antes de que te vayas.

—No me puedo entretener mucho, que si no, voy a pillar todo el atasco de vuelta —le dijo Laura con cara de circunstancia.

—Algo rápido, no te preocupes —contestó Jon mientras desaparecía por el marco de la puerta.

Antes de ponerse manos a la obra, Jon volvió a la habitación y se puso un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca. Sacudió la cabeza con la toalla que llevaba para secarse un poco el pelo y fue a la barra de la cocina. De camino encendió la tele del salón, en emisión había un programa de actualidad en el que mezclaban lo más significativo de la semana en política, sobre todo escándalos relacionados con los máximos dirigentes, sucesos cuanto más escabrosos mejor, cotilleos del corazón y debate sobre el *reality* que estuviera emitiendo la cadena en ese momento. Abrió la nevera y empezó a colocar sobre la encimera un par de aguacates, salmón ahumado, uvas, yogur griego... Sacó la tostadora y el pan de centeno con cereales que tanto le gustaba, nueces y queso fresco. Iba a ser algo rápido, pero pretendía que el buen sabor de boca le durara mucho tiempo. Corría el peligro de que quisiera volver enseguida, pero algo le decía que si dejaba el listón demasiado alto, después siempre sería más difícil mantenerlo y muchas más las probabilidades de que fuera a peor. ¿No sería una buena fórmula para que se mantuviera distante por miedo a empeorarlo? Aunque en realidad no tenía por qué justificarse, lo hacía porque

quería, porque lo estaba disfrutando como nunca y aunque el miedo a lo desconocido le descolocaba siempre, algo en su fuero interno gritaba que por favor no se acabara ahí. Jon puso el pan a tostar y sacó unas naranjas, que guardaba rigurosamente en la nevera, para que el zumo estuviera bien frío. Laura salió del baño con el pelo a medio secar y, cubierta por una toalla, se dirigió a la habitación. Jon empezó a exprimir las naranjas cuando la vio salir subiéndose los pantalones. No podía estar más tirada y más sexi a la vez. Ella levantó la vista y sus miradas se encontraron, una llamarada subió del estómago de Jon hasta su pecho. Sus ojos estaban chispeantes como los de Laura, que lo miraba con complicidad. Entonces, al fondo, en la pantalla de la televisión detrás de ella, en el mismo campo de visión, apareció Celia. Jon se quedó petrificado, como si fuera su espíritu el que hubiera regresado. Fotografías de Celia, primero sola y luego con su marido y su hijo, sus víctimas. Volvían a aparecer las imágenes de archivo del recorrido por su piso: la sangre por todas partes. En el pasillo, en las sábanas enmarañadas de la cama de matrimonio. Las salpicaduras por las paredes y por último en la cama de su hijo. Manchas de un marrón oscuro que enturbiaban el resto de colores propios de una habitación de un chico de su edad. Por suerte, Laura tenía la atención puesta en lo que él estaba preparando y no se había dado cuenta de que Jon seguía exprimiendo naranjas mecánicamente, como por acto reflejo. Ella le hizo un par de preguntas sobre el menú, a las que Jon respondió casi con monosílabos. La veía hablar, pero desenfocada y tenía que hacer esfuerzos para escucharla porque seguía pendiente de la televisión. Hasta que una imagen le hizo parar en seco: después de salir hablando un par de personas en el portal de la vivienda de Celia y su familia, apareció ella: Laura, que, visiblemente más joven, hablaba a cámara. Un rótulo en el que ponía su nombre acompañado de «vecina de la familia» cruzaba la pantalla. ¿Vecina de la familia? Los ojos de Jon se abrieron como platos, estiró la mano con el mando a distancia y subió el volumen, rápidamente, a tiempo de escuchar las últimas palabras que pronunciaba: «Lo peor es que ahora sé que estaba mintiendo todo el tiempo. Ojalá pague por lo que ha hecho». Jon no podía creerlo. Un huracán de pensamientos confusos se arremolinaron en su mente. Se sentía estafado. Cuando escuchó su voz, Laura se giró de golpe hacia la televisión, justo para ver el último segundo en el que aparecía en imagen. Al girarse de nuevo se encontró con la mirada inquisitiva de Jon. Le había mentado, eran vecinas. Todo este tiempo le había ocultado que conocía a Celia, pero ¿por qué? ¿Qué estaba escondiendo?

—¿Qué coño estaba haciendo ella recluida en tu casa? —preguntó Jon, esforzándose para no lanzarse sobre ella y zarandearla.

Sin embargo, conforme la formulaba, se dio cuenta de que probablemente la pregunta que vendría de vuelta sería: «¿Por qué sabes tú que ella estaba aquí? ¿Dónde está ahora?».

Pero no fue eso lo que ocurrió. Laura palideció y dijo:

—Tiene una explicación, créeme: vivíamos casa con casa. Él, José, siempre fue muy

agradable, al igual que el niño, al que a veces escuchaba cuando jugaba a los videojuegos o discutía con su madre. Pero lo normal en un niño de esa edad, vamos, era muy majo. Nada que ver con Celia. Tenía cara de buena, pero era el diablo. Vivir en la casa de al lado era insufrible, se pasaba el día dando gritos a su marido y a su hijo. Por todo. Siempre peleando como poseída. Yo nunca podía estar tranquila en casa. Era imposible leer en silencio o echarme una siesta... ¡Ni siquiera dormir podía! Los golpes, los portazos, el sonido de objetos y muebles cayendo eran constantes, ¡a todas horas! No podía más, estaba desesperada, irascible, obsesionada con intentar que parara. Hablé con ella, muy educadamente, pero lo que recibí fue un mugido.

Jon la escuchaba con el corazón encogido. Parecía que estuviera escuchando el relato de lo que él mismo había vivido.

—Me dijo: «Yo llevo viviendo aquí toda la vida. No vas a venir ahora tú a decirme lo que tengo o no tengo que hacer dentro de mi casa. Faltaría más», y después me cerró la puerta en la cara. A partir de ese momento la cosa fue a peor. Empezó a incluirme en sus discusiones con coletillas como «que se entere la cotilla de al lado» o directamente: «¿Me has oído bien o tengo que decirlo más clarito?» —continuó Laura—. Cuando me encontraba con él y el niño, ya casi ni me miraban a la cara, avergonzados. Un día, estando los tres en el ascensor, José levantó la mirada y me dijo un «lo siento» que se me ha quedado grabado. Pobre hombre... pobre niño.

Laura estaba emocionada. Jon la miraba intrigado sin saber por dónde redirigiría la historia para encontrar un sentido a que Celia hubiera acabado ahí metida.

—Yo estaba al límite, cuando me cruzaba con ella me esquivaba. Empezó a llevar gafas de sol, gorros y pañuelos. No sé si para que nadie la conociera. Yo trataba de acercarme y calmar las aguas, pero ante los desplantes y malas palabras, acabé entrando al trapo, y fui perdiendo los papeles. Te juro que nunca he pegado a nadie, ¡en mi vida!, ni siquiera en el reformatorio. Pero a ella la hubiera matado, conseguí sacar lo peor de mí. No era justo que me tratara así, ya rozaba el maltrato psicológico.

Jon, totalmente sumergido en su historia, quiso asentir, pero siguió atento sin mostrar ninguna emoción.

—Cuando ya me planteaba mudarme, dando todo el asunto por perdido, una mañana, muy temprano, antes de salir a trabajar, alguien llamó a mi puerta. Me pareció raro porque yo no tenía mucha relación con los vecinos y por aquel entonces casi no se hacían pedidos *online*. Cuando miré por la mirilla vi a Celia, con la cabeza baja. ¿Te puedes creer que tuve miedo? A esa hora su marido ya había salido para llevar al niño al colegio antes de ir a trabajar. Estaba tan loca que pensé que venía buscando pelea. Me quedé parada al otro lado de la puerta. Ella, como si hubiera escuchado mi respiración, empezó a hablarme. «Laura, ¿estás ahí? Soy Celia, vengo a hablar contigo». Me sorprendió su tono de voz amable. Nada que ver con la bilis con la que habitualmente se dirigía a mí. No sabía qué hacer, estaba superdescolocada. «Por favor, ábremme.

Quiero disculparme», me dijo después. Sin pensarlo más, abrí la puerta y la vi parada frente a mí con la cabeza gacha. No llevaba ningún gorro, como las veces anteriores, y lo primero que me llamó la atención fue que tenía varias calvas en la parte superior de la cabeza. Al subir la cara vi que tenía el ojo derecho inyectado en sangre y rodeado de un moratón reciente. Eso sí me descolocó. No sé si fue por la expresión que puse al verla, pero ella enseguida rompió a llorar. Intenté consolarla como pude y la invité a pasar. Cuando pudo recomponerse, me contó que su marido le pegaba y que había llegado un punto en el que estaba segura de que la iba a matar. Yo no podía creerlo, José era muy amable, tímido y educado, no parecía capaz de matar ni a una mosca. Pero entonces me acordé de todas las veces en las que había escuchado, en las noticias o programas de sucesos, esa descripción para referirse a un criminal, ya fuera maltratador, violador o asesino. Sentí un escalofrío solo de imaginar todo lo que ese niño habría vivido en silencio entre esas cuatro paredes. Pobrecillo. Después siguió diciéndome que esa era la razón por la que se había portado así conmigo. Me pidió perdón, incluso de rodillas. Me dijo que se le había ido de las manos. Insistió en que él le pegaba y que por eso ella gritaba todo el tiempo..., que la mayoría de los gritos y golpes venían del maltrato y que pensaba que siendo tan cruel conmigo conseguiría que yo dejara de meterme en sus asuntos y no lo descubriera. Que poniéndose a la defensiva podría camuflar el drama que estaba viviendo. Repitió lo mucho que sentía haberme hecho la vida imposible y que no podía estar más arrepentida. Me prometió que dejaría de molestarme y me ofreció muchísimo dinero. No entendía nada. ¿Por qué me ofrecía ese pastizal? Yo estaba dispuesta a perdonarla y a olvidar, incluso a ayudarla, por supuesto. Pese a que la historia me había sobrecogido, no podía evitar sentirme aliviada. Ella se quedó en silencio, temblando. Parecía muerta de miedo. Yo creía que había terminado de hablar, pero después me dijo que sabía a lo que me dedicaba, lo cierto es que yo recordaba habérselo contado a su marido en alguna ocasión. No te lo he dicho, pero trabajo en el Ministerio de Justicia, tramitando las actas de defunción. Los registros. Y me dijo que necesitaba que falsificara la suya. Yo me quedé de piedra. Le expliqué que era imposible, que eso no se podía hacer. Hasta que me enseñó un recorte de periódico en el que aparecía la noticia de un hombre que un día fue al médico y cuando este fue a ver su historial le dijeron que según el registro estaba muerto. Era una noticia real, por increíble que pareciera. Me dijo que podía pagarme mucho dinero, que tenían unos ahorros en el banco para comprar un piso en Benidorm. No te voy a mentir, me interesó la oferta. Estaba sola, quemada con mi trabajo, eso sí que es verdad —le dijo con intención—. No tenía a nadie y ese dinero me venía muy bien, podría invertirlo en arreglar por fin la casa de mis padres. Aunque la sola idea de perder de vista a Celia, de una vez por todas, y poder descansar al fin habría sido más que suficiente. Así que accedí sin cuestionarme nada: se trataba de algo puntual y por una buena causa. Era como matar dos pájaros de un tiro. Me dio sus datos y un adelanto del dinero, con la condición de que me diera mucha prisa. Tenía que hacer la operación en ese

mismo día porque quería marcharse lejos antes de que la matara. Yo le pregunté por su hijo, si iba a dejarlo con un maltratador por mucho que fuera su padre, y ella me dijo que le dolía en el alma irse sin él, dejarlo con ese monstruo, pero que no le quedaba otra opción que hacerlo o la mataría y que a su hijo nunca lo había tocado, tenía debilidad por él. Me dijo que cuando él bajara la guardia volvería a por el niño o emprendería acciones legales para hacerlo debidamente, pero sin correr ningún riesgo. Pese a que debía tener mucho cuidado para no levantar sospechas ni dejar ningún rastro que llevara a la policía hasta mí, conseguí hacer el trámite y falsificar su acta de defunción.

Jon lo miró sorprendido. Nunca había escuchado nada de ese tema cuando hablaban de los detalles del caso en los programas de televisión.

—Sé lo que estás pensando. Ese dato no lo han mencionado nunca, lo de falsificar el acta. A mí también me extrañó que no lo hicieran. Nos interrogaron varias veces a todos los que teníamos acceso a los datos y habíamos podido realizar el trámite, pero no consiguieron esclarecer nada. Una de las veces le pregunté a un agente por qué no se hablaba de ello en los medios de comunicación y me respondió que había una orden en la que se pedía el secreto absoluto, porque si se difundiera dejaría en evidencia a todo el ministerio y desataría todo tipo de conspiraciones que no llevarían a ningún sitio más que a dar ideas para futuros casos similares. Cuando salió el testimonio que acabas de ver en televisión, me daba de cabezazos contra la pared de mi casa suplicando que ninguno de los policías que me habían interrogado cayera en la cuenta de que era su vecina y atara cabos rápidamente. Pero lo cierto es que nadie vino a buscarme y nunca más volví a verme en los reportajes que emitían a todas horas, hasta hoy. Así que puede decirse que en ese sentido tuve mucha suerte. Ese mismo día, cuando ya había hecho el trámite, a la hora de comer, aún en el trabajo, vi la noticia en la televisión de la cafetería. No podía creerlo. En las noticias aparecía su foto con el rótulo que incluía la palabra «parricida». Me acerqué cuanto pude para escuchar lo que decían: los había matado. Por lo que contaban, Celia los había apuñalado durante la noche. Me quedé tan en shock que los dedos de mi mano dejaron caer la bandeja que agarraban hasta ese momento. El agua y el café se extendieron por el suelo de la misma manera que la sangre en las sábanas y en las paredes que aparecían en la retransmisión en directo en la televisión. Recuerdo que lo primero en lo que pensé fue en que esa mañana, mientras Celia y yo hablábamos en el salón de mi casa, ellos ya estaban muertos. Estaban a solo unos metros y no había podido hacer nada. Ella me había contado que su marido le pegaba, pero ¿y su hijo? ¿Por qué había hecho algo así? Solo un monstruo podía haberlo hecho y lo peor era que yo había sido cómplice de ello. Empecé a tener un ataque de ansiedad. Me encerré en el baño para que nadie me viera en ese estado y me puse a dar vueltas sin parar presa del pánico. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Pensé en que cuando la detuvieran le preguntarían por la falsificación del acta y ella me delataría. Mi vida estaba tan condenada como la suya.

Jon intentaba asimilar todas las coincidencias que había entre lo que Laura le contaba y lo que él había vivido.

—Cuando conseguí calmarme un poco —continuó Laura—, decidí largarme corriendo de ahí y desaparecer. Ya habrían detenido a Celia, pero quizá ella no les contara nada. Quería verla para suplicarle que no me delatara y preguntarle por qué lo había hecho. Pero enseguida caí en la cuenta de que ella no sabía que yo había conseguido ejecutar lo que me pidió, no la había avisado. Yo siempre podría recular y negarlo. No tenía ninguna prueba. Sin embargo, cada vez estaba más nerviosa, aunque tratara de convencerme de que no podría incriminarme. Fui al garaje y me metí en el coche decidida a ir al único sitio en el que podría pensar con calma y desaparecer hasta que decidiera bien qué hacer: aquí, la casa de mis padres. Igual debería haber huido yo también, pero creí que de esa manera sí que parecería culpable. Sé que suena todo muy loco, pero estaba desesperada, no sabía qué hacer. Durante el trayecto intenté cambiar de emisora para evitar conocer más detalles escabrosos, pero era imposible. No paraban de hablar sobre el niño, aquel pequeño lleno de pecas que me saludaba siempre en el descansillo había sido asesinado de la manera más despiadada. Lo había apuñalado como a un animal. Contaron que justo había sido admitido en un equipo junior profesional de fútbol. Llevaba años intentándolo y por fin su sueño se iba a hacer realidad. No pude contener las lágrimas y se me juntaron con el rímel. El escozor me llegó hasta la córnea y di tal volantazo que por poco no me empotro contra una farola. Tenía que largarme rápidamente y desaparecer. Pero entonces me di cuenta de que las llaves estaban en mi casa, en la consola de la entrada. Me maldije por no llevarlas encima, pero ¿por qué tenía que haberlo hecho? ¿Cómo me iba a imaginar que me iba a pasar algo así? Así que tuve que dar media vuelta y volver al lugar donde había ocurrido todo. Me vinieron los flashes de la sangre que había visto en la tele y casi vomito en el acto. No quería volver, solo de pensarlo me echaba a temblar, pero era la opción más segura si quería largarme. El momento apropiado, con todo reciente, sin que tuvieran tiempo de haber llegado hasta ella... Además, en el peor de los casos, si iban a buscarme y me encontraban aquí, siempre les podía decir la verdad, que solía venir a menudo a visitar la tumba de mis padres y la casa en la que me crié. Al llegar al portal me encontré con que estaba todo acordonado y rodeado de policías y enfermeros del Samur, que, con dos ambulancias abiertas, esperaban a que bajaran las camillas. La gente se amontonaba para curiosear, estirando el cuello en busca de carnaza, empujados por los medios que se apelotonaban intentando sacar la imagen más morbosa. Conseguí hacerme paso como pude, pero, al llegar hasta la entrada, uno de los agentes no me dejó subir. Le conté que era vecina del edificio y que era muy urgente que pudiera subir a mi vivienda. Me pidió que me identificara y, en ese momento, apareció Juan, nuestro portero, que me saludó y confirmó al agente que lo que le había dicho era cierto. Hasta ese momento habíamos tenido que hablar alto para entendernos del jaleo que había. Por eso recuerdo que un enorme silencio nos hizo darnos la

vuelta: las camillas aparecían por la curva de las escaleras, dos hombres vestidos de blanco bajaban cada una. Todo el mundo permanecía quieto sin hacer ningún ruido. Esas dos camillas con el cuerpo sin vida del niño y su padre cubiertos por una sábana blanca me trajeron una lluvia de recuerdos. La imagen de mis padres muertos volvió a mí. Es algo difícil de explicar porque en realidad yo nunca presencié ese momento, pero en mi cabeza aquel recuerdo inventado era más real que muchos de los momentos que sí había vivido: los cadáveres de mis padres tirados en la cuneta, como dos muñecos abandonados y pisoteados. Y cómo, después, los subían a cada uno en una camilla y los cubrían por completo con una sábana blanca como esas. Un cabrón me los había quitado, pero, aunque me doliera aceptarlo, con los años, quería creer que, pese a todo, había sido un accidente. Sin embargo, ¿qué excusa tenía ella para justificar un crimen así? Mis ojos volvieron a derramar lágrimas, fruto del dolor que me producía el recuerdo y la injusticia de haberme obligado a participar en algo que no quería hacer. Yo no soy así. Nunca la hubiera ayudado si hubiera sabido que iba a matarlos.

Jon seguía escuchando, ensimismado, con los ojos vidriosos, parecía estar escuchándose a sí mismo. Tenía ganas de abrazarla y calmar su dolor, pero estaba demasiado ansioso por conocer el final de la historia.

—Cuando metieron las camillas en las ambulancias, el policía me vio llorando y me dejó subir con la condición de que fuera directa a mi casa. Subí lo más rápido que pude, sin mirar apenas, y al llegar al descansillo, vi que la puerta de su piso estaba abierta. El acceso a la vivienda estaba precintado y varios agentes de espaldas guardaban el paso, pero, entre sus piernas, se veía que en el suelo del recibidor había rastros de sangre. Cerré los ojos y entré corriendo en mi casa sin hacer ruido. Cerré la puerta y me encontré con que en el suelo, pegada a la puerta, había una nota. Me agaché para cogerla, y al desplegarla vi que ponía: «Estoy escondida en el trastero de la comunidad junto al montacargas. Por favor, ayúdame, puedo explicártelo todo». ¿Qué tenía que explicarme? ¿Qué justificación podía haber para matar a tu hijo y a tu marido mientras dormían? Por mucho que él le pegara, ¿y el niño? ¡¿Cómo llegas a matar a tu propio hijo?! Me ponía enferma solo de pensarlo. En la planta sótano, por debajo del vestíbulo, donde estaba el despacho del portero, los buzones y los ascensores, estaban los trasteros de la comunidad. Cada vecino teníamos uno. Se podía bajar por las escaleras o por un montacargas. Junto a él estaba el cuarto de basuras y comenzaban los primeros trasteros que pertenecían a la comunidad. El primero de ellos estaba roto y se utilizaba para guardar utensilios de limpieza y herramientas de uso diario. Por un momento pude visualizarla escondida en la oscuridad, agachada entre la basura como una rata. Pese a su repugnancia, la imagen me produjo una enorme calma. Entonces tuve la gran idea: en el caso de que yo la ayudara para evitar que me arrastrara con ella, por mucho que yo le brindara una nueva identidad, ¿cómo iba a conseguir salir del edificio? ¿Cómo evitaría que nadie la reconociese ahora que todo el mundo sabía cómo era y la buscaba? Celia quería desaparecer y

yo iba a ayudarla a conseguirlo, pero no de la manera en la que ella se imaginaba. No podía denunciarla y hacer que la policía se la llevara, habiendo delinquido yo también, pero sí que cumpliera su pena... de la peor de las maneras. La que ella merecía. Esta vez sí se haría justicia. La traería aquí, a la casa de mis padres. Era el lugar perfecto porque a nadie le había hablado de su existencia, así que no sospecharían. Aquí estaría totalmente aislada, cumpliendo su condena. Cogí las llaves y metí en una mochila las cuatro cosas que consideré necesarias. Miré por la mirilla para ver si había alguien en el rellano. La puerta ahora estaba cerrada. Salí rápidamente y cerré, sin hacer ruido. Abrí la puerta de cristal que separaba las puertas pares de las impares, donde, entre las otras dos casas de vecinos de la misma planta, estaba el montacargas que bajaba hasta el sótano. Cuando bajé no había nadie, pero me tuve que pegar a la pared cuando, desde el hueco de la escalera, vi a dos policías que se paraban a hablar al lado de la barandilla. Uno le decía al otro que habían inspeccionado la zona y que no había rastro de la mujer. El otro llamó al portero. Yo esperaba aguantando la respiración. Le preguntaron si ella se llevaba bien con algún vecino que pudiera estar escondiéndola en su casa, pero él se rio y les dijo que todo lo contrario, que le hacía la vida imposible a todo el mundo. «No tenga la menor duda de que cualquiera de los vecinos los llevaría hasta donde está ella si lo supiera», dijo convencido. Los agentes se separaron y salieron fuera acompañados por él. Aproveché para abrir la puerta del trastero. Al principio no vi nada que me llamara la atención. Pero al fondo, entre las escaleras y diversos trastos y objetos de mantenimiento, estaba ella sentada en el suelo, agazapada. Una rata rabiosa resultaría menos sombría que ella en ese momento. La única diferencia que había con como yo la había imaginado era que Celia llevaba puesta un peluca rubia muy brillante, como de mala calidad, y una gabardina beige. Entre sus brazos tenía abrazada una bolsa roja de deporte.

Jon apretó la mandíbula tratando de esquivar todas las imágenes de la mujer con todos esos objetos que Laura acababa de mencionar.

—Lo primero que hizo fue darme las gracias e intentar explicarse —siguió diciendo Laura—. Me dijo que su marido estaba muy borracho y a punto de matarla, así que cogió un cuchillo y, cuando fue a clavárselo para defenderse, su hijo se puso en medio. Insistía en que había sido un accidente, que su marido se había quedado perplejo y antes de que pudiera reaccionar ella le había clavado el cuchillo repetidas veces. La historia sonaba veraz si no fuera porque en todos lados repetían que los dos habían sido asesinados mientras dormían. Era evidente que estaba mintiendo. La mujer que llevaba años jodiéndome aparecía de nuevo, pero esta vez disfrazada de cordero degollado. Quise agarrarla del cuello y apretar hasta matarla, pero en lugar de eso me agaché y le dije que yo podía ayudarla. Le conté mi plan de la manera más sensata que pude: yo podía garantizarle un refugio seguro y apartado de todo a cambio de un alquiler. Ella me pagaría por protegerla y llevarle todo lo que necesitara para sobrevivir. Al menos el tiempo suficiente hasta que desistieran y dejaran de buscarla. Celia bajó la mirada hacia la mochila que agarraba y

se quedó pensativa un momento. Sabía que ella iba a sacar todo el dinero que tenían en la cuenta para el piso que siempre mencionan en las noticias, y que seguramente lo tendría ahí. Por eso me cuidé mucho de que mis palabras resultaran alentadoras, como las de una madre que te calma diciéndote que no te va a pasar nada. En un primer momento no me respondió, pero finalmente asintió con la cabeza. Lo demás fue sucediendo solo. La introduje en el maletero de mi coche y salimos como si nada. Hicimos el viaje hasta el pueblo sin apenas hablar. Al entrar en mi casa se asustó bastante, pero yo le dije que era algo momentáneo, que no lo podía resolver en ese momento porque tenía que volver por si la policía iba a hablar conmigo, pero que le prometía que después vendría para limpiar y arreglarlo todo para dejarlo en condiciones. Aunque para eso necesitaba que me diera la primera parte del dinero. Ella se negó, parecía no fiarse. Entonces la amenacé diciéndole que iba a contarle todo a la policía. Ella vino hacia mí como una loca. Empezó a gritarme que yo era tan culpable como ella. Que diría que había sido yo quien lo planeó todo desde el principio y que por eso la había ayudado a escapar.

Jon se estremeció al visualizar perfectamente el momento tal y como él lo había vivido con ella cuando se lanzó sobre él para arañarlo.

—Estaba tan fuera de sí que daba miedo. Agarré un cenicero antiguo de hierro, que había sobre la mesa, en el que sobresalía una piedra preciosa, muy angulada, y una pieza para dejar los cigarrillos. Le di en la cara con tanta fuerza que perdió el conocimiento. Se quedó tirada en el suelo ensangrentada, le había atravesado la mejilla con la piedra dejándole un surco que no cesaba de sangrar. Le limpié la herida como pude y la até a una silla. Cogí el dinero y me fui. Pensarás que estoy loca, pero cuando cerré la puerta me sentía contenta, convencida de que estaba obrando de la mejor manera: esa mujer estaba enferma, se merecía pudrirse en el infierno y yo iba a proporcionárselo. En el camino de vuelta no pude quitarme de la cabeza la imagen del niño con su pelo lleno de rizos y me aferré a ella cuanto pude para no dudar de mi decisión. Después vino la incansable búsqueda, los interrogatorios, los medios esperando en la puerta preguntándonos por el carácter de Celia y si nos esperábamos algo así. Por suerte no había motivos para que nadie sospechara de mí y tuve la libertad de ir y venir las veces que quise para atenderla. Los primeros meses se resistía y tenía que amenazarla con el cuchillo o lo que llevara para que supiera que hablaba en serio. Pero terminó por entender la situación: su futuro dependía de mí, ella comía si yo le llevaba comida, podía beber agua o bañarse si yo no cortaba el grifo y seguiría desaparecida para la policía siempre y cuando yo decidiera no decir nada. Así que empezó a mostrarse frágil y dócil, pero ya era tarde. Yo ya había decidido su condena y, poco a poco, conforme iba perdiendo fuerzas, fui endureciéndola. Mis visitas iban menguando, como la comida. Hubo un tiempo en el que no habló con nadie y apenas veía la luz del día. Cuando me encontraba en momentos bajos, vacilaba y dudaba si estaba haciendo lo correcto, pero enseguida pensaba en que eso era mucho más de lo que tenía ese pobre niño y me hacía mantenerme firme.

Pasaron los años y mientras que para el resto no era más que otro caso sin resolver, al que los medios recurrían cada poco por el morbo que despertaba, para mí era la oportunidad de hacer justicia. Toda la que mis padres no habían tenido. Era mi manera de conseguir que alguien así no se saliera con la suya. Supongo que de alguna manera proyecté toda mi rabia, pero lo cierto es que no solo había matado a su hijo y a su marido, sino que también a mí me había destrozado la vida. Me había obligado a ser alguien que no era y estaba en mí dejar de serlo. Ella había manchado mis manos de sangre haciéndome partícipe de su plan, pero yo había encontrado la manera de limpiármelas. Mis padres suplicaban justicia y lo justo no era que ella estuviera en la calle a los cinco años por buena conducta. No, yo no iba a permitir que se fuera de rositas. Aunque estuviera aterrada le daría su merecido. Aunque fuera lo último que hiciera, me aseguraría de que pagara su condena, esa sería su penitencia.

Laura había ido subiendo la intensidad de su relato, hasta que se quedó en silencio con los ojos llorosos. Jon no podía ni parpadear, impactado por lo que acababa de escuchar y el paralelismo con la esencia de lo que el destino le había deparado a él. ¿Acaso todo lo que había ocurrido no era sino otra jugada para que se conocieran, pudieran compartir sus experiencias y redimirse de alguna manera?

—Seguí con el trato, con la condición de que ella tenía que estar siempre encerrada: si iba a ser cómplice, más aún cobrándole el alquiler, no me podía permitir que se escapara, que la detuvieran y me delatara, y menos ahora que se había acabado el dinero... Después... no me mandaron fuera con el trabajo, era mentira, pero estuve tiempo sin venir porque no podía verla. Me ponía enferma. Luego contactaron conmigo por lo de la oferta que hiciste y, después de negarme, dejé de venir. No quería correr ningún riesgo y, en el fondo, una parte de mí esperaba que al volver tras tanto tiempo me la encontraría de la manera en la que yo no me había atrevido a dejarla. Por todo esto no pude aceptar tu oferta... Aunque tampoco te habría vendido la casa en otras circunstancias, para mí es algo sagrado. No solo por la parte emocional, sino porque, además, tenía que ser consecuente y cumplir con mi deber de hacerle pagar por sus crímenes o terminaría siendo su cómplice en realidad. Ya que había corrompido este lugar, al menos que fuera por una buena causa; por una justicia mayor de la que nunca habría tenido si yo no la hubiera encerrado aquí.

Laura se quedó mirando al suelo, en silencio. Se la veía triste, pero, a su vez, después de haber contado su historia, parecía aliviada. Levantó la cabeza y mirando fijamente a los ojos de Jon le dijo:

—Ahora, si quieres, puedes llamar a la policía.

Jon no pensaba hacerlo, no estaba tan loco y no solo por lo que él se jugaba, sino porque no tenía la mínima intención de juzgar lo que Laura había hecho. No creía que hubiera una persona en el mundo que pudiera entenderla mejor que él en ese momento. Sin embargo, todo era muy

confuso y complicado. Así que, mientras procesaba cuanto acababa de escuchar, no dijo nada. Volvían a ser dos extraños. Jon sentía como si lo que habían vivido el día anterior hubiese sido fruto de la relación de dos personajes de ficción, y ahora ellos, las personas reales que los encarnaban, hubieran vuelto a la realidad. Eran los dos actores que habían representado con verosimilitud las escenas de amor, pero que ahora poco tenían que ver. Lo normal hubiera sido que él le hubiera contado el desenlace de su historia, aquello que solo él conocía, para después acabar el relato con un: «Pues entonces los dos hemos obrado bien, ¿no? Hemos hecho justicia». Pero Jon estaba tan anonadado, con miles de interrogantes en su cabeza, que no pudo pronunciar palabra. Aprovechó el silencio para empezar a atar cabos: por eso escuchaba los golpes constantes, los casquillos caer... Celia intentaba escaparse. Él había debido de llegar cuando estaba casi a punto de conseguirlo y eso debió de desesperarla. Por eso le hacía la vida imposible, llamando su atención con las ratas y demás, arriba en la terraza, para que él se distrajera y ella tuviera vía libre para salir sin que la viera. Ahora lo entendía todo: no había podido pedir su ayuda porque, aunque estuviera encerrada en contra de su voluntad, el riesgo de que él la reconociera y la entregara a la policía era mayor. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco podría haberlo hecho, teniendo la lengua cortada. ¿Y si los sonidos guturales que escuchó la primera vez eran un grito de auxilio? ¿Qué había pasado con su lengua? ¿Cómo había llegado a tenerla casi arrancada? ¿Se la había cortado Laura? ¿Por qué si no había omitido esa parte? A pesar de todas las dudas y contradicciones, se sentía igual que ella: había cometido un acto horrible, pero solo la idea de haber hecho justicia lo aliviaba. Por eso, una parte de él quería acercarse a Laura y estrecharla entre sus brazos. Sin embargo, la inquietud que sentía no se disipaba. ¿Había llegado el momento en el que ella le preguntaría por qué sabía que Celia había estado ahí? ¿Si la había ayudado a escapar o conocía qué había sido de ella? ¿Terminaría descubriendo que él la había matado? En ese caso, sí que más valía que nunca averiguara que era una persona tan conocida o estaba perdido. Sería el fin. Le tendría pillado por los huevos de por vida. Aunque ya lo estaba: incluso si Laura nunca llegaba a enterarse de lo que él había hecho con Celia, después de conocer la historia que acababa de contarle, Jon se había convertido en cómplice también. Era demasiado arriesgado dejarla irse así. No era sensato confiar en alguien que ha sido capaz de organizar algo como eso, aunque fuera por una buena causa. Quizá le había seguido mintiendo y su relato fuera también una ficción. Jon empezó a agobiarse por segundos hasta que, entre tanta oscuridad, una bombilla se encendió en su cabeza. Solo había una manera de acabar con este asunto de una vez por todas: matar a Laura. Si lo hacía, nadie más sabría lo que había ocurrido con Celia. Esa asesina nunca habría estado ahí y Laura tampoco. Nunca habría vuelto. Nadie sospecharía ni llegaría a enterarse y, lo mejor de todo era que nadie reclamaría jamás la casa: por fin podría tirar el muro con la maldita ventana y construirse la piscina. La mirada de Jon se fue transformando conforme sumaba argumentos hasta

transformarse en la de Fran. Miraba fijamente a su víctima con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Ella dio un paso hacia atrás presa del pánico. Jon estaba poseído por sus pensamientos e iba a matar a Laura.

Laura

Laura salió del baño con una toalla enrollada al cuerpo y el pelo aún húmedo. Se lo había secado de mala manera mientras Jon preparaba el *brunch* que le había ofrecido. En ese breve intervalo de tiempo había intentado ser práctica. Necesitaba recomponerse después de todo lo que había ocurrido la noche anterior. Aún no se lo podía creer; en la vida se hubiera podido imaginar que iba a follarse a Jon Márquez. Llevaba veinte años viéndolo en la tele. Suspirando cada vez que se cruzaba con alguno de sus anuncios sin camiseta en las marquesinas y paradas de metro y autobús y, por supuesto, era fiel seguidora de sus redes sociales. Quizá el karma le había devuelto todo el tiempo que había invertido en él, pensó orgullosa de haberlo conseguido. La gran putada era tener que hacer como si no lo conociera. Cuánto le hubiera gustado hacerle mil preguntas sobre el rodaje y hacerse mil fotos con él para subirlas a Instagram..., pero no podía olvidarse del motivo por el que estaba ahí, que desde luego no era para follarse a un famoso, por mucho que le gustara la idea. Sino para averiguar qué había ocurrido con Celia. Había dejado pasar un tiempo prudencial antes de volver a su casa, después de ausentarse durante el tiempo que había durado la obra, para asegurarse de que nadie la viera. Maldita Celia, si hubiera cooperado, como le había pedido, no tendría que haberle cortado la lengua. Pero estaba asalvajada, había perdido la cabeza y parecía un animal en lugar de una persona. No había sido nada agradable tener que hacerlo, pero no le había dejado otra opción. No podía permitir que los obreros la descubrieran. No quería ni pensar en la cobertura mediática que habría cuando se conociera que la famosa parricida llevaba diez años ahí encerrada y que la responsable era ella. Cuando volvió a casa, la mañana anterior, estaba preparada para la posibilidad de encontrarse a Celia muerta, como tanto deseaba, y que terminara todo de una vez. Tendría que deshacerse del cadáver, pero si había conseguido que nadie supiera de su existencia durante todo ese tiempo, ese sería el menor de sus problemas. Siempre podría quemarla y fuera. Pero, al encontrarse la puerta principal forzada y después los agujeros en la pared, se temió lo peor: ¡se había escapado! Subió corriendo como pudo entre los restos de escombros y cascotes. La puerta de acceso a la casa también estaba colocada estratégicamente para que no pareciera que la cerradura estaba también rota. La habían manipulado desde dentro hasta destrozarla. Al entrar hizo una rueda de reconocimiento, y se sorprendió al comprobar que no había ni rastro de ella. Sí de la silla y la cuerda en las que la había atado, pero tampoco de los cuencos con agua y latas abiertas que había colocado en el suelo para que tuviera acceso a ellos. El olor a pis y

excrementos era insoportable. Laura miró hacia la mesilla y vio que faltaba la foto de José y el niño. La última prueba que necesitaba para confirmar que efectivamente se había largado. Sacó el móvil para buscar si había alguna noticia de que hubiera aparecido en algún lado, pero no se acordó de que en el interior de la casa casi no había cobertura. Soltó varios «mierda» por su boca, mientras se movía, agitando el teléfono, hasta que finalmente fue hacia la ventana del salón para asomarse. Era el viejo truco que nunca le fallaba. Al acercarse, vio que aunque Celia debía de haber roto el cristal porque solo quedaban pequeños restos, los tablones que colocó en su día para impedir que abriera la ventana seguían en su sitio. Tendría que reventarlos a golpes si quería hacerlo ahora ella. El viejo carrito de la televisión sería perfecto para ello, pensó. Se giró para localizarlo cuando le pareció escuchar algo al otro lado. Las tablas de madera cubrían toda la ventana y no podía ver a través de ellas, pero entre toda la oscuridad que provocaban, abajo, brillaba un agujero por el que pasaba la luz. Laura pegó su cara y pudo ver que, justo debajo había alguien, un hombre tumbado en una hamaca. No alcanzaba a verle la cara, pero físicamente parecía estar muy bien. ¿Quién era? ¿Su nuevo vecino? ¿El que puso en riesgo todo su plan comprando la casa de al lado? Y que, no contento con ello, había intentado contactar con ella sin cesar a través de la agencia, ¡qué pesadilla! Por su culpa había tenido que dejar de venir y eso había provocado que Celia contara con ventaja para escaparse. Maldita sea. ¿Tenía acaso él algo que ver con su huida? Se quedó parada observándolo hasta que él se incorporó de golpe, como si hubiera notado su presencia. Laura se apartó de la ventana de inmediato. No quería ser descubierta, tenía que pensar bien cuál sería su estrategia. Sacó el móvil de nuevo, pero seguía sin tener cobertura y no hubo manera de que se cargara la búsqueda. Al cabo de pocos segundos escuchó el ruido de una puerta corredera cerrándose. Se volvió a pegar a la ventana y, al mirar, vio que él ya no estaba. Se había metido en el interior de la casa. Laura hizo una nueva rueda de reconocimiento, buscando detalles y pruebas que le dieran pistas sobre qué había podido pasar con Celia. Pero, después de tanto tiempo y estando todo tan desastrado, era difícil diferenciar si algo tendría que llamar su atención. Una voz masculina le hizo dar un bote. Era él, había vuelto a salir y estaba hablando por teléfono. Por un momento se asustó porque le pareció que se dirigía a ella y no a la persona con la que hablaba. Después del primer impacto se dio cuenta de que la voz le resultaba muy familiar, como la de un exnovio, un amigo o compañero de trabajo de toda la vida. La de alguien con la que había vivido muchas cosas, y le pareció muy extraño. Volvió a acercarse a la ventana. Podía verle de espaldas a ella hablando, apoyado en la barandilla de la terraza, disfrutando del paisaje. El aire le impedía escuchar con nitidez gran parte de la conversación, pero le pareció escuchar algo sobre Netflix y un personaje... ¿Era un actor? ¡Hostia!, pensó cuando se dio cuenta de que se trataba de Jon, Jon Márquez, por eso le resultaba tan familiar. Sintió un cosquilleo en el estómago, le encantaba ese actor. Había visto los mil años que había durado su serie solo por él. Le resultaba fascinante la complejidad y profundidad que

aportaba a su personaje, a diferencia de la mayoría de los actores que hacían televisión. Había algo oscuro que le tiraba mucho, despertando sus instintos más bajos. ¿Qué estaba haciendo en su pueblo, en la casa de al lado? Le parecía imposible, como parte de una historia de ciencia ficción. ¿De verdad tenía algo que ver con la desaparición de Celia? ¿O ni siquiera se había enterado de que había estado ahí encerrada? Si la hubiera descubierto, ¿por qué no había llamado a la policía? ¿Y qué razones podía tener para ayudarla y guardar el secreto? Tenía que averiguarlo. Jon siguió hablando sobre algo relacionado con un proyecto y un personaje. Hasta que empezó a disculparse diciendo que había sufrido muchos cambios en su vida y que no había sabido gestionarlos. Habló sobre que había tenido miedo a que le descubrieran y eso afectara a su intimidad. Sobre lo que había tenido que luchar para mantenerla, incluso reconoció que se le había ido de las manos. Laura escuchaba con atención, ¿se refería a algo relacionado con Celia? ¿Era ella la que había amenazado con acabar con esa privacidad y discreción de la que él hablaba? ¿A qué se refería cuando había dicho «han ocurrido cosas»? ¿A hechos concretos o a algún «viaje personal»? Quería preguntarle y no solo para intentar esclarecer sus dudas, sino para poder hablar con él. Laura, aún sorprendida y muy confusa, esperó a que Jon terminara de hablar y se metiera dentro. ¿Cómo iba a abordarlo? Necesitaba saber qué había pasado y buscar una solución. Tenía que hablar con él ya y averiguar si era cómplice de su huida y si estaba al tanto de todo lo que había pasado. Porque, si sabía que Celia había estado ahí, tenía que convencerlo de que ella no tenía nada que ver con todo ese asunto. Laura se quedó pensativa un momento tratando de idear un plan. Al cabo de unos minutos dio con la clave para conseguir sus objetivos: actuar como si no le hubiera reconocido. Solo así podría ganarse su confianza y eliminar todas las sospechas que tuviera hacia ella. Tenía que parecer que todo era casual. Empezaría por decirle la verdad: que se había encontrado las cerraduras forzadas, la casa abierta, los muros destrozados, agujeros y cascotes por todos lados..., pero como si le pillara de nuevas y no supiera nada de Celia ni del secuestro al que ella la había sometido. Esa era la manera de actuar, como si todo ocurriera de forma accidental, como si ella fuera una mujer muy frágil víctima de un robo o un acto de vandalismo. Para ello, la mejor manera de lograrlo era explotando toda su historia personal. Volvió a mirar el móvil, no habían pasado más que unos pocos minutos desde que lo había hecho por última vez, pero solo pensar que podían haberla encontrado le hacía entrar en psicosis. Miró a la pantalla y volvía a estar sin apenas cobertura, así que decidió aprovechar que Jon se había metido para reventar los tablones y sacar el móvil. Si conseguía abrir la ventana, podría después entreabrirla para ver cuándo entraba o salía él y esto le permitiría provocar un encuentro calculado pero que pareciera accidental. Fue hacia el carrito oxidado, quitó la televisión hecha pedazos y lo trajo hasta la ventana. Lo dejó en el suelo y al abrir el marco de la ventana, con el cristal roto, para golpear directamente la contraventana, al girar el manillar, se dio cuenta de que había una rata muerta. Laura odiaba las ratas, le daban muchísimo

asco. Aun así hizo un esfuerzo sobrehumano y se quitó una de las zapatillas de deporte que llevaba puestas. Fue empujando al animal con la punta, casi sin mirar, hasta el hueco que había entre las lamas y la lanzó fuera. Fuera hacía tanto viento que provocaba que la contraventana golpeará el marco de la madera. Una y otra vez. Laura empezó a ponerse nerviosa, parecía la banda sonora de una película de suspense en el momento en el que algo horrible iba a suceder. No era el caso, pensó ella mientras intentaba abstraerse del golpe de tambor. Después se asomó y vio al animal postrado sobre el césped, qué mala manera de empezar si se la encontraba al salir. Pero no había otro remedio, lo incluiría en su *speech* de presentación. Aunque para poder presentarse primero tenía que conseguir abrir esas contraventanas. Volvió a agarrar el carrito con las dos manos y, después de tomar impulso, golpeó con contundencia una primera vez y, muy seguida, una segunda que consiguió que los tablones salieran volando en pedazos y las contraventanas se abrieran de golpe. Entonces apareció Jon frente a ella gritando como un loco con cara de pánico. Laura, que pensaba que seguía en el interior, también se sorprendió y, como acto reflejo, se puso a gritar del susto. Estaba tan desconcertada que no supo qué hacer y cerró la contraventana de golpe. Era mejor desaparecer antes que pudiera cagarla presa de los nervios. Al volver al interior pensó en que Jon era aún más guapo al natural, pero apartó ese tipo de pensamientos de su cabeza y se quedó unos minutos cavilando en cómo solventar aquel primer tropezón. Laura se pegó de nuevo a la ventana en busca de un buen ángulo desde el que poder ver cuándo volvía a salir Jon. Tuvo que hacer varios intentos, abriendo ligeramente las contraventanas, hasta que a través de la ranura que quedaba, le pareció ver algo que llamó su atención. La cristalera de la casa de al lado tenía corridas unas lamas blancas verticales. Una de ellas estaba doblada por arriba. Laura enfocó como pudo hasta que descubrió a Jon, que observaba al otro lado. Debía de haberla doblado para poder ver sin ser descubierto. Estaban los dos en la misma situación, ¿por qué tenían tanto miedo? Era absurdo. Su expresión era de desconcierto, el mismo que sentía ella, que dio un respingo creyendo que la había visto, pero enseguida se dio cuenta de que era imposible a esa distancia. Sin embargo, pese a que Laura llevaba cierta ventaja sobre él, sintió miedo al acordarse de todas las veces en las que le había visto en situaciones similares en *Killing neighbors*, solo que la expresión de susto que tenía en ese momento nada tenía que ver con la del personaje que tantas fantasías despertaba en ella. Si no la veía, ¿por qué miraba en su dirección con tanto ímpetu? Volvió a fijarse bien y se dio cuenta de que Jon quizá no estuviera mirando a la ventana, sino a la rata muerta. Eso era: estaba desconcertado por haberse encontrado al animal ahí tirado. Igual a él también le daban mucho asco y por eso no salía. Era la oportunidad perfecta para intervenir sabiendo con total seguridad que, si ella salía en ese momento, Jon la vería y tendría la ocasión de actuar proyectando lo que quisiera que él viera sin saber que Laura era consciente de que estaba siendo observada. Sin pensárselo dos veces, abrió la contraventana, sacó el móvil y empezó a agitarlo al aire,

simulando que buscaba cobertura. Después miró de golpe hacia él y, cuando, como esperaba, lo sorprendió mirándola, le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Él le obedeció y, aprovechando su desconcierto, decidió entrar a matar: «¿Has entrado aquí?», le preguntó contundente. Había utilizado un tono que rozaba lo maleducado para provocarle ahora que no se lo esperaba, y observar bien su primera reacción. Él pareció algo descolocado, pero su respuesta fue de lo más convincente, parecía muy normal. Laura prestaba atención de manera afilada para que no se le pasara por alto ningún detalle o matiz de sus palabras o comportamiento que le dieran alguna pista, pero nada resultaba sospechoso más allá de un evidente hermetismo y una timidez que ella achacaba a la exposición que le proporcionaba la fama. Había sido una buena idea no decirle que sabía quién era. Después le contó la manera en la que se había encontrado la casa de sus padres, haciendo mucho hincapié en el frío que hacía dentro, y que no tenía cobertura..., necesitaba que Jon la invitara a la suya. ¿Y si Celia estaba ahí? ¿O lo había estado? Si había alguna prueba, ella la encontraría. Su plan surtió efecto. Una vez dentro, alucinó con la reforma que había hecho, el espacio era increíble, propio de una casa de diseño futurista. Pero, metida en el papel que representaba, solo dijo un escueto: «Qué bonito». Enseguida comentó que necesitaba hacer una llamada, aunque no fuera cierto, para que tuviera sentido todo el numerito del teléfono. La mirada de Jon tomaba un cariz de preocupación cada vez que fingía que esperaba a que respondieran al otro lado. Parecía preocupado por saber a quién llamaba, ¿temía que fuera a venir alguien del populacho a darle el coñazo y corriera la voz de que vivía ahí? ¿A eso se refería cuando había mencionado todo el tema de guardar su intimidad cuando hablaba por teléfono antes en la terraza? Laura, para continuar con la farsa, simuló que no se lo habían cogido. Sin embargo, mientras seguían hablando, cayó en la cuenta de que podía llamar de verdad al alcalde. Él podía saber algo y era de toda confianza. Tenía debilidad por ella de una manera que era mejor que la gente no supiera. Así que eso hizo la siguiente vez, el alcalde se puso contento de escucharla. Le dijo que no hacía mucho un actor famoso había estado preguntando por ella. Era él, no podía ser otro. ¿Por qué había ido a ver a la persona con más poder del pueblo para obtener información sobre ella? ¿Acaso sabía algo relacionado con Celia o simplemente quería averiguar si pensaba volver o no y quedarse con parte de su casa por el morro? ¿Aún no se había dado por vencido? Pero ¿y si de verdad estuviera preparando un personaje de esas características? Le parecía demasiada casualidad. Si pudiera preguntárselo directamente, mataría sus dudas de un plumazo, pero tenía que guardarse el comodín de que pensara que ella no le había reconocido. Siguió contándole los motivos por los que se había ido, pendiente de ver por dónde respiraba él. Empezaron a hablar y, poco a poco, lo que en principio era una simple estrategia, fue convirtiéndose en algo terapéutico. Le gustaba charlar con él y la manera en la que la miraba. Lo que vino después fue fruto principalmente de la atracción que sentía hacia Jon y que le era imposible controlar; le costaba horrores mantenerse fría y no dejarse

llevar. Fantaseaba con que la agarrara del cuello y la besara salvajemente como le había visto hacer en la serie. Sin embargo, lo que se encontró fue un hombre sensible bastante alejado de lo que proyectaba en la pantalla. La vulnerabilidad que transmitía le hizo abrirse e ir sacando, poco a poco, muchas de las cosas que la preocupaban. Él parecía entenderla como nadie. No se podía negar que había una conexión real entre ambos más allá de la maniobra que había elaborado. El momento álgido de todo esto fue, sin duda, cuando Laura le llevó a su sitio favorito del mundo. Nunca antes lo había compartido con nadie. La emoción la embargaba al volver a ese lugar. Tenerlo a su lado la hacía sentirse protegida, más aún cuando Jon se acercó a ella y le rozó la oreja con la cara. Se le puso la piel de gallina. Quería besarla. Entonces empezó a llover y aprovechó para que la siguiera. Le gustaba aquel juego: correr sabiendo que a cada zancada que daba crecía el deseo de Jon por alcanzarla y poseerla. Mientras bajaba a toda velocidad, Laura se imaginaba que ella era una de sus víctimas de la serie, aunque, a diferencia de ellas, lo que sentía no era miedo, sino muchísima excitación. Le daba mucho morbo fantasear con lo que vendría después. Cómo follarían salvajemente al filo del abismo al que le llevaba la incertidumbre de no saber si después iba a matarla. Disfrutó de la provocación hasta que él la alcanzó, empotrándola contra la pared. Jon la besó como ella tanto había deseado. Cuando se abrió la puerta del ascensor, Laura lo miró y pudo leer en su mirada la confianza ciega que se había propuesto ganarse. Ella le devolvió la mirada: sus dudas y sospechas también habían desaparecido o, al menos, con tanta excitación, habían pasado a un segundo plano. Mientras subían se fijó en que, en la botonera, había dos botones diferentes en la planta de abajo. En uno aparecía la letra B y en el otro la P. Al preguntarle el porqué, Jon le dijo que según el botón la puerta se abría hacia un lado, saliendo a la calle, o hacia el otro, al garaje y la despensa, al tiempo que la agarraba por la nuca y volvía a besarla. Mientras sus lenguas se entrelazaban, su mente le decía que tenía que conseguir entrar en el garaje para descartar que no hubiera alguna pista sobre Celia. Follaron dos veces y ambas estuvieron por encima de sus expectativas, y eso que eran muy altas. Había algo especial entre sus cuerpos, algo eléctrico que les hacía encajar a la perfección. Al acabar la segunda vez comprobó varias veces en el móvil que los medios siguieran sin dar ninguna noticia sobre su prisionera. La última en ese momento, en el baño, mientras se limpiaba después de la última vez. Cuando volvió a la habitación, Jon la miraba con cara de: «¿Qué piensas hacer?», y ella se metió en la cama, sin decir nada, y se acurrucó contra él. Por un momento pudo verse desde fuera; ¿qué hacía ella ahí, acostada con Jon Márquez? Le pareció que formaba parte de una película y que ella era la chica de la historia. Cerró los ojos y simuló que se dormía hasta que Jon se quedó dormido también. El leve ronquido que hacía al respirar hacía evidente que en su caso era de verdad. Laura esperó un rato largo, sin apenas moverse, y, después de comprobar que efectivamente Jon no estaba despierto, bajó el volumen de su teléfono y puso el modo *selfie*. Una vez encuadrados ambos, Laura estiró el brazo como hacía Jon cuando estaba a punto de apuñalar

a alguien en *Killing neighbors* e imitó con guasa la cara que ponía de loco, abriendo mucho los ojos, como si se hubieran cambiado los papeles y fuera ella la que iba a matarlo a él. La foto era la hostia, se moría de ganas de subirla a Instagram. Lo petaría seguro. Era brutal, no solo como concepto, sino porque, además, todo el mundo sabría que se había follado a Jon Márquez. Tendría miles de *likes* y, con suerte, si lo etiquetaba, los medios se enterarían y lo sacarían en todos lados. Ya veía el titular: «Este es el motivo por el que Jon Márquez lo dejó todo», acompañado de su foto. Se haría famosísima, ganaría millones de seguidores y jamás tendría que volver a preocuparse por el dinero. Pero Laura volvió a la realidad cuando Celia vino de nuevo a su mente. No era momento para fotos ni para llamar la atención de nadie. Tenía que pasar desapercibida hasta que supiera qué había ocurrido. Toda prudencia era poca. Además, por mucho que lo deseara, no estaba tan segura de poder hacerle algo así. Después de todo, Jon parecía una persona normal, incluso frágil, le había dado pena cuando hablaba del trabajo y de los cambios que necesitaba como si ella no supiera que estaba hablando de su profesión, del paso que había dado al dejar la serie. Merecía sus respetos, había sido muy valiente abandonando un trabajo por el que muchos matarían. ¿Lo habría hecho porque iba a hacer la miniserie esa sobre casos reales, para la que había pedido detalles de la historia de sus padres? ¿O era mentira? Si era así, ¿qué ocultaba? ¿Y por qué quería saber tanto sobre ella? El runrún se iba acelerando hasta reconcomerla por dentro. Volvió a comprobar que Jon todavía dormía y con mucho cuidado se levantó.

Descalza, muy sigilosamente, fue parándose en cada rincón de la casa, abriendo cada cajón o armario que encontraba, pero no había nada muy personal y mucho menos nada que tuviera relación con Celia. Cuando terminó con el piso, se acercó al ascensor con la intención de bajar al garaje. Pero, cuando se abrió la puerta y puso el dedo en la P, se dio cuenta de que no era un botón, sino que solo funcionaba por huella digital. Se fijó que en cambio las otras dos opciones eran botones normales, que funcionaban con solo presionar. ¿A qué se debía tanta seguridad? ¿Qué guardaba ahí con tanto reparo? ¿Tendría a Celia ahí escondida? Entonces pensó que el diseño del ascensor y sus modalidades estarían elegidas mucho antes de llegar incluso a saber de la existencia de Celia, si es que sabía de ella. Quizá lo utilizaba como caja de seguridad o habitación del pánico, había visto un documental sobre casas de millonarios de Beverly Hills en las que siempre aparecía un cuarto donde los propietarios podían esconderse ante cualquier catástrofe o situación adversa con las suficientes provisiones como para sobrevivir meses, incluso años. En cualquiera de los casos tenía que abortar el plan porque su huella obviamente no estaba registrada. Volvió al interior de la casa y caminó, en silencio, de vuelta hasta la habitación. Cuando abrió la puerta corredera se encontró con que Jon estaba despierto a punto de levantarse de la cama. No la había pillado por muy poco, pero, aun así, Laura mantuvo la calma y le dijo que venía del baño. Se metió en la cama y se volvió a acurrucar contra él, mientras daba

gracias por haber podido salir bien del paso. Cerró los ojos y se prometió a sí misma que no tiraría más de la cuerda, que disfrutaría de lo especial que estaba siendo estar así con Jon ajena a lo que pudiera haber pasado, y que ya, al día siguiente, pondría el foco en intentar encontrar a Celia fuera de ahí. Si hasta ahora no había descubierto ningún rastro de ella y, por las noticias, parecía que nadie más lo hubiera hecho, seguramente estaría escondida en el bosque, en alguna gruta. Laura conocía bien el paraje y tenía que dar con Celia antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando se despertaron a la mañana siguiente, todas las sospechas se difuminaron. Por un momento, tumbada en la cama, desnuda junto a Jon, pudo olvidarse de Celia y de todos los problemas que le estaba causando. Quiso que el tiempo se detuviera para poder estirar el momento de seguir así, a su lado, disfrutando de ese paréntesis atemporal, al margen del mundo exterior y de sus propias vidas. Ojalá pudiera olvidarse de Celia y del peligro que conllevaba que estuviera en libertad y disfrutar más de Jon, que había pasado de resultarle un tipo oscuro a alguien en el que sentía que podía confiar. Alguien a quien, pese a su gran hermetismo, estaba segura de conocer muy bien. No era más que un tipo frágil que ansiaba ser querido de verdad. En él no había rastro del tipo frío que le ponía los pelos de punta a media España, salvo cuando llegó el momento posterior a que precipitadamente Laura tuviera que confesar. La bomba explotó cuando escuchó su propia voz hablando de Celia en la televisión. Por poco le dio un infarto. Maldijo la hora en la que había accedido a hablar para la cámara, aunque entonces pensó que si se negaba a hacerlo podría resultar sospechoso. Pero eso no fue nada comparado con el estruendo que sintió cuando, después, Jon le preguntó de mala manera qué coño estaba haciendo Celia en su casa. Laura se sentía acorralada, pero, rápidamente, intentó centrarse en la conexión que los dos tenían y contarle su relato, enfatizando las partes que sabía que él podía entender bien. Le contó su coartada lo mejor que pudo, cuidando de que no quedara ningún cabo suelto que a Jon le hiciera dudar. Durante su narración se dio cuenta de cómo su testimonio iba modificando el estado de Jon. Lo estaba consiguiendo; se le veía afectado, preocupado, asentía y parecía conocer bien de lo que hablaba. Cuando terminó, pudo leer en sus ojos todas las dudas normales que tendría cualquier persona después de haber escuchado algo así. La miraba con pena, parecía querer abrazarla. Pero una sombra se dibujo en su mirada y en apenas unos segundos su gesto se fue transformando. Sus ojos cogieron una oscuridad que solo le había visto en la ficción. Parecía cegado por el más terrible de los pensamientos, ¿iba a hacerle daño? ¿Por qué la miraba así? Entonces Laura cayó en la cuenta de que ahora no había duda de que Jon sabía que Celia había estado en su casa, solo así podía haberle hecho esa pregunta. Se había sentido tan contra las cuerdas que hasta ese momento no se había dado cuenta. Era evidente que la conocía y, por la expresión con la que la miraba ahora, que ella lo descubriera le ponía en riesgo. Laura tenía mucho miedo, pero no era nada comparado con el que le entró al descubrir que la persona que tenía frente a ella no era Jon, sino Fran. No había en él nada de la timidez y fragilidad que la

había enamorado. Ahora la miraba con frialdad, con los ojos muy abiertos, fuera de sus órbitas. Parecía haber perdido la razón por completo y, a la vez, mantener la frialdad necesaria para cometer el peor de los crímenes sin dar un paso en falso. Era él, Fran. Le había visto en acción miles de veces, con esos ojos cada vez más inyectados en sangre. Iba a matarla. Laura, aterrada, solo pudo dar un paso hacia atrás.

Jon y Laura

Jon estaba a punto de abalanzarse sobre Laura cuando se encontró con la imagen de sí mismo en el espejo que había en uno de los laterales, casi junto a ella. El hombre que veía, el que estaba a punto de asesinarla, no era él, sino Fran. Seguía en su piel. Jon volvía a estar metido dentro de la pesadilla en la que tanto tiempo había vivido y de la que parecía no despertar nunca. ¿Qué estaba haciendo? Él no era un asesino. Fran había vuelto a adueñarse de él, ¿cómo había podido bajar tanto la guardia como para permitírselo? ¿O es que nunca llegó a irse? Jon cambió inmediatamente de expresión y vio cómo Laura respiraba aliviada. Él no pudo más que esbozar una leve sonrisa, actuando como si ese microsegundo de oscuridad nunca hubiera ocurrido. Era una locura y, además, matarla tampoco era la solución. Si alguien denunciaba su desaparición, su plan se iría al garete, porque, si lo pensaba bien, claro que sabrían que Laura había vuelto: había hablado con el alcalde y le había contado cómo había encontrado la casa. Él mismo llamaría a su puerta para interrogarlo y descubriría que Jon había estado viviendo ahí todo ese tiempo y que le había mentado. Sospecharía y, si no le acababan pillando, en el mejor de los casos aprovecharía el reclamo publicitario que suponía que Jon Márquez tuviera una casa en el pueblo para hacer pública la ubicación de la vivienda. Aunque siempre había una posibilidad de que nadie denunciara su desaparición. ¿Era cierto lo que había contado Laura sobre lo sola que estaba o formaba parte del engaño? Jon trató de disimular recuperando la acción de preparar el desayuno. Se giró para coger las tostadas y se encontró con que ya estaban hechas desde hacía rato. Estaba tan inmerso en la historia que no se dio cuenta de que había saltado el temporizador. Sacó dos platos y colocó cada uno en uno de ellos y después el salmón y encima el aguacate. Trataba de parecer relajado, pero estaba tan tenso que cada gesto resultaba atropellado.

Cuando Jon reculó, Laura vio cómo, frente a ella, Fran desaparecía y en su lugar aparecía de nuevo él. Volvía a ser el hombre amable y seductor con el que había hecho el amor la noche anterior, lo cual la aliviaba pero también la llenaba de confusión: ¿qué había sucedido? ¿Estaba actuando? ¿Había puesto esa expresión a modo de amenaza para acojonarla y dejarle claro que si decía algo sobre que él sabía que Celia había estado ahí la mataría sin piedad? Después de lo que acababa de ver en sus ojos, desde luego que no pensaba correr ese riesgo. Pero Laura no podía dejar de preguntarse qué había ocurrido entre Jon y Celia para que él actuara de esa manera. Estaba claro que él sabía de su existencia y si Celia ya no estaba, eso solo podía ser por dos motivos: o porque se había escapado con la ayuda de Jon, o porque él la tenía oculta en algún sitio, ¿estaría en el garaje? Sería un buen plan: nadie se enteraría ni podría bajar. Pero ¿la tenía ahí bajo su voluntad o retenida de la misma manera en que la había tenido ella todos esos años? ¿Y si estaba muerta? ¿Y si la había matado de la forma en la que lo hacía en su serie? Nada le extrañaba ya después de haberle visto transformarse hacía un momento. Mientras pensaba, Jon había terminado de preparar el *brunch* improvisado, que ejecutaba sin pizca de la delicadeza y el amor con los que había preparado la pasta deliciosa el día anterior. Jon le pasó su plato y Laura dio un mordisco a la tostada sin decir siquiera un «gracias». Mientras masticaba, seguía observándolo, en silencio. Se fijó en su mirada y en su gesto, que en absoluto tenía que ver con el de un hombre que pudiera hacer lo que ella planteaba. Era evidente que había visto demasiado la serie y estaba demasiado contagiada por todos los acontecimientos. Pero si no la había matado, ¿qué había hecho con ella? ¿Por qué se lo ocultaba? ¿De verdad había ayudado a una asesina?! Celia no podía haberle camelado para que lo hiciera. No podría contarle nada porque ella misma le cortó la lengua en su día para que no pudiera hacerlo. No tenía dinero con el que haberle sobornado y tampoco creía que Jon lo necesitara, visto lo visto. Entonces, le vino a la mente la conversación que escuchó a Jon mantener por teléfono, en la terraza, el día anterior, nada más llegar. En la que hablaba sobre su obsesión porque nadie supiera que estaba ahí para mantener su intimidad: «He tenido miedo..., han ocurrido cosas...». En aquel momento no prestó atención a esas palabras, que, sin embargo, ahora cobraban un nuevo significado. ¿Y si le había chantajeado? ¿Y si le había amenazado con decirle a todo el mundo que él vivía ahí? Celia no podía hablar, pero sí escribir... ¿Le había prometido no decir nada a cambio de que la ayudara a desaparecer de nuevo? Quizá, incluso, ni la había reconocido y no sabía que era una asesina.

Había tantas opciones y tan pocas respuestas que su cabeza estaba a punto de estallar. Laura se fijó en que Jon permanecía parado, sin decir nada. Apenas comía, al contrario que ella, que, aunque tuviera el estómago cerrado, devoró la tostada en menos de un segundo. Simulaba actuar con normalidad para que el estado de nervios no se le notara y poder acabar cuanto antes. Pero al ir a coger uno de los arándanos silvestres del plato, se dio cuenta de que estaba temblando y se lo metió en la boca rápidamente para disimular. La escena era tan marciana que no sabía bien cómo actuar: ¿debía preguntarle directamente por qué sabía que Celia estaba ahí? ¿O sería mejor obviarlo? No sabía qué decisión tomar porque, si lo hacía, se arriesgaba a que Fran sacara sus garras de nuevo y esta vez no tuviera tanta suerte, y si no le preguntaba nada, la situación podría empeorar igualmente: el hecho de no hacerle la pregunta obligada evidenciaba que sospechaba algo y corría el riesgo de que creyera que ella sabía mucho más de lo que en realidad sabía, que no era nada concreto, salvo que Jon sí que estaba al tanto de que Celia había permanecido ahí encerrada. Lo que, por otro lado, era más que suficiente para incriminarlo por cómplice, ya fuera por haber participado en la fuga de Celia o por conocer la historia sobre cómo ella la había tenido secuestrada y no haberlo denunciado. Todo resultaba tan controvertido que no quería arriesgarse a preguntar ni a conocer más detalles. Sin duda, la mejor opción era salir de allí pitando antes de que Jon pudiera adivinar lo que se le pasaba por la cabeza: si él era responsable de su desaparición, prefería no saberlo o no al menos en ese preciso momento; y si Celia había logrado escapar, tenía que dar con ella antes de que fuera demasiado tarde. Quizá estaba en el monte y el resto de sus divagaciones no eran más que fantasías. Eso quería creer. Sí, seguramente estaría escondida en alguna gruta. O igual estaba muerta, se dijo. Fuera como fuese tenía que encontrarla antes de que lo hicieran otros.

Jon no comía casi nada, apenas había tomado un par de nueces. No quitaba ojo a Laura mientras seguía capturado por sus pensamientos. Ella, sin embargo, comía sin parar, parecía calmada, pero había algo en sus gestos que delataba cierta tensión. Cuando vio cómo le temblaba la mano derecha al ir a coger un arándano del plato, supo que no se equivocaba. Si lo que le había contado era cierto, ambos se parecían mucho más de lo que pensaba: los dos se habían puesto en peligro para hacer justicia, pero ¿cómo podía hacerle saber esto a ella sin contarle nada de lo que él había hecho con Celia? Sea como fuere, tenía que conseguir no perder los nervios y tranquilizarla. Pero ¿por qué Laura actuaba como si nada en lugar de preguntarle por su vecina? Si no sabía dónde estaba, ¿no le inquietaba, por ejemplo, que esa bestia estuviera suelta y pudiera vengarse? Aunque, por muy extraño que le pareciera, ¿qué podía hacer más que dejarla irse sin más? ¿Qué otra opción tenía? Bien pensado, incluso sabiendo que Celia y él tenían que haber tenido contacto, Laura tampoco podía incriminarlo ni sacar nada a la luz. No había ninguna prueba que lo inculpara y él siempre podría negar todas las acusaciones. Lo único realmente demostrable era que ella había encerrado y chantajeado a su vecina en aquella casa. Así que Laura era la primera interesada en que nadie metiera las narices en ese asunto. Además, como no lo había reconocido, tampoco tenía que preocuparse por que fuera a chantajearle o hacerlo público. A no ser, claro, que se enterara después. Ahí sí que vendrían los problemas. Una nueva sombra invadió la mirada de Jon.

Laura vislumbró la oscuridad de sus pensamientos y supo el riesgo que corría si no actuaba con rapidez. Dio un último mordisco a la tostada y dijo con voz dulce:

—Ahora que lo sabes, creo que ya es hora de que me marche.

Había conseguido que sus palabras sonaran de lo más natural, pese a que por dentro suplicaba que Jon no se hubiera planteado todos los riesgos e inconvenientes que había en que ella se fuera.

—Siento haberte mentido —continuó.

Jon la observó levantarse del taburete desconcertado. ¿Eso era todo? ¿No iba a decir nada más? ¿De verdad iba a largarse así y hacer caso omiso a su pregunta? ¿Iba a actuar como si nada hubiera ocurrido? Aunque sonara de lo más sincera, Jon no podía evitar volver a alterarse ante la incertidumbre que le provocaba no saber qué pasaría si Laura se iba sin más. Necesitaba saberlo para poder estar tranquilo. Su cabeza parecía una olla a presión a punto de estallar. No había podido ni contestarle con un «No te preocupes» de protocolo, solo podía atender a la llamada

interna que le decía que debía terminar con cualquier elemento que pusiera en riesgo su futuro. Su mirada comenzaba a transformarse, pero, al mirar a Laura a los ojos, vio a la niña de la fotografía que aparecía junto a la noticia que encontró en internet sobre el accidente de sus padres y se acordó de todo lo que ella le había contado cuando subieron a su lugar favorito del mundo: lo útil que resultaba hacer el ejercicio de visualizarse a uno mismo para saber lo que uno quería ser. Jon pensó en eso y, sobre todo, en lo que por nada del mundo quería llegar a convertirse. Intentó abstraerse y hacer el ejercicio. Lo que veía no le gustaba, le hacía dudar una vez más de su verdadera naturaleza y de quién era en realidad. Quería verse bien, ser una buena persona sin nada que ocultar ni que temer. No quería convertirse en un asesino. Al menos no de una persona que nunca hubiera matado a nadie.

—Ha sido un placer —dijo Laura interrumpiendo su monólogo interior.

Jon la miró y se encontró con que Laura tenía los ojos chispeantes, como la noche anterior cuando se observaban mutuamente desnudos en la cama.

—Te ayudo a recoger esto y me voy —continuó, mientras cogía su plato y los cubiertos para acercarlos a la pila de la cocina.

En cualquier situación normal, Jon habría dicho: «No hace falta, ya recojo yo», pero necesitaba ganar al menos unos minutos para pensar con claridad. Sin embargo, al ver pasar a Laura por su lado, no pudo evitar interponerse en su camino.

—No, no. Ya lo hago yo. Por favor —dijo mientras le quitaba de las manos los platos y los cubiertos.

Laura sonrió aliviada por la actitud tan amable de Jon al decirle que pensaba irse ya y, mientras él se acercaba a la basura para echar la servilleta y los restos de comida, se quedó observándolo preguntándose cómo hubiera continuado la historia entre ambos si Celia no se hubiera cruzado en su camino. Jon cogió uno de los cuchillos para arrastrar todas las migas que se habían quedado pegadas en el plato. Al ver cómo lo empuñaba, Laura tragó saliva. Entonces él levantó la vista un instante, como si hubiera podido leerle el pensamiento. El cruce de miradas solo duró un par de segundos, pero fueron suficientes para ponerle a Laura los pelos de punta. Sin embargo, aunque quería salir corriendo, sabía que marcharse bruscamente haría que Jon se mosqueara y todo el esfuerzo para evitar que se sintiera amenazado no habría servido para nada. Debía apaciguar cualquier sospecha y para eso lo mejor era seguir actuando con la mayor normalidad. ¿Qué haría ella si estuviera a punto de irse de la casa de un tío con el que había pasado la noche anterior? Si le gustaba tanto como Jon, sin duda, buscaría una libreta para dejarle una nota con su número de teléfono y algún mensaje para mantener la chispa antes de salir por la puerta. Tenía que hacerle sentir que había sido especial, escribirle un bonito mensaje y no intercambiarse los números en el móvil como en cualquier discoteca. Sus manos se unirían

un instante y lo acompañaría con un beso cálido en la mejilla y una última mirada cómplice. Antes de que él pudiera darse cuenta, ya estaría arrancando su coche para largarse de ahí.

—¿Me dejas un papel y un boli? —preguntó Laura con tono risueño.

Jon, que ahora estaba recogiendo su plato de comida, se incorporó de golpe sorprendido por la pregunta, y miró a Laura tratando de entender para qué lo necesitaba. Ella, al ver su expresión, le sonrió descaradamente, buscando su complicidad, pero Jon la miraba serio, intentando leer a través de sus pupilas para captar si se le estaba escapando algo. Un detalle que evidenciaba la tensión latente entre los dos. Laura, consciente de ello, quiso atajar la situación.

—Para apuntarte mi número —dijo totalmente metida en el papel.

Jon se esforzaba en averiguar si aquel gesto era algo positivo o negativo. Aunque en realidad no implicaba nada y siempre era mejor saber que podía localizarla en el caso de que las dudas o tormentos le asaltaran. Así que, siguiendo con su propósito de buena fe, fue a coger de uno de los cajones la libreta que tenía para apuntar cosas, cuando, al dar el primer paso, la tostada con el salmón y el aguacate casi intactos, se le cayó del plato. Laura enseguida fue hacia él para ayudarlo.

—No, no, no te preocupes. Ya lo limpio yo —dijo Jon mientras observaba cómo el salmón había embadurnado el suelo de aceite—, en el primer cajón hay un bloc y un boli —le dijo señalando uno de los muebles de la encimera.

Laura se dio la vuelta y abrió el cajón que le había indicado. Al hacerlo se encontró con varios paquetes de tabaco sin abrir, un par de mecheros, un boli suelto y el cuaderno. Agarró el boli y, al coger el cuaderno para escribir, se dio cuenta de que un papel roto y amarillento sobresalía por uno de los laterales. ¿Era un señalador? Introdujo el dedo para desplegar las hojas a esa altura, cuando se encontró con una nota que la dejó helada: en el papel estaba escrito «DÉJAME POR FAVOR. LÁRGATE» con letras mayúsculas escritas a trazos imprecisos de un color marrón extraño. ¡Era sangre, sangre seca! Lo identificaba bien porque tenía el mismo aspecto y textura que cuando de pequeña le sangraba la nariz por la noche y se enteraba, a la mañana siguiente, al encontrarse las sábanas llenas de manchas secas. Y lo más importante: ¡Era la letra de Celia! Estaba convencida, se jugaría el pellejo a que lo había escrito ella. ¿Por qué le suplicaba aquello? ¿Qué había ocurrido para tener que escribirle aquellas palabras? El primer impulso de Laura fue agarrar el trozo de papel y llevárselo, pero tenía miedo a que Jon pudiera sorprenderla mientras se lo metía en el bolsillo. Su pulso acelerado marcaba la cuenta atrás. Tenía que escribir ese maldito último mensaje y largarse de una vez. Fue a pasar la página para buscar una en blanco cuando se dio cuenta de que en la hoja sobre la que estaba apoyada la nota había algo escrito: «LÁRGATE TÚ O TE MATO». A Laura le dio un vuelco el corazón, la letra parecía de un niño, pero era evidente que estaba escrito por él. Entonces se dio cuenta de que Jon estaba justo detrás de ella. Sintió un escalofrío, al notar su presencia de pie, a su espalda, mientras ella estaba

apoyada sobre la encimera, en evidente desventaja. Pasó la página rápidamente. Tenía tanto miedo que pensó en escribir un número falso, pero se dio cuenta de que Jon podría llamarla en ese momento desde su móvil para que ella también tuviera su número. Sin pensarlo más, escribió su teléfono acompañado por un «Llámame» y se giró hacia él.

—Bueno, pues ahora sí que sí —dijo con una sonrisa forzada mientras dejaba la nota boca abajo sobre la encimera.

Jon se acercó a ella, luchando con la mezcla de emociones que le hacían contener las ganas de besarla y de agarrarla al mismo tiempo para obligarla a que le jurara que jamás volverían a hablar del tema. Laura lo miraba expectante. Después de unos segundos Jon le dijo:

—¿Nos volveremos a ver?

Laura no se esperaba esa pregunta y bajó la mirada instintivamente antes de que él pudiera leer todos sus miedos y contradicciones. Se mantuvo en silencio. Jon tampoco dijo nada, expectante. Laura sabía que, cuanto más tardara en actuar, más extraño se haría el momento. Necesitaba hacerle creer que sentía lo opuesto a lo que realmente experimentaba en ese instante. Así que estiró el brazo para acariciarle la mejilla y, pese a que mientras lo hacía se dio cuenta de que se estaba pasando de empalagosa, continuó, convencida de que ya era tarde para recular.

—Claro —le contestó, mientras señalaba la nota con la cabeza.

Su corazón estaba a punto de estallar, pero aun así Laura fue capaz de agarrar su cazadora de una de las perchas y dar los pasos necesarios para llegar al ascensor, sin apenas flaquear. Jon la miraba alejarse. ¿Por qué le había retirado la mirada para después tocarle la cara de esa manera tan forzada? De repente, ella se comportaba de forma muy extraña. ¿Era esa una despedida? ¿Hasta cuándo? ¿Era el fin? Y no solo del inicio de una posible relación, sino también de su sueño de libertad.

Laura presionó el botón del ascensor, Jon había dado un paso, pero seguía a su espalda, mirándola fijamente. Observaba su cabeza, su pelo aún húmedo, sus hombros, y pensaba en lo sencillo que sería acabar con la incertidumbre que le provocaba su silencio, su falta de preguntas. ¿Por qué disimulaba de aquella manera tan evidente? Jon agarró la nota y, como si hubiera tenido una iluminación, giró el cuello de golpe hacia el cajón y se dirigió hacia él con urgencia. La puerta del ascensor se abrió en ese momento y Laura entró rápidamente. Al hacerlo, vio cómo Jon agarraba el cuaderno del que asomaba parte de la nota por una de las esquinas. Entonces lo entendió todo: Laura había encontrado el mensaje de Celia. Jon se maldijo por haber olvidado por completo que seguía ahí. Por eso actuaba de esa manera tan extraña; seguramente habría leído también su respuesta y pensaría que era un monstruo. Laura apretó el botón de la salida a la calle. Por un segundo dudó de si también necesitaba la huella de Jon para bajar y estuvo a punto de darle algo. Jon, con la nota en la mano, se dio la vuelta hacia ella justo a tiempo de ver cómo, antes de que se cerrara la puerta, Laura lo miraba con cara de terror. Sus ojos transmitían el

pánico más absoluto, nada que ver con la expresión que ponían los actores que habían encarnado a sus víctimas durante años y años. El gesto de Laura no era tan demostrativo, era algo mínimo, cercano a la parálisis total. Tenía tanto miedo que no podía ni pestañear. La puerta se cerró de golpe y Jon dijo casi para sí mismo:

—Espera, no tengas miedo. Yo no soy así. Puedo explicártelo. —Y al segundo gritó—: ¡Esperaaa!

Vamos, vamos, vamos», imploraba Laura, dentro del ascensor, para que bajara más rápido. Tenía los dedos cruzados para que todo saliera bien y pudiera largarse de ese lugar rápidamente. Mientras, Jon, muy impaciente, apretaba sin parar el botón para que el aparato subiera de nuevo. Laura salió a la calle y fue directa hacia su coche, que había dejado aparcado frente a la puerta de su casa. Metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora donde solía guardar las llaves. Pero no estaban. Miró en los de fuera y en los de su pantalón pero tampoco aparecieron. ¡Mierda! Estaban en su casa con el resto de sus cosas.

—¡Joder! —exclamó mientras se dirigía corriendo hacia la puerta de entrada.

De camino giró el cuello para lanzar una mirada a la puerta de la casa de Jon, que tenía que estar a punto de bajar. Más le valía ser muy rápida o la alcanzaría. Cuando ya iba a entrar en su casa, oyó abrirse la puerta del ascensor. Volvió a girarse y se encontró con Jon, que aparecía frente a ella con todo el cuerpo en tensión, los brazos estirados y las palmas de las manos muy abiertas. Desde ahí Laura parecía una niña indefensa, pensó Jon, que empezaba a desesperarse. Solo quería que le escuchara. Todo tenía una explicación y si alguien podía entenderlo desde luego era ella. Había hecho algo horrible, pero por la misma razón por la que ella había mantenido a Celia todos esos años en unas condiciones tan lamentables: por justicia, para que pagara su penitencia.

—¡Espera! ¡Escúchame! ¡Tiene una explicación! —gritó Jon desesperado.

Pero Laura, presa del pánico, no entraba en razón y se metió dentro de la casa. Cuando dio el primer paso dentro, estiró el brazo para dar la luz, pero no encontró el interruptor y siguió hacia delante. No podía pararse. Pese a que era de día, la luz que entraba por la puerta solo iluminaba los primeros metros del vestíbulo. A partir de las escaleras de subida, se imponía la penumbra más absoluta. Sacó su teléfono móvil para poder ver mejor, y se dirigió hacia los peldaños, entre tropezones y saltos para esquivar los cascotes y obstáculos que se encontraba a cada paso. A los pocos segundos, Jon apareció en el marco de la puerta, a su espalda.

—Laura, déjame explicarte, por favor. Fue un accidente —gritó.

Pero sus súplicas causaron el efecto contrario y, en lugar de frenarse y escucharle, Laura aceleró el paso y empezó a subir las escaleras. Jon fue tras ella, saltando los escalones de dos en dos, sin apenas ver. Todo eso ya lo había vivido. No se podía creer que se encontrara de nuevo en ese lugar siniestro corriendo detrás de otra mujer para alcanzarla. ¿Por qué volvían a huir de

él? No era un asesino, solo había sobrevivido a las circunstancias, él no había elegido ese final y necesitaba hacérselo saber a Laura. Solo quería tener la oportunidad de explicarse y hacer las cosas bien. Pero ella siguió corriendo hacia la puerta hasta que, cuando llegó a ella, dio un empujón para entrar, pero no pudo; parecía estar atascada. Antes de hacer un nuevo intento se giró hacia él y se encontró con que Jon seguía avanzando en su dirección. Tenía que atacarlo por sorpresa para conseguir frenarlo antes de que la atrapara. Laura se lanzó hacia él gritando, como si estuviera poseída, de la misma manera en que lo hizo Celia en su día. Era una pesadilla, parecía el *remake* de una película que ya hubiera rodado. Solo que no era ninguna ficción y aquella chica que estiraba sus dedos para arañarlo y tirarle del pelo no era ninguna actriz, o al menos no profesional. Jon estiró los brazos para protegerse y evitar que volvieran a arañarle en la cara. Laura estaba descontrolada: le golpeaba sin cesar, con brusquedad, rascaba y rascaba como si escarbaba en la arena para conseguir llegar hasta lo más hondo, hasta que frenó y se separó de él corriendo para retroceder y volver hasta la puerta. Pero Jon estuvo rápido y la agarró del pelo para impedirle.

—¡Escúchame! —dijo Jon en tono más imperativo. Laura le había contagiado la violencia con la que actuaba y poco quedaba del tono conciliador que él había tratado de mantener a toda costa.

De un tirón la trajo hacia él. Cuando estaban cara a cara, Laura aprovechó para darle un golpe con la rodilla en los huevos. Jon se inclinó retorciéndose del dolor, mientras se agarraba con las dos manos. Pero, al ver que Laura intentaba escaparse otra vez, estiró los brazos para alcanzarla. Ella consiguió esquivarle y le dio un empujón que le tiró al suelo. Si conseguía ser rápida, podría coger la bolsa con las llaves del coche y escapar antes de que la alcanzara. Jon se incorporó como pudo y corrió detrás de ella hasta que, justo cuando estaba atravesando el marco de la puerta de acceso a la vivienda, consiguió agarrarla de nuevo del pelo y tiró de ella hacia atrás para sujetarla por los hombros.

—Fue un accidente, tienes que creerme —imploró Jon con violencia.

Laura le escuchaba. Estaba muerta. Él la había matado. Ya no eran suposiciones, él mismo se lo estaba confesando. Quería creerle, pero si había sido algo fortuito, como él le aseguraba, ¿por qué ella había escrito con su propia sangre esa nota suplicando? No podía confiar en él, no después de ver en su mirada lo que era capaz de hacer. Jon la agarraba con mucha fuerza, pero tenía que conseguir deshacerse de él y continuar con su plan. Fue a darle otra patada en la entrepierna, pero esta vez Jon reaccionó a tiempo, levantando la rodilla. Laura aprovechó para zafarse de él. Se giró y dio una patada fuerte con el pie para abrir la puerta. Jon, que vio cómo volvía a escabullirse, se tiró sobre ella, empujándola hacia adelante, al mismo tiempo que la puerta volvía hacia Laura con gran impulso. Después de haber sido golpeada con tanta fuerza para abrirla, el mal estado de las bisagras y demás anclajes la habían hecho rebotar en la pared y regresaba al punto de origen casi con la misma fuerza con la que había sido empujada. La puerta

golpeó en la cara de Laura emitiendo un crujido. El mismo gancho oxidado que acabó con la vida de Celia se le había clavado en el entrecejo. Jon se quedó paralizado al reconocer el crujido. Laura, de espaldas a él, empezó a mover los brazos, las rodillas y las piernas, sin fuerza, a modo de espasmos descoordinados. Jon observaba la escena sin reaccionar hasta que el cuerpo de Laura se quedó inmóvil, sus manos se quedaron sin fuerza y el teléfono móvil, que agarraba, cayó al suelo. Su cuerpo sin vida colgaba del gancho de la puerta como lo hizo el de Celia. Jon estaba al borde del colapso. Había vuelto a matar, pero esta vez, por mucho que le doliera o tratara de convencerse de que había sido un accidente, no tenía ninguna justificación. Había acabado con la vida de una persona que había sufrido mucho y que, al igual que él, el único delito que cometió fue hacer pagar a una asesina por el crimen que había cometido. Jon se dejó caer de rodillas y vomitó un llanto lleno de dolor. Sentía tanta rabia e impotencia que empezó a golpear el suelo. Cuando ya no pudo más, levantó la cara y vio el móvil de Laura tirado a la altura del cadáver. Tenía ante él la única forma de zanjar el asunto antes de que alguien se diera cuenta de su ausencia y la búsqueda lo llevara directamente a él. Lo primero que haría sería escribir al alcalde como si fuera ella y contarle algo como que había sido una mala idea volver, que no le había venido nada bien. Podría utilizar parte de las vivencias que le había contado. Incluso podría decirle que pensaba vender la casa al vecino, que era una buena manera de terminar con todo eso y poder comprarse algo lejos de ahí. Pero también estaba su entorno. ¿Y si alguien denunciaba su desaparición y cuando la policía fuera a buscarla a su casa del pueblo se encontraban con la reforma? ¿Y si a quien llevara el caso le daba por buscar las escrituras de compraventa o revisaban sus cuentas bancarias y veían que no había ningún movimiento con tales cantidades? Cuando alguien desaparece se suele hacer una comprobación de si ha habido variaciones en su cuenta corriente. Tenía que meterse en su agenda y también vía LinkedIn, para contrastar los nombres que coincidieran y encontrar así a sus compañeros. Enterarse de con qué personas mantenía una mayor relación y mandarles un mensaje o *email*, contándoles algo como lo que había pensado enviar al alcalde. Estaba convenido de que, con un pasado como el suyo, a nadie le sorprendería que hiciera algo así. Jon cogió el móvil para buscar en su lista de contactos, pero se encontró con que la pantalla estaba bloqueada.

—¡Joder! —exclamó.

¿Cómo coño iba a conseguir desbloquear el teléfono sin conocer la clave? Sin el código, a los tres intentos saltaría su PUK y se bloquearía para siempre, a no ser que supiera los datos precisos para desbloquearlos por medio de la compañía de teléfono que tuviera contratada. Pero ese sería un callejón sin salida. ¿Cómo iba a hacerse pasar por ella? Era absurdo pensar en imitar su voz, tampoco conocía los datos que podrían preguntarle para llevarlo a cabo y, además, su teléfono quedaría registrado, y descubrirían que había intentado acceder a su móvil. Levantó la vista y volvió a ver el cuerpo colgando de Laura. Se fijó en cómo sus extremidades caían inertes.

Entonces supo cómo hacerlo: ¡con su huella! Giró el teléfono y vio que, efectivamente, en la parte posterior estaba la opción de desbloqueo por huella dactilar. Se acercó a Laura, pero cuando iba a agarrarle el brazo, sintió unas tremendas ganas de llorar. Tenía un nudo enorme en el estómago. Una gran tristeza. Aquella niña que había perdido a sus padres de manera tan injusta, que había tratado de sobrevivir con esa pena como pudo en orfanatos y centros de menores... Aquella mujer que después había sufrido el acoso de Celia y que, aun habiéndole hecho esta la vida imposible, la había ayudado convirtiéndose sin quererlo en cómplice de un crimen espantoso... Aquella mujer que, pese a todo eso, había conseguido salir adelante una vez más, y había obrado de la mejor manera posible para asegurarse de que hubiera justicia con esa asesina... Aquella mujer había muerto por su culpa. Huyendo de él, de lo mismo de lo que él llevaba años intentando escapar. Era horrible. La agarró de la muñeca con delicadeza. Estaba muy fría. Sujetó el dedo índice de su mano derecha y lo posó sobre el círculo señalado. El teléfono se desbloqueó al momento. El salvapantallas era una foto de su casa vista desde el lugar favorito del mundo de Laura, y Jon se entristeció aún más. Desde luego que esa no era la manera en la que él deseaba verse, sino todo lo contrario. Accedió a la agenda del teléfono, pero vio que no había lista de favoritos. Solo cientos de números a los que, en una primera pasada, no les acompañaba ninguna especificación del tipo «vecino», «trabajo», «gym»; tan solo los apellidos. ¿Cómo iba a saber quién de todos ellos pertenecía a su entorno más cercano? Quizá tuviera la opción «cara» en las fotos asociada a una identidad o podría buscar después con los nombres en LinkedIn comparando las fotos... Pulsó para que se abrieran las imágenes y lo primero que apareció fue el *selfie* de Laura posando junto a él dormido en la cama, que evidentemente había sido tomada la noche anterior. En la imagen ella, con los ojos abiertos de forma exagerada, levantaba la muñeca simulando que iba a apuñalarlo. Estaba clarísimo que posaba imitando la expresión que él ponía cuando Fran estaba a punto de asesinar a alguien. La rabia se adueñó por completo de Jon, que se sentía tan dolido que se alegró de que Laura se hubiera encontrado con aquel gancho por accidente, porque, de lo contrario, no sabía qué hubiera sido capaz de hacerle. Le ardía la sangre; sin embargo, la culpa había desaparecido. Ella sabía desde el principio que era Jon Márquez, le había mentado, le había traicionado y se había reído de él. Pero, por suerte, ya no volvería a hacerlo nunca más.

Diez años antes

Eran más de las once de la noche y Celia estaba sola en la cocina de su casa. Muy nerviosa, daba vueltas de un lado a otro sin parar. Cuántas veces había escuchado la frase «la historia se repite» referida a algún acontecimiento histórico, sin imaginarse que también podría aplicarse a su propia vida. Había conseguido que su día a día, junto a su marido y su hijo, fuera el de una familia normal de clase media. Tenían sus cosas, como todo el mundo, pero siempre se las apañaban para estar bien y salir a flote. Soñaban con comprar el pequeño apartamento en Benidorm para el que ya les faltaba muy poco. Pero hacía unos meses, el pasado había vuelto para interrumpir la tan anhelada paz que disfrutaban. Y, muy a su pesar, los gritos, el olor a alcohol, los empujones y los insultos cada vez eran más frecuentes. Cuando miraba a su marido en ese estado de embriaguez, ya no le gustaba. Detestaba su olor y su mirada envenenada. Su ridiculez camuflada de autosuficiencia, ¡si no sabía hacerse ni un huevo frito! Cuando bebía se volvía torpe y a ella le provocaba una gran tristeza verlo así. Por desgracia, al no tener familia y haber nacido lejos de allí, no tenía muchos hombros sobre los que llorar. Menos mal que estaba Laura, su vecina, a la que siempre acudía cuando no podía más y se derrumbaba desconsolada. Pero el lado malo de desahogarse sin filtros era que, conforme ella le contaba los hechos que la traían por la calle de la amargura, poco a poco su amiga se había ido cargando y llegó a un punto en que, por mucho que Celia después quisiera mirar para otro lado, Laura la obligaba a ver la realidad: no era feliz, el problema cada vez iba a más y necesitaba salir de ahí con su hijo y empezar una nueva vida. Tenía que reaccionar y convertirse en la mujer que quería ser, le decía constantemente. «Saca los ahorros que tenéis para el piso y empieza de cero». Cuando Celia la escuchaba hablar así, los flashes del pasado asaltaban su cabeza: las noches desaparecido, las mañanas tirado en cualquier rincón de la casa, borracho perdido y meado encima. Las discusiones con el recurrente bofetón y toda la pesadilla final que tan desgraciados los habían hecho. Había sido tan grave y doloroso vivir con ello que, por suerte, terminó siendo un punto y aparte en sus vidas. ¿Necesitaba ahora llegar a una inflexión tan terrible como aquella vez? ¿Tenía razón Laura? ¿En esta ocasión sería ella quien pagaría por todos los errores de su marido? ¿O lo haría su hijo? Pero cuando llegaba a ese punto, se frenaba pensando que, por buenas intenciones que albergara su amiga, resultaba muy fácil adoctrinar sin estar metida en el ajo. Celia había aprendido a convivir con la decepción que le provocaba verlo así, porque se subsanaba con la pasión con la que luego la besaba cuando estaban bien. El amor que sentían el

uno por el otro afloraba cuando escampaba la tormenta. Todas las tentaciones de romper con el determinismo al que estaba sometida se esfumaban cuando volvía a sentir que él la quería, a los dos, a su hijo y a ella. Ese era su motor para seguir: el bien de su hijo era más fuerte que sus deseos individuales, y si había alguna oportunidad de que todo eso se quedara en el olvido para recuperar su vida familiar, tenía que intentarlo. Era su compromiso y no podía romperlo por mal que estuvieran. Lo que tenía que hacer no era abandonarlo, sino conseguir que dejara de beber, para que la cosa no acabara en otra desgracia. Pero aquella noche José no llegó a cenar. Celia estaba preocupada porque se temía el percal, después de que la última semana batiera su récord y solo hubiera llegado sobrio y a su hora un día. Después de acostar a su hijo, lo esperó en la cocina, sentada a la mesa con el plato de la cena tapado para preservar el calor, y apenas una luz muy tenue de la lamparilla que colgaba por encima. Tardaba tanto que se levantó y comenzó a deambular para apaciguar los nervios. Pasados pocos minutos de las once y cuarto, la puerta se abrió y apareció su marido tambaleándose más de lo habitual. Sin decir nada, dejó caer su chaqueta en una de las sillas y fue directo a la pila a beber agua. Celia lo observaba controlando las ganas que tenía de reprocharle su comportamiento, y, en lugar de hacerlo, abrió la nevera y sacó la jarra de agua. Él cerró el grifo y al dirigirse a la mesa cruzó por delante de Celia, dejando un fuerte aroma a perfume femenino. Celia tuvo que parar y apoyar la jarra en la encimera, el olor empalagoso la había empachado y tenía unas ganas enormes de ponerse a vomitar del disgusto. Podía consentir que cada vez bebiera más a menudo y que eso le hiciera comportarse de manera patosa y esquiva, incluso que la zarandeara con violencia, pero que estuviera con otra mujer era intolerable. Eso rompía su compromiso, el pacto entre ambos, ¿por qué tenía que hacer ella esfuerzos sobrehumanos para cuidarlo, hasta abandonar su carrera, si luego él no se iba a ocupar de que ella también estuviera bien? Llevaba años abandonándose a sí misma para volcarse en él y ayudarlo a superar su dependencia, sin que nadie pensara jamás en que, después de todo, quizá ella también necesitara ayuda. Y así se lo pagaba, con una traición. Encima, la convivencia se había vuelto insufrible. Laura tenía razón: ella no se lo merecía y aquel no era el ambiente más propicio para un niño. Aunque afortunadamente su hijo no había nacido aún cuando él tuvo que ser ingresado en una clínica de rehabilitación y, hasta ahora, muchas de las noches en las que llegaba en semejante estado ya estaba dormido en su habitación. Sin embargo, la situación cada vez era más recurrente, sucedía incluso durante el día. Aunque siempre se frenara delante del niño, ¿hasta cuándo iba a ser así? Por primera vez Celia veía un futuro incierto: si ya todo pendía de un hilo, después de descubrir que había estado con una mujer, iba a ser muy difícil que no se fuera todo al garete. No podía sentirse más idiota e infravalorada. ¿Quién sería ella? ¿Alguna jovencita? Si no ponía fin a esa situación, sería como darle carta blanca para que siguiera haciendo lo que quisiera y la tratara de la manera autoritaria en la que lo hacía. Celia estaba de espaldas a él, intentando pensar con claridad, mientras gestionaba sus

emociones. Tenía ganas de tirar la jarra de agua y ponerse a gritar, de pedirle explicaciones, de dejarle claro que ella no era ninguna idiota a quien fuera a engañar de esa manera. Laura tenía razón, no lo era, bastaba ya de ceder en todo. La felicidad de su marido no podía estar por encima de la suya y la de su hijo. Tenía que ser más lista que él, como su amiga le había recomendado. Y eso hizo. En lugar de montar el pollo y quedar como una histérica, actuó con frialdad, consciente de que tenía las armas para darle su merecido. Se giró hacia él y observó sus carrillos colorados y su mirada esquiva mientras vertía con calma el agua dentro de su vaso.

Un golpe en la pared significaba: «¿Estás bien?». La respuesta era positiva si recibía de vuelta un solo golpe y negativa si escuchaba dos. En cambio, si era Celia quien golpeaba, sin que Laura lo hubiera hecho antes, estaba preguntando si podía llamarla por teléfono, a lo que esta respondería con un «sí» en el caso de que diera un golpe de vuelta o un «no» si daba dos. La respuesta rara vez era positiva porque Celia casi nunca podía descolgar el teléfono si su marido volvía a estar borracho. Pero esa noche no había ningún peligro, José estaba como una cuba. Laura lo sabía perfectamente, su esfuerzo y dinero le habían costado. Aunque bastante menos que el primer día que le convenció para que se tomara una caña, antes de subir a casa, en uno de los bares de los soportales de la urbanización. Y menos aún que las siguientes veces, en las que, pese a que Laura había ido perfeccionando su táctica y empezaba a llevarla al límite, él había ofrecido mayor resistencia. José empezaba a darse cuenta de que bebían juntos cada vez con mayor frecuencia; le explicó que había tenido problemas con el alcohol en el pasado y que, después de muchos años en Alcohólicos Anónimos, no era una buena idea volver a beber, ni siquiera una caña. Pero Laura hizo oídos sordos: cuando se lo proponía, era infalible; le habló de lo importante que era tener el control de uno mismo, de quitarse los miedos y de lo que significaría para él demostrarse que era capaz de beber de manera aislada, simplemente por placer, con responsabilidad. «Quiero demasiado a Celia como para dejarte hacer ninguna tontería», le dijo la segunda vez que le interceptó en la calle, ante la negativa de él. Ese día había esperado más de una hora escondida detrás de una esquina hasta que lo vio bajar del autobús. Cuando lo hizo, simuló un encontronazo, y lo demás vino solo. «No me vas a negar que de vez en cuando una cañita no viene mal, yo la necesito. Te prometo que nos tomamos una y para casa», le dijo ella en tono gamberro. Sus argumentos para convencerlo cobraban peso, pero no tanto por lo que decía, sino por la manera en la que hacía uso de sus encantos: siempre trataba de ser sutil en sus maniobras, le hablaba con sinceridad, como si no fuera consciente de su belleza y del efecto que provocaba en los hombres. «Una caña y nos vamos. La necesito después del trabajo, ¿tú no?», le decía ella. Hablaban de cosas cotidianas, sin importancia, durante poco más de media hora. Más adelante, los encuentros se hicieron más frecuentes, y el número de cañas crecía en proporción. Con los días, José se fue afilando, embruteciendo y esto hacía que cada vez le irritara más su mujer. Celia se ponía en «modo madre» y quería saber dónde, con quién y por qué había bebido. Pero la situación se fue agravando poco a poco hasta hacerse insufrible,

cuando Laura empezó a tener que esperarlo y después aguantarlo en ese estado más días seguidos. Hasta llegar a la semana anterior en la que se habían visto cuatro de los cinco días laborables. Esto hizo que los problemas del matrimonio se dispararan. La dependencia de José se hacía mayor, pero no solo hacia el alcohol, sino también hacia Laura, como ella se había esforzado en conseguir. Siempre aguardaba en la esquina de la calle para que él no se incomodara porque pudiera verlos alguien. Le encantaba confirmar lo impaciente que José estaba por verla, por la manera en la que la buscaba al bajar del autobús. Ese era su *modus operandi* hasta que un viernes decidió esperarlo en la parada del autobús directamente, sin esconderse. Al abrirse las puertas y encontrársela frente a él, José sonrió.

—En la esquina hace corriente —le dijo ella, juguetona.

Con ese gesto le dejaba claro que sus encuentros no eran fruto de la casualidad. A esas alturas él ya lo sabía, pero había llegado la hora de jugar todas sus cartas y el descaro no era más que el pistoletazo de salida para todo lo que ella tenía preparado. Ese día, gracias a las confesiones que decidió hacerle, pasaron la barrera de las seis cañas que habían mantenido hasta el momento. Laura le habló de la suerte que tenía él de haber encontrado a alguien como Celia y de lo complicado que le resultaba a ella dar con el hombre adecuado. José asentía sin mencionar a su mujer, como sería de esperar. Sus nuevos objetivos ganaban en la balanza. Laura se alegraba de comprobarlo y siguió hablándole de lo difícil que era mantener una conversación amena con alguien del sexo opuesto sin que eso implicara algo sexual. Todo ello dicho, eso sí, de la manera más sensual que pudo. Él parecía obnubilado, pero no tanto como cuando Laura se quitó la chaqueta y pudo comprobar que no llevaba sujetador debajo de la blusa suelta que vestía. A través de ella se adivinaba a la perfección el movimiento de sus pechos y la forma exacta de sus pezones. Sabía que se arriesgaba a que después pudiera ponerse patoso, pero tenía que asegurarse de que la imagen que recibía fuera lo suficientemente potente como para dejarle con la miel en los labios. Después del fin de semana, en el que no se verían, el lunes estaría ansioso por verla y ella sabría cómo aprovecharlo.

A la una de la tarde Laura ya estaba preparada para interceptarlos en el recibidor de la planta en la que vivían. Los sábados a mediodía Celia, José y su hijo siempre salían a comer a casa de los padres de él. Celia no tenía familia, como ella. Ese era uno de los puntos en común que más las había unido. Veinticinco minutos después supo que su pronóstico se había cumplido cuando escuchó a la familia dirigirse a la cocina y luego quitar la llave que echaban cada noche para cerrar bien la puerta. Laura abrió deprisa para tener tiempo de salir antes y que pareciera que eran ellos quienes se la encontraban a ella y no viceversa. Y así fue. Cualquier día se hubieran saludado alegremente y hubieran comentado cualquier detalle cotidiano, pero esta vez el gesto de Celia era serio, dejaba ver una enorme preocupación, y José, por mucho que quisiera aparentar normalidad, después de darle las buenas tardes de manera cordial, no fue capaz de mantenerle la mirada más de un par de segundos. Y no por indiferencia, sino por todo lo contrario, porque estaba loco por ella. Laura sabía que el día anterior, después de que la cosa se alargara por el espectáculo que dio con sus pezones, habían discutido, y aunque Celia no supiera con certeza el motivo por el que cada vez su marido llegaba más tarde y en peor estado a casa, era evidente que los estragos empezaban a pasarles factura. En cambio, el hijo de ambos tenía toda la atención puesta en un muñeco de lucha libre que llevaba en la mano y parecía ajeno a la situación. Cuando la puerta del ascensor se abrió, Laura ya había recibido toda la información que necesitaba para seguir con su plan el lunes por la mañana cuando él se fuera a trabajar. Así que en cuanto puso un pie dentro de la plataforma, volvió a sacarlo y dijo: «Se me ha olvidado la cartera, ¡qué cabeza! Bajad vosotros». Antes de que alguno de ella pudiera replicar, la puerta del ascensor ya se había cerrado de nuevo.

El lunes por la mañana, Laura esperó a que José se fuera a llevar al niño al colegio y después a trabajar para llamar libremente a la puerta de la casa familiar. Cuando Celia le abrió, Laura se fijó en la cara de cansancio que tenía y, antes de recibir alguna excusa que la dejara fuera, dijo levantando una bolsa con cruasanes: «¿Desayunamos?».

Al principio Celia estaba ausente y no soltaba prenda. Pero Laura no se daba por vencida.

—Tienes cara de cansada, ¿estás bien? —preguntó para romper el hielo.

Celia respondió con un sí imperceptible para los oídos.

—He venido porque el sábado te vi preocupada... El viernes os oí gritar... ¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo? —insistió.

—Sí, sí, es solo que ha vuelto a hacer de las suyas —contestó Celia entre dientes.

«Bien, me lo acaba de poner en bandeja», pensó Laura.

—No he venido para darte lecciones..., pero es que no te veo contenta..., no estás bien, no eres feliz..., vives por y para él, obcecada en sacar a flote algo que te arrastra y te está ahogando.

Celia la escuchaba con atención.

—Y lo peor de todo —continuó— es que al final te centras en él y te olvidas de tu hijo. Aunque no lo parezca, los niños se dan cuenta de todo. Si ha vuelto a beber, como dices, las cosas irán de mal en peor. Un alcoholístico nunca deja de serlo.

—Pero es que llevaba muchísimos años sin beber, décadas —contestó Celia, abatida.

—¿Crees que es algo de un día? ¿Cuántos días a la semana lo hace ahora? Por lo que me cuentas, la cosa va a más, ¿no? ¿Cuántos días llegó borracho la semana pasada? ¡Dime!

—Cuatro —dijo Celia, tan avergonzada como si hubiera sido ella la que lo hubiera hecho—, pero no siempre llega borracho del todo.

—Pero sí muy bebido.

Celia asintió.

—Y llega tarde, y te contesta mal y no coincide con el niño ni en la cena.

—Con él se porta bien, nunca le ha levantado la voz ni la mano...

—Pero a ti sí, claro —replicó Laura contundente.

Celia no contestó, era absurdo intentar justificarse cuando ella misma le había contado todo con pelos y señales.

—Celia, ¿cuántas cosas has dejado de hacer por tu marido? ¿Por qué tienes que estar esperando en casa, pendiente de él para que todo esté en marcha y funcione como debería si luego él no te lo agradece? ¿Si luego llega borracho cuando le da la gana y jode toda la armonía que tú te esfuerzas en crear? Pero es que..., por mucho que me duela decirte esto, la armonía no se busca ni se fuerza, es algo que se tiene que dar, fruto del comportamiento de ambas partes. No puede venir impuesto solo por un lado, porque entonces se crea algo sin ningún sustento y a la mínima de cambio se va al garete.

Celia escuchaba sin decir nada. Estaba agotada, no había dormido apenas las noches anteriores. Su marido llevaba todo el fin de semana más callado de lo habitual. Estaba esquivo, no la miraba a la cara y, por supuesto, había bebido. No en casa de sus padres, claro, no era tan tonto para hacerlo ahí y llevarse el rapapolvo. Pero sí al llegar a casa, delante de ella y de su hijo. Y al día siguiente: una caña a mediodía y luego vino en la comida y también en la cena. Por la noche, después de quedarse solo en el salón viendo la televisión hasta casi las doce. Cuando se metió en la cama, junto a Celia, ni siquiera le dio las buenas noches. Estaba borracho, el olor a

alcohol hablaba por sí mismo. Celia, que esperaba con los ojos abiertos de espaldas a él, tuvo que cerrarlos para contener las lágrimas, pero, al hacerlo, estas comenzaron a descender como mares por sus mejillas.

—Celia —dijo Laura, volviendo a la carga—, no puedes seguir así. No solo por ti, sino por tu hijo. Tienes que reaccionar antes de que todo vaya a peor. Ya has pasado por esto. Piensa en todos esos momentos que me has contado que desearías borrar, ¿de verdad quieres que se repitan? Tienes que alejar a tu hijo de todo esto. No hay nada peor que criarse con un trauma en la infancia, te lo digo yo. Eso no se olvida nunca.

Celia prestaba atención. Su amiga tenía razón, había llegado el momento de pensar de verdad en ella misma y en su hijo. Y, aunque le costara aceptarlo, su futuro no estaba en esa casa, al menos no en esas condiciones. Laura, consciente del efecto que producía en Celia, tomó carrerilla y volvió a repetirle que tenía que desaparecer, sacar el dinero que le había contado que tenía en una cuenta conjunta con su marido y empezar de cero. Sin embargo, aunque su amiga le insistía en que no podía decirle nada a él, la idea que le planteaba no era la de abandonarlo del todo, sino la de hacerle saber que sería solo hasta que se recuperara. Celia le habló del miedo que le producía sentirse partícipe del desplome de su marido, consciente de que, si se marchaba con su hijo, sí que le haría convertirse de nuevo en el hombre que era años atrás, cuando el alcohol llamaba a las desgracias. Laura intentó templarla y se ofreció para hacer de intermediaria y para dejarle una nota, o ponerse en contacto con él *a posteriori*, explicándole bien los motivos, para que no se sintiera abandonado o como un fracasado. Le contó que tenía el lugar perfecto para desaparecer una temporada y le habló de la casa de sus padres y los beneficios que estar en un lugar así le proporcionaría. A Celia no le podía seducir más la idea de coger fuerzas cerca del campo, sin presiones de ningún tipo, como su amiga le insistió. Pero, por mucho que le gustara la idea, creía que para su hijo sería peor el remedio que la enfermedad: no se veía capaz de sacarlo del colegio y apartarlo de sus amigos, de su entorno y, sobre todo, de su padre de la noche a la mañana. Siguieron planteando los pros y los contras, pero hubo un momento en el que se encontraron en un callejón sin salida. Llegados a ese punto, Laura no quiso forzar más la situación y dio la conversación por terminada. Al fin y al cabo, todo estaba a punto de caramelo. Ya solo quedaba el broche final que tenía preparado.

Esa misma tarde, a la hora pertinente, Laura esperaba la llegada del autobús en el que volvería el marido de Celia. Se había maquillado más de lo normal, y sus labios combinaban con el rojo de su pelo. Llevaba puesto un abrigo y, debajo, de nuevo una camisa sin sujetador, pero esta vez había sustituido los pantalones habituales por una falda muy corta. Cuando el autobús abrió sus puertas, José se encontró a Laura de nuevo frente a él, como el último día. Sin embargo esta vez no sonrió nada más verla; además del deseo que desprendían, en sus ojos también había preocupación. Laura le esperaba a la vista de todos para demostrarle que ya no se trataba de

ningún juego. Lo que ocurría entre ambos era real y ella estaba ahí para hacérselo saber. Celia se repetía que su marido sí sería capaz de desengancharse; «quizá sí del alcohol, pero no de mí», pensaba Laura.

Se sentaron en su rincón del bar de siempre y bebieron una cerveza, y después otra y luego otra y otra... José iba perdiendo reflejos y cada vez más la discreción con la que la miraba. Laura le seguía el juego y también actuaba un creciente achispamiento. Sin embargo, se mantenía lúcida. Se negaba a pedir más alcohol para poder seguir controlando la situación; por fin había llegado el momento que tanto tiempo llevaba esperando y no podía correr ningún riesgo. Dos horas y media más tarde, José levantó la mano que tenía posada sobre el muslo desnudo de Laura y fue al baño. Laura sacó rápidamente un dispensador pequeño de colonia, que había llenado con la más barata que había encontrado, y roció el abrigo con ella. Después, cuando él regresó dando tumbos, ella se reclinó sobre él y, estirando los brazos para abrazarle por el cuello, le susurró al oído:

—Es tarde, te están esperando. Vuelve a casa, cena como si nada, y en una hora baja la basura. Nos vemos en el cuartito.

Laura separó sus labios de la oreja de José, a tiempo para verle sonreír como un niño. Poseído por el alcohol y el deseo, sin darse cuenta de que, mientras ella le proponía el plan, también estaba perfumando su cuello y su espalda.

Laura le vio salir del bar con torpeza pero con decisión. Esperó unos minutos y supo que todo iba viento en popa cuando al llegar a su casa, después de escuchar la pelea, tirada en la moqueta de su habitación con la cabeza apoyada contra la pared y el corazón en un puño, oyó el fuerte portazo de la puerta de entrada y seguido el golpe en la pared de su dormitorio, con el que Celia le preguntaba si podía llamarla. A lo que Laura contestó inmediatamente con otro golpe, que confirmaba que podía hacerlo.

Cuando descolgó el teléfono, Celia hablaba susurrando, con la voz entrecortada por el reciente llanto. Le contó que José había llegado muy borracho a casa, tanto que había actuado directamente como si ella no estuviera. Ya no disimulaba, la trataba con la más completa indiferencia, y lo peor no era eso, sino que, además, olía a otra mujer. Le dijo que había querido golpearle, gritarle, pero entonces se acordó de la conversación que habían tenido las dos sobre su plan. Así que había hecho el esfuerzo de estar calmada, pero después de cenar, mientras estaba recogiendo la cena y limpiando la cocina, había escuchado abrirse la puerta del salón y le había sorprendido a punto de salir a la calle. Él le había dicho que iba a sacar la basura, pero ¡no llevaba ninguna bolsa! Se había excusado diciendo que había bebido un poco y que se la había dejado, pero era evidente que mentía porque siempre era ella la que sacaba la basura por las mañanas, salvo que se hubiera olvidado, y no era el caso. De modo que no había podido controlarse más y había perdido los papeles. Le había gritado al preguntarle adónde iba y con quién y, al no contestarle él, le había golpeado en el pecho implorando una respuesta. Entonces José la había abofeteado y después empujado hasta dejarla tirada en el suelo. Laura atendía a su relato como si le pillara de nuevas, controlando sus ganas de ponerse a dar saltos de alegría.

—Celia, ¿cuánto tiempo llevamos hablando de todo esto? Tienes que salir de ahí antes de que sea demasiado tarde. ¿Vas a ser capaz de no decirle nada cuando vuelva? No. Tarde o temprano le preguntarás y ¿quién te dice que esta vez el golpe no te va a dejar en el sitio? Ven a casa, duermes aquí y mañana a primera hora vamos al banco, sacas todo el dinero que puedas y salimos para mi casa del campo.

—No puedo dejar a mi hijo solo. No puedo dejarlo.

—¿Está contigo?

—No, no. Está en la habitación durmiendo.

—Pues arreglado. Cuando vuelva José, seguirá dormido y ni se habrá enterado. Si pasa cualquier cosa, estamos al lado.

Un silencio se hizo al otro lado de la línea.

—Celia —continuó Laura—, confía en mí, en lo que hemos hablado tantas veces. Tienes que mover ficha antes de que todo te salpique más y ya no puedas reaccionar. Mañana hacemos eso y luego buscamos la forma de mantener comunicación con tu hijo, incluso puedo llevarlo para que lo veas, y también de que José no se venga abajo, sino que consiga salir de esta situación, pero

sin llevaros a vosotros por delante. —Y después de otro silencio, finalizó—: Te abro por la puerta de la cocina.

En menos de dos minutos Celia entraba en su casa, cabizbaja, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y un temblor constante por todo su cuerpo. Laura le dio un abrazo.

—Vamos a hacer una cosa: tú espera aquí y yo bajo y le digo que me has llamado para que me ocupara del niño porque tenías que pasar la noche fuera por una urgencia.

—No, no has visto en qué estado está. Se enfurecerá, cuando está así es capaz de cualquier cosa...

—¿Y qué? Espero abajo y cuando aparezca le cuento que nos hemos cruzado y que te acabo de ver salir, no sospechará que estás aquí dentro, como mucho saldrá a la calle a buscarte, pero no te encontrará. Nosotras seguimos con lo planeado y después yo hablo con él o me escribes una nota y se la dejo debajo de la puerta o en el buzón. Eso estaría bien para no hacerle perder los estribos y que conozca tus intenciones.

Celia, que estaba tiritando del disgusto, fue directa a la encimera, donde sobre el microondas había un bloc de notas y un boli de propaganda. Tomó aire y escribió: «Tú me has hecho hacer esto». Después arrancó la nota, la dobló y se la dio a Laura.

—No esperes a mañana —le dijo mientras se la daba, con lágrimas en los ojos—, pero no le dejes entrar aquí, por favor.

Laura empezaba a impacientarse, consciente de que, si no bajaba al punto de encuentro, se arriesgaba a que en cualquier momento José aporreará su puerta, y no para buscar a Celia como ella pensaría, sino para verla a ella. Agarró la nota y se la metió en el bolsillo. Antes de salir, Laura se dirigió a uno de los cajones de la cocina en busca de la guinda del pastel. Lo abrió y sacó uno de los varios cuchillos de porcelana que había comprado recientemente, eran tan buenos que podías rebanarte un dedo solo con mirarlos.

—Toma —le dijo mientras le ofrecía el cuchillo—, no va a hacer falta, pero te hará sentir más tranquila.

Celia lo agarró y se quedó apoyada en la esquina del fondo de la cocina, mientras veía a su amiga desaparecer por la puerta de la entrada.

Laura cerró la puerta y, al salir al rellano, vio que el ascensor estaba subiendo justo en ese momento. Cogió aire y apretó los puños con decisión. Cuando el aparato llegó a su planta, la puerta se abrió y apareció José frente a ella. Tenía la cara desencajada, pero se le iluminó al verla. Antes de que pudiera decir nada, Laura entró en el ascensor. La puerta se cerró de nuevo tras ella. José se abalanzó para besarla, pero Laura le frenó de golpe con las dos manos.

—Escúchame, no he podido bajar antes porque, cuando he salido de casa, me he encontrado con Celia, que salía también.

José la miraba interrogante. Estaban los dos muy juntos. Laura tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para aguantar su aliento a alcohol.

—¿Qué os ha pasado? —le preguntó seguidamente—. Estaba rota, muy nerviosa, con los ojos llorosos. Me ha dicho que os habíais peleado, que estaba muy disgustada. Iba a marcharse, pero he conseguido frenarla y que entrara en razón.

El hombre se fue aflojando conforme la escuchaba hablar. Poco quedaba ahora del animal que soñaba con follársela ahí mismo. Los años se hicieron presentes en su rostro, desfigurado por la bebida y la tristeza ante lo que estaba escuchando.

—Tranquilo, que he conseguido frenarla. Está en mi casa, más calmada. Le he dicho que iba a hablar contigo. Vuelve a casa con tu hijo, ya verás cómo, en frío, todo se soluciona.

—Quiero verla —dijo él con brusquedad.

José pasó el brazo por encima del hombro de Laura y abrió la puerta del ascensor. Después la apartó a ella de su camino y salió decidido a buscar a Celia, pero Laura le agarró del brazo con violencia y le hizo girarse.

—¡Espera! —exclamó Laura—. No te lo he contado todo, quería ir a la policía. Me dijo que tenías antecedentes precisamente por problemas con el alcohol, que en cuanto los llamara te llevarían a la cárcel. Exactamente ha dicho: «Esta noche duerme en el trullo».

Laura había conseguido meter el dedo en la yaga: José palideció al instante, se dejó caer sobre ella, con lágrimas en los ojos, y la abrazó con fuerza. Laura se empezó a agobiar.

—José, escúchame. Es mejor dejarlo pasar. Vete a casa, date una ducha o acuéstate directamente. Que haya alguien por si se despierta tu hijo. No le des más vueltas. Yo ahora entro, hablo con ella y le termino de quitar la idea de la cabeza. No va a venir la policía, te lo prometo. Nunca lo consentiría.

José la miraba obnubilado. Laura le hizo una caricia en la mejilla y él cerró los ojos.

—Vamos.

Laura le cogió de la mano y le llevó hasta la puerta de su casa. José metió la llave con torpeza y, cuando consiguió abrir, Laura se acercó a él y le susurró al oído:

—Todo va a ir bien. Confía en mí.

Al separarse, Laura arrastró su labio inferior por el lóbulo de la oreja. José la miraba por el rabillo del ojo como hipnotizado. Dio un paso hacia atrás y cerró la puerta tras ella.

Cuando abrió la puerta de la cocina de su casa se encontró con que Celia seguía parada en el mismo punto en el que la dejó al irse, empuñando el cuchillo con su mano derecha estirada hacia ella. Estaba temblando. Al ver que se trataba de su amiga, Celia se relajó y bajó el arma. Laura fue hacia ella y le habló susurrando como si le contara un secreto. Le dijo que acababa de llegar su marido y que efectivamente olía mucho a perfume de mujer. Que le había dado la nota, pero que no la había abierto delante de ella. Después le explicó lo que habían pactado las dos: que Celia se había ido a pasar la noche fuera porque estaba muy nerviosa, pero que ella no la había visto mal y estaba segura de que todo se iba a arreglar. También le dijo que le había contado que pensaba llamarlo al día siguiente y que le había pedido a ella que cuidara del niño. Le contó que al principio estaba nervioso, pero que después, cuando le dijo que lo mejor era que se calmara y descansara, pareció entrar en razón, y que ahora ella debería hacer lo mismo. Pero Celia estaba demasiado nerviosa. Laura la hizo sentarse en uno de los bancos de la cocina mientras le preparaba una manzanilla para que se relajara. Puso el agua a calentar, de espaldas a ella, y metió la infusión. Luego dejó caer media pastilla para dormir y, cuando se disolvió del todo, le acercó la taza. Celia se lo agradeció con la mirada y, tras soplar varias veces para que se enfriara, se la bebió. En menos de media hora estaba dormida como un tronco en la cama de la habitación de invitados que su amiga utilizaba a diario como despacho. Laura, que tenía agarrada a Celia de la mano, vio cómo esta iba cerrando poco a poco los ojos hasta quedarse dormida. Estaba completamente K. O. Le soltó la mano y cogió de la mesilla de noche lo único que Celia había traído consigo: las llaves de su casa. Después se dirigió a la cocina, pero antes hizo una parada en el pequeño lavadero, de donde cogió unos guantes de plástico que desdobló y se colocó en las manos. Al entrar en la cocina fue directa al perchero que había al lado de la puerta de la calle. Descolgó la parka que tenía colgada y se la puso. En la encimera estaba el cuchillo afilado que le había dejado a Celia, fue hacia él, lo agarró con cuidado por la zona de la punta y lo introdujo en uno de los amplios bolsillos del abrigo. Después abrió el cajón donde guardaba el resto de cuchillos y sacó uno exactamente igual que había comprado. Fue hacia el banco de la cocina y se sentó en él con el puñal en la mano, mirando el reloj que había colgado en una de las paredes que había frente a ella. Al poco rato se levantó, abrió delicadamente la puerta de la calle y salió en silencio. Con cuidado introdujo la llave en la cerradura de la casa de Celia. Entró sigilosamente. El corazón le latía a mil por hora. Llevaba años pensando en ese momento y, por fin, estaba a

punto de llegar. Todas las luces estaban apagadas, pero gracias a la escasa luz de las farolas de la calle que entraba por las ventanas lograba ver algo. Cruzó la cocina en forma de L, con mucho cuidado pero sin dificultad, puesto que ambas casas tenían la misma distribución. Recorrió el pasillo en silencio hasta llegar a la habitación que quedaba a medio trayecto, la equivalente a aquella en la que en ese momento dormía Celia en su casa, salvo que aquí lo hacía su hijo. Empujó el pomo hacia abajo cruzando los dedos para que el niño no se despertara. La luz de la calle pasaba a través de las lamas de las contraventanas y le vio tumbado en la cama, dormido. Se acercó hasta llegar a su altura y lo observó de cerca: su nariz y mejillas llenas de pecas, sus largas pestañas y su pelo rizado. Parecía un angelito. A Laura se le hizo un nudo en la garganta, aquel niño dormido representaba la más pura inocencia. La que ella había perdido a la fuerza, para poder sobrevivir a todo lo que le habían obligado a vivir. Tenía el cuchillo en la mano, pero no era capaz de empuñarlo con fuerza y ejecutar lo que había repasado tantas veces mentalmente. En la mayoría de ellas había flaqueado en el mismo punto: al llegar hasta ese niño angelical. Precisamente por eso había preparado un argumento que debía repetir, si estaba a punto de tirar la toalla, como era el caso. Se encontraba frente a un inocente, como lo eran sus padres cuando les quitaron la vida dejándolos tirados en la cuneta mientras se desangraban como animales. Como lo era ella cuando ocurrió todo. No era justo que un niño de esa edad, como el que tenía delante, tuviera que sobrevivir a la muerte de sus padres y que quedara marcado para toda la vida. No era justo que pasara por todo ese dolor. Por eso ella pensaba evitárselo. Actuaría con rapidez y apenas sufriría. Entonces dejó el cuchillo sobre la alfombra y agarró uno de los cojines que había en la cama para posarlo sobre la cara del niño rápidamente y evitar así encontrarse con su mirada. Lo hizo de tal forma que el chico no tuvo tiempo de reaccionar; pataleó y ofreció toda la resistencia que pudo, pero no sirvió de nada. Laura apartó el cojín y volvió a mirar al niño. Parecía que dormía plácidamente. Había obrado con justicia. No tenía la menor duda de que no pasar por todo lo que ella había vivido era lo mejor para él. Entonces se agachó para coger el cuchillo y, apuntando al tórax y al pecho, empezó a apuñalarlo sucesivamente, con mucha fuerza, apartando la cara para evitar tener que convivir con esa imagen el resto de sus días. Por dura que fuera esa parte del plan, era necesaria para que todo saliera como había calculado. Antes de salir de la habitación, con los guantes todavía puestos, sacó el cuchillo que había sujetado Celia para protegerse y, con muchísimo cuidado, fue introduciendo la hoja consecutivamente en las distintas heridas hasta empaparlas de sangre. Sin tocar nunca la zona del mango donde estaban las huellas de Celia. Al llegar a la última de las puñaladas dejó el cuchillo clavado y, después de comprobar que sus zapatos no estuvieran manchados de sangre, abrió la puerta y salió de la habitación. Al salir al pasillo divisó la esquina que debía superar a su derecha para llegar a la habitación de Celia y su marido. Al acercarse comprobó que la puerta estaba medio abierta y se escuchaban los ronquidos de José. Metió la cara antes de pasar para cerciorarse de que,

efectivamente, estuviera dormido, como así era. Frente a ella estaba el hombre que había acabado con la vida de sus padres. Aquel borracho reincidente que un buen día chocó de frente con su coche por ir conduciendo en dirección contraria. Laura rompió a llorar en silencio, conteniendo la rabia e impotencia con la que llevaba conviviendo tantos años, mezclada con la alegría que le provocaba saber que por fin él pagaría por lo que había hecho. Estiró el puñal lleno de la sangre de su hijo y le apuñaló en el corazón con todas sus fuerzas, y después en el estómago y en el cuello y en el resto del tórax. Al sentir la primera puñalada, José abrió los ojos de golpe, pero apenas fue capaz de reaccionar. Laura le miraba a los ojos mientras se ensañaba cada vez más, hasta que él dejó de respirar. Cuando ya no había más carne que agujerear, Laura paró en seco y salió de la habitación para volver a la del niño. Sacó el cuchillo que había dejado clavado y regresó donde estaba el padre para repetir la misma operación: con mucho cuidado de no borrar las huellas de Celia, fue introduciendo el segundo cuchillo en cada uno de los agujeros que le habían causado la muerte. Cuando terminó, lo tiró al suelo y, al guardarse la verdadera arma del crimen en el bolsillo del anorak, se encontró con la nota que Celia le había dado para él. Laura la desdobló con prudencia, temiendo flaquear al leer lo que su esposa le hubiera escrito, pero, sin embargo, para su sorpresa, encontró un mensaje ausente de sentimentalismos que, ni en sus mejores sueños, se hubiera podido imaginar: «Tú me has hecho hacer esto». No podía creerlo, era perfecto. Laura lo estiró y lo colocó estratégicamente entre los dedos de la mano derecha del hombre. Observó satisfecha un instante la estampa y se dirigió hacia la puerta de salida. Entró de nuevo en su casa y fue directa al espejo que cubría una de las paredes del recibidor de entrada que daba a la zona del salón. Al verse reflejada, vio que, como se temía, había salpicaduras de sangre en el abrigo y en la ropa que llevaba. Recorrió con sigilo el pasillo y comprobó que Celia seguía durmiendo. Se acercó hasta ella y se la quedó mirando unos instantes, sin pensar en nada. Con la mirada perdida. Después dejó las llaves en la mesilla de noche en la que estaban cuando las cogió antes de salir. Recorrió el pasillo hasta llegar a su habitación. Entró y cerró la puerta. Se quitó el abrigo y el resto de la ropa y guardó todo en el canapé que tenía bajo la cama de matrimonio, después abrió el grifo de la ducha y, cuando empezó a salir humo, se metió bajo ella. El agua descendía roja mezclada con la sangre hasta desaparecer por el desagüe. Lo más gordo ya estaba hecho. Había sido capaz. Había hecho justicia. Él por fin había pagado su penitencia. Cerró los ojos y deseó que el destino también se pusiera de su parte al día siguiente.

A eso de las once de la mañana Laura tuvo que despertar a Celia, que seguía durmiendo aún bajo los efectos del somnífero. Le dijo que la había dejado descansar, pero que ya no podían esperar más. Le contó que había escuchado a José irse con el niño por la mañana, como siempre, y que debían actuar rápido con el plan por si él decidía volver antes. Insistió en que, en su situación, lo más importante era no flaquear. Tenía que ser fría y pensar que era lo mejor. Abstraerse de todos los momentos buenos que normalmente invadían la mente de las personas cuando estaban a punto de tomar una decisión como esa, y centrarse únicamente en los motivos por los que había llegado a tomarla. Pensar en la noche anterior y en todo lo que estaba por venir si no intervenía. Celia parecía agotada y no presentaba ninguna resistencia. Le dijo que, antes de ir al banco a sacar el dinero, como habían quedado, debía pasar por casa a recoger algo de ropa y efectos personales. Pero Laura le dijo que era mejor no perder tiempo. Tenía que salir ya, y se ofreció a llevarla al banco en su coche y, mientras ella vaciaba la cuenta, Laura podría volver para prepararle una bolsa con lo que le dijera que necesitaba. Y eso hicieron, Laura le dejó ropa suya y una gabardina beige. Celia se lo puso y, cuando estaban a punto de salir, Laura sacó del armario del recibidor una peluca rubia.

—Toma, es mejor que lleves esto para que nadie te reconozca si José te busca. De hecho, es mejor que te la pongas ya por si nos cruzamos con él.

Celia se puso la peluca mirándose en el enorme espejo y salió tras su amiga. Sin embargo, para que nadie las viera juntas y pudiera después atar cabos, ella tomó el ascensor y Laura bajó por las escaleras hasta el garaje. Cada una se introdujo por un lado del coche de Laura y esta aceleró. Cuando llegaron al banco, antes de bajarse, Celia se quitó la peluca y Laura le preguntó:

—¿Quieres que te coja algo en especial?

Celia no se lo pensó dos veces y respondió:

—Una foto de los dos, por favor. De mi hijo y mi marido. Hay una en la consola de la entrada principal. Hay una bolsa roja en el lavadero, puedes meterlo ahí.

Laura asintió y antes de arrancar le dijo:

—Cuando termines nos vemos en la entrada del parque de la esquina, yo en quince minutos estoy ahí.

Laura condujo lo más rápido que pudo hasta su casa. En el ascensor de subida se volvió a poner un par de guantes como los que había usado la noche anterior. Al llegar a la planta en la

que ambas vivían, introdujo las llaves que le había prestado Celia en la cerradura de su casa y entró. Nada más pasar se encontró con la consola y la fotografía que le había pedido Celia. En ella estaban José y el hijo de ambos mirando a cámara muy sonrientes, ajenos a todo el horror que vivirían. Laura agarró la foto y fue al lavadero con ella en la mano. Cogió la bolsa y se dirigió a la habitación de matrimonio lo más rápido que pudo, evitando cualquier contacto con la puerta que guardaba el cuerpo sin vida del niño en su interior. Sin embargo, por mucho que quisiera obviarlo, el olor inundaba el camino hasta la habitación. Y su presencia aumentaba conforme se acercaba al dormitorio principal. La puerta estaba abierta, Laura entró y contempló la estampa: el cuerpo de José yacía sobre la cama con los brazos y piernas abiertas, tenía los ojos muy abiertos y todo el tronco lleno de puñaladas. La carne sobresalía de alguno de los cortes que indicaban el ensañamiento con el que se le había quitado la vida. La nota de Celia todavía estaba entre los dedos de su mano derecha y el cuchillo, en la posición en la que Laura lo había dejado en la alfombra, junto a la cama. Todo era perfecto, como lo había planeado. Abrió el armario y comenzó a coger poco más que un par de prendas básicas.

Cuando llegó a la entrada del parque que había junto al banco en el que había dejado a Celia, vio que ella aún no estaba. Sin embargo, en menos de cinco minutos, su vecina cruzaba el paso de cebrera que desembocaba en el punto en el que habían quedado. Celia abrió la puerta del copiloto y se sentó junto a ella. Parecía preocupada, Laura la miró interrogante. Entonces le explicó que en el banco no habían podido darle más que la cantidad máxima que podía sacar al día sin previo aviso. Era una buena suma, pero no la suficiente como para independizarse en buenas condiciones. Celia estaba derrotada.

—Celia, mírame —le dijo Laura—. No es nada grave, podíamos haberlo previsto con tiempo y haber conseguido la cantidad total, pero ¿quién nos iba a decir que las cosas se iban a dar de esta manera? No te preocupes, por el momento es más que suficiente; además, si os quedáis en casa, no tienes por qué darme nada. Yo lo hago encantada.

Celia la miraba agradecida. El tono maternal de su amiga sonaba más que convincente. Y es que Laura no mentía, se había esmerado en elaborar los pasos de su plan para que José, su marido, cumpliera su condena, pero se había olvidado de la parte económica. El dinero en sí no le importaba. No era el fin que buscaba, sino una parte crucial de la coartada que cerraría el círculo en el que Celia se vería encerrada. Y para eso le hacía falta aún un pequeño detalle.

—En cualquier caso, siempre puedes sacar algo más con la tarjeta.

A Celia se le iluminaron los ojos.

—Vuelve al banco, pero esta vez ve directa al cajero y saca el tope que te permita la tarjeta.

Celia fue a abrir la puerta del coche cuando su amiga la interrumpió.

—¡Espera! Ponte esto —le dijo Laura alcanzándole la peluca rubia.  
Celia se la colocó mirándose en el espejo retrovisor y salió.

La primera mitad del viaje en coche la hicieron en silencio. Celia, sin la peluca, miraba pensativa el paisaje. Laura conducía concentrada. La mayor parte del plan estaba ya ejecutada; sin embargo, aún quedaba la más complicada: Celia. Miró a su lado y vio cómo las lágrimas descendían por las mejillas del rostro de su amiga. Después de tanto tiempo, por mucho que hubiera querido mantener la distancia, aquella mujer se parecía mucho a ella. Eran dos supervivientes. Habían sobrevivido a la terrible experiencia de criarse sin sus padres y padecido en primera persona el comportamiento del hombre que les había destrozado la vida. A Laura cuando mató a sus padres, y a Celia por tener que pagar ella por sus pecados. Las dos se merecían un descanso, pensaba Laura a modo de consuelo. Qué más le hubiera gustado que poder brindárselo de otra manera, pero no podía olvidarse de que la mujer que tenía al lado era la misma que mintió en su declaración para proteger a su marido y que, gracias a eso, judicialmente haber matado a sus padres era comparable con saltarse dos semáforos en rojo. Esa mujer había actuado con frialdad para proteger lo suyo con uñas y dientes, como hacía ahora ella. Nadie mancillaría la memoria de sus padres. Además, si no utilizaba a Celia como cabeza de turco, no habría otra manera de salir airosa. Todo estaba escrupulosamente pensado para que no hubiera la menor duda de que se trataba de un parricidio. Pararon en una gasolinera a echar combustible. Después de rellenar el depósito, Laura fue a pagar y volvió con una botella de agua para ella y el zumo que le había pedido Celia.

—Le he dado un sorbito, perdona —le dijo Laura mientras se lo daba.

—No pasa nada —contestó Celia, sin sospechar que el motivo por el que su amiga había abierto su bebida no era para beber un poco, sino para introducir la misma dosis de pastilla para dormir que le había dado la noche anterior.

Laura entró en el coche y Celia dio un sorbo largo al zumo.

Cuando Celia abrió los ojos, estaba muy desorientada. Tenía la vista borrosa, la boca pastosa y no sentía las extremidades. Enseguida se dio cuenta de que estaba atada de pies y manos a una silla. Tenía el cuerpo dolorido. No sabía dónde estaba ni qué había pasado. ¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Unas horas..., unos días? ¿Y Laura? ¿Qué había ocurrido con su amiga? Lo último que recordaba era estar en el coche junto a ella. De fondo escuchaba la voz de un hombre que le resultaba muy familiar. Fue enfocando poco a poco hasta percatarse de que estaba en una casa vieja, de paredes de piedra. La temperatura era baja y Celia tenía un poco de frío. Miró a los lados y no vio a nadie más, había una ventana pero estaba cerrada y el interior se encontraba casi a oscuras. Lo único que se distinguía con claridad era el televisor antiguo que estaba encendido en una mesita frente a ella. El hombre que hablaba era el presentador de las noticias que veía cada noche en casa mientras preparaba la cena, por eso conocía su voz.

—¿Laura?! —exclamó desesperada.

¿Qué había pasado con ella? ¿Cómo había acabado así? ¿Las habían golpeado y secuestrado? Pero, si era así, ¿dónde estaba su amiga? ¿La habían matado? ¿Se habían deshecho de ella? ¿La estaban torturando? Celia empezó a agobiarse, intentó soltarse de todas las maneras, pero los nudos eran muy fuertes. Entonces otra voz en el televisor llamó su atención. Cuando volvió a mirar se encontró con que su amiga aparecía en la imagen. Laura hablaba a cámara con cara de circunstancia.

—Anoche escuché gritos y, al ver que durante todo el día nadie me contestaba, empecé a preocuparme, así que llamé a la policía... Cuando me han contado lo que ha pasado, he pensado que tendríamos que haber hecho algo. Lo peor es que ahora sé que estaba mintiendo todo el tiempo. Ojalá pague por lo que ha hecho.

Celia no daba crédito, ¿de qué estaba hablando? ¿Quién estaba mintiendo? ¿Su marido? ¿O se refería a ella? ¿Qué había ocurrido? No entendía nada. Su cabeza iba a mil por hora, le faltaba el aire. Después del testimonio de su amiga, un reportero narraba la noticia sobre distintas imágenes en las que una cámara recorría su piso. Había sangre por todas partes. En el pasillo, en las sábanas enmarañadas de la cama de matrimonio. Las salpicaduras por las paredes y por último en la cama de su hijo. Celia no podía más, necesitaba saber qué había ocurrido y a la vez cerrar los ojos y no ver nada de lo que estaba a punto de presenciar. «Al parecer, Celia Gómez Saavedra habría asesinado a su marido y a su hijo mientras dormían para después darse a la fuga con parte

de los ahorros de la pareja». En el televisor aparecían distintas imágenes del barrio de Tetuán en Madrid, de sus calles. Las imágenes grabadas se interrumpieron por un primer plano de Celia mirando a cámara, una fotografía que fue tomada por José el verano anterior cuando pasaron dos semanas en Tabernes. A continuación mostraban otras imágenes de Celia junto a su marido y su hijo: «sus víctimas». ¡¿Sus víctimas?! Celia sintió una quemazón que le subió por todo el cuerpo hasta la cabeza. No había sentido algo así desde hacía veinte años, cuando su marido chocó de frente contra otro coche y murieron dos de sus tres ocupantes. El locutor siguió hablando: «Según fuentes policiales, la mujer, que dejó una nota en la escena del crimen en la que ponía “Tú me has hecho hacer esto”, se habría fugado con parte de los ahorros que la pareja guardaba para comprarse un piso en Benidorm». «Era su sueño, habían visto un apartamento frente al mar que les encantaba y ella me dijo que iban a comprarlo ya. Que estaba decidido y tenían el dinero», decía Juana, la vecina del segundo al reportero. Celia gritó de dolor. ¡Era su nota!, escrita de su puño y letra. Ella se la había dado a Laura, su amiga, ¿qué había hecho? ¿Por qué? Empezó a hiperventilar desesperada mientras trataba de desatarse a la fuerza, pero cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Al recobrar la conciencia vio que estaba tirada en el suelo y frente a ella seguía encendida la televisión. En la pantalla se veía un plano de unas manos con unos guantes negros que cogían una sierra, con una música tétrica a la vez que inquietante. Era la serie que tanto le gustaba a su marido y tanto miedo le daba a ella, *Killing neighbors*. Entonces apareció su protagonista, Jonathan, que, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro manchado de sangre, empezó a rebanar como loco el cadáver de una de sus víctimas. Celia no podía verlo, se moría de miedo cada vez que aparecía, y tenía que cambiar de habitación si después no quería tener pesadillas. Tuvo que cerrar los ojos pero, aun así, la imagen se repetía en su mente una y otra vez. Mantuvo los ojos cerrados unos minutos. Estaba aterrorizada. Hasta que su hijo y su marido asaltaron sus pensamientos. ¿Estaba soñando? ¿Se había imaginado la noticia sobre el parricidio y su hijo y su marido seguían vivos? Estaba tan nerviosa y aturdida que se bloqueaba y no conseguía distinguir lo que había ocurrido en realidad de lo que había sido un sueño. Por un momento, dentro de la confusión, se imaginó que abría los ojos y estaba en el sofá del salón de su casa. Se había quedado dormida con la tele encendida y nada de eso había sucedido. Celia volvió a abrirlos con ilusión pero lo que se encontró no era el salón de su casa, sino lo que parecía una habitación en ruinas y la imagen del hombre que poblaba sus pesadillas metiendo los trozos de su víctima en el congelador. Un brazo, y después una mano... Celia lo miraba con cara de terror sin sospechar que, años después, ese hombre con los ojos inyectados en sangre sería su última esperanza, la única persona que podría ayudarla a salir de una vez por todas de ese infierno en el que estaba

secuestrada. Pero Laura había hecho bien su trabajo repitiéndole constantemente que todo el mundo estaba convencido de que era una asesina. Ella misma presenciaba el juicio popular al que se veía sometida día y noche en todos los programas sensacionalistas. Se pasaba las horas escuchando a gente que ni la conocía sentenciando sobre su manera de ser y de comportarse y dando detalles de cómo había ejecutado la muerte de su marido y su hijo sin que ella lo hubiera hecho. Nadie daba la mínima opción a pensar lo contrario, nadie lo cuestionaba. Era una asesina despiadada. Había llegado un momento en que, dentro de su locura, hasta ella misma lo había dudado alguna vez. Las noches y los días se fusionaban, la falta de agua y alimentos, las alucinaciones... Solo quería salir de allí y visitar la tumba de su hijo, deseaba despedirse y repetirle cuánto lo sentía. Sin embargo, cuando por fin consiguió soltarse, aquel hombre se cruzó en su camino. Su primer impulso fue el de pedir ayuda, gritando para que la escuchara y la sacara por fin de aquel lugar. Pero al verlo acercarse a la ventana, se calló de golpe. ¿Era fruto de su imaginación? ¿Qué estaba haciendo él ahí? ¿Era real o había llegado para matarla como tantas veces le había visto hacer en televisión? Estaba temblando y conforme el dolor y la impotencia crecían en su garganta, después del esfuerzo que acababa de hacer, se dio cuenta de que quizá no fuera tan buena idea que él supiera que ella era la persona que estaba secuestrada. La vida la ponía una vez más en un gran dilema: por un lado quería hacerle saber que estaba encerrada para que la ayudara a salir y poder contar por fin la verdad, pero al mismo tiempo sabía que sería un gran riesgo, ¿cómo iba a explicarse sin lengua? Podría escribirlo todo, pero ¿y si la reconocía desde el principio y no le daba la oportunidad? ¿Y si en lugar de ayudarla la llevaba directamente a la policía? ¿Cómo iba a poder demostrar que no era culpable? Todas las pruebas iban en su contra y, por si eso fuera poco, popularmente querían acabar con ella. Si acaso podría probar que Laura la había encerrado, pero ¿cómo demostraría que no era un plan conjunto y que no estaba pactado? Lo único seguro que podía conseguir es que la policía detuviera a Laura y la hiciera cumplir su penitencia. Sin embargo, ni vengarse ni hacer justicia estaba entre sus prioridades. Solo quería salir y visitar a su hijo por última vez, después podían encarcelarla, torturarla o matarla, le daba igual. Así que empezó a picar y golpear los muros y las cerraduras, concienzudamente, intentando no llamar la atención del hombre, sobre todo al principio, pero cuanto más cercano veía el momento de salir, menos le importaba. Estaba tan cegada por la emoción de ver llegar el momento de poder estar por fin junto a su niño que ni cayó en la provocación que era lanzarle la rata que había matado cuando apareció de golpe al abrir uno de los huecos de la pared. Ya casi lo había conseguido. Antes de lograr romper la última cerradura que abriría los muros por fin, se vistió para salir. Se puso su gabardina, la peluca rubia llena de polvo y cogió su mochila con lo poco que le quedaba y la foto de su marido y su hijo. Una vez preparada fue golpeando la cerradura con una de las piedras enormes que había quitado de las paredes. Golpeaba tan fuerte que le sangraban las manos. Enseguida sufrió la primera

interrupción de su vecino, al que tuvo que escribirle una nota con su propia sangre para que por favor se largara. Estaba agotada, a ratos desorientada y sin fuerzas. Podría haberse dirigido a él de manera más educada, pero hacía tiempo que había perdido la cordura. Estaba tan al límite que no había podido más que suplicar que la dejara en paz. ¿Tan difícil era entender que quería que la dejaran tranquila para poder terminar lo que había empezado, lo que era justo? No quería molestar a nadie, ni mucho menos, por eso tenía que largarse y dejarla acabar. Pero él no se daba por vencido, y fue lo primero que vio cuando consiguió salir a la calle. La sensación de libertad se vio interrumpida de golpe por la voz de aquel hombre que se había convertido en su sombra. Celia no quería parar y hablar con él, como él le suplicaba. Se metió corriendo en el interior, volvería a encerrarse y, cuando él se fuera, ella se iría para siempre, durante la noche. Pero él la seguía de cerca, sin rendirse. Trató de impedirselo, le golpeó con su bolsa y, presa de la ira, le arañó la cara con todas sus fuerzas. Hizo cuanto pudo, pero no fue suficiente para impedir que el hombre que poblaba sus pesadillas acabara con su vida. Esos ojos abiertos de par en par bañados en sangre, que tanto miedo le daban fue lo último que vio. Sin embargo, antes de dejar de respirar para siempre, Celia consiguió atravesar su mirada para encontrarse con la de su hijo y fue entonces cuando el dolor físico se vio relegado por el que sintió en lo más profundo de su corazón.

Jon

Jon estaba desnudo, tumbado en una de las hamacas de la terraza tomando el sol. Era primavera y empezaba a pegar fuerte. Tenía el cuerpo y el pelo mojados del baño que se acababa de dar en su recién inaugurada piscina. Fue a dar un sorbo al cóctel que se había preparado, pero el hielo se había derretido y se levantó para ir a buscar más. Al estirarse a por la toalla, para secarse un poco, antes de entrar, lanzó una mirada a su espalda. Ya no había ninguna ventana que se le clavara en la nuca. La obra había quedado increíble: todo el espacio era diáfano, tan solo la piscina estrecha y rectangular y el césped que la rodeaba. Se dirigió hacia el interior de la casa con la toalla enrollada a la cintura y, al cruzar el salón, pasó por delante de la foto del hijo y el marido de Celia. Jon había comprado un marco nuevo y la tenía estratégicamente colocada junto al resto de sus premios. Aquel era, sin duda, su mayor trofeo. Fue a buscarlo cuando salió a la calle la noche en la que vio la noticia del aniversario del crimen y descubrió que había obrado bien, que había hecho justicia con aquella asesina. Pero no se había decidido a sacarla hasta que pasaron unos meses y había podido tomar distancia. Aquel hombre y su hijo eran víctimas, como él, solo que con la gran diferencia de que ellos no habían tenido la suerte de haber podido defenderse. Primero de Celia y después de Laura.

Al abrir el congelador vio que no quedaba más que algún trocito de hielo picado. Así que fue hacia el ascensor para coger un par de bolsas nuevas de la cámara frigorífica de la despensa del garaje y ya de paso subir también alguna lima. Posó su huella y comenzó a bajar. La puerta del ascensor se abrió y Jon fue hacia el armario que ocultaba el congelador enorme. Lo abrió y, al coger las dos bolsas de hielo, por debajo de ellas, vio que sobresalían los dedos de una mano. A su lado estaba la cabeza de Laura, mechones congelados del pelo gris de Celia y lo que parecía un pedazo de alguna extremidad. Jon dejó los hielos en el suelo y colocó varias de las bolsas de frutos rojos, que tenía congelados para los *smoothies* que se preparaba a diario, encima de ellos. Cerró el congelador y se dirigió al ascensor, con los hielos y la lima, dispuesto a seguir disfrutando del sol de la mañana, pero, antes de posar de nuevo su dedo para subir, volvió a salir y fue hacia otro de los armarios a por un paquete de tabaco. Aunque hacía meses que no fumaba, pensó que, al fin y al cabo, un pitillo de vez en cuando no mataba a nadie.

## Agradecimientos

Como ocurriera con *No volveré a tener miedo*, *Penitencia* nace de una experiencia concreta, que he vivido, para convertirse en una historia muy apartada de lo que me rodea, por suerte. Quiero dedicar este libro a aquella vecina que me hizo la vida imposible; ella me enseñó que hasta del infierno puedes sacar algo bueno. Te deseo lo mejor. Quiero dedicárselo también a todos los lectores que se volcaron conmigo en mi debut como autor, confiando en mi historia y teniendo la generosidad de vivirla y compartirla después conmigo. Parte de la sorpresa final de *Penitencia* se me ocurrió en un tren de vuelta después de firmar libros. Vuestros ánimos y energía han sido la mejor inspiración.

Gracias a todo el equipo del grupo editorial de Penguin Random House por darme la oportunidad de divertirme con total libertad pero, sobre todo, a todos los que han participado en el proceso, en especial, a Gonzalo por su sensibilidad y buen hacer.

*Penitencia* se retrasó en el tiempo por el mejor de los motivos. Este libro se lo dedico a mi familia, por hacerme tan feliz.

## Inquietante, adictiva y perturbadora, Pablo Rivero regresa con su novela más personal



Jon lleva veinte años interpretando a un asesino en la serie más longeva de la televisión española y, pese a que la fama y el dinero le acompañan, vive tan atormentado por el personaje que representa que decide abandonarlo todo y retirarse a una casa perdida en un bosque aledaño a un pequeño pueblo. Solo tiene que asegurarse de que nadie se entere de que vive ahí y evitar a toda costa que la prensa y los paparazzi lo arruinen todo. No sospecha que librarse de su alter ego no será tan fácil. Al poco de instalarse una serie de escabrosos sucesos alterará su tan ansiada tranquilidad y tendrá que luchar por que los secretos que ocultan esos bosques no traigan de vuelta al personaje que tanto teme. Aunque quizá nunca se haya ido.

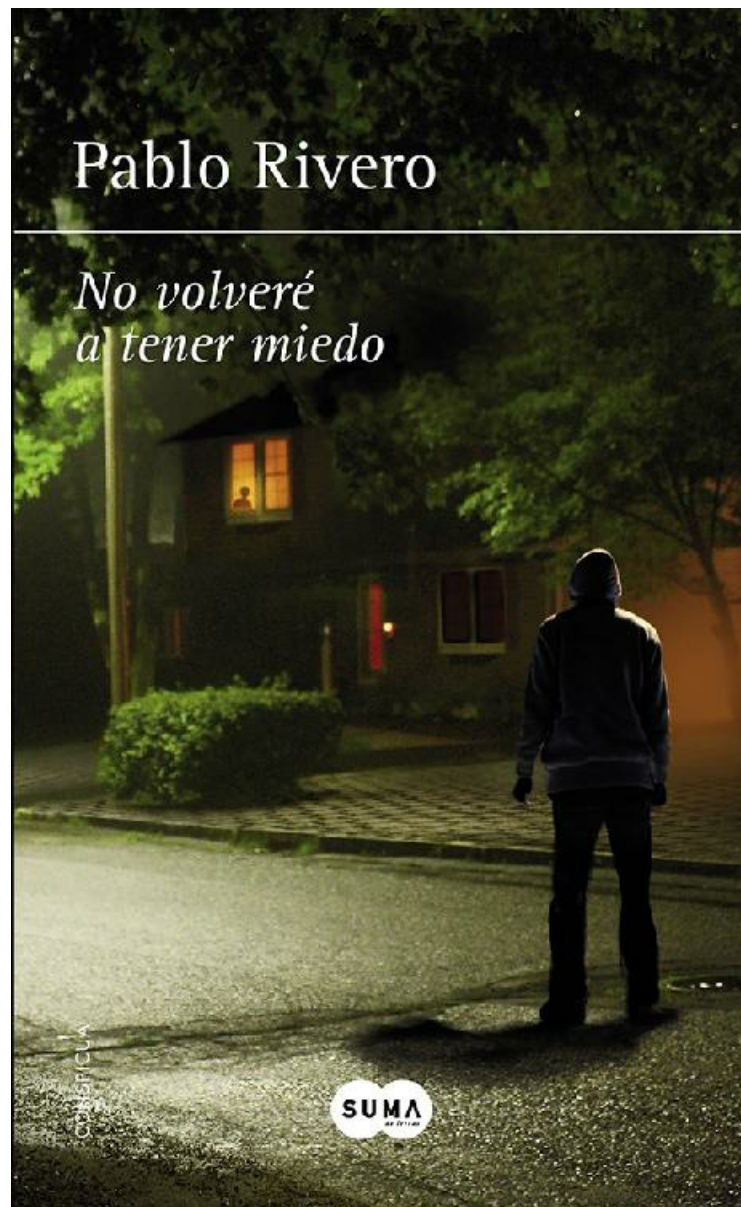
Pablo Rivero se confirma como un joven talento en el panorama literario actual con este perturbador domestic noir que, como ya hizo con *No volveré a tener miedo*, nos sumerge en una atmósfera inquietante y magnética que engancha desde la primera página.

«Cuando eres actor te pasas la mayor parte del tiempo intentando impregnar al personaje con tu esencia para que cobre vida. Para que todo lo que hagas resulte veraz. Cuando lo has conseguido y el público no puede imaginárselo de otra manera, cuando ya no puede separarte de él y son incapaces de diferenciar la realidad de la ficción, en lugar de felicitarte por haberlo conseguido y disfrutar, te pasas el día justificándote, haciendo ver a todo el mundo lo muy diferente que eres de él. Recordándoles que lo que han visto no es real, que tú no eres el personaje. Pero ya es demasiado tarde. Por mucho que huyas e intentes desprenderte de tu alter ego, su esencia ya se ha mezclado con la tuya y jamás volverás a ser el mismo. Su sangre corre junto a la tuya por tus venas y la mezcla de ambas te puede llevar a hacer cosas que nunca hubieras imaginado.

Esta es la historia de cómo Jon se convirtió en su personaje, o lo que es lo mismo, de cómo su personaje se adueñó de él y cambió el rumbo de su vida para siempre».

Licenciado en comunicación audiovisual, **Pablo Rivero** es conocido por interpretar a Toni Alcántara en la serie de TVE *Cuéntame cómo pasó*, trabajo que combina con personajes en películas como *De tu ventana a la mía* de Paula Ortiz, *Proyecto tiempo* de Isabel Coixet, *No me pidas que te bese porque te besaré* de Albert Espinosa o *La noche del hermano* de Santiago García de Leániz. En teatro ha participado en montajes como *La caída de los dioses*, dirigido por Tomaz Pandur, *Los hijos se han dormido*, dirigido por Daniel Veronese, *El sirviente*, dirigido por Mireia Gabilondo, las tres en el Teatro Español, o *Fausto*, también de Tomaz Pandur, para el CDN, entre otras. Debutó como novelista con *No volveré a tener miedo*, un *domestic thriller* que tuvo una gran acogida entre los lectores y la crítica. *Penitencia* es su segunda novela.

El autor nos adentra en el mundo de la interpretación y la industria que lo rodea, que conoce muy bien, para dar profundidad a una trama de puro género que te envuelve y te dejará con la boca abierta.



*No volveré a tener miedo*

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Pablo Rivero

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Ilustración de la portada: ©Daniel Taylor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-912-9465-8

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Penitencia

Prólogo

Jon

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Dos meses después

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Laura

Capítulo 29

Jon y Laura

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Diez años antes

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Jon

Capítulo 43

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Pablo Rivero

No volveré a tener miedo

Créditos